



IMPERIO DE SANGRE

LA ULTIMA AMAZONA

A.G. CLARK

IMPERIO DE SANGRE

La Última Amazona

A. G. CLARK

independiente



Derechos de autor © 2024 A. G. CLARK

Todos los derechos reservados

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor, excepto los hechos notoriamente históricos. Cualquier semejanza con nombres, fechas y sucesos reales es mera coincidencia.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida por cualquier medio o forma sin la previa autorización del autor.
La violación de los derechos de autor es un delito establecido en la Ley n° 9.610/98 y sancionado por el artículo 184 del Código Penal brasileño y demás leyes donde sea publicada.

ISBN-13: 9781234567890

ISBN-10: 1477123456

Diseño de la portada de: Ester Costa

Número de control de la Biblioteca del Congreso: 2018675309

Impreso en los Estados Unidos de América

“Siempre vivir en tristeza, he aquí la suerte que los dioses eternos, por una descuidada existencia, dotaron a los mortales infelices.”

Homero, *Ilíada*

Contenido

<u>Página del título</u>	
<u>Derechos de autor</u>	
<u>Epígrafe</u>	
<u>Capítulo 1</u>	
<u>Capítulo 2</u>	
<u>Capítulo 3</u>	
<u>Capítulo 4</u>	
<u>Capítulo 5</u>	
<u>Capítulo 6</u>	
<u>Capítulo 7</u>	
<u>Capítulo 8</u>	
<u>Capítulo 09</u>	
<u>Capítulo 10</u>	
<u>Capítulo 11</u>	
<u>Capítulo 12</u>	
<u>Capítulo 13</u>	
<u>Capítulo 14</u>	
<u>Capítulo 15</u>	
<u>Capítulo 16</u>	
<u>Capítulo 17</u>	
<u>Capítulo 18</u>	
<u>Capítulo 19</u>	
<u>Capítulo 20</u>	
<u>Capítulo 21</u>	
<u>Capítulo 22</u>	
<u>Capítulo 23</u>	
<u>Capítulo 24</u>	
<u>Capítulo 25</u>	
<u>Capítulo 26</u>	
<u>Capítulo 27</u>	
<u>Capítulo 28</u>	
<u>EPÍLOGO</u>	

Capítulo 1

Cuando los primeros rayos de sol calentaron la fría mañana e iluminaron el mar distante, comenzaron a transmitirse órdenes: el ejército reanudaría la marcha hacia el mar.

Artemisia observaba la vasta extensión azul que aún estaba lejos, mientras descansaba su cabeza en el hombro de Perseo. El destino se presentaba ante ella como una incógnita.

Ahora ya no soy la líder de las Amazonas, solo soy la esposa de un soldado de infantería espartano, pensó. Pero sigo siendo una guerrera, y el deseo de venganza contra Tisafernes sigue ardiendo en mi pecho, tal vez con más furia por el hecho de haber descubierto que su asesino personal, Otanixos, fue el responsable de la muerte de mis padres, de la violación de mi cuerpo, del asesinato de Mardoc y ahora está tras de mí para capturarme.

Desde que la amazona fue rescatada de las manos de los embajadores persas, no lo había vuelto a ver y rezaba a los dioses para que él se hubiera herido en el ataque y estuviera muerto en algún lugar de la Escitia, pero algo en su interior le decía que él aún vivía y la acechaba.

La amazona no le había contado nada a Perseo ni a sus compañeros, temía que pudieran morir defendiéndola. Otanixos era un guerrero como Artemisia nunca había visto antes. Ni siquiera Laertes, Petrus ni Diomedes, los más hábiles de los compañeros de Perseo, serían rival para él.

Si los dioses lo permiten, tal vez lo encuentre y lo mate, pero una cosa es cierta: nunca me llevará con vida a Tisafernes, pensó mientras acariciaba las manos de Perseo.

Los compañeros de Perseo y Artemisia, ahora que ella había sido aceptada en la pequeña hermandad de ellos, y que pasaron la noche en la cima de la montaña celebrando su boda, se levantaron resoplando. La bebida y la comida habían sido abundantes, gracias a Diomedes y a los generales Jenofonte y Quírisofo.

Varios invitados estaban tirados junto a sus hogueras casi apagadas, envueltos en mantas, algunos oficiales y soldados aún abrazados a sus esclavas.

Con un suspiro, Artemisia se levantó y tiró de Perseo por el brazo, ya que él parecía no tener prisa en salir de la cima. A regañadientes desmontaron la pequeña tienda y se prepararon para unirse al resto del ejército en la base del monte Teches.

Georgios se acercó sonriendo y felicitó a la pareja una vez más.

—Espero que encontréis toda la felicidad del mundo y que los dioses os bendigan con una gran prole —sonrió, sin darse cuenta de la sombra que cruzó el rostro de Artemisia, quien disimuló sonriendo mientras sentía el corazón oprimido en el pecho.

¿Será que los dioses permitirán que viva en paz con Perseo? ¿Será que nunca llegaré a

tener un hijo? Comencé a gestar uno, pero lo perdí, el dolor que sentí fue casi insoportable, pero no se lo conté a Perseo, no quería que sufriera.

El sueño que la amazona había tenido con Ares y Afrodita estaba impreso en su mente, como si estuviera grabado con hierro al rojo vivo. La amenaza de Otanixos y el deseo de venganza contra Tisafernes disputaban la primacía en sus pensamientos con el amor que Artemisia sentía por Perseo.

Antes de que comenzaran a descender, mientras Georgios despertaba a los rezagados, la pareja observó nuevamente el lejano mar. La aurora extendía su manto dorado en el Este, mientras que en el Oeste las aguas del mar todavía reflejaban la luz de las estrellas que lentamente desaparecían.

—Cómo desearía quedarme aquí para siempre —suspiró Artemisia acurrucándose en los brazos de su esposo.

—Sería maravilloso si pudiéramos construir una casa aquí en la cima —respondió Perseo con aire soñador—. Criaríamos cabras y plantaríamos hortalizas y viñas en la base del monte.

—Mi dulce y soñador Perseo —murmuró la amazona besándolo tiernamente en los labios. *Qué bien sería si pudiéramos realizar nuestro sueño de vivir en paz, pero parece que ese día aún está lejano*, pensó.

—¡Eh, vosotros dos! ¿No os cansáis? —gritó Diomedes riendo mientras se preparaba para comenzar el descenso, sacando a la pareja de sus ensoñaciones.

Suspirando, Perseo recogió la tienda, ahora doblada, y la cargó a sus espaldas junto con su escudo, sujetado por tiras de cuero. En compañía de Artemisia y sus compañeros, comenzó el descenso.

En el campamento griego, a los pies del monte, el movimiento era intenso. Los sargentos gritaban para que se apuraran; todos estaban ansiosos por continuar el viaje. Aunque ya habían visto el mar en el horizonte, aún les quedaban varios días antes de poder alcanzarlo.

Reiniciaron la marcha dejando atrás el Monte Teches. El ánimo en el ejército era excelente; al fin y al cabo, habían dejado atrás los ejércitos de Artajerjes y Tisafernes, y vencido a pueblos belicosos encontrados en el camino. Habían superado el obstáculo de cruzar las montañas carducas y sobrevivido al riguroso invierno en Armenia. Parecía que nada podría detenerlos.

Artemisia caminaba junto a Perseo; ahora estaban casados, y desde ese momento ya no tenían que ocultar su relación. Compartían las comidas y la misma tienda. Ahora que la amazona se encontraba sola, después de la partida de sus hermanas, se unió al pelotón de Georgios. No podía luchar como hoplita en la falange, pero se había incorporado como arquera, ya que rechazó la invitación de Jenofonte para comandar la pequeña caballería que disponían.

Marcharon durante dos días hasta que llegaron, a media mañana, a un barranco que terminaba en un río. Este curso de agua servía de límite entre los escitas y los macrones. Los

guías y Artemisia decían que eran un pueblo poderoso y salvaje, que vestían ropa hecha de cabello y portaban escudos de madera y pequeñas lanzas con largas puntas de metal.

En la orilla opuesta del río se alzaba un empinado terreno, y en su cima había filas de árboles altos y delgados, formando un bosque. Entre ellos, dispuestos en línea de batalla, los macrones esperaban armados con lanzas y escudos de madera. Con gritos de guerra se animaban unos a otros, mientras los honderos lanzaban piedras por encima del río. Sin embargo, la distancia era considerable para causar bajas entre las tropas griegas.

Se transmitieron órdenes y el ejército adoptó la formación de batalla: la infantería hoplita al frente, seguida de peltastas, arqueros y honderos.

El terreno era desfavorable para el ataque griego, ya que tendrían que atravesar el río y escalar el barranco de la orilla contraria, sujetándose a trozos de raíces y piedras, hasta llegar a la cima, donde los macrones los esperaban atrincherados entre los árboles.

Conociendo la valentía de este pueblo, Artemisia presintió que los griegos sufrirían muchas bajas y se preocupó por Perseo y sus compañeros, que ya se posicionaban en las primeras filas. La amazona buscó a Jenofonte y Quirísofo, que estaban organizando las tropas.

—Generales —saludó al acercarse.

Jenofonte y Quirísofo se giraron hacia la amazona.

—Conozco a los macrones y también hablo su lengua. Si me lo permiten, puedo negociar con ellos —sugirió.

—Es una buena idea, no tenemos interés en saquear sus tierras, contamos con suficientes suministros para varios días —aceptó Jenofonte, observando a los macrones atrincherados al otro lado de la orilla del río.

—Muy bien, intenta, Artemisia —estuvo de acuerdo Quirísofo.

Artemisia regresó a las primeras filas y hizo una señal a Perseo, quien se acercó a ella y le explicó que los generales habían autorizado un intento de acuerdo con los macrones.

La amazona se acercó a la orilla del río con Perseo a su lado, listo para protegerla con su escudo.

—¿Por qué nos están lanzando piedras? —gritó Artemisia en la lengua de los macrones.

—Porque están a punto de invadir nuestras tierras —respondió un oficial.

—¿Qué dijeron? —preguntó Perseo, curioso.

—Les pregunté por qué nos lanzaban piedras, y respondieron que porque estamos a punto de invadir sus tierras —contestó, mirando a Jenofonte, que observaba la conversación.

—Diles que no queremos guerra, solo un paso libre por su territorio —indicó el general.

—Aquí están los griegos, un pueblo valiente que derrotó al rey Artajerjes, cruzaron todo el imperio en su camino de regreso a casa y vencieron a varios pueblos. Solicitan permiso para pasar en paz por su territorio —gritó la amazona.

—¿Y quién eres tú, mujer, que sabes nuestra lengua? —preguntó el oficial.

—Soy una amazona —respondió lacónicamente.

El oficial dijo algunas palabras a los soldados que estaban a su alrededor, pero la distancia era demasiado grande para que la amazona pudiera escuchar.

Tras unos instantes, el oficial volvió a gritar.

—Muy bien, puedes cruzar el río para que negociemos.

Artemisia se giró hacia Jenofonte y Quirísofo, que esperaban pacientemente.

—Ellos permiten que cruce el río para negociar —explicó.

—¿Crees que pueda ser una trampa? —preguntó Jenofonte con aire preocupado, observando la orilla opuesta.

—No lo creo, conozco a este pueblo, suelen honrar sus promesas y respetar a los embajadores extranjeros —respondió la amazona, mirando a las tropas macrones que esperaban, ahora sin lanzar piedras hacia los griegos.

—Muy bien, ve, pero lleva un acompañamiento —decidió Jenofonte—. Si traicionan su palabra, avanzaremos y arrasaremos sus tierras.

—Un acompañamiento demasiado grande podría no ser bien recibido —sabía Artemisia que los macrones eran orgullosos, pero respetaban la valentía de sus enemigos. *Si voy sola, tendré más posibilidades de éxito*, pensó.

—Yo iré contigo —afirmó Perseo con un tono que no dejaba lugar a dudas.

—Creo que es suficiente —sonrió Artemisia, sabiendo que Perseo no permitiría que fuera sola.

—Está bien, esperaremos una hora por tu regreso —decidió Jenofonte.

Quirísofo le entregó a Perseo un escudo griego ricamente trabajado y una espada con empuñadura de plata.

—Dáselos al comandante macrone como muestra de nuestras buenas intenciones —ordenó el general.

Asintiendo con la cabeza, Perseo tomó los objetos y, con una sonrisa, se acercó a la amazona, y juntos caminaron hacia la orilla.

El río no era profundo y sería fácil cruzarlo, pero era el límite del territorio de los Escitas.

Si lo cruzo, dejaré mi patria adoptiva, quizás para siempre, pensó la amazona, sintiendo que la tristeza la invadía. Partí como líder de las amazonas, quinientas valientes guerreras me acompañaron de forma libre y voluntaria, y regreso con pocas hermanas y una niña. Ahora las circunstancias me obligan a dejar mi tierra.

Artemisia miró por encima del hombro, hacia las tierras escitas que se preparaba para abandonar.

—¿Qué pasa? —preguntó Perseo con suavidad.

—Si cruzo el río estaré dejando la Escitia, tal vez para nunca regresar —murmuró la amazona.

—Si alguna vez decides regresar, volveremos juntos —Perseo apretó discretamente la mano de Artemisia mientras la ayudaba a entrar al río.

Artemisia miró a Perseo con tristeza en el rostro. *Sé que él siempre estará a mi lado, que si lo deseo se quedará conmigo en Escitia, pero es demasiado arriesgado*, pensó, y miró una vez más hacia atrás.

—Siento que nunca más veré la tierra que adopté como mía —murmuró para sí misma, sintiendo un escalofrío subir por su columna.

Pero sea lo que sea que los dioses tengan reservado para mí, debo enfrentarlo, pensó, y con determinación se giró, cruzando el río con paso firme, con Perseo a su lado.

Atravesaron el curso de agua y subieron por la pendiente de la otra orilla. Los soldados macrones observaron al par con curiosidad, y cuando vieron a la amazona, comenzaron a murmurar entre sí.

El oficial que comandaba la tropa se acercó, examinándolos detenidamente.

—Soy Artemisia, de la tribu de las amazonas escitas, vengo en paz a negociar el paso del ejército griego que luchó contra Artajerjes bajo las órdenes de Ciro —dijo la amazona en la lengua de los macrones y luego en griego, para que Perseo entendiera lo que decían.

—Soy Trapozos, oficial comandante del ejército macrone, bienvenida Artemisia, tu valentía y la de tus hermanas amazonas son conocidas por todos nosotros —el hombre hizo una leve reverencia.

—Gracias, mi señor. El ejército griego solicita un paso seguro por sus tierras, no desean entrar en guerra. Después de luchar y vencer a Artajerjes, rey de Persia, solo desean regresar a su patria en paz, como prueba de sus intenciones envían estos presentes —Artemisia señaló el escudo y la espada que Quirísofo había enviado.

Los ojos del oficial brillaron de codicia cuando Perseo extendió los presentes.

—Consultaré con mis compañeros —avisó el oficial, tomando los presentes.

—No quiero ser irrespetuosa, mi señor, pero el general griego nos dio un plazo de una hora para regresar con una respuesta, de lo contrario, cruzará su país causando devastación por donde pase —avisó Artemisia tranquilamente.

El oficial macrone asintió con la cabeza y caminó hacia el interior del bosque. La pareja fue rodeada por varios soldados, que aunque no mostraban hostilidad, los observaban atentamente.

—¿Qué piensas? —preguntó Perseo, temeroso.

—No lo sé, pueden aceptarnos o no, ya los enfrenté hace años, son soldados valientes y decididos, pero no nos asesinarán, respetan a los emisarios y embajadores, los consideran sagrados ante los dioses.

—Solo temo por tu vida —murmuró el espartano, mirándola fijamente.

Artemisia sonrió, feliz por la preocupación de Perseo, que le parecía adorable.

Esperaron casi una hora y la amazona aprovechó para contar en griego, para que los macrones que los observaban no entendieran, que antes de asumir el mando de las Amazonas había participado en una incursión en su territorio.

—Algunos macrones invadieron nuestras tierras saqueando un poblado y capturando varias mujeres escitas. En represalia, nuestras ancianas ordenaron que hiciéramos una incursión en su territorio y rescatáramos a nuestras hermanas. Conseguimos rastrearlos y los perseguimos. Después de algunos días, los alcanzamos durante la noche, cuando acampaban —explicó, recordando su primer combate, cuando quitó por primera vez la vida a otro ser humano.

Parece que todo ocurrió en otra vida, el combate, la ceremonia de iniciación, la visión que tuve con Ares y Afrodita, en la cual el dios de la guerra sostenía la cabeza de Perseo. En aquel tiempo nunca imaginé que conocería al hombre de mi visión, y eso me asusta. ¿Será una señal de que Perseo morirá? pensó mientras una sombra cruzaba su rostro.

—El combate fue feroz e implacable, pero ganamos y conseguimos rescatar a nuestras hermanas. Fue mi primera incursión como amazona, solo podría ser considerada una guerrera si mataba a alguien en combate —concluyó con un suspiro.

Perseo la observaba atentamente y notó que los recuerdos le causaban tristeza.

—Después del primer asesinato, se vuelve más fácil —Artemisia sonrió de manera triste. *¿Cuántos macrones maté en combate? Perdí la cuenta, solo después de mucha sangre derramada fue que decidieron pedir la paz. ¿Cuántos más habré matado en las campañas de las Amazonas y luego sirviendo a Ciro? ¿Cuánta sangre hay en mis manos?* pensó.

Perseo pensó en consolarla, abrazándola, pero no era el lugar ni el momento, y él ya comenzaba a ponerse nervioso, el oficial macrone no regresaba y el plazo estaba por vencer.

Artemisia lograba captar algunas frases de los macrones, comentaban sobre ella y sus hermanas, algunos afirmaban tener parientes que habían sido muertos por las guerreras.

Perseo miraba a su alrededor buscando formas de abrirse paso por la fuerza si fuera necesario, confiaba en Artemisia para abrir camino luchando.

—Si tenemos que forzar el paso, quédate detrás de mí, abriré camino usando el escudo, no debemos estar más de cincuenta pasos de la orilla del río, al llegar ahí saltarás directamente al agua —murmuró.

Artemisia solo asintió discretamente con la cabeza. En ese momento, el oficial macrone regresó acompañado de otros cuatro oficiales mayores. Uno de ellos llevaba dos lanzas incrustadas con oro.

—Lleven estas lanzas a sus generales como muestra de nuestra buena voluntad, aceptamos que crucen nuestras tierras en paz, podrán negociar con nuestros mercaderes si lo desean —dijo Trapozos, entregando las lanzas a Artemisia, quien agradeció haciendo una pequeña reverencia.

La pareja regresó a la otra orilla del río y entregaron los presentes del oficial macrone al general Jenofonte.

—Los macrones autorizaron que pasemos por su territorio, y podemos negociar con su gente —explicó la amazona.

—Genial, muchas gracias, Artemisia —agradeció el general ateniense.

—Neon, transmite la orden, los saqueos y pillajes están prohibidos bajo pena de muerte —ordenó Quirisofo a su oficial superior, quien inmediatamente se dirigió a las tropas para pasar la orden.

Con un sentimiento de alivio, los soldados cruzaron hacia la otra orilla del río en orden. Los soldados macrones habían desaparecido, solo quedaban dos guías en el lugar. A través de Artemisia, les explicaron que los griegos podrían negociar la adquisición de víveres a cambio de monedas persas de oro y plata, además de otros objetos, en el próximo pueblo.

El ejército caminó durante un tiempo guiado por los nativos, hasta que llegaron a un pueblo rodeado por una empalizada de bambú, en el borde de un bosque. Varios mercaderes esperaban a los griegos fuera de las murallas, con sus productos esparcidos sobre la hierba. Gritaban en su lengua bárbara ofreciendo legumbres, carne de caza, aves, cerveza, además de puñales, hachas y otros utensilios.

Jenofonte autorizó que los soldados negociaran con ellos antes de continuar la marcha. Los escudos griegos eran muy valorados y pudieron intercambiarlos por víveres. Gracias a los

herrereros que acompañaban el convoy de suministros, había escudos suficientes de repuesto que pudieron intercambiar.

Durante tres días, los macrones los guiaron por sus tierras, hasta llegar al límite de su territorio.

Marchaban desde el amanecer hasta el anochecer, cuando el ejército levantaba campamento. Perseo y Artemisia tenían una tienda solo para ellos. *Es sencilla, pero es nuestro hogar*, pensaba la amazona.

Artemisia aún se sentía extraña. Cuando era niña, antes de que su inocencia le fuera arrebatada de forma violenta, había soñado algunas veces con casarse. Generalmente, en sus sueños, su esposo era un comerciante de Halicarnaso y vivirían en una hermosa casa en la ciudad.

Después de unirse a las Amazonas, nunca más tuvo esos sueños infantiles ni deseos de casarse, hasta que conoció a Perseo, y aún así, nunca imaginó que se casaría y que su primer hogar sería una tienda de campaña. Sin embargo, su felicidad era completa.

Después de cenar con sus compañeros, se sentaban alrededor del fuego. Artemisia disfrutaba escuchándolos conversar. Atreu era el más culto y religioso, Laertes el más orgulloso de su condición de espartano, ya que su abuelo había luchado en las Termópilas.

Diomedes y Petrus formaban una extraña pareja, siempre pensando en hacerse ricos con la campaña, mientras que el primero tenía un repertorio interminable de historias divertidas de sus aventuras, el segundo era su compañero inseparable, pero a pesar de su tamaño, era amable y trataba de ser respetuoso, siempre sonrojándose cuando se daba cuenta de que decía alguna grosería en presencia de la amazona.

Georgios era quien mantenía unido al pequeño grupo, él era introspectivo y tranquilo, había dejado a su esposa e hijos en Esparta, entendía de tácticas y de cómo comandar hombres en batalla, siempre estaba dispuesto a dar un consejo sabio y defendía a sus compañeros con toda su fuerza.

Y mi amado Perseo, pensó. Lo llegué a conocer aún mejor después de casarnos, es valiente y audaz, siempre busca seguir el ejemplo de su padre y hermano. Es gentil, atento y amoroso conmigo, a pesar del brutal entrenamiento por el que pasó en su infancia, no se convirtió en un soldado despiadado y frío. La matanza y las atrocidades que presencié en la guerra lo afectan más de lo que desea admitir. Solo una vez lo vi actuar movido por puro odio, fue cuando me rescató y asesinó al embajador persa que intentó violarme y al que yo le arranqué un trozo de la oreja.

Artemisia se daba cuenta de que Perseo sufría en silencio por lo que había presenciado durante la campaña, algunas noches se despertaba asustado y sudando frío debido a sus pesadillas, en esos momentos ella lo abrazaba y lo tomaba en sus brazos hasta que se calmaba y volvía a dormir.

Somos una pequeña y extraña familia, pensó. En su compañía, el dolor por la pérdida de

mis hermanas se mitiga.

Capítulo 2

En la tarde del tercer día, la llanura con sus bosques dio paso a un terreno accidentado con montes y colinas que se perdían de vista. Según los guías macrones, ese era el territorio del reino de la Cólquida, luego dieron media vuelta y se fueron.

El ejército acampó en el límite entre ambos territorios, y los exploradores fueron enviados para sondear el terreno.

El grupo de Perseo se sentó alrededor de una hoguera mientras cenaban. Atreu, el más instruido de todos, y que encontró en Artemisia una oyente atenta, le explicó que la Cólquida era el escenario de la leyenda de la hechicera Medea y de Jasón y los Argonautas.

—¿Sabías, Artemisia —comenzó Atreu con tono de profesor—, que fue aquí, en el reino de la Cólquida, donde Jasón y los Argonautas vinieron a buscar el Vellochino de Oro?

—Ahí vas otra vez con tus historias —gruñó Petrus—. Ya nadie aguanta escucharte.

Atreu se mostró ofendido, pero Artemisia intervino con delicadeza.

—Por favor, Petrus, me gustaría escuchar la historia —pidió, dirigiéndose a Petrus, y con una sonrisa cautivadora animó a Atreu a continuar.

El resto del grupo se acomodó alrededor del fuego para disfrutar de la historia. A pesar de las quejas de Petrus, todos apreciaban las narrativas de Atreu.

—Bien, en la era de los héroes, Medea era hija del rey Eetes, de la Cólquida, y sobrina de Circe —comenzó.

—¿Quién es Circe? —preguntó Petrus curioso.

—Para alguien que no quería escuchar mis historias, eres muy curioso. Circe era la hechicera de la isla de Eea, que transformó a los soldados de Odiseo en cerdos. Después de que Odiseo la venció, ella deshizo la magia y los trató debidamente —respondió Atreu—. Ahora no me interrumpas.

Petrus levantó una mano, interrumpiendo de nuevo a Atreu, quien rolló los ojos y dijo:

—¿Qué pasa ahora? —se irritó.

—¿Qué es el Vellochino? —preguntó Petrus inocentemente.

—¡Vaya, es la lana del carnero alado Crisómalo! No me interrumpas, idiota —regañó.

Petrus asintió con la cabeza, también disfrutaba de las historias que contaba Atreu.

— Ahora, si no hay más interrupciones —dijo mirando a Petrus—. El carnero alado Crisómalo salvó a los hijos de Atamante, Frixo y Hele, de ser sacrificados a Zeus por orden de su madrastra Ino. Tomó a los niños desde su hogar en Orcómenos y voló hacia el este, con ellos montados en su espalda. Al cruzar el estrecho canal que separa Europa de Asia, Hele cayó del lomo del carnero, dando su nombre al mar que queda debajo, el Helesponto. Pero Frixo continuó el vuelo hasta el Mar Negro, hasta que el carnero descendió en la Cólquida, en la corte del rey Eetes, quien recibió amablemente a Frixo. Cuando el niño sacrificó el carnero a Zeus, entregó el maravilloso vellocino al rey. Este dedicó el vellocino a Ares y lo depositó en un bosque sagrado al dios de la guerra, siendo guardado por una temible serpiente.

—Pero, ¿no ibas a contar sobre Jasón y los Argonautas? —preguntó Petrus.

Rodando los ojos, Atreu ignoró la pregunta y se volvió hacia Artemisia, que escuchaba fascinada.

— Jasón y sus compañeros vinieron a la Cólquida en busca del vellocino de oro. El rey Eetes exigió que Jasón cumpliera varias tareas para obtener el vellocino, incluyendo arar un campo con bueyes que escupen fuego, sembrar los dientes de un dragón, luchar contra el ejército que brotaba de los dientes sembrados y, por último, enfrentarse al dragón que custodiaba el vellocino. Solo consiguió cumplir las tareas con la ayuda de Medea. Con el vellocino en mano, Jasón huyó con Medea, enfrentando varias aventuras en su regreso a casa. Se casaron, pero después de diez años, Jasón repudió a Medea para casarse con Creusa, hija de Creonte, rey de Corinto. Según la leyenda, Medea, en venganza, mató a Creusa y a los propios hijos que tuvo con Jasón, huyendo a Atenas, donde se casó con el rey Egeo. Tuvieron un hijo, Medo. Cuando Teseo regresó, Medea intentó envenenarlo, pero Egeo descubrió que Teseo era su hijo y evitó el asesinato. Medea y Medo regresaron a la Cólquida, y descubrieron que Eetes había sido derrocado por su hermano Perses. Medea y Medo mataron a Perses, y Medo se convirtió en rey. Cuando Medo conquistó un gran territorio, este pasó a llamarse Media. De ahí viene el nombre del país de los medos por el que pasamos —explicó.

—No debería querer tanto a Jasón —dijo Artemisia—. Si no, ¿cómo tendría el valor de matar a sus propios hijos? ¡Qué historia tan triste!

¿Cómo alguien podría matar a sus propios hijos? Pensó la amazona. Qué no daría yo por poder concebir un niño.

Perseo percibió la inquietud de Artemisia y apretó sus manos, que sostenía entre las suyas. Ella debe sufrir por su deseo de tener hijos y su aparente imposibilidad, pensó el espartano.

—Será mejor que vayamos a dormir —dijo Georgios—. Mañana entraremos en la Cólquida y creo que no seremos bien recibidos, así como Jasón no lo fue.

La pareja se retiró a su tienda, donde hicieron el amor durante parte de la noche. Perseo no dejaba de admirar a Artemisia, incluso con las cicatrices de batallas pasadas, él consideraba su belleza superior incluso a la de la diosa Afrodita.

El espartano recorría la piel de la amazona con sus labios, demorándose en las cicatrices, las cuales besaba con cariño. Le gustaba ver la piel de ella erizarse con el toque de sus labios y manos y sentir su cuerpo tensarse cuando la acariciaba.

Después de alcanzar el clímax, él la oía resonar tranquilamente en su sueño, teniéndola en sus brazos.

El amor que siento por ella no es solo sexual, amo su sonrisa, su temperamento belicoso, su sentido del honor y su coraje desmedido. Pensaba en las tranquilas horas de la madrugada, observándola dormir. Soñaba despierto con el día en que pudieran olvidar los duros trabajos de la guerra y dedicarse a crear una familia. Con esos pensamientos felices, Perseo terminaba quedándose dormido.

Artemisia generalmente era quien despertaba primero y despertaba a Perseo con suaves besos. Algunas veces, los besos eran tan audaces que pronto estaban haciendo el amor, mientras los primeros sonidos de un campamento militar despertando resonaban afuera.

Perseo amaba observar la sonrisa matutina de la amazona y su cabello despeinado cayendo sobre su rostro y pechos mientras hacían el amor, o incluso cuando, de manera sencilla, Artemisia se recostaba sobre su pecho, deseándole un buen día.

A pesar de estar en una retirada por territorios hostiles, Perseo nunca había sido tan feliz en toda su corta existencia.

Al amanecer, después del desayuno, el ejército reinició la marcha. Después de atravesar algunas colinas, los exploradores regresaron informando que no muy lejos, en una sierra más alta, los cólquidas estaban alineados en formación de batalla.

El ejército recibió órdenes de entrar en formación de batalla, dividido en falanges de aproximadamente cien soldados cada una. Los soldados debían escalar la sierra y atacar a los cólquidas. Aunque la pendiente hasta la cima era accesible, la posición privilegiada de los cólquidas dificultaría un avance en línea de batalla extensa, con varias filas de profundidad, como era la formación estándar de la falange griega.

Ante esta dificultad, Quirísofo y Jenofonte decidieron que el ataque debería ser en columnas, evitando que los griegos fueran rodeados por los cólquidas, ya que si la fila de vanguardia fuera demasiado extensa y con poca profundidad, podría ser rota y flanqueada.

—¡Presten atención! Avanzaremos bajo una lluvia de dardos y flechas, mantengan los escudos levantados —ordenó Georgios, mientras otros sargentos ponían a los soldados en formación de batalla.

Se transmitieron las órdenes; la infantería hoplita avanzaría en ochenta columnas de no más de cien soldados cada una, los peltastas, arqueros y honderos se dividieron en tres grupos, uno quedó en el lado derecho, otro en el centro y otro en el lado izquierdo, cada grupo con cerca de seiscientos soldados. Si llegar a la cima, podrían desalojar a los cólquidas.

Antes de partir, Jenofonte pasó entre las tropas exhortándolos:

—¡Camaradas, esos soldados son el último obstáculo que nos queda por vencer!
¡Tenemos que destruirlos!

—¡Ahuu! —fue la respuesta unánime.

Los sacerdotes y acólitos que acompañaban al ejército entonaron un cántico en honor a la diosa Victoria, o Nike^[1], como también se la conocía.

—Invoco a la poderosa Victoria, deseada por los mortales; solo ella libra a los mortales del anhelo por la disputa, de la dolorosa discordia de los oponentes en combate; En las guerras juzga los actos dignos de recompensa, en el ardor de la lucha les otorga el triunfo más dulce, pues a todo gobiernas; de toda la discordia reposa la noble gloria en Victoria, floreciente en fama y festivales. Te pido, afortunada, ven con tus ojos radiantes, trayendo siempre la noble gloria a las grandes obras, ¡concédenos la victoria sobre nuestros enemigos!

Los capitanes y comandantes invocaron a los dioses, cantando el peán en honor a Ares y Zeus, a lo que los soldados respondían al unísono:

—¡Lé paián!

Los griegos avanzaban a paso acelerado. Quirísofo y Jenofonte lideraban a los peltastas, el primero por el flanco derecho y el segundo por el izquierdo, donde estaba posicionado el pelotón de Georgios junto con otros dos grupos comandados por Cleánor, de Orcómeno.

A medida que subían la colina, los peltastas dirigidos por los comandantes aumentaron el ritmo y adelantaron a los hoplitas, intentando flanquear las alas de los cólquidas. Estos, al darse cuenta de que podían ser rodeados, avanzaron hacia los lados para enfrentarlos, dejando un gran vacío en el centro.

Esquines, de Acarnania, al mando del grupo de peltastas del centro, ordenó a sus soldados que aceleraran el paso hacia la zona desprotegida. Cuando se aproximaron lo suficiente, lanzaron una lluvia de dardos contra los cólquidas. Estos percibieron la maniobra y retrocedieron, intentando formar una línea defensiva de infantería.

—¡Acabad con ellos! —gritó Cleánor.

—¡Ahuu! —respondieron los espartanos mientras corrían hacia los enemigos.

Bajo el mando de Cleánor, los hoplitas avanzaron, manteniendo la línea lo más cohesionada posible a pesar de la pendiente. Los griegos superaron rápidamente la distancia que los separaba de la línea enemiga, y el pelotón de Georgios fue uno de los primeros hoplitas en alcanzar la cima de la colina, arremetiendo contra la desorganizada infantería cólquida. Los escudos de bronce chocaron contra los escudos de mimbre, rompiéndolos en pedazos. Las lanzas griegas, apuntando al frente, atravesaron las frágiles protecciones de los cólquidas, perforando sus cuerpos. Se retiraban y arremetían con el impulso de los brazos griegos, provocando una carnicería.

Artemisia no había sido entrenada para combatir en la falange espartana, pero armada con su arco, seguía a los griegos desde detrás de sus filas, disparando flecha tras flecha. Sus tiros eran certeros y se centraban en los soldados cólquidas del sector de la línea del frente donde luchaba Perseo.

En medio del feroz combate, Diomedes, al lado izquierdo de Perseo, gritó sin apartar la atención de la línea del frente:

—¡Tu amazona es más hábil con el arco que el mismo dios Apolo! —rió mientras partía el cráneo de un enemigo con un golpe descendente de su espada.

Perseo intentó responder, pero un cólquida avanzó hacia él blandiendo una espada larga. Antes de que lo alcanzara, una flecha se clavó en su garganta. El espartano miró rápidamente por encima del hombro y vio a Artemisia, que colocaba otra flecha en su arco mientras le sonreía. *Su destreza con el arco es insuperable, pensó. Solo comparable con su habilidad con la espada.*

El grupo se desplegó y avanzó persiguiendo a los soldados cólquidas que huían en desbandada. Perseo alcanzó a uno, atravesándole la espalda con su lanza. A su lado, sus compañeros avanzaban, llevando muerte y destrucción a las filas enemigas que retrocedían aterrorizadas por el ímpetu de los espartanos. En un instante, toda la línea cólquida comenzó a retirarse. Los arqueros y honderos griegos lanzaron una lluvia de proyectiles contra los rezagados, causándoles grandes bajas. Artemisia lideraba el ataque, disparando con precisión certera.

Con un grito de triunfo, los griegos tomaron la cima del monte.

Artemisia se detuvo junto a Perseo y sonrió. Él no pudo resistirse y la abrazó, levantándola del suelo, lo que hizo reír a sus compañeros.

—¡Eres increíble! —murmuró el espartano.

—¡Perseo! ¡Aquí no! —la amazona se ruborizó mientras le empujaba el pecho. Perseo sonrió. *Si hay un soldado feliz en el ejército griego, ese soldado soy yo, pensó.*

El ejército se dispersó entre las aldeas del territorio cólquida, encontrando abundantes cantidades de provisiones. El pelotón de Georgios se estableció, junto con unos cien hoplitas más, en una pequeña aldea. Sus habitantes huyeron ante la aproximación de los griegos, quienes saquearon el lugar y encontraron legumbres, frutas y grandes panales de miel almacenados en vasijas de barro.

En las colinas que rodeaban la zona, una hierba verde ondeaba bajo el viento, mientras ovejas y cabras pastaban pacíficamente, ajenas a la guerra que se libraba a su alrededor.

El grupo sacrificó una oveja y se acomodó bajo un frondoso roble, donde la asaron sobre una hoguera. Diomedes, que tenía un olfato digno de un perro de caza, se unió al grupo cargando varios odres de vino local, que parecía estar endulzado con miel. Petrus encontró y llevó consigo una gran vasija de barro llena de miel. La región producía gran cantidad de esta delicia, y se habían hallado extensos depósitos.

Después de comer carne asada y beber vino, atacaron la miel. Perseo y sus compañeros metían la mano en la vasija y se llenaban la boca, dejando que el líquido espeso les resbalara por la barbilla, sonriendo como niños en un día festivo.

Artemisia probó un poco; ya conocía aquella delicia, pues al pie de las montañas escitas había colonias de abejas salvajes que producían una miel fuerte y sabrosa. Observó divertida cómo Perseo y sus compañeros comían hasta saciarse.

La pareja se apartó lo suficiente de la hoguera para buscar algo de privacidad. Se tumbaron sobre la hierba y se cubrieron con sus mantos. Vestían solo túnicas, y sus equipos estaban apilados junto a los de sus compañeros, al lado del roble donde ardía la hoguera.

Bajo los mantos, Perseo abrazó a Artemisia, acariciándola, y pronto se amaron bajo la luz de las estrellas hasta explotar en un profundo clímax.

¡Dioses! Qué maravilloso es amar y ser amada, pensó la amazona.

—Te amo —dijo Perseo, fijando su mirada en la de ella.

—Y yo te amo a ti —respondió Artemisia, besándolo en los labios con ardor.

Pasaron la noche entrelazados bajo sus mantos.

Durante la madrugada, Perseo despertó sintiendo un dolor violento en el vientre, como si una cuchilla lo cortara por dentro. No pudo volver a dormir, pero no quiso despertar a Artemisia, que dormía plácidamente.

Al amanecer, una diarrea violenta lo atacó, y salió corriendo, dejando a Artemisia aún dormida bajo los mantos. Perseo miró a su alrededor y vio que sus compañeros también estaban igual de afectados.

No estaban acostumbrados a la miel silvestre.

Pasaron el día corriendo hacia los matorrales, con los intestinos revueltos, bajo la mirada divertida de Artemisia, que era la única indemne, ya que la miel silvestre era común en las llanuras de Escitia y no le afectaba.

El grupo se sentó frente a una pendiente en la colina. En el valle, varias aldeas brillaban bajo el sol. El paisaje era hermoso y pacífico, pero ellos pasaron horas allí, con las bragas bajadas.

Pasaron todo el día en esa situación. Petrus obligó a un mensajero a traer el caldero con el guiso de oveja preparado la noche anterior, antes de que este huyera, sujetándose las bragas de las que escurrían sus desechos.

Perseo y sus compañeros comieron allí mismo, admirando el paisaje, desnudos de cintura para abajo. El olor era terrible, pero el hambre era mayor, y reían como locos por la situación:

—Todo el ejército se está deshaciendo en mierda —rió Diomedes a carcajadas.

—Maldita miel —se quejó Georgios, avergonzado.

Todo el ejército estaba afectado por un violento desarreglo intestinal. Pocos se habían librado y estos se turnaban para intentar ayudar a los más debilitados.

—¡Esto apesta! —protestó Artemisia—. Y no encuentro ningún placer en ver vuestras nalgas al descubierto. Saldré a cazar —anunció, cargando su arco y flechas, dejando atrás a Perseo, no sin antes lanzarle un beso desde la distancia.

Artemisia caminó durante un tiempo, alejándose del campamento griego mientras disfrutaba del hermoso día. El sol brillaba en un cielo despejado, y la brisa acariciaba suavemente su rostro. Pronto, encontró un pequeño bosque y se adentró en él. En su interior, el ambiente era fresco; los rayos del sol se filtraban tímidamente entre las hojas de los árboles.

No tardó en descubrir rastros de corzas y pequeños animales. Silenciosa, avanzó entre los árboles, siguiendo la pista más reciente, hasta que, en un pequeño claro, divisó una corza que pastaba tranquilamente. Con cuidado, colocó una flecha en su arco y apuntó con precisión. Suavemente, soltó la cuerda, y la flecha surcó el aire velozmente, alcanzando el cuello de la corza. El animal dio un salto y huyó corriendo, adentrándose en la espesura del bosque.

Artemisia siguió el rastro de sangre y no tuvo que caminar mucho para encontrar al pobre animal, que aún respiraba. Se arrodilló junto a él; la corza la miraba con ojos brillantes. La amazona sacó su puñal y, con la mano izquierda, cubrió los ojos del animal.

—Artemisa, diosa de la caza, doncella protectora, acepta esta ofrenda —susurró suavemente mientras clavaba el puñal en el corazón de la corza.

Rápidamente, Artemisia despellejó al animal, sus pensamientos siendo invadidos por recuerdos de otra corza, abatida en un bosque cercano a la ciudad de Oleiros. *En aquel día conocí a Perseo, recordó, y una pasión arrolladora me dominó. Actué impulsada por el puro instinto. ¿Será este amor que siento por él una maldición o el destino?*

Sacudiendo aquellos pensamientos, la amazona separó dos grandes trozos de carne y los colocó sobre sus hombros, preparándose para regresar al campamento griego.

Sin embargo, al levantarse, dejó caer las piezas de carne al suelo y rápidamente descolgó su arco, preparando una flecha.

Entre los árboles, una mujer anciana, vestida con una larga túnica gris, la observaba. Su cabello, completamente blanco, estaba recogido en un moño, y se apoyaba en un bastón mientras avanzaba hacia ella.

—No necesitas temerme, niña —dijo la mujer con una voz sorprendentemente firme

mientras se acercaba lentamente.

—¿Quién es usted? —preguntó la amazona, bajando ligeramente el arco, pero sin retirar la flecha.

—Solo una vieja hambrienta. ¿Compartirías esta caza conmigo?

Artemisia observó atentamente a la mujer. No parecía peligrosa, por lo que la amazona guardó la flecha en el carcaj y colgó el arco de su hombro.

—¿Vive usted muy lejos? —preguntó mientras recogía los trozos de carne—. Puedo llevarle un pedazo.

—Eres muy amable, niña —agradeció la mujer con una sonrisa—. Vivo en una cabaña no muy distante.

La amazona asintió con un leve movimiento de cabeza y le indicó con un gesto que le mostrara el camino. Siguió a la anciana entre los árboles hasta un pequeño claro donde divisó una vieja cabaña hecha de ramas y cubierta de musgo y barro.

En el exterior había una fogata encendida con un caldero colgado de una horqueta. Artemisia dejó uno de los trozos de carne en el suelo y llevó el otro al interior de la cabaña, siguiendo a la anciana.

El interior era fresco en contraste con la humedad del exterior. En una esquina había una cama de pieles, y sobre una mesa de madera se apilaban frascos, hierbas y varias ollas de piedra.

—¿Vive sola aquí? —preguntó mientras dejaba la carne junto a la mesa.

—Sí, sola —respondió la anciana con una sonrisa mientras vertía líquido de un odre en dos jarros de madera y añadía algunas hierbas.

—¿Y no tiene miedo? —La amazona tomó uno de los jarros y dio un sorbo a la bebida. *Parece vino, pero no lo es*, pensó intrigada, llevándosela a la nariz para olerla.

—¿Por qué debería? —rió la anciana—. La Madre Diosa me protege, y no tengo nada de valor. —Señaló una banqueta de madera, invitando a Artemisia a sentarse.

—¿Es usted sacerdotisa? —preguntó la amazona, curiosa—. ¿De qué diosa? No reconozco el epíteto de “Madre Diosa”. ¿Sería Hera? ¿Anahita? —mencionó a la esposa de Zeus y a la diosa persa del amor.

—La Madre Diosa es más antigua. Es anterior a los dioses persas y griegos; incluso los dioses egipcios son como niños a su lado. Es más poderosa porque no necesita templos ni sacrificios.

Artemisia miró a la anciana con escepticismo.

—Espero que tampoco sea vengativa —murmuró con amargura, recordando la maldición

de la diosa Afrodita.

—Ella es el amor, no la diosa del amor, sino simplemente el amor. Su templo es el sol, la luna, las estrellas y toda la naturaleza —continuó la anciana con los ojos brillando de emoción—. Es el amor de los enamorados, de los padres por sus hijos, de los amigos, o el de un desconocido que ofrece ayuda, como tú has hecho conmigo.

—Quisiera creer en una diosa así...

—Las diosas que mencionaste —añadió la anciana, tomando las manos de Artemisia entre las suyas después de retirarle el jarro, transmitiéndole una sensación reconfortante— son diosas jóvenes. Algún día los hombres dejarán de venerarlas, y como otras antes que ellas, dejarán de existir. ¿Qué son las civilizaciones griega y persa y sus dioses? Cuando aún eran bárbaros, Egipto ya era una nación antigua con un panteón de dioses y diosas. Nuevas civilizaciones alcanzan su apogeo y después caen en la decadencia, al igual que sus dioses y los hombres de corta existencia. Pero el amor, ese es eterno.

La amazona permaneció en silencio, reflexionando. *Sería maravilloso si todo esto no fuera más que un temor infundado de mi parte*, pensó.

—¿Qué te aflige, niña?

Sin saber exactamente por qué, Artemisia se abrió con la anciana, relatándole sobre Perseo, su sueño con los dioses y el miedo de que su amor fuera la perdición y muerte del espartano.

—No temas las maldiciones de los dioses. Si el amor que sientes es verdadero, trasciende el tiempo y el espacio —respondió la anciana, manteniendo firmemente las manos de Artemisia entre las suyas. La miró con tal intensidad que la amazona sintió como si estuviera cayendo en un abismo profundo.

Tal vez fue la bebida, pero el mundo se oscureció a su alrededor. De repente, Artemisia se vio en una tierra extraña. Desde una amplia ventana, distinguió tres pirámides. Supo que estaba en Egipto. Un hombre entró repentinamente en la estancia en la que ella se encontraba. Era Perseo, pero al mismo tiempo no lo era. Sin embargo, el amor que Artemisia sintió en su pecho y el que el hombre transmitía con su mirada era el mismo amor que conocía en el presente.

Sus vidas pasaron ante sus ojos a la velocidad de un latido. Ella era una princesa egipcia, y él, un extranjero, capitán de la guardia.

La visión cambió. Artemisia se encontraba ahora en otra tierra aún más extraña. De nuevo, era un "yo" diferente, y un nuevo Perseo estaba a su lado. Con ellos había dos niños, sus hijos. Artemisia era otra vez una guerrera, y el amor entre ambos había superado innumerables obstáculos^[2].

Otras imágenes surgieron. Una y otra vez, Artemisia y Perseo aparecían en vidas diferentes, su amor venciendo todas las dificultades.

Artemisia salió del trance de golpe, sobresaltada. La anciana seguía sosteniendo sus manos y sonreía serenamente.

—¡Por los dioses! —exclamó, retirando sus manos de entre las de la anciana—. ¿Qué fue eso?

—Eso, niña, es la bendición del amor —sonrió la mujer—. Tú y tu amado son almas gemelas. Desde el principio de los tiempos, cuando fueron creados por el amor, están destinados a buscarse y encontrarse. Lo que viste fue su pasado y su futuro.

—En el futuro me vi con él y dos niños. En mi corazón supe que eran nuestros hijos —murmuró Artemisia, todavía aturdida por la visión de su mayor anhelo: ser madre de los hijos de su amado Perseo.

—Cree en el amor. Puede vencer incluso a la muerte —aconsejó la anciana.

Artemisia se levantó, aún desorientada.

—Yo... yo... —balbuceó—. Necesito irme.

—Ve, niña mía. Que la Madre Diosa te proteja. Y recuerda: no existe sacrificio mayor ante los ojos de la diosa que aquel hecho por amor.

Aturdida, la amazona regresó al campamento al caer la tarde. El sol se ponía en el oeste, tiñendo los campos con un brillo dorado. Decidió no contarle nada a Perseo sobre el extraño encuentro.

Al llegar, la situación seguía igual. Los soldados griegos caminaban con pasos vacilantes, miradas perdidas y pieles pálidas.

Artemisia colocó los trozos de carne del ciervo en un espetón y comenzó a asarlos. El aroma delicioso que desprendía disimulaba el hedor de los excrementos que impregnaba todo el campamento griego.

La amazona observó a Perseo y a sus compañeros acercarse a ella. Estaban como todos los demás: pálidos, con aspecto enfermizo, y ahora ya no reían. Esto empezó a preocuparla.

Si no mejoran, pueden morir, pensó.

A pesar de la situación y del dolor que sentían en sus entrañas, algo en la miel dejaba a los griegos como si estuvieran ebrios.

Laertes se levantó y resbaló, cayendo en un montón de heces blandas, ensuciándose por completo. Todos se rieron hasta que las lágrimas brotaron de sus ojos, incluso el severo espartano no pudo evitar reír a carcajadas. Petrus, mientras se esforzaba por evacuar, soltó

estruendosos ruidos con sus gases, y nuevas carcajadas siguieron.

Después de horas en aquella letrina improvisada, cuando el crepúsculo se acercaba, el grupo se arrastró, pálido como cadáveres, hasta el pequeño campamento bajo el roble.

Encontraron a Artemisia, que estaba preparando una corza, pero solo al ver la comida todos sintieron ganas de volver a las letrinas improvisadas. Por eso, cayeron al suelo, exhaustos y en estado febril.

Perseo sonrió desanimado a Artemisia, que le tocó la cara y se dio cuenta de que estaba ardiendo de fiebre. Nadie quiso comer, ni siquiera Petrus, que tenía un apetito voraz.

Durante la noche, el tormento continuó. Perseo se despertaba sobresaltado varias veces, buscando las letrinas, al igual que sus compañeros. Artemisia solo miraba y sonreía, pero él notaba que la amazona estaba preocupada.

A la mañana siguiente llegaron los vómitos. Perseo apenas se despertó y, sin poder darle los buenos días a Artemisia, dio dos pasos y cayó de rodillas, vomitando violentamente. Luego, se arrastró de vuelta a la cama de pieles, donde permaneció postrado.

Nunca se había sentido tan mal en su vida. Todos se volteaban de lado y vomitaban; algunas veces acertaban a sus compañeros, que apenas tenían fuerzas para insultarse. Ni siquiera el agua se quedaba en sus estómagos. *Si sigo así, voy a morir*, pensó desanimado.

Artemisia se desdoblaba para cuidar de todos. Corría hasta el pequeño pozo que había en la aldea y traía agua fresca que los obligaba a beber. Luego, humedecía trozos de tela e intentaba limpiarlos. La fiebre parecía no ceder, y para intentar aplacarla, les colocaba paños mojados en la frente, tratando de bajar la temperatura de sus cuerpos, que parecían arder como mil hogueras.

La amazona rezó a todos los dioses, pidiendo que Perseo y sus compañeros mejoraran. Si los cólquidas regresaban, destruirían fácilmente al ejército griego, pues pocos estaban en condiciones de luchar.

Mientras cuidaba de Perseo y de sus compañeros, ella se daba cuenta de lo avergonzados y humillados que estaban, pero a la amazona no le importaba atenderlos. *Son mi familia ahora, mis hermanos de armas, y Perseo el hombre que amo*, pensaba, y sonriendo, continuaba ayudándolos, manteniéndolos lo más limpios posible y asegurándose de que bebieran suficiente agua.

—Prefiero vino, Artemisia —se quejaban Diomedes y Petrus cada vez que ella los obligaba a beber agua.

Fueron tres días de sufrimiento atroz. El consumo de miel fue prohibido por los comandantes, y los frascos encontrados fueron quemados. Todos observaban a Jenofonte caminar entre las tropas con la ayuda de un bastón. Estaba pálido como un cadáver, al igual que la mayoría del ejército, mientras que Quirísofo no lograba salir de su tienda. Cuando la amazona lo visitó, él estaba tan debilitado que ella pensó que iba a morir.

Afortunadamente, al final del tercer día, todos empezaron a mejorar y se dirigieron hacia los numerosos arroyos que corrían por las montañas para bañarse. Las tropas que se habían alojado en las aldeas al pie de los montes recibieron una desagradable sorpresa cuando fueron a bañarse: encontraron las aguas contaminadas con los desechos de aquellos que estaban en las cumbres.

El quinto día, el ejército ya estaba en condiciones suficientes para reanudar la marcha. Afortunadamente, ningún soldado griego había muerto, aunque muchos todavía tuvieron que ser transportados en las carretas de suministros, ya que estaban muy debilitados. Quirísofo fue el comandante más afectado y tuvo que ser colocado en una de ellas, pues no tenía fuerzas para cabalgar.

Los griegos partieron dejando atrás los frascos de miel destruidos. Después de ese día, muchos de ellos nunca volvieron a probar la miel.

Capítulo 3

El segundo día de marcha, cuando el sol se acercaba al cenit, el ejército llegó a Trebisonda, ciudad griega sobre el Ponto Euxino^[3], en la Cólquida. Atreu contó que era una de las colonias de la ciudad de Sinope, y que, según la leyenda, fue fundada por comerciantes griegos de Mileto, cuyas fronteras se limitaban a la costa, estando el interior bajo el dominio de otros pueblos.

Los exploradores y emisarios enviados regresaron con la noticia de que serían bien recibidos por el gobernador local, quien estaba impresionado con la jornada del ejército.

La ciudad era grande, y sus murallas, que brillaban bajo el sol del mediodía, llegaban hasta el mar. Una playa de arena blanca se extendía de norte a sur.

¡El mar! Cuánto lo deseaban los griegos, pensó Artemisia. Yo, por el contrario, siento una punzada de tristeza en mi espíritu, estoy cada vez más lejos de mi patria adoptiva y de mis hermanas. ¿Cómo estarán ellas? ¿Cómo habrá sido recibida la pequeña Helena? Por lo que conozco de mis hermanas, ella será muy bien cuidada y, con el tiempo, se convertirá en una amazona. ¿Volveré algún día a verlas?

El ejército griego se detuvo, observando el mar a lo lejos.

Muchos soldados, emocionados, tenían el rostro empapado de lágrimas. Un soldado anónimo dejó caer su escudo y lanza al suelo y comenzó a correr hacia el mar. Fue suficiente para que el ejército lo siguiera, como si Artajerjes y todo el imperio persa estuvieran pisándoles los talones.

Perseo corría, sujetando firmemente la mano de Artemisia, tirando de ella para seguirlo. La amazona disimuló su tristeza, no quería preocuparlo, así que lo siguió.

Se detuvieron, jadeando, a unos pasos del rompiente, las olas morían suavemente en la playa. Perseo y sus compañeros se miraban en silencio, boquiabiertos. Diomedes fue el primero en despojarse por completo y correr hacia el mar, sumergiéndose en las olas. Varios soldados lo imitaron.

Artemisia no pudo evitar sonreír ante la felicidad de todos, parecían niños que veían el mar por primera vez. Ella se quitó la coraza y las grebas, dejándolas en la arena junto con sus espadas, arco y carcaj de flechas. Fue la única que no abandonó las armas.

—¡Vamos, Perseo, vamos a zambullirnos! —animó la amazona, vistiendo solo su túnica.

Sonriendo tontamente, Perseo se desnudó, quedándose tan desnudo como sus compañeros. Tirando de ella de la mano, corrieron hacia el mar. El agua estaba fría y deliciosa. Ambos se sumergieron entre las olas, saltando y chapoteando como niños.

Todos reían y gritaban unos a otros. Después de un rato, salieron del mar y se tumbaron en la arena blanca, calentándose al sol del principio de la tarde.

Artemisia, con la túnica empapada por el agua del mar, se tumbó en la arena junto a Perseo, su cuerpo destacándose bajo la tela.

—Si estuviéramos solos, no resistiría —sonrió.

La amazona sonrió de vuelta y acercó la cabeza de Perseo a la suya, y sus labios se encontraron en un beso largo.

—Estoy feliz de que estés conmigo —dijo Perseo, después de separarse.

—Y yo, feliz de estar contigo.

Con mucho esfuerzo, los oficiales consiguieron que los soldados se levantaran y se pusieran en formación, incluso Georgios tardó un poco en obedecer las órdenes y obligar a su pelotón a formar filas.

Reavivados, los espartanos recuperaron sus ropas y armas, y marcharon felices hacia la ciudad, donde acamparon fuera de sus murallas, mientras los comandantes se hospedaban en la casa del gobernador local.

Finalmente, la jornada parecía estar llegando a su fin. Pensó Perseo, caminando de la mano con Artemisia. Si conseguimos suficientes embarcaciones, pronto estaremos en Grecia.

Los trebizondinos recibieron al ejército griego como a hermanos queridos que hacía mucho tiempo no veían. Trajeron muchos obsequios para las tropas: bueyes, ovejas, harina de cebada, vino, legumbres y frutas. También instalaron un gran mercado en el centro del campamento griego, donde los soldados podían negociar.

Los colonos griegos ofrecieron varios bueyes para ser sacrificados a los dioses, y los sacerdotes prepararon un holocausto en honor a Zeus Salvador, a Hércules, que los había guiado, y a otros dioses y diosas.

La pareja montó su tienda. El hecho de que Perseo compartiera una con Artemisia no causaba sorpresa, todos sabían que estaban casados. La presencia de Artemisia entre los espartanos era aceptada de forma natural, y nadie se atrevía a faltarle al respeto, ya que su valentía y coraje eran bien conocidos. Los compañeros de Perseo la trataban como a una hermana menor, siempre dispuestos a defenderla de cualquier amenaza, aunque ella misma era perfectamente capaz de defenderse. Para la amazona, esa atención era agradable, algo que había perdido cuando su hermano fue asesinado, él que siempre la había protegido.

Dentro de la tienda, se amaron, mientras el sonido del bullicio de un campamento en

celebración llegaba hasta ellos a través de la lona de la tienda. Incluso podían oír la risa estridente de Diomedes, ya que algunas mujeres habían aparecido en el campamento, ansiosas por conseguir algunas monedas.

Después del amor, permanecieron entrelazados, recuperando el aliento. En esos momentos, Artemisia experimentaba una sensación total de paz, olvidada de su ansia de venganza y de las dudas sobre el futuro. *Lo único que importa es el aquí y el ahora.*

—Estamos cerca de Grecia —Perseo acarició el cabello de la amazona después de un largo silencio.

—Si el ejército sigue por tierra, descendiendo por Asia, pasaremos cerca de la satrapía de Caria —murmuró la amazona.

Caria era una de las satrapías que Tisafernes gobernaba por mandato de Artajerjes. Comenzaba en la costa jónica, cerca de la ciudad de Mileto, y descendía a lo largo de la costa hacia la ciudad de Telmesso, con Halicarnaso, la ciudad natal de Artemisia, situada entre ambas. La colonización griega solo había alcanzado la costa, mientras que el interior seguía bajo el control de los cariotas, organizados en numerosas villas y federaciones locales hasta que fueron incorporados al Imperio Persa.

—Ahora estamos casados, nuestros caminos son uno solo, debemos decidir juntos lo que haremos —le recordó Perseo las palabras del sacerdote durante la ceremonia de matrimonio.

Artemisia sostuvo la mirada de Perseo.

Estamos casados, pero aún no he decidido qué camino tomar. Por un lado, lo que más deseo es olvidar el pasado y partir con él hacia Grecia o algún lugar lejano. Pero, por otro lado, no consigo olvidar que Tisafernes envió a Otanixos a Halicarnaso para que se hiciera pasar por espartano en un intento de hacer que mi ciudad se aliara con el Imperio Persa.

Por culpa de la política, mis padres y mi hermano fueron asesinados y mi cuerpo violado. Eso es algo que, por más que intente, no consigo olvidar.

A veces, Artemisia tenía pesadillas en las que revivía lo sucedido; el rostro de Otanixos sobre el suyo, su mirada cruel mientras la violentaba, pero no era él joven, sino con la edad que tenía ahora. En esas noches, despertaba a medianoche, tapándose la boca con las manos para evitar gritar y despertar a Perseo, quien dormía a su lado.

Otanixos, por orden de Tisafernes y Artajerjes, envió a sus asesinos para matar a Ciro, pero solo lograron causar la muerte de Mardoc, mi padre adoptivo. Fue Otanixos quien asesinó a la mujer y la hija de Artapates, violándolas antes. ¿Por cuántas otras muertes sería responsable?

Y luego está Artajerjes, que está fuera de mi alcance, en el interior del Imperio Persa. Lo culpo tanto como a Tisafernes por el asesinato de Mardoc y la muerte de Ciro.

Sé que Perseo se preocupa por mí y estoy segura de que me acompañará dondequiera

que vaya, pero, ¿estoy dispuesta a arriesgar su vida?

—Una parte de mí desea más que nada matar a Tisafernes, vengar a mi rey y a mis hermanas, cuyas sombras a veces atormentan mis sueños —respondió, guardando sus pensamientos y dudas para sí misma—. Pero, por otro lado, deseo más que nada vivir en paz contigo, lejos de los horrores de la guerra.

—No importa lo que decidas, siempre estaré a tu lado —Perseo sostuvo delicadamente el mentón de Artemisia para mirar sus hermosos ojos azules.

¡Cómo lo amo! Pensó ella, mientras lo besaba con pasión. Por eso, tengo que ser la causante de su muerte.

Esa noche, Perseo tardó mucho en dormir, pensando en lo que el futuro les deparaba.

Al amanecer del día siguiente, los comandantes reunieron al ejército en la orilla del mar. Durante la noche, se había montado un altar con grandes bloques de rocas.

Los sacerdotes oraron a los dioses, agradeciendo nuestra llegada al mar. Sacrificaron víctima tras víctima, cortándoles las gargantas, luego les abrieron el vientre para extraer las entrañas y las arrojaron a los braseros. La sangre manchó la arena de la playa, pero pronto fue dispersada por las olas del mar, que retrocedían teñidas de rojo.

Los sacerdotes y sus acólitos entonaron cánticos de agradecimiento:

—Zeus, muy honrado, Zeus imperecedero; nosotros, aquí, ofrecemos esta oración y testimonio expiatorio. ¡Oh rey, por tu frente brilla todo lo divino: la diosa madre Tierra, los picos altísimos de las montañas y de todo el mar, así como ordena el interior del cielo! Zeus Cronio, rey de los rayos, de corazón brutal, progenie de todo, principio de todo, fin de todo, movedor de la tierra, aumentador, purificador, movedor de todo, fulgurante, tronante y relampagueante Zeus creador. ¡Escúchame, forma mutable, danos salud impecable, paz divina y la fama irreprochable de la riqueza!

—A Hércules, hijo de Zeus, cantaré, el mejor de los hombres en la tierra; en Tebas de hermosos coros, te engendró Alcmena, unida a la nublada Cronida, antes por tierra y mar inefables, errante por las órdenes de Euristeo, soberano que cumplió muchas temeridades, resistió muchas. Pero hoy, en la bella sede del nebuloso Olimpo, habita jubiloso y tiene a Hebe de hermosos tobillos. ¡Salve, soberano hijo de Zeus: concédenos virtud y prosperidad!

Las carnes de las víctimas fueron asadas en grandes espetos a lo largo de la orilla, y el ejército se banquetearon durante todo el día. Grandes ánforas de vino fueron distribuidas entre las tropas.

Los heraldos anunciaron que el gobernador local ayudaría en la organización de los juegos para celebrar la llegada del ejército, encargándose de la organización un espartano llamado Dracón. Atreu contó que él había sido desterrado de Esparta por haber matado, cuando era niño, a otro niño durante un juego con un puñal. Si hubiera matado a un niño ilota, nada habría pasado, pero mató a un niño espartano y por eso fue desterrado.

Perseo le había contado a Artemisia qué eran los ilotas y que Elana, la madre de su hijo, era una de ellas.

Cuando la amazona escuchó por primera vez esa parte de la vida de él, actuó movida por los celos y lo expulsó de su tienda. *Solo cuando casi lo perdió en el desierto fue cuando logró vencer su orgullo herido, pero aún le molestaba el hecho de que él hubiera amado a otra antes que a ella y que ella le hubiera dado un hijo, algo que ella nunca podría darle.* Pensó la amazona, *pero Perseo rara vez hablaba de ellos, solo cuando ella lo instigaba a hacerlo.*

Laertes se inscribió en las pruebas de carrera y se coronó campeón, recibiendo una copa de plata como premio. Perseo le había contado a la amazona que él fue campeón cuando Ciro apoyó a Xénias para celebrar juegos en Persia durante la marcha del ejército. Ella recordaba el festival, que tuvo lugar días antes de que se encontraran en un bosque en la ciudad de Oleiros.

Petrus se inscribió en la prueba de lucha y ganó, recibiendo también una copa de plata. Hubo pruebas de tiro con arco y Perseo y sus compañeros animaron a Artemisia a participar.

—Vamos, Artemisia, sé que serás la campeona, inscríbete, apostaré todos mis ahorros por ti —la animaba Diomedes.

La amazona se inscribió y, mientras se dirigía al lugar de las pruebas, en la orilla del mar, escuchaba los murmullos de admiración de la población trebizondina que había acudido en masa a disfrutar de los juegos.

Los objetivos, que consistían en un palo de la altura de un hombre, con una cabeza hecha de enredaderas de sarmientos, estaban alejados varios pasos de la línea de tiro.

Cada arquero debía disparar una flecha; quien acertara debía alejarse diez pasos y disparar nuevamente, hasta que quedara uno solo. Diez arqueros se inscribieron, y al final quedaron Artemisia y un hombre de mediana edad, un oficial cretense del cuerpo de arqueros. Los cretenses eran considerados los mejores arqueros de Grecia.

Ambos se alejaron diez pasos más, el objetivo ahora era un diminuto punto en la distancia, y a otros veinte pasos estaría fuera de alcance. El cretense se preparó, hizo puntería y disparó su flecha; la amazona la observó describiendo un arco en el cielo y cayendo en la arena al lado de la estaca.

Un murmullo de decepción se elevó desde el público.

Artemisia preparó su flecha y hizo puntería, la distancia era demasiado larga para un tiro directo. Sus pies estaban separados en una posición cómoda que le brindaba equilibrio. Lentamente, tensó la flecha con tres dedos en la cuerda del arco y la levantó, apuntando hacia lo alto, calculando la trayectoria, la distancia y la brisa marina que soplaba.

Respirando profundamente, como le había enseñado Ikarnas años antes, Artemisia simplemente relajó los tres dedos al mismo tiempo, dejando que la cuerda escapara de su mano. Sintió el leve desplazamiento de aire y, sin moverse, observó cómo la flecha cruzaba el cielo en

una larga parábola hasta que se clavó en el objetivo.

Los espectadores estallaron en gritos de júbilo, Perseo corrió hasta Artemisia y, sonriendo como un niño, la abrazó levantándola del suelo.

La amazona recibió como premio una copa de oro.

Mientras era rodeada por Perseo y sus compañeros, además de varios otros soldados del regimiento, un heraldo se acercó a ella invitándola a unirse a los oficiales y nobles de la ciudad para un banquete, pero Artemisia rechazó educadamente, prefiriendo quedarse con su amado y sus amigos. Para orgullo de él y regocijo de sus compañeros.

Al día siguiente, Artemisia participó en la prueba de carreras de caballos, que también se disputaría en la orilla de la playa. Diomedes nuevamente la animó a participar y le consiguió un hermoso caballo castaño. La amazona lo examinó con atención.

—Parece rápido, ¿dónde lo conseguiste? —preguntó interesada.

—Un noble me lo prestó —rió—. Se impresionó contigo y, al saber que eras una amazona, prácticamente me suplicó que te convenciera para que usases su caballo.

La prueba consistía en salir desde la orilla del mar, dar una vuelta alrededor de los muros de la ciudad y regresar al punto de partida. La multitud era aún mayor que la que había asistido a las pruebas del día anterior, había gente sobre los muros para ver, además de aquellos que estaban en la playa.

Artemisia se dirigió al lugar de salida, había unos quince jinetes, algunos griegos, pero la mayoría eran habitantes de la ciudad y la región.

Se alinearon en una fila sobre la arena de la playa, la amazona ocupaba la cuarta posición de derecha a izquierda.

Los competidores debían correr en línea recta hasta alcanzar la ciudad, luego seguirían al lado del muro y al final darían una vuelta alrededor de un gran roble que se encontraba en el campo, para luego regresar por el mismo camino.

Perseo la acompañó hasta la línea de salida sosteniendo las riendas del caballo, al entregárselas sonrió.

—Buena suerte.

—Gracias —la amazona se inclinó sobre la silla y lo besó rápidamente en los labios.

El gobernador local se posicionó en un lugar desde donde todos los competidores pudieran verlo y primero agitó un pañuelo rojo para llamar la atención; cuando lo lanzó al aire, Artemisia golpeó el flanco de su caballo, que ya estaba impaciente por partir, y con un salto disparó en línea recta, seguida por los demás competidores.

El estrépito de los caballos se mezclaba con los gritos de los espectadores, el viento en el rostro de la amazona le traía un sabor salado en la boca, su cabello estaba atado al estilo de las Amazonas en una trenza apretada, y llevaba solo una túnica hasta la altura de las rodillas y un cinturón que ceñía su cintura.

Artemisia se acercó al muro de la ciudad en cuarto lugar, el caballo era realmente excelente y aún no lo había incitado a alcanzar su velocidad máxima.

La amazona se mantuvo cerca de los tres primeros puestos, seguida de cerca por tres jinetes de la ciudad. Cuando comenzaron a recorrer la extensión del muro, Artemisia se dio cuenta de que los jinetes detrás de ella imprimían un ritmo mayor. Uno de ellos, con una sonrisa en los labios, se emparejó a su lado y comenzó a guiar su caballo hacia el de ella, tratando de hacer que la amazona chocara contra el muro.

Durante sus años con las Amazonas, Artemisia había pasado más tiempo sobre una silla de montar que de pie en el suelo, conocía todos los trucos, y cuando el jinete volvió a embestir, la guerrera tiró ligeramente de las riendas y dirigió su montura hacia la izquierda, cruzando por detrás del caballo de su adversario, que pasó delante de ella y se estrelló contra el muro con un estruendo. Su grito de dolor y los relinchos desesperados del pobre animal se mezclaron con los gritos de sorpresa de los espectadores que observaban la carrera junto al muro de la ciudad.

La multitud estalló en vítores, y la amazona instó a su caballo a aumentar la velocidad, acercándose nuevamente a los cuatro jinetes que iban adelante, ya que uno de ellos se había aprovechado para adelantarla.

Dejaron el muro en dirección oeste y, a gran velocidad, dieron la vuelta alrededor de un gran roble que estaba en el campo, a cientos de pasos de la ciudad. De reojo, Artemisia vio a los niños colgados de las ramas, gritando animadamente para alentar a los competidores.

Ahora estaba prácticamente pegada al primer lugar, en medio de otros dos jinetes.

Mientras cruzaban nuevamente por la lateral del muro, los dos jinetes intentaron apretarla entre ellos. Uno de ellos llegó a golpearla en el brazo con un pequeño látigo. Cuando intentó repetir la maniobra, Artemisia se agachó, pegando su cuerpo al cuello de su caballo, y le dio una patada violenta con la pierna derecha, acertando en su cintura y haciendo que cayera al suelo, rodando, mientras su caballo disparaba adelante dejándolo atrás.

Artemisia ya veía el final del muro lateral y, levantándose unos centímetros sobre la silla, inclinó su cuerpo hacia la cabeza de la montura y la instó en escita, dándole algunos golpecitos en el cuello.

El caballo aumentó la velocidad y adelantó al primero, ahora estaban nuevamente en la orilla marítima. Su corazón latía al mismo ritmo de las patas de la montura, que levantaban la arena con el impacto.

Faltaban solo unos pocos pasos, y ya podía escuchar a los espectadores gritar en celebración. Artemisia se enderezó en la silla, abrió los brazos y controló la montura con la presión de sus piernas, como tantas veces lo había hecho en las llanuras de Escitia.

El sol incidía sobre su rostro, y la amazona cerró los ojos sintiendo su calor. El viento acariciaba su cuerpo, trayendo partículas de sal marina a sus labios. Sentía su corazón vibrar de felicidad, y así cruzó la línea de meta con más de diez cuerpos de ventaja sobre el segundo clasificado.

Perseo corrió hacia Artemisia, quien al verlo acercarse, desmontó ágilmente y corrió hasta sus brazos. El espartano la levantó del suelo sonriendo y la descendió pegada a su cuerpo. La amazona lo abrazó por el cuello, atrajo su rostro hacia el suyo y notó que sus ojos brillaban de orgullo. Entonces, lo besó apasionadamente.

¡Dioses! ¡Qué bueno es sentirme viva! ¡Amar y ser amada! Pensó.

Diomedes, con sus apuestas, consiguió para todos ganancias suficientes para abastecerse en el mercado con lo mejor que había: carne fresca, vino sinope y frutas.

Petrus y Diomedes lanzaban frutas parcialmente comidas a los demás soldados, que los insultaban, pero bastaba que Petrus se levantara para que retrocedieran temerosos.

Esa noche, Artemisia amó a Perseo con una pasión arrolladora, como una celebración del sentimiento de estar viva. Al alcanzar el clímax, cayó sobre él, sintiendo su corazón latir descontroladamente. Perseo la apretó contra su cuerpo, como si no deseara soltarla nunca más.

—Te amo —murmuró Perseo al oído de la amazona.

—Te amo —lo miró fijamente.

La pareja durmió sin importarles el bullicio que ocurría fuera de la tienda.

Las celebraciones duraron dos días más.

Capítulo 4

Al tercer día después de la conclusión de los juegos, se convocó una asamblea de los soldados. Todos se reunieron en la orilla de la playa para decidir qué hacer después de haber llegado al mar.

Antileón, de Tiria, fue el primero en tomar la palabra:

—Mi opinión, compañeros, es que estoy cansado de cargar con el equipo, cansado de marchar y correr, cansado de llevar las armas, mantener la formación, hacer guardias, luchar. Ahora que estamos junto al mar, ¿por qué no tomar un barco y llegar a Grecia como Odiseo, acostado en la cubierta, respirando aire fresco? —dijo, citando al héroe griego del poema épico La Odisea, en el que se relatan sus hazañas tras la guerra de Troya y su viaje de diez años por los mares tratando de regresar a casa.

Estas palabras provocaron un gran alboroto y los soldados gritaron:

—¡Así debe ser, vamos por mar!

Un segundo orador apoyó la idea de Antileón, de manera aún más decidida, afirmando que, aunque habían logrado escapar del ejército de Artajerjes, aún estaban demasiado cerca de su imperio. Los soldados reunidos aplaudieron con más entusiasmo.

Quirísofo se levantó y dijo:

—Griegos, soy amigo de Anaxibio, quien ahora ocupa el puesto de almirante. Si están de acuerdo, iré a hablar con él en su nombre, y espero regresar con trirremes y los transportes necesarios. Como desean embarcarse, les pido que esperen mi regreso; no debería tardar mucho.

Los soldados aplaudieron y estuvieron de acuerdo en que el general partiera lo antes posible.

Luego, fue el turno de Jenofonte para hablar:

—Mientras Quirísofo va por los barcos, nosotros permaneceremos aquí. Por lo tanto, quiero hablarles de lo que conviene hacer durante este tiempo. En primer lugar, tenemos que salir a buscar provisiones por estas tierras enemigas, donde sea que las encontremos. El mercado y la ciudad no son suficientes para abastecernos, y pocos de ustedes están en condiciones de pagar. Mi sugerencia es que saquemos provecho de las tierras de los cólquidas y sus vecinos. Debemos ir en grupos y nunca alejarnos demasiado de nuestro campamento.

La asamblea de soldados estuvo de acuerdo con la sugerencia, y Jenofonte continuó:

—Escuchen bien: iremos a saquear, pues no hay otra opción. Sin embargo, aquellos que lo hagan deben informar a sus capitanes y comandantes a dónde se dirigen, de modo que

podamos estar prevenidos ante cualquier eventualidad y, en caso necesario, podamos enviar ayuda.

El general ateniense prosiguió al ver la aprobación de los soldados:

—Consideren esto: el enemigo podría atacar nuestro campamento, saquearlo y esclavizar a quienes capturen. Estaría en su derecho. Fuimos nosotros quienes primero saqueamos sus tierras. Ellos habitan en las altas colinas y montañas, y nosotros estamos aquí abajo, en la costa, por lo que es absolutamente necesario colocar centinelas alrededor del campamento. Si estamos alerta, habrá pocas probabilidades de ser sorprendidos por los enemigos. Otro punto que quiero que consideren: si tuviéramos la certeza de que Quirísofo regresará con suficientes barcos para transportarnos, sería excelente, pero supongamos que no es así. En ese caso, lo mejor será que procuremos nosotros mismos el mayor número de barcos posible. Si Quirísofo trae solo unos pocos, con los que consigamos podremos transportar al ejército. Si no trae nada, utilizaremos lo que tengamos. Desde aquí podemos ver muchos barcos pasando cerca de la costa. La cuestión es que la ciudad de Trebisonda nos proporcione algunos barcos de guerra. Con ellos, iremos a capturar los barcos mercantes y los tomaremos para nuestro propio uso, preparándonos para cuando regrese Quirísofo.

La asamblea estuvo unánimemente de acuerdo con la propuesta.

—Y ahora que están de acuerdo —dijo Jenofonte—, debemos cubrir los gastos de Quirísofo y fijar previamente el salario que los hombres recibirán por el viaje hacia Grecia; para que ellos no sufran pérdidas y nosotros para saber que podemos contar con ellos. También pienso que, en caso de no conseguir los barcos mercantes necesarios, deberíamos pedir a las ciudades marítimas que reparen las carreteras en mal estado. El terror que inspiramos y el deseo de deshacerse de nosotros los llevará a aceptar nuestra solicitud y permitirnos el paso.

Esta vez, la decisión no fue unánime; muchos ya no deseaban marchar por tierra, aspirando a un viaje marítimo, que sería más rápido y tranquilo, libre de las preocupaciones de atravesar tierras enemigas. Sin embargo, no había alternativa en ese momento.

En los días siguientes, se hicieron los preparativos y Quirísofo partió en una trirreme.

El gobernador de Trebisonda cedió un barco de cincuenta remos, cuya comandancia confiaba a Dexipo, de Laconia, para que capturara navíos. Pero tan pronto como asumió el mando de la nave, desertó del Ponto Euxino con sus seguidores, esclavos y los botines que había obtenido en la jornada. Más tarde, recibió el castigo que merecía por su traición; involucrado en una intriga en la corte de Seutes, en Tracia, fue asesinado por Nicandro, su compatriota.

Además de este barco, Jenofonte consiguió otro de treinta remos, que quedó bajo el mando de Policrates, de Atenas. Con una tropa de peltastas, arqueros y marineros nativos, comenzaron a piratear la costa, capturando varios barcos para la ciudad de Trebisonda, donde descargaban su carga y anclaban los barcos en las arenas de la playa.

Se formaron diversos grupos para saquear las tierras más allá de las fronteras de la ciudad de Trebisonda. Algunos tuvieron éxito, pero varios tuvieron que retirarse con grandes bajas. El dinero que Perseo y sus compañeros habían ganado apostando en los juegos se estaba agotando,

y pronto tendrían que salir a saquear, ya que los suministros comenzaban a escasear y los precios en el mercado aumentaban desmesuradamente.

En las regiones limítrofes ya no quedaba nada que saquear, y los grupos se veían obligados a viajar cada vez más lejos.

Jenofonte, dándose cuenta de la situación que amenazaba con dispersar las tropas griegas por la región y debilitar así al ejército, contrató guías en Trebisonda y dividió sus fuerzas en dos. Una permaneció en el campamento como precaución contra los cólquidas, quienes, expulsados de sus hogares y tierras, esperaban el primer signo de debilidad para atacar el campamento griego. Con la otra, decidió atacar a los drilas, una nación que se encontraba a varios días de viaje del campamento griego, un pueblo belicoso que habitaba en una región accidentada y agreste.

Con una tropa de dos mil hoplitas, mil peltastas, quinientos arqueros, doscientos fundíbulos y doscientos caballeros, además de una compañía de ingenieros de combate encargados de las máquinas de asedio construidas en Trebisonda, la tropa partió bajo el mando de Jenofonte.

Perseo intentó disuadir a Artemisia de acompañarlos:

—Quédate en el campamento —pidió—. Es más seguro.

—¿Qué me tomas, Perseo? ¿Por una de esas mujeres que, tras casarse, se someten a sus maridos, quedando sumisas en el hogar, esperando que regresen con el botín de las guerras? —respondió, irritada—. Soy una amazona, mi lugar es a tu lado en la batalla.

Artemisia conocía bien la situación de la mujer griega, pues fue criada en la cultura helénica hasta los doce años. Las mujeres de Grecia no podían participar en los debates públicos y políticos, aunque se les permitía asistir a fiestas religiosas, obras teatrales y visitar santuarios y oráculos. Los sacrificios a los dioses les estaban prohibidos, ya que se trataban de rituales exclusivamente masculinos. Tampoco podían tener propiedades ni administrar negocios, estando siempre bajo la tutela de sus maridos o parientes masculinos más cercanos.

Las mujeres casadas debían usar velos para salir de sus casas, de donde no salían solas y no podían hablar con nadie en el camino. Fuera de casa, de hecho, ninguna actividad estaba destinada a una dama griega de buena familia, salvo que fuera pobre y necesitara un trabajo remunerado; además, no recibían educación alguna. Si una mujer era encontrada en una fiesta, lo más probable es que fuera una cortesana. Debían permanecer en casa, encargándose de lavar y coser la ropa del marido, cuidar los quehaceres domésticos y criar a los hijos.

Incluso en Esparta, donde Atreu decía que la situación de las mujeres era mejor que en Atenas, no gozaban de completa libertad. Recibían un entrenamiento riguroso desde la infancia, pero el objetivo, en este caso, era que se convirtieran en esposas y madres ejemplares, de acuerdo con la mentalidad militarista espartana.

A diferencia de lo que ocurría en otras ciudades griegas, la educación de las mujeres espartanas reprimía habilidades como la danza y la música, valorando actividades como la

gimnasia y los deportes. Disfrutaban de una mayor libertad que las atenienses, pudiendo incluso dedicarse al comercio en condiciones prácticamente iguales a las de los hombres, pero también debían ser sumisas y obedientes, primero al padre y luego al marido.

En el Imperio Persa, las mujeres eran mejor valoradas y consideradas, algunas llegaron incluso a ocupar posiciones destacadas. Mardoc me había enseñado sobre la vida de la Reina Ester, esposa del rey Jerjes, quien lo ayudó en la administración del Imperio; Pantea, que fue comandante de la Guardia Inmortal de Ciro el Grande, esposa del General Aryasb, y compatriota de la amazona Artemisia de Halicarnaso, comandante en jefe de la marina persa que luchó al lado del rey Jerjes.

¿Sería que si mi compatriota Artemisia se hubiera aliado con los griegos, la habrían aceptado como comandante militar? Lo dudo. ¿Y si mis padres no hubieran sido asesinados? ¿Cuál habría sido mi destino? Probablemente me habría casado con algún pequeño propietario de tierras o comerciante de Halicarnaso.

Si Mardoc, que era un hombre ilustrado y culto, no me hubiera encontrado, probablemente, si no hubiera muerto, mi destino habría sido convertirme en cortesana, pues no tenía familia y había sido violada. Pero Mardoc me rescató y durante un año me educó, enseñándome a leer y escribir, me instruyó sobre la historia y geografía del Imperio y más allá de él, me enseñó cómo comportarme en la corte y en el trato con nobles y siervos.

—En el fondo, todos somos iguales; cuando morimos ocupamos el mismo espacio de tierra, los huesos del más humilde esclavo no se diferencian en nada de los del rey de toda Persia. Ser educado y cortés con todos, sin importar su origen, eso sí agrada a los dioses más que ceremonias y sacrificios —me explicó Mardoc.

Cómo lo extraño.

¡No! Yo conquisté mi derecho a ser guerrera con años de sangre, sudor y lágrimas. Amo a Perseo, pero jamás me sometería a ningún hombre, ni siquiera a mi esposo.

Perseo notó la irritación de Artemisia.

—Perdóname, solo me preocupo por ti porque te amo demasiado —dijo, apaciguándola, abrazándola y besando sus labios con ternura, pero al principio la amazona rechazó el cariño, aunque pronto lo correspondió y sonrió.

—No pienses que te vas a librar de mí, Perseo —Artemisia dio un leve golpe en el pecho del espartano.

Perseo sonrió y asintió, y pronto estaban preparando sus equipos para partir nuevamente hacia los duros trabajos de Ares.

Después de tres días de marcha, el ejército entró en el territorio de los drilas. El paisaje era deprimente, el terreno accidentado, con muchas piedras y rocas que emergían del suelo, y arbustos espinosos en medio de una hierba alta y seca.

Los exploradores regresaron informando que los drilas habían abandonado sus aldeas incendiándolas, así como los campos circundantes, dejando una tierra arrasada. La caballería y las compañías de peltastas que se adelantaron lograron apoderarse de algunas decenas de vacas, bueyes, cerdos y cabras salvajes.

Los guías informaron que los drilas mantenían su capital en el interior de sus tierras. Se trataba de una ciudad fortificada, situada dentro de una profunda y abrupta garganta. El único acceso era por un estrecho camino que pasaba entre los acantilados. La ciudad estaba protegida por murallas de madera que recorrían de un extremo a otro los acantilados de la garganta, formando una media luna.

El fondo de la ciudad terminaba en otro acantilado abrupto. Había un foso que rodeaba la muralla y, antes de este, varias empalizadas de madera puntiaguda servían como primera línea defensiva. En este lugar, los drilas se refugiaban y almacenaban sus riquezas y ganado cuando eran atacados.

El ejército marchó siguiendo a los guías. Tres compañías de peltastas, con cerca de quinientos soldados y cien caballeros, fueron enviados adelante. Un largo tiempo después, los caballeros regresaron informando que los peltastas sorprendieron a los drilas, dirigiendo sus manadas de ganado y una fila de carretas cargadas con todo lo que poseían de valor.

Bajo el mando de Antífon, de Tebas, atacaron el convoy e intentaron tomar la ciudad. Sin embargo, los drilas, atrincherados en las torres y empalizadas, lograron repeler el ataque, obligando a los griegos a refugiarse entre las rocas y los bordes de la garganta. Así se creó un estancamiento: los griegos no contaban con fuerzas suficientes para tomar la ciudad, pero no podían retroceder, ya que los drilas avanzaban atacando la retaguardia.

El camino era tan estrecho que solo permitía el paso de uno a uno. La caballería no podía maniobrar en ese espacio reducido y retrocedió hasta la entrada de la garganta.

Jenofonte avanzó hasta la entrada y se reunió con los demás capitanes para trazar una estrategia. Retirar a los peltastas implicaría muchas bajas, mientras que avanzar con la infantería pesada para tomar la ciudad parecía más ventajoso.

Se dieron las órdenes y, en fila india, los hoplitas avanzaron por el estrecho camino. Artemisia, nuevamente detrás del pelotón de Perseo, armada con su arco y flecha, recibió el mando de una compañía de arqueros debido a su habilidad y valentía.

Tras una breve caminata por el angosto sendero entre los acantilados de la garganta, los soldados llegaron al otro extremo y pudieron dispersarse entre las piedras y el terreno abierto que rodeaba la plaza fuerte.

Admeto ordenó que los pelotones del regimiento se dispersaran y se unieran a los peltastas que estaban atrincherados en las empalizadas y las rocas que habían conquistado.

Observándolos desde las murallas de la ciudadela, los griegos podían ver a los drilas armados con dardos y arcos, esperando el ataque.

Artemisia organizó a sus arqueros junto a una compañía de fundíbulos, justo detrás de la infantería, para proporcionar cobertura al avance de los hoplitas. Mientras se preparaban, ella se acercó a Perseo, que estaba a pocos pasos de su posición.

—Cuidate, Perseo —la amazona lo besó en la boca, lo que provocó risas y burlas entre sus compañeros.

—Parece que Afrodita te ha hechizado —comentó Atreu, riendo al ver la expresión tonta en el rostro de su compañero—. Ustedes dos deberían hacer un sacrificio a la diosa para agradecer, es raro encontrar un amor así.

Un escalofrío recorrió la espalda de Perseo al recordar el sueño de Artemisia y, mentalmente, prometió sacrificar a Afrodita y Ares, rogando para que bendijeran su amor. Artemisia tuvo el mismo pensamiento.

Debo hacer un sacrificio a la diosa. Si está molesta conmigo por haber elegido seguir a Ares en lugar de ella, tal vez un sacrificio calme su ira. Los sueños y visiones que tuve constantemente vienen a mi mente. La amazona apartó esos pensamientos. Debo concentrarme en la batalla que está por comenzar.

Ya pasaba del mediodía. El plan trazado por los generales era simple: los soldados de la ingeniería y algunas compañías de peltastas debían llenar el foso con piedras, bajo la protección de la infantería pesada hoplita, para que pudieran escalar las murallas.

Bajo el mando de Jenofonte, los soldados comenzaron a cantar el peán en honor a Hércules y Ares.

Las trompetas dieron la señal y avanzaron a paso acelerado por el terreno accidentado. Los drilas empezaron a lanzar dardos, flechas y piedras en dirección a los griegos. En formación lo más compacta que el terreno permitía, avanzaron protegiéndose con los escudos. Los ingenieros de combate y los peltastas, cargando piedras, seguían con el cuerpo pegado a ellos.

Perseo y sus compañeros sentían el impacto de las flechas y dardos en sus escudos. Los arqueros, peltastas y honderos respondían lanzando proyectiles sobre las murallas de la ciudadela drila. Con gritos de guerra, los griegos superaron las empalizadas, protegiendo a los ingenieros y peltastas que llenaron los fosos con troncos y piedras.

Agasias, de Estínfalo, y Filóxeno, de Péleno, soldados de un pelotón vecino al de Perseo, lograron llegar primero a la muralla. Con la ayuda de sus compañeros, saltaron por encima de ella, que no era más alta que dos hombres apilados, atacando a los drilas en el parapeto.

Laertes avanzó de inmediato, y con la ayuda de Petrus, que lo levantó con sus poderosos hombros, también alcanzó el parapeto del muro, entrando en combate con los drilas que lo custodiaban. Diomedes lo siguió, y Perseo fue detrás de él. Pronto todo el pelotón consiguió

escalar con la ayuda de Petrus. Por último, Atreu y Georgios lo levantaron.

En la muralla, el combate fue encarnizado. El parapeto era estrecho y solo cabían dos soldados a la vez. Laertes y Diomedes, luchando como una pareja, mantenían un lado del parapeto, mientras que otros dos soldados del pelotón defendían la retaguardia. Georgios ordenó que el resto saltara al otro lado.

Perseo miró hacia abajo y vio que varios drilas ya se posicionaban para enfrentarse a los griegos. Con un salto, cayó sobre el cuerpo de un soldado, lanzando su lanza y acertando en el cuello del enemigo. Al impactar con el suelo, su lanza se rompió. El joven espartano rodó por el suelo, usando su escudo para protegerse, y se levantó, sacando su espada a tiempo para interceptar un golpe dirigido a su cabeza. Pero antes de que pudiera contraatacar, Atreu ya había atravesado el cuello del drila atacante con su espada.

Cada vez más griegos saltaban sobre los muros, entrando en combate con los drilas.

Algunos enemigos fueron alcanzados por flechas. Perseo miró por encima de su hombro y vio que Artemisia estaba en el parapeto, disparando sus flechas con una rapidez asombrosa. Algunos arqueros griegos siguieron su ejemplo y se unieron a ella. El joven espartano sintió una oleada de amor y orgullo por su amada, pero pronto desvió su atención de nuevo hacia la batalla, que aún no cesaba.

Los gritos de guerra y de los heridos resonaban en los paredones de la ravina. De repente, los drilas dieron la espalda y huyeron. Un grito de triunfo se escuchó entre las filas griegas, que avanzaron persiguiendo a los enemigos.

—¡Pelotón! ¡Abrir las puertas! —ordenó Georgios.

Los soldados corrieron hacia las puertas para abrirlas, retirando las pesadas trabas que las mantenían cerradas. Jenofonte avanzó por la abertura, liderando al resto de las tropas. De repente, un gran clamor se escuchó desde el interior de la ciudad. Varios grupos de griegos huían desordenadamente.

—¡Detenganlos! —ordenó Jenofonte al resto de las tropas.

Con maldiciones y patadas a aquellos que huían, los soldados lograron detenerlos y hacer que se reagrupasen. Poco después, una gran cantidad de soldados drilas avanzó desde el interior de la ciudadela. El terreno dentro de los muros era regular y permitió a los griegos formarse en combate con tres líneas de profundidad.

El pelotón de Perseo estaba en la primera línea. Los drilas corrían gritando como poseídos y se estrellaban contra sus escudos, pero los hoplitas resistieron el ataque.

—Disparen a voluntad —Perseo escuchó la orden de Artemisia, y un drila recibió una flecha clavada en su ojo mientras blandía una hacha de guerra.

La segunda línea arrojó sus lanzas por encima de los hombros de sus compañeros, sembrando la muerte en las filas enemigas. Al toque de trompeta, los hombres de la primera fila

empujaron sus escudos, obligando a los adversarios a retroceder, mientras que la segunda y la tercera fila presionaban sus espaldas y continuaban arrojando lanzas por encima de ellos. Perseo, armado solo con su espada, golpeaba a los drilas apuntando a sus cuellos o vientres.

De repente, los atacantes dieron media vuelta nuevamente y corrieron hacia el interior de la ciudad. Jenofonte ordenó que los soldados avanzaran con cautela. Los griegos que retrocedieron informaron que en el interior de la ciudad, incrustada en las rocas del paredón de la ravina, había una ciudadela inexpugnable de donde los drilas salieron en masa, sorprendiendo a los soldados.

Los griegos avanzaron cautelosamente de casa en casa. Después de la experiencia en la ciudad de Larisa, tenían órdenes de registrar todos los edificios.

Los soldados derribaban las puertas con una patada, y Petrus, al ser el más fuerte, entraba primero, protegido por su escudo. Luego, Diomedes y Laertes avanzaban por el interior de la casa, seguidos por el resto del pelotón cuando la vivienda era lo suficientemente grande. La mayoría de las casas estaban vacías, pero en algunas encontraron soldados drilas que tuvieron que ser muertos por negarse a rendirse.

Finalmente, llegaron al paredón que marcaba el final de la ciudad y vieron una gran puerta de madera, hecha de troncos, cerrada. A través de pequeñas aberturas en las rocas, los arqueros lanzaban flechas contra los griegos; era la ciudadela de los drilas. Los guías informaron que, excavadas en las rocas, había grandes galerías y depósitos de suministros.

Los griegos rodearon el lugar fuera del alcance de las flechas. Jenofonte dividió su tropa: mientras la infantería pesada, los arqueros y los fundíbulos permanecían rodeando la ciudadela, los peltastas y la caballería fueron enviados a saquear la ciudad desguarnecida.

—¡Por las furias infernales! —murmuró Petrus—. No vamos a sacar nada, esos idiotas se quedarán con todo el botín.

—Es cierto —acordó Diomedes—. ¿Qué opinas, Georgios? Esto no es justo.

—Hablaré con los otros sargentos y luego con Admeto y los demás oficiales, para ver qué se puede hacer —avisó el sargento mientras se alejaba hacia los oficiales.

—Maldita guerra —murmuró Diomedes, lanzando un proyectil con su honda contra una de las ventanas de la ciudadela.

El grupo observó el trayecto y vieron a un soldado drilo que espiaba el cerco retroceder hacia el interior, golpeado en la frente. Diomedes sonrió triunfante, varios honderos cercanos elogiaron la destreza del espartano.

—Soy mejor que cualquiera de ustedes —se jactó, inflando el pecho.

El grupo, compuesto por doce fundíbulos que elogiaban la puntería de Diomedes, se acercó. Uno de ellos, que parecía ser oficial por su edad, se adelantó.

—Tú usas una honda y te jactas de ser mejor que nosotros, que cuando nacemos nos ponen una honda en las manos antes de que siquiera toquemos los pechos de nuestras madres —dijo el rodio a Diomedes.

—Sí —respondió Diomedes inflando el pecho— ¿quieres apostar?

—Si ganas, te rendiremos los debidos honores, los que solo se dan a los mejores fundíbulos de Rodas. Si pierdes, te cortaremos los testículos para usarlos como proyectiles —gruñó amenazante el rodio.

—Eso es una locura, te matarán si pierdes —Atreu intentó disuadir a Diomedes de hacer la apuesta.

—No tengo miedo —despreció Diomedes.

—¡Por los dioses, hombre! —exclamó Laertes—. ¡No podremos protegerte de ellos!

—No necesito protección, voy a ganar —respondió tranquilamente.

—Muy bien —dijo el rodio satisfecho—. Solo lanzar la honda y acertar en el objetivo no es un logro digno para los mejores entre los mejores. —Mirando alrededor, parecía buscar un desafío.

—¿Qué sugieres? —preguntó Diomedes.

—Un verdadero hondero rodio debe acertar en un objetivo mientras corre, incluso bajo el ataque de los enemigos —explicó el rodio con una sonrisa malévola—. Te desafío a correr hasta la última empalizada antes de la ciudadela y acertar a uno de los drilos en las aberturas.

Todos miraron hacia la ciudadela; la distancia era de unos trescientos pasos, estaban en el límite del alcance de las flechas de los arqueros enemigos. La última empalizada antes de la ciudadela estaba a treinta pasos de ella, y había más de treinta aberturas en las rocas, todas custodiadas por arqueros. Diomedes sería un blanco fácil a esa distancia.

Es una locura completa. Pensó Perseo.

—Diomedes, piénsalo bien, ni el dios arquero Apolo podría lograr tal hazaña —recomendó Atreu, preocupado.

—Acepto —decidió Diomedes ignorando los consejos.

—Te cubriré —afirmó Artemisia. No podía dejar de ayudar a Diomedes; era valiente, además de un buen amigo. La prueba que él proponía hacer era impresionante, digna de los guerreros más valientes.

—¡No! ¡Es una locura, quieres morir? —Preguntó Perseo, molesto, sujetando su brazo.

—¡Suéltame, Perseo! —gruñó—. ¿Prefieres ver a tu amigo muerto?

Irritado, Perseo retiró la mano del brazo de la amazona. Por dentro, hervía de rabia, porque por una apuesta ridícula, su amada podría morir.

—¿Estás segura, Artemisia? —preguntó Diomedes preocupado.

—Sí, elige tu objetivo, avanzaré y me quedaré en la empalizada. Intentaré derribar la mayor cantidad de drilos posible en las aberturas —respondió mientras preparaba su arco.

—¡Por los dioses, mujer! Si no estuvieras casada con mi amigo Perseo, te pediría en matrimonio —rió, lo que hizo que Perseo se irritara aún más.

Necesito probarme también, pensó la amazona. Era una guerrera tan buena como cualquiera de ellos, incluso superior. La fuerza de los espartanos radica en luchar juntos en formación de falange, en eso eran imbatibles, para eso eran entrenados exhaustivamente. Pero en combate singular, dejaban algo que desear; solo Laertes, Diomedes y Petrus eran excelentes en el combate mano a mano.

La noticia de la apuesta corrió entre las filas como fuego en un campo seco, todos los que no estaban de centinela se acercaron para presenciar la hazaña.

Diomedes le pidió a Petrus que apostara todo el dinero que llevaba consigo. Por compañerismo, Perseo y los demás entregaron sus monedas a Petrus. Las apuestas aumentaron drásticamente, la cotización era de diez monedas contra una. Si Diomedes ganaba, obtendría una gran suma y sus compañeros también tendrían ganancias. Si perdía, perdería mucho más que sus monedas; su vida y la de Artemisia estaban en juego.

Mientras las apuestas se realizaban, Diomedes, calmado, flexionaba los músculos. Se despojó de su coraza, grebas y casco, quedándose solo con la túnica ligera y las sandalias.

—Sin armadura estarás desprotegido —gesticuló Perseo hacia el equipo en el suelo, aún con expresión severa.

—La cuestión es agilidad y rapidez, Perseo —respondió—. La armadura solo limitaría mis movimientos.

Artemisia se encogió de hombros mentalmente. *Él es mi esposo, no mi señor ni mi amo.* Pensó mientras tensaba la cuerda de su arco y alisaba las plumas de sus flechas. La amazona solo usaba su coraza pectoral y grebas, su casco con crin de caballo descansaba a su lado.

—Ten cuidado —murmuró Perseo, aún irritado con ella. ¿Cómo puede arriesgarse así? Pensó.

Artemisia lo miró seriamente, pero al final se levantó de la roca donde estaba sentada y lo besó delicadamente en los labios.

—Perdón, necesito demostrarme a mí misma que todavía soy digna de ser una amazona —sonrió. *Sabía que él la amaba y se preocupaba demasiado por ella, por eso estaba irritado.*

Perseo asintió con la cabeza y se quedó observándola mientras ella se preparaba.

Un tiempo después, cuando las apuestas terminaron, Diomedes se levantó de donde había estado sentado. El alboroto causado por los apostadores llevó a algunos oficiales al lugar, entre ellos Georgios, quien los reprendió severamente, pero no pudo hacer nada.

Las centinelas drilas, curiosas, observaban por las aberturas. Sus arcos estaban preparados, esperaban un ataque, pero no podían imaginar que sería de un solo hombre. La expectación era enorme, incluso Jenofonte apareció para presenciar el desafío, un silencio tenso se apoderó de los soldados griegos.

Diomedes preparó su honda colocando un proyectil, en la mano izquierda llevaba tres más, dentro de una pequeña bolsa de cuero atada a su cintura había aún más proyectiles. Miró fijamente al frente, analizando el camino hasta la entrada de la ciudadela y las aberturas en las rocas. En un movimiento rápido, corrió hacia ella, seguido de Artemisia, que tenía su arco preparado con una flecha.

Cuando llegaron al alcance de las flechas, los arqueros drilos dispararon, Artemisia se arrodilló, parcialmente protegida por un trozo de empalizada y, con movimientos fluidos, lanzó sus flechas con rapidez y precisión.

Los drilos intentaban acertar a Diomedes, mientras se protegían de las flechas asesinas de Artemisia. El espartano se desviaba y siguió corriendo hasta que llegó a la última empalizada antes de la ciudadela, y girando la honda mientras corría, lanzó un proyectil contra una de las aberturas. El arquero drilo, que se preparaba para disparar una flecha, soltó un grito y se llevó las manos a la frente antes de desaparecer en el interior de la abertura.

Diomedes siguió avanzando y lanzó tres proyectiles más contra las aberturas, acertando a los arqueros que pronto fueron reemplazados por otros. Dándose por satisfecho, el espartano corrió en zigzag de regreso a nuestras posiciones, bajo la cobertura de Artemisia, que corrió hacia atrás cuando él pasó junto a ella.

Se escuchó un grito de alegría entre las filas griegas, los arqueros drilos lanzaron una lluvia de flechas, pero ya estaban fuera de su alcance.

Finalmente, Diomedes y Artemisia se unieron al grupo, siendo saludados por todos. Los ródeos rindieron honores a la valentía y destreza de Diomedes y prometieron ofrecer un banquete en su honor y en el de Artemisia cuando regresaran al campamento. Petrus recogió las ganancias de las apuestas, y Georgios gritó y despotricó contra Diomedes por su locura y contra los demás por no haberlo impedido.

Artemisia solo sonrió. Se sentía feliz. *Todavía soy digna de ser una amazona, aunque ya no las lidere más*, pensó mientras Perseo se acercaba y la rodeaba con sus brazos por la cintura, sin importarle los soldados a su alrededor.

—Dioses, mujer, no sabes lo preocupado que me dejaste —la miró fijamente.

Artemisia sostuvo su mirada, sus bellos ojos azules brillaban de satisfacción.

—Te amo y estoy orgulloso de ti —murmuró en su oído y luego la besó.

Jenofonte y los oficiales decidieron no intentar invadir la ciudadela, que parecía inexpugnable, y ordenaron que los peltastas y la caballería iniciaran la retirada, llevando los despojos de la ciudad saqueada.

La infantería pesada permaneció en la retaguardia rodeando la ciudadela, cuando un mensajero regresó informando que el convoy había salido de la quebrada y estaba en camino al campamento. El crepúsculo se acercaba.

Los hoplitas recibieron órdenes de retirarse, el pelotón de Georgios fue elegido para ser el último en retroceder. Apenas dieron la vuelta, los portones de la ciudadela se abrieron, arrojando una multitud de soldados armados con escudos, lanzas y espadas, algunos llevaban cascos en la cabeza.

Avanzaron intrépidos, lanzando sus gritos de guerra. Los hoplitas recibieron órdenes de entrar en formación de batalla y formaron una línea defensiva de veinte soldados con tres filas de profundidad. El espacio reducido no permitía un despliegue mayor, y detrás de ellos, Artemisia y su compañía de arqueros disparaban sus flechas contra los drilos que se acercaban.

Perseo estaba nuevamente en la línea del frente junto con sus compañeros, quienes sostuvieron el impacto de los drilos con los escudos, deteniendo su avance mientras la segunda fila lanzaba sus lanzas por encima de sus hombros. Las compañías hoplitas que habían comenzado la retirada regresaron apresuradamente para unirse a la batalla, pero al toque de trompeta, los drilos retrocedieron de nuevo hacia el interior de la ciudadela, cubiertos por sus arqueros.

En dos ocasiones, la infantería hoplita intentó retroceder, pero tan pronto como daban la vuelta, los drilos salían de la ciudadela para intentar atacarlos por la retaguardia. Los oficiales estaban indecisos, no podían mantener el cerco ni tomar la ciudadela, y corrían un gran riesgo en la retirada. Finalmente, con la llegada de la noche, Jenofonte ordenó que los soldados arrancaran las estacas de madera de las empalizadas y las apilaran entre ellos y la ciudadela. Luego, ordenó que incendiara las casas de madera y la trinchera de estacas.

Las llamas se extendieron, y bajo la cobertura del incendio, los hoplitas recibieron órdenes de retroceder a paso acelerado, cruzando la quebrada y dejando la capital de los drilos ardiendo en llamas.

El ejército acampó en la estrecha entrada, donde podían contener fuerzas superiores a las suyas, y se turnaron en el servicio de centinela, durmiendo con las armas a su lado, pero los drilos no se atrevieron a perseguirlos.

Al amanecer, el ejército reanudó la marcha acelerada, y después de casi medio día alcanzaron la vanguardia del ejército. Hicieron una rápida pausa para descansar y comieron apresuradamente carne fría, para luego reiniciar la retirada. Al caer la noche, llegaron a un bosque con árboles bajos y delgados.

Jenofonte ordenó que la infantería hoplita tomara la delantera, escoltando el convoy con los suministros saqueados, utilizando antorchas para iluminar el camino, y ordenó que la infantería peltasta, los arqueros y los fundíbulos, que eran más rápidos, esperaran en el bosque durante la noche para emboscar a los drilos, en caso de que decidieran perseguirlos.

Artemisia y su compañía de arqueros se quedarían en el bosque, y Perseo intentó quedarse con ella, pero ella lo rechazó:

—Somos guerreros, Perseo. Tú tienes tus órdenes y yo las mías. Así como no puedes abandonar a tus compañeros, yo no puedo abandonar a mis arqueros —respondió, mirándolo con seriedad.

—Artemisia tiene razón, Perseo. No puedo autorizarte a quedarte. Tenemos órdenes —intervino Georgios, que había oído la conversación.

Perseo aceptó a regañadientes.

—Cuídate —la besó suavemente en los labios.

—Tú también —la amazona sonrió.

Artemisia amaba la preocupación de Perseo. *Pero soy una guerrera, y así seguiré siendo, incluso si nunca vuelvo a participar en una guerra*, pensó mientras lo observaba alejarse. Cuando los hoplitas desaparecieron en el horizonte, se dirigió a un oficial peltasta que había quedado atrás.

—Creo que sería mejor posicionarnos entre los árboles —sugirió.

—Es una buena idea —respondió el oficial.

Se posicionaron en la entrada del bosque, ocultándose entre los árboles.

—Si vienen, dejaremos que se acerquen a nuestro alcance y entonces lanzaremos nuestras flechas y dardos contra ellos —propuso Artemisia.

—Nuestros dardos tienen un alcance menor —replicó el oficial.

—Mis arqueros y yo esperaremos su señal —concluyó Artemisia, mientras observaba la llanura bajo las últimas luces del día.

El grupo pasó la noche escondido en el bosque, donde comieron las raciones que llevaban consigo. La temperatura descendió, pero no era nada comparado con el duro invierno que habían soportado en Armenia. Artemisia organizó turnos de vigilancia, se envolvió en su manto y se acomodó con la espalda apoyada en un árbol para descansar. Durmió en cortos intervalos, manteniendo los sentidos siempre alerta a cualquier ruido.

Cuando estaba despierta, reflexionaba sobre el rumbo que su vida había tomado. *Partí de Halicarnaso casi muerta, viví en la corte del rey Darío, después entrené y me convertí en líder de las amazonas, serví a Ciro en su guerra para destronar a su hermano y casi me matan. Ahora acompaño al ejército griego en su retirada. Mi único tesoro es el amor de Perseo*, pensó mientras contemplaba las estrellas en el firmamento. Entonces, oró para que Afrodita y Ares la perdonaran y para que Artemisa le permitiera concebir una vida en su vientre.

Antes del amanecer, la amazona se levantó y contempló el horizonte. La aurora ya despuntaba, tiñendo el cielo con tonos de rosa y rojo. No muy lejos, una tropa de soldados avanzaba a paso rápido, con sus equipos chocando entre sí. El sonido de conversaciones y risas resonaba en el aire, alcanzando las sombras de los árboles. *Los drilos están persiguiendo a los griegos, pero ni siquiera se han molestado en guardar silencio*, pensó con desprecio.

La amazona miró a su alrededor. Sus arqueros y los peltastas ya estaban en alerta. Montando una flecha en su arco, cruzó la mirada con el oficial peltasta, quien le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Permanecieron observando cómo los drilos se acercaban de manera imprudente. Eran más numerosos, pero los griegos contaban con el elemento sorpresa. Artemisia clavó varias flechas en el suelo para poder tomarlas rápidamente. *Debemos lanzar una lluvia de flechas y dardos sobre ellos*, pensó.

Cuando los drilos entraron en el alcance de los arcos, la amazona apuntó al primero de la fila, un guerrero alto que parecía ser el líder. Miró hacia los peltastas; estos ya tenían los dardos preparados, con los brazos tensos hacia atrás, sujetando con firmeza el centro de las hastas.

Los drilos dieron unos pasos más, acercándose cada vez más. Artemisia tensó un poco más la cuerda y ajustó la puntería. Ahora podía ver con mayor claridad su objetivo: llevaba pantalones, botas de fieltro y un chaleco de pieles sobre el torso. En la cabeza lucía un casco griego, probablemente arrebatado a algún soldado que hubiera muerto durante el ataque a la ciudadela.

—¡Ahora! —gritó el oficial peltasta.

Con un silbido agudo, cientos de dardos y flechas cruzaron el aire y cayeron sobre los drilos, que se detuvieron sorprendidos por el grito. Antes de que su objetivo cayera al suelo con una flecha clavada en el pecho, la amazona ya estaba lanzando otra, y otra más, en una sucesión ininterrumpida.

Los drilos sobrevivientes dieron media vuelta y huyeron por donde habían venido, abandonando a sus compañeros muertos y heridos. Mientras corrían, los dardos y flechas seguían cayendo sobre ellos hasta que finalmente quedaron fuera de alcance.

—¡Corred, recuperad el máximo de flechas y vámonos! —ordenó Artemisia a sus arqueros.

—¡Habéis oído a Artemisia, haced lo mismo! —gritó el oficial peltasta.

Todos corrieron hacia los drilos. Había cientos de cuerpos tendidos en el suelo; algunos aún respiraban. Los arqueros y los peltastas recuperaron los proyectiles y ejecutaron a los que encontraron con vida.

—¡En marcha! —ordenó Artemisia, echando a correr seguida por los arqueros, los peltastas y su oficial.

El grupo avanzó al encuentro del resto de la columna griega, alternando un trote rápido con pasos acelerados, permitiéndose apenas unos breves momentos de descanso para beber agua y recuperar el aliento. Artemisia no creía que los drilos intentaran perseguirlos de nuevo, pero no quería correr riesgos. Lo que más deseaba ahora era encontrar a Perseo.

Solo cuando el crepúsculo comenzaba a caer, la amazona divisó la columna griega y aceleró el paso. Al acercarse, Perseo corrió hacia ella y la abrazó con fuerza, provocando las risas de sus arqueros, lo que hizo que Artemisia se sonrojara. Sin embargo, ella correspondió al abrazo. No me importa, estamos casados, y aunque no lo estuviéramos, soy una guerrera respetada y él un valiente soldado, pensó.

—¿Cómo fue la noche en el bosque? —preguntó Georgios con curiosidad.

—Tranquila, pero al amanecer vimos a lo lejos a los drilos avanzando. Cuando se acercaron al bosque, desatamos una lluvia de dardos y flechas que les causó grandes bajas y los obligó a retirarse —respondió la amazona con una sonrisa.

Artemisia y sus hombres estaban agotados por la larga marcha, pero no podían permitirse descansar. Tras un breve descanso, el ejército reanudó la marcha a paso rápido y finalmente llegó al campamento en Trebisonda. Allí, los rodios organizaron un banquete en honor a Diomedes y le entregaron como obsequio un proyectil de honda hecho de oro macizo.

También regalaron a la amazona una flecha con la punta de oro.

Capítulo 5

Quirísofo no regresaba, y los suministros comenzaron nuevamente a escasear. Los barcos capturados por Polícrates no eran suficientes para transportar a todo el ejército.

Durante una de las incursiones por los mares del Ponto Euxino, una trirreme pirata fue interceptada y capturada. La mayoría de los tripulantes fueron ejecutados, excepto los esclavos que remaban y el capitán del navío, quien suplicó por su vida ofreciendo, a cambio, información sobre el escondite del grupo de piratas al que pertenecía.

La piratería asolaba el mar Egeo desde tiempos inmemoriales, tan antigua como la misma Odisea. El término griego *peirates* designaba a aquellos que buscaban fortuna mediante aventuras en el mar. Atacaban y saqueaban barcos mercantes, secuestraban a personas ricas para pedir rescates o descendían en las costas para asaltar ciudades indefensas, saqueándolas y esclavizando a sus habitantes.

El capitán de la trirreme pirata, para salvar su vida, reveló la ubicación de una cala donde su grupo, formado por unos veinte barcos, había establecido su refugio. Los comandantes griegos decidieron entonces enviar diez trirremes para atacar el lugar y capturar las embarcaciones.

A pesar de la inferioridad numérica, los comandantes griegos diseñaron un plan para asaltar la cala durante la noche. Enviarían compañías de hoplitas a bordo de las trirremes, con órdenes de desembarcar en la playa y tomar el lugar por la fuerza.

Tras una reunión entre los oficiales griegos, se sortearon los pelotones que participarían en el ataque. La compañía del teniente Anaxandro fue una de las seleccionadas. Cuando Georgios reunió a su pelotón para informarles del plan, la noticia fue recibida con una mezcla de entusiasmo y desánimo. No todos deseaban participar.

—¿Por qué nosotros? Somos espartanos, luchamos en tierra. Las batallas navales son para los atenienses —protestó Néxias, un soldado del pelotón.

—Somos espartanos. Obedecemos órdenes —cortó Laertes, lanzándole una mirada fulminante a Néxias, quien optó por quedarse en silencio.

—A mí no me importa. Esos piratas deben de tener mucho oro —rió Diomedes—. Podríamos sacar buena ganancia de esta aventura.

—Lo único que me preocupa es caer al agua. No sé nadar —suspiró Petrus.

—Los pelotones fueron sorteados entre todo el ejército. Cada trirreme puede llevar como máximo un pelotón en cubierta, y el nuestro fue seleccionado. El teniente Anaxandro nos liderará. Además, somos espartanos y obedecemos órdenes, como bien recordó Laertes. Pero si quieres quedarte en tierra, Néxias, eres libre de hacerlo. No quiero cobardes en mi compañía —

dijo Georgios con el rostro serio—. Si alguien más desea quedarse, que hable ahora.

El pelotón guardó silencio. Néxias, visiblemente avergonzado, miraba al suelo.

—Yo quiero ir —intervino Artemisia, sentada junto a Perseo.

La amazona sabía que no tenía obligación de participar en las batallas ni en las misiones. Jenofonte y Quirísofo le habían dejado claro que era una invitada y que podía marcharse cuando lo deseara.

Mas soy una amazona, y ahora estoy casada con un soldado espartano. Mi deber es acompañarlo a donde vaya, aunque sé que él preferiría que permaneciera segura en el campamento, pensó.

—Puede ser peligroso —advirtió Georgios.

—No me importa. Vosotros me habéis aceptado en vuestro grupo; lo mínimo que puedo hacer es correr los mismos riesgos que vosotros —respondió con determinación.

—¿Qué tiempos son estos, en los que las mujeres se convierten en guerreros y los guerreros se vuelven mujeres? —comentó Atreu con una sonrisa, provocando aún más vergüenza en Néxias.

—Así sea —decidió Georgios—. Preparad las armas y descansad. Partiremos al crepúsculo. El plan de los comandantes es sorprender a los piratas al amanecer, antes de que zarpen. Según el traidor capturado, suelen pasar la noche en la cala, pero al alba navegan para saquear la costa y los barcos mercantes, regresando al refugio solo al anochecer.

El pelotón se dispersó, y Perseo miró a Artemisia con preocupación.

—Deberías quedarte en tierra, donde estarás más segura. Los combates navales son impredecibles, y nunca has subido a un barco —intentó persuadirla.

—Hasta donde sé, tú tampoco eres un marinero experimentado —rió ella—. Además, no pienses que te dejaré partir en aventuras mientras me quedo en casa zurciendo mantos y tu túnica, como si fuera Penélope^[4] esperando a Odiseo, señor mío esposo.

—Como desees, mi señora —respondió Perseo con una sonrisa y una reverencia. Estaba aliviado al ver que el tono irónico de la amazona regresaba. *Ella es, antes que nada, una guerrera. El hecho de que nos hayamos casado ante los dioses no cambia eso, pensó.*

Pasaron el resto del día afilando sus armas, engrasando los escudos, las corazas y las grebas. Artemisia revisó sus flechas y cambió la cuerda de su arco.

Al caer el crepúsculo, Anaxandro apareció acompañado del capitán Admeto, y todos se reunieron alrededor de ellos.

—Caballeros, buena suerte. Seguid las órdenes de Anaxandro y Georgios, así como las

indicaciones de los marineros. Si todo sale según lo planeado, sorprenderéis a los piratas en tierra firme, aún dormidos.

Al notar a Artemisia entre los soldados, el capitán sonrió y se dirigió a ella.

—Mi señora —dijo con una reverencia—, insisto en que os unáis al alto mando griego. Vuestros conocimientos y experiencia serían muy valiosos.

—Os lo agradezco, mi señor, pero debo seguir a mi esposo donde él vaya —respondió ella con cortesía.

—Como deseéis, pero la invitación permanece abierta —replicó Admeto, haciendo otra reverencia antes de retirarse.

Anaxandro los condujo hasta el puerto, donde las diez trirremes estaban ancladas. El sol se aproximaba al horizonte, a punto de desaparecer en el mar; los últimos rayos aún iluminaban el lugar, pero las antorchas y fogatas ya estaban encendidas en el embarcadero y los barcos.

Es la primera vez que me subo a cualquier tipo de barco. Nunca he viajado por mar, pensó Artemisia mientras observaba las embarcaciones.

—La trirreme estándar mide unos treinta y seis metros de largo por no más de cinco de ancho. Su tripulación está compuesta por más de ciento cincuenta remeros, además del timonel, los oficiales de cubierta y los encargados de las velas —explicó Atreu a una Artemisia fascinada.

—¿Los remeros son todos esclavos? —preguntó ella.

—En general, sí —respondió Atreu, pareciendo algo avergonzado, como si la culpa de la esclavitud recayera sobre él.

Sin embargo, pronto continuó con entusiasmo:

—Además de las trirremes, que en realidad se llaman *triacónteros* porque tienen treinta remos, también existen las *pentecónteras*, con cincuenta remos, y las *eicocónteras*, con veinte remos —sonrió orgulloso—. Temístocles^[5], de Atenas, comandó doscientas trirremes en la batalla de Salamina, derrotando a la flota persa, que tenía alrededor de seiscientas naves. Mira los espolones de bronce que sobresalen sobre la línea de agua. En realidad, son de madera recubierta de bronce y sirven como arietes para romper los costados de los barcos enemigos —concluyó con entusiasmo, como si él mismo hubiera construido el navío.

—Sí, pero fuimos nosotros, los espartanos, quienes lideramos a los demás griegos en la batalla de Platea y expulsamos a los persas de Grecia —interrumpió Laertes, que había estado escuchando la conversación.

—¡Embarcad! —ordenó Georgios, cortando el tema.

Todos se dirigieron a una de las trirremes y abordaron, acomodándose en la cubierta

mientras los marineros preparaban la nave para zarpar. La temperatura era agradable, y una brisa marina soplaba suavemente.

Después de un tiempo, la primera trirreme zarpó del puerto hacia mar abierto; en ella viajaba el comandante de la expedición, Polícrates, junto con el capitán pirata, que debía indicar el camino hacia su guarida.

La trirreme del pelotón de Georgios fue la cuarta en dejar el puerto. Pronto seguían a las demás en alta mar, donde el mar tranquilo facilitaba la navegación. A lo lejos, aún podían distinguir la costa, ya que los timoneles decidieron mantenerse cerca por precaución. Navegaron durante casi la mitad de la noche; el balanceo del mar y el ritmo constante de los remos golpeando el agua resultaban extrañamente reconfortantes, y muchos dormían envueltos en sus mantos.

Artemisia, junto a Perseo, apoyaba la cabeza en su hombro mientras contemplaba el cielo estrellado y el resplandor de la luna creciente reflejándose en el océano. El espartano percibía el perfume a flores silvestres de su cabello, mezclado con el aroma almizclado de su cuerpo y la suave brisa salada.

—Si no hubiera tanta gente en la cubierta, te amaría aquí y ahora —murmuró en su oído.

Ella sonrió y lo besó suavemente en los labios.

—Nada me daría más placer —susurró, mordiendo ligeramente sus labios.

Acomodados y arrullados por el movimiento del barco, terminaron quedándose dormidos. Algún tiempo después, fueron despertados por Georgios, quien les sacudió los hombros con suavidad.

—Despertad, la hora del ataque se acerca —advirtió antes de ir a despertar a otros soldados del pelotón, al notar que ambos ya habían abierto los ojos.

Somnolientos, todos se reunieron de la mejor manera posible en la abarrotada cubierta, completamente equipados. Artemisia llevaba su coraza pectoral, grebas y un casco adornado con crin de caballo. Su arco y un carcaj lleno de flechas colgaban de su espalda, mientras que dos espadas descansaban a ambos lados de su cintura, listas para el combate.

Perseo notó que el sonido rítmico de los remos había cesado, y la embarcación estaba ahora anclada en alta mar. Solo algunos murmullos en voz baja rompían el silencio.

Anaxandro se dirigió a todos, su voz firme pero controlada.

—¡Hombres! Sé que ninguno de vosotros ha participado en un combate naval antes, así que prestad atención. El capitán de esta nave os dará algunas instrucciones.

Señaló a un hombre de mediana edad, originario de Trebisonda, fácilmente reconocible por los pendientes dorados en sus orejas y una larga barba aceitosa que brillaba bajo la tenue

luz.

El capitán los observó con ojos críticos, evaluando a cada uno. Tras un instante, escupió ruidosamente en el suelo de la cubierta antes de hablar en griego con un marcado acento.

—La maniobra será sencilla. Como el plan es capturar los barcos piratas, no los embestiremos. Avanzaremos hacia la costa donde están anclados y nos colocaremos junto a ellos. Mis marineros lanzarán ganchos a las bordas de los barcos enemigos y los acercarán a nuestro trirreme. A partir de ahí, os corresponde a vosotros saltar a bordo y tomar los barcos.

Todos asintieron en silencio, mostrando su conformidad con el plan.

Georgios se dirigió a sus hombres:

—Tened cuidado al saltar por la borda para no caer al agua. Con el peso de nuestro equipo, nos hundiríamos de inmediato, y no tenemos a nadie que pueda socorrernos.

—Le daríamos un buen susto al viejo Poseidón si cayésemos sobre su cabeza —murmuró Diomedes entre risas.

Anaxandro y Georgios lo fulminaron con la mirada, pero fingieron no haberlo escuchado.

—Artemisia, como eres la mejor arquera de todos, voy a pedirte que nos cubras —dijo Georgios.

—Así lo haré —respondió la amazona con determinación.

Con el plan delineado, esperaron ansiosos. Poco tiempo después, tras una intensa comunicación mediante señales de braseros colocados en el puente de mando de las naves, la trirreme capitana comenzó a moverse nuevamente, seguida por los demás barcos.

El amanecer estaba próximo, y un tono rosado delineaba el horizonte, iluminando las cimas de la costa montañosa, aunque las laderas permanecían envueltas en sombras.

La velocidad de las naves aumentó, y pronto se adentraron en una ensenada rodeada por dos enormes promontorios que servían de barrera contra los vientos y las tormentas. En el interior de la bahía, divisaron las luces de varias hogueras: habían localizado el escondite de los piratas.

Se transmitieron órdenes para que los remeros aumentaran el ritmo de sus brazadas.

La trirreme en la que se encontraba Perseo cortaba el mar tranquilo mientras se dirigía hacia la ensenada. El sol comenzaba a asomar sobre las montañas, proyectando sus rayos dorados sobre el agua. A la distancia, pudieron ver quince trirremes ancladas, separadas por cientos de pasos entre sí.

En la orilla, varios piratas los observaban con asombro, gesticulando frenéticamente.

—¡Preparaos! —gritó el capitán de la trirreme.

—¡Que los dioses te protejan! —dijo Artemisia, antes de darle un beso rápido en los labios a Perseo. Luego corrió hacia el puente de mando, que, al ser la parte más alta de la trirreme, ofrecía una mejor vista para disparar sus flechas.

Perseo se acercó a la borda, con Diomedes y Petrus a su izquierda, y Laertes y Atreu a su derecha. Detrás de ellos, los marineros preparaban los ganchos de abordaje. Desde el puente de mando, Artemisia tensaba su arco, colocando una flecha en la cuerda.

Ahora las naves estaban cerca. Los espartanos podían ver claramente el movimiento de los piratas en las cubiertas de sus trirremes, preparándose para enfrentarlos. Llevaban túnicas cortas, y algunos apenas vestían taparrabos que cubrían sus genitales. Estaban armados con hachas pequeñas, espadas y cimitarras; algunos llevaban largas lanzas, y uno que otro portaba arco y flechas.

La trirreme se dirigió hacia un barco pirata en el centro de la formación. Con una maniobra ensayada, los remeros levantaron los remos justo antes de que la proa chocara con fuerza contra la popa de la nave enemiga.

Los espartanos escucharon el crujido de la madera y los gritos de los remeros. Al mismo tiempo, los marineros lanzaron ganchos por encima de sus cabezas y tiraron de las cuerdas, logrando que ambos barcos quedaran lado a lado.

—¡A atacar! —gritó Georgios.

Perseo saltó con sus compañeros por encima de la borda hacia el barco enemigo. Dos piratas avanzaron hacia él, blandiendo sus espadas. Uno cayó al suelo con una flecha clavada en el cuello, disparada por Artemisia. Al otro, el espartano le hundió su lanza en el vientre. Sintió cómo la hoja penetraba la carne blanda y empujó el asta con fuerza, para luego retirarla con un tirón violento, dejando al hombre desplomado en la cubierta.

El estrépito de la batalla llenaba el aire: gritos de heridos y de guerra, el sonido de la madera rompiéndose, maldiciones y súplicas a los dioses.

Los espartanos eran superiores en número y pronto acorralaron a unos diez piratas en la proa. Con las lanzas apuntándolos, los rodearon. Los piratas intentaron esbozar una resistencia, pero tres de ellos cayeron con flechas clavadas en el pecho, disparadas por Artemisia, quien no perdía de vista a Perseo. El resto de los enemigos dio media vuelta y se lanzó al mar, nadando hacia la playa cercana.

—¡Victoria! —exclamó Anaxandro.

—¡Ahuu! —respondieron los espartanos al unísono.

Los soldados registraron el barco. En las bodegas no encontraron a nadie, probablemente los remeros estaban en la playa. A los pocos heridos que hallaron, los ejecutaron de inmediato,

arrojando sus cuerpos al mar.

—¡Volved! Tenemos que embestir otro barco — ordenó Anaxandro.

Perseo y sus compañeros regresaron a la trirreme, dejando a parte de los marineros en el barco capturado. Una vez a bordo, utilizaron largas pértigas para separarse de la nave enemiga. Cuando hubo suficiente espacio, los remeros retomaron su labor, y el timonel dirigió la trirreme hacia otro barco pirata que estaba a su izquierda. Esta vez, la maniobra fue más complicada: tuvieron que embestirlo en diagonal.

Fueron recibidos por dardos y flechas. Perseo escuchaba el silbido de los proyectiles atravesando el aire y el impacto de algunos contra el bronce de su escudo. Los espartanos se concentraron en la proa de la trirreme, que chocó contra la proa del barco pirata. Los marineros griegos lanzaron sus garfios y tiraron con fuerza, acercando los costados de ambas naves.

Desde su posición, Artemisia disparaba flecha tras flecha con precisión letal. Perseo la observó fugazmente. *Si la diosa Artemisa alguna vez descendiera al mundo de los mortales, sin duda se parecería a la amazona. Su gracia y fluidez al manejar el arco son dignas de la propia diosa*, pensó.

Un golpe en su yelmo lo sacó de su ensimismamiento.

Laertes lo miraba con irritación.

—¡Presta atención! —rugió por encima del estrépito de la batalla.

Perseo se centró de nuevo en el combate. La trirreme había logrado acercarse lo suficiente como para que saltaran al barco pirata desde la proa. Diomedes y Petrus tomaron la delantera y cruzaron primero, seguidos de Atreu y Laertes. Perseo fue detrás, acompañado por otros soldados del pelotón.

Petrus, usando su escudo como ariete, embistió a dos piratas, arrojándolos por la borda entre gritos, mientras Diomedes y Laertes atacaban sin piedad con sus lanzas. Una vez más, la batalla fue breve, gracias a que en el barco solo estaba la tripulación de guardia y a las certeras flechas de Artemisia.

Tras la victoria, lanzaron los cuerpos de los piratas al mar.

Los espartanos esperaron ansiosos. El sol avanzaba en el firmamento, calentando el aire. Perseo sentía una sed abrasadora; la humedad marina mezclada con su sudor había empapado su túnica bajo la coraza.

Miró a su alrededor. El suelo de la trirreme pirata estaba cubierto de sangre y vísceras. Por medio de señales luminosas de los braceros en el puente de mando de las embarcaciones griegas, se transmitieron nuevas órdenes: debían embarcar en los pequeños botes auxiliares de la trirreme y de los capturados a los piratas, para invadir la playa.

Anaxandro y Georgios comenzaron a organizar a los soldados. Perseo miró por encima

de la borda, a nivel del agua, donde tres pequeñas embarcaciones movidas por remos aguardaban, con espacio para un máximo de seis hoplitas. Un marinero de la trirreme ya había descendido hábilmente por la cuerda y ahora se preparaba para ayudar a los hoplitas a embarcar.

—¡Por los dioses! ¡Si Zeus hubiera querido que camináramos sobre las aguas, nos habría hecho peces! —murmuró Petrus, de mal humor.

Mientras esperaba en la fila para embarcar, Perseo sintió una mano sobre su hombro. Al volverse, encontró la mirada y la sonrisa de Artemisia.

—Voy con vosotros.

—¿Por qué no te quedas en la trirreme? —preguntó, preocupado.

—¿Y perderme lo mejor? —la amazona soltó una carcajada.

—Ella es una guerrera, Perseo, parece que a veces olvidas eso — bromeó Diomedes, riendo a su lado.

—Mi dulce Perseo, me encanta la preocupación que muestras por mí, pero sé cómo cuidarme —dijo Artemisia, dándole un rápido beso a su esposo, bajo las miradas divertidas de sus compañeros.

Perseo se encogió de hombros. *Al fin y al cabo, Artemisia es más experimentada que yo en batallas. Aunque desee que esté a salvo, sé que su espíritu indomable jamás consentiría quedarse en la retaguardia*, pensó mientras embarcaba en el tercer bote, junto a Artemisia, Georgios, Atreu, Laertes, Diomedes y Petrus.

Usando el remo, el marinero de la trirreme emparejó la embarcación con las otras dos. Perseo miró a su alrededor; varios botes aguardaban a ambos lados. Agasias intentaba sincronizar el desembarque, en la orilla marítima, donde cientos de piratas se preparaban para enfrentarlos. *No parecen dispuestos a ceder su refugio sin luchar*, pensó el espartano.

Un bote, en el centro de la fila, comenzó a remar en dirección a la playa. Un oficial levantó la lanza y la apuntó hacia la orilla, señalando que debían avanzar.

—¡Desembarquen a mi señal! — gritó el marinero con un griego marcado.

—¡Lo habéis oído! Desembarquen por el lado derecho del barco, avancen hacia la playa y entren en formación — gritó Georgios, para que los demás botes pudieran escuchar.

Se oyó a lo lejos el mismo grito de orden. Artemisia, en la popa del bote, ya preparaba una flecha en su arco. Se arrodilló y se apoyó en la espalda de Perseo, apuntó y disparó. Todos vieron la flecha partir en una larga parábola, alcanzando a un pirata que los observaba en el pecho. El infeliz cayó al suelo con un grito, sujetando la asta de la flecha.

Los piratas comenzaron a moverse en la playa, algunos lanzaron dardos que cayeron inofensivamente al mar, otros dispararon flechas hacia los escalares.

Los hoplitas levantaron los escudos, Artemisia abrazó a Perseo, apretándose contra su espalda y riendo bajito en su oído. *Solo ella podía reírse en una situación como esa. Mi preocupación es más por tu vida que por mi seguridad*, pensó el espartano.

A través de las rendijas de la barrera de escudos, vieron que la orilla se acercaba rápidamente. Perseo miró de reojo y vio que de algunos escalares, hoplitas desembarcaban rápidamente y corrían hacia la arena de la playa, chapoteando en la rompiente.

—Quédate cerca —murmuró a Artemisia, que todavía lo abrazaba, mientras el ruido metálico de las flechas y ahora los dardos que golpeaban sus escudos se oían alrededor.

El timonel, agachado entre los remos, dio la orden:

—¡Ahora! ¡Desembarcar! —gritó por encima del ruido de la rompiente y los gritos de los piratas.

—¡Vamos! —ordenó Georgios.

Los hoplitas saltaron del bote, el agua les cubría las cinturas y caminaron con dificultad para vencer la marea que los arrastraba hacia atrás. Artemisia seguía a Perseo, pegada a su espalda.

—¡Formación de escudos! —gritó Georgios.

Los soldados del pelotón que estaban en los escalares de la derecha e izquierda comenzaron a caminar en diagonal por el mar hacia el sargento, y pronto habían formado una línea de dieciocho hoplitas.

Avanzaron semiagachados, protegidos detrás de los escudos, con las lanzas apuntando hacia adelante. Artemisia caminaba detrás de Perseo con su arco. A medida que se acercaban a la orilla, ella se levantaba rápidamente, disparando flechas certeras contra los piratas que los esperaban en la línea de rompiente, para luego volverse a proteger detrás de él.

Ya les llegaba el agua hasta los tobillos, Perseo sentía su túnica empapada, sus dedos se hundían en la arena blanda del fondo, pero ahora podía marchar con más seguridad.

—¡Atacar! —ordenó Georgios.

Los hoplitas corrieron, tratando de mantener la fila, para cubrir los cerca de veinte pasos que los separaban de los piratas, que esperaban con gritos de guerra, blandiendo sus armas. Podían discernir sus rostros, había negros y blancos, vestían una mezcla de ropas persas y griegas, pantalones, calzoncillos y túnicas coloridas, algunos solo con taparrabos cubriendo sus genitales, varios de ellos con extrañas figuras dibujadas en los rostros y miembros, armados con hachas, lanzas y espadas. Algunos portaban escudos griegos, otros pequeños escudos de mimbre.

Los piratas corrieron de forma desordenada hacia la fila espartana, chocando contra los escudos. Perseo empujó a uno de ellos, un enorme negro con pendientes en la oreja y la nariz,

utilizando su escudo. Laertes, a su lado, clavó su lanza en el cuello del pirata y la retiró con violencia, salpicando sangre que manchó el escudo de Perseo.

Otro pirata asestó un golpe en su dirección con una lanza. El espartano se defendió con el escudo, y arrojó su lanza, clavándola en el pecho del pirata. Con un movimiento rápido, la retiró y la lanzó contra la costilla expuesta de otro pirata que intentaba golpear a Diomedes, que estaba ocupado luchando contra un gigante de casi dos metros de altura.

Perseo volvió a sacar su lanza y atravesó el muslo del gigante que luchaba con su compañero. Con un gruñido, el pirata dobló la pierna herida. En ese momento, Diomedes le dio un golpe en la cara con el borde de su escudo, y se oyó el sonido de huesos rotos. No satisfecho, le clavó su lanza en el pecho al hombre, que cayó pesadamente al suelo.

Otros dos enemigos corrieron hacia Perseo y Diomedes, blandiendo pesadas mazas, pero antes de alcanzarlos, cayeron, alcanzados por flechas clavadas en sus pechos, disparadas por Artemisia.

La lucha en la arena de la playa era brutal, y el agua del mar se tiñó de rojo. Pequeños grupos de hoplitas luchaban de forma organizada, mientras los piratas avanzaban valientemente contra las formaciones griegas. A pesar de la superioridad numérica, los griegos lograban hacerlos retroceder desde la línea de agua. Ahora luchaban sobre la arena blanda.

De repente, los piratas dieron la espalda y corrieron hacia un grupo de chozas y barracas.

Algunos pelotones de soldados de otras ciudades griegas avanzaron desordenadamente persiguiéndolos. Sin embargo, Anaxandro ordenó que todos se mantuvieran juntos.

—¡Unir los pelotones! —ordenó, gritando por encima del alboroto de la batalla, levantando el brazo.

—¡Vamos! —gritó Georgios, corriendo hacia la posición de Anaxandro, que estaba a unos veinte pasos de la nuestra.

Ahora eran treinta hoplitas y una amazona en una formación de dos líneas de quince escudos. Perseo y sus compañeros tomaron posición en la primera línea.

—¡Avanzar en posición! —ordenó Anaxandro.

—¡Cantar el peán! —ordenó Georgios.

Perseo miró rápidamente por encima de los hombros y vio a Artemisia justo detrás de la línea. Ella sonrió mientras preparaba otra flecha para disparar.

Marcharon al paso cadenciado, entonando el peán, por la arena de la playa hacia la pequeña aldea de los piratas. Estos detuvieron su huida y se volvieron contra los soldados griegos que los perseguían. Ahora la situación se había invertido: los griegos deshicieron la formación y los piratas, aprovechando su superioridad numérica, los separaron y los rodearon.

—¡Paso acelerado! —ordenó Anaxandro.

Los espartanos aceleraron el paso, trotando hacia el pueblo, donde los griegos y los piratas se enfrentaban. La formación de falange los alcanzó e iniciaron la matanza, varios griegos que estaban dispersos se unieron a los espartanos. Los piratas intentaron romper la formación, pero chocaron contra la barrera de escudos y lanzas. Artemisia, detrás de Perseo, ya había agotado sus flechas y ahora estaba armada con sus espadas.

En un último esfuerzo, los piratas retrocedieron, reorganizándose y lanzándose intrépidos contra los griegos. Cuando avanzaron, Perseo apuntó su lanza hacia uno de ellos y sintió cómo entraba en la carne blanda. La sacó violentamente y la arrojó nuevamente contra el rostro de otro, quien, en un reflejo, se desvió y chocó contra el escudo del espartano, haciéndolo dar un paso atrás. Artemisia, que estaba a mis espaldas, hundió la espada entre los ojos del pirata, y la sangre comenzó a escurrir, cayendo sobre Perseo, mientras uno de los ojos del hombre saltaba hacia fuera, quedándose atrapado en su escudo.

Los piratas restantes se rindieron, cayendo de rodillas sobre la arena, tocando sus rostros contra el suelo y levantando las manos en señal de súplica. Los griegos los rodearon y Polícrates ordenó que los ataran y los pusieran bajo vigilancia. Tendrían el mismo destino que acostumbraban dar a sus víctimas: serían esclavizados.

Registraron la pequeña aldea, y para la alegría de todos, encontraron grandes depósitos de suministros: trigo, ánforas de vino, cebada, frutas, barriles de madera llenos de peces en salmuera, además de cofres repletos de monedas, tejidos, madera noble, platos y copas de plata, entre otras mercancías saqueadas de barcos mercantes. En dos grandes corrales se criaban cabras y cerdos.

En un gran cobertizo cerrado con pesadas puertas y travesaños, alrededor de trescientos esclavos remeros aguardaban ansiosos. Muchos eran hombres libres que habían sido esclavizados durante los ataques piratas. Estaban delgados y demacrados, varios de ellos enfermos, yacían en los rincones más cálidos y húmedos de la prisión. Polícrates prometió que todos serían liberados en cuanto llegaran a Trebisonda, pero por ahora tendrían que ayudar a llevar las trirremes piratas hasta la ciudad.

Los remeros agradecieron en griego y en otras lenguas. Polícrates ordenó que los cuidara el médico que acompañaba a la flota y que los alimentaran. Los piratas sobrevivientes fueron encarcelados en el cobertizo.

Los griegos perdieron quince hoplitas, otros diez estaban heridos y fueron atendidos por el médico. Todos recibieron autorización para descansar; partirían al amanecer del día siguiente. Bajo la supervisión de los marineros de las trirremes, los suministros y productos saqueados fueron embarcados por los antiguos esclavos, quienes ayudaban a los griegos de buena gana, ahora que tenían esperanzas de ser libres nuevamente.

Alrededor del mediodía, Polícrates reunió a todos en la orilla de la playa. Se había montado una gran pira, y los cuerpos de los griegos muertos fueron cremados después de que un sacerdote que los acompañaba sacrificara una cabra a los dioses.

Comida y bebida fueron distribuidas entre todos. Perseo y sus compañeros encendieron una hoguera bajo unos árboles, desde donde podían apreciar la ensenada y el mar azul que brillaba con los rayos del sol reflejados en él.

—Si consiguiéramos saqueos como este de vez en cuando, no me importaría que el viaje se alargara un poco más —rió Diomedes.

—Yo no veo la hora de que esta retirada termine —Perseo miró a Artemisia, quien se sonrojó.

—También quiero llegar pronto a casa, tengo nostalgia de mi familia —suspiró Georgios, mirando al mar.

Después de saciarse con comida y bebida, se echaron a dormir bajo las sombras de los árboles. Artemisia, acostada sobre el pecho de Perseo, dormía suavemente.

El joven espartano miraba el cielo azul entre las hojas que se movían con la brisa cálida. *Si existe un Olimpo, debe ser algo parecido a este lugar*, pensó, y terminó quedándose dormido. Sin embargo, fue despertado por el alboroto de sus compañeros que corrían por la arena hacia el mar, donde se zambulleron.

Artemisia sonrió a Perseo y corrió hacia el mar solo con su túnica. El espartano la persiguió y la alcanzó cuando el agua ya le llegaba a la cintura. La abrazó y la besó largamente, mientras los gritos y risas de sus compañeros se oían a lo lejos.

La pareja salió del agua y caminó por la arena cálida y blanca hasta el final de la ensenada, donde terminaba en un conjunto de enormes rocas y comenzaba un promontorio que se elevaba hacia las alturas.

Escalaron algunas piedras y encontraron una pequeña franja de arena entre dos enormes rocas donde se tumbaban. Artemisia tenía los ojos cerrados, mientras Perseo la observaba.

Ella parece en paz, pensó el espartano, pero la amazona percibió que él la miraba y abrió los ojos. Sonriendo, rodeó su cuello con los brazos, atrayéndolo hacia sus labios.

—Ven, mi amor —murmuró sensualmente.

Se amaron bajo la luz del sol, teniendo la arena como lecho.

Pasaron el resto de la tarde amándose en ese pequeño pedazo del Olimpo, hasta que la marea comenzó a subir, obligándolos a regresar al pueblo cuando el sol empezó a esconderse en el océano. La pareja se detuvo por un momento y se sentó sobre una roca, el disco solar parecía enorme y rojo, su luz iluminaba las nubes en el horizonte con tonos rosados. Artemisia apoyó su cabeza en el hombro de Perseo, mientras él pasaba su brazo por su cintura.

—Cómo desearía que estos momentos contigo duraran para siempre —murmuró la amazona para sí misma. *Aquí, en este momento, estoy en paz. Todas mis preocupaciones con Otanixos persiguiéndome, mi deseo de venganza contra él y Tisafernes, la tristeza por la muerte*

de las personas que amé, todos esos sentimientos están ahora guardados en los rincones de mi mente. Sólo me importa estar al lado del hombre que amo, ¿estoy siendo egoísta? Pensó.

—Y durará —respondió Perseo—. Nada ni nadie me apartará de ti.

Artemisia sonrió tristemente al mirarlo.

—¿Qué te aflige? —preguntó Perseo con el corazón apretado.

—Nada, mi amor, solo temo que los dioses se pongan celosos y nos separen —la amazona intentó disimular la tristeza. *¿Cómo puedo contar sobre mis miedos e inseguridades?* Pensó. Ese es mi mayor temor, que mis sueños y visiones se hagan realidad. *No temo a la muerte, sólo temo que el mueras y me dejes nuevamente sola en el mundo.*

Perseo, sintiendo la aflicción de la amazona, la apretó contra su pecho. Que los dioses nos bendigan, oró mentalmente con fervor.

El sol se sumergió en el mar.

Nuestro pequeño momento en el Olimpo terminó. Pensó la amazona mientras regresaban junto a sus amigos, que avivaban las llamas de la hoguera donde un cerdo comenzaba a ser asado.

Diomedes los recibió alegremente ofreciéndoles jarras llenas de vino.

La noche pasó rápido entre risas y conversaciones. El pequeño grupo de amigos se había transformado en una verdadera familia, cada uno con sus defectos y virtudes, pero todos leales.

Al amanecer del día siguiente, embarcaron de regreso a Trebizonda.

A pesar del éxito del ataque, la cantidad de barcos aún era insuficiente para llevar todo el ejército de vuelta a Grecia.

Jenofonte reunió nuevamente al ejército en una asamblea y se dirigió a todos:

—¡Compañeros! Quirísofo no ha regresado y no tenemos noticias de él, la ciudad de Trebizonda no puede sustentarnos y las tierras alrededor ya han sido saqueadas, tenemos que levantar el campamento y seguir por tierra. Propongo que aquellos que tienen esclavos los vendan, que embarquemos a los enfermos e inválidos, así como a los soldados mayores de cuarenta años —recomendó de manera categórica.

El ejército reunido estuvo de acuerdo y se hicieron los preparativos. Perseo y sus compañeros alentaron a Georgios a embarcarse en una de las trirremes. Él era el más viejo del pelotón y tenía esposa e hijos. Diomedes ofreció su saco de monedas, pero aún así él rechazó.

—No puedo abandonarlos —dijo, cerrando la discusión—. A pesar de la nostalgia por mis hijos y mi esposa, ustedes también son como hijos para mí. Sólo los dejaré cuando lleguemos a Grecia, o si las Moiras cortan el hilo de mi vida.

Al final de la tarde, la flota, con poco más de treinta barcos, partió y todos quedaron en los muelles viéndola alejarse en el horizonte.

Esa noche, Perseo y sus compañeros se emborracharon en una taberna. El lugar era poco ventilado y lámparas de barro lo iluminaban con una luz mortecina. Se sentaron en una mesa, pidieron vino y comida, mientras conversaban animadamente sobre los planes para después del fin del viaje.

Artemisia se quedó escuchándolos en silencio. Georgios estaba casado y tenía hijos, Diomedes y Petrus querían divertirse en Atenas, Atreu deseaba hacer una peregrinación al santuario del oráculo de Apolo en la ciudad de Delfos, Laertes solo quería otra guerra en la que participar. Y Perseo afirmaba que regresaría a Esparta, donde vivirían en paz en la finca en la que nació.

Siento en lo más profundo de mi alma que este plan nunca se realizará. Pensó. ¿Cómo puedo seguirlo abandonando mi deseo de venganza? Aunque renunciara a él, ¿cómo podría tener paz con la sombra de Otanixos acechándome? Si él asesina a Perseo, moriré de dolor y tristeza, porque él es todo lo que me queda.

Perseo miró a su esposa con una expresión de preocupación en los ojos, y ella disimuló sonriendo.

—Quiero hacer un brindis —propuso Diomedes.

—¿A qué brindamos? —preguntó Georgios divertido.

—¡A nuestra victoria sobre todos los enemigos! —exclamó Laertes.

—Solo piensas en eso, deberías pensar en conseguir una... —gritó Petrus desde el otro lado de la mesa, luego recordó a Artemisia y se sonrojó de vergüenza, escondiéndose detrás de su jarra—. Perdón —se disculpó, derramando un trago de vino.

Diomedes lanzó un trozo de pan a su compañero, mientras Artemisia solo sonreía divertida.

—¡No, señores! ¡Vamos a brindar por la vida y por nuevos amigos, estamos vivos mientras muchos valiosos compañeros ya están muertos! —continuó Diomedes.

—¡Quedando ellos mismos arrojados a los perros, pasto para las aves! —declamó Atreu en voz alta, recitando parte del primer verso de la Ilíada.

—¡Cállate! —gritó Diomedes, arrojando otro trozo de pan a Atreu—. ¡No estamos aquí para escucharte recitar!

Todos golpearon la mesa con las manos y las jarras y rieron.

—¡Hoy estamos aquí para brindar! Quiero proponer un primer brindis por todos nuestros

compañeros y compañeras que han muerto —exclamó Diomedes, levantando su jarra en dirección a Artemisia.

Todos levantaron sus copas y derramaron el líquido.

—El segundo brindis es en honor a Artemisia, la amada esposa de nuestro compañero Perseo, aunque creo que deberías haber elegido a alguien mejor —rió Diomedes mientras levantaba su jarra.

Todos estallaron en carcajadas, Perseo sonrió, sonrojándose, y Artemisia le dio un beso en la boca, lo que provocó más risas y lo hizo sonrojar aún más.

—Has conquistado no solo a nuestro compañero, sino a todos nosotros con tu valentía y coraje. Aunque tus hermanas hayan partido al Hades y estén cabalgando en los Campos Elíseos, para nosotros eres como una hermana y queremos que nos consideres como tus hermanos. —concluyó Diomedes, levantando su jarra y derramando vino.

Todos levantaron sus jarras en dirección a Artemisia, que movió la cabeza en señal de agradecimiento y se unió al brindis.

Georgios se levantó y pidió la palabra:

—Esperemos que aceptes unirme a nuestra pequeña familia, a veces discutimos y luchamos entre nosotros, pero somos, ante todo, hermanos de armas, matamos y morimos por nuestra pequeña comunidad. ¡Ya has dado pruebas más que suficientes de que eres una verdadera guerrera! Estamos honrados de tenerte con nosotros. —concluyó, levantando nuevamente su jarra para otro brindis.

Acompañamos su gesto levantando las nuestras. Artemisia se sonrojó y agradeció:

—Gracias, yo soy la que me siento honrada, tenerlos como hermanos alivia la pérdida de mis hermanas —sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Sí, pero no todos somos tus hermanos. —Perseo la abrazó por la cintura y la acercó a sí, besándola con ardor.

Sus compañeros, riendo, golpearon las jarras contra la mesa.

La pequeña reunión festiva atravesó la noche. Salieron de la taberna al amanecer, tambaleándose y cantando a gritos canciones obscenas, para regocijo de Artemisia, que nunca las había escuchado.

Llegaron al campamento despertando a las centinelas. Algunos soldados maldijeron desde sus tiendas, quejándose del ruido, pero Petrus rugió para que se callaran. Riendo, la pareja entró en su tienda, alegres y borrachos. El sentimiento de melancolía que la amazona había experimentado al principio de la noche desapareció.

Artemisia observó a Perseo con una sonrisa traviesa. El cabello largo y negro del

espartano estaba suelto, cayendo suavemente sobre sus hombros. Sus labios y su nariz ligeramente levantada formaban un patrón elegante y ligeramente rústico que se armonizaba con sus ojos marrones, que siempre que la miraban mostraban dulzura y cierta inocencia. *Fueron sus ojos los que primero me conquistaron en un bosque en la lejana ciudad de Oleiros*, pensó. *Para mí, es más bello que los dioses Apolo o Adonis*^[6].

La amazona sintió el calor expandirse por su cuerpo y alma. *¡Dioses! ¡Cómo lo amo!* Pensó y se arrojó a los brazos de su marido, besándolo con ardor.

Se amaron sin prisa, como si tuvieran todo el tiempo del mundo.

—Te amo —murmuró la amazona, exhausta, sintiendo una agradable pesadez apoderarse de ella después de haberse saciado.

Un último pensamiento cruzó su mente antes de quedarse dormida.

¡Dioses! ¡No me separéis del único hombre que he amado y amaré en toda mi vida!

Perseo permaneció observando a Artemisia mientras ella dormía. *Nunca amé a nadie de esta forma, la terrible travesía que hemos enfrentado parece más ligera teniéndola a ella a mi lado.*

Capítulo 6

A la mañana siguiente, la marcha se reinició. En tres días, el ejército llegó a la ciudad portuaria de Cerasunte, una colonia griega de la ciudad de Sinope, donde acamparon durante diez días fuera de sus murallas y se realizó un censo por parte de los oficiales.

El ejército, que al principio de la retirada contaba con algo más de diez mil hombres, ahora se reducía a ocho mil seiscientos. Jenofonte repartió el dinero procedente de la venta de los esclavos y ofreció sacrificios a los dioses Apolo y Artemisa. También ofreció sacrificios en nombre de Próximo, que había sido su amigo y que, cobardemente, había sido asesinado por Tisafernes, por orden de Artajerjes.

Perseo aprovechó la ocasión y, junto con Artemisia, compraron un cabrito blanco y buscaron a un sacerdote. Tras contarle a este el sueño que había tenido años antes y su aparente imposibilidad de tener hijos, por una pequeña moneda de plata, el sacerdote sacrificó la víctima en honor a Ares y Afrodita.

Primero, el sacerdote cortó la garganta del cabrito y esparció su sangre sobre el brasero de los sacrificios, rogando a los dioses para que aceptaran la ofrenda y bendijeran la unión de la pareja. Luego, cortó su vientre, retiró las entrañas, las examinó y, finalmente, las arrojó al brasero.

La pareja permaneció expectante, observando hasta que el sacerdote se dirigió a ellos.

—Los presagios no dijeron nada —anunció.

—¿Qué significa eso? —preguntó Perseo.

—O los dioses no aceptaron la ofrenda o no quisieron manifestarse. Tal vez deberían hacer nuevos sacrificios —sugirió el sacerdote.

Artemisia apretó el brazo de Perseo, el sueño y las visiones regresaron con fuerza a su mente. Su mayor temor la atormentaba.

Perseo se irritó con las palabras del sacerdote.

—¡Viejo tonto! ¡No creo en tus supersticiones!

El sacerdote simplemente lo miró con una mirada compasiva y se dirigió a Artemisia.

—Busca a la sacerdotisa de Artemisa. Hay un pequeño templo en un bosque no muy lejano. Ella conoce algunos rituales que enseña a las mujeres que no pueden tener hijos —orientó con voz tranquila.

—Vamos, Perseo —pidió Artemisia, tirando de su brazo, tras hacer una inclinación

agradeciendo al sacerdote.

Regresaron al campamento, con Perseo aún irritado y Artemisia callada, pensando en lo que había oído.

—No tomes en serio lo que dijo, esos sacerdotes quieren que gastemos en sacrificios — intentó tranquilizarla.

Artemisia asintió moviendo la cabeza, pero permaneció en silencio y durante el resto del día intentó mantenerse sola con sus pensamientos. *El sueño y las visiones son claras para mí: yo o Perseo estamos condenados. Si tan solo pudiera darle un hijo.*

Al anochecer, decidió que al día siguiente buscaría el templo de Artemisa, que además de ser la diosa de la caza y la vida salvaje, era también la diosa de los partos.

Antes del amanecer, la amazona salió de la tienda tras depositar un suave beso en la frente de Perseo, que dormía tranquilamente. Encontró a Atreu ya despierto, preparando la hoguera para el desayuno.

—¿Ya despierta? —preguntó apilando leña en el fuego.

—Sí, voy al templo de Artemisa a rezar —explicó frotándose las manos para calentarlas.

—Es una larga caminata.

—Tomaré un caballo prestado —dijo, pensando que con una moneda de plata podría tomar prestado un caballo en el improvisado establo que la caballería griega había montado en el límite norte del campamento.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó amablemente.

—No, gracias. Dile a Perseo que no se preocupe, volveré pronto —la amazona sonrió y se alejó en dirección a los establos.

Poco después, Perseo despertó y no encontró a su esposa a su lado. Salió de la tienda preocupado y encontró a Atreu preparando unas gachas en un caldero para el desayuno.

—¿Has visto a Artemisia? —preguntó.

—Sí, salió temprano, dijo que no te preocuparas, que iba a buscar un templo de Artemisa —respondió, mirándolo fijamente— ¿Algún problema?

Perseo pensó por un momento, sus compañeros aún dormían, solo estaban ellos dos junto al fuego, así que decidió abrirse y contar lo que había sucedido con Artemisia en su infancia, su sueño y su aparente imposibilidad de tener hijos.

Atreu meditó un poco antes de responder.

—Los sueños pueden ser enviados por los dioses o no. Creo que nosotros mismos

hacemos nuestro futuro. Creo que los sueños son solo indicaciones de lo que podría ocurrir, pero depende de nosotros, los mortales, elegir qué camino tomar y cambiar nuestro destino. Dale tiempo a Artemisia, sufrió un gran trauma cuando era niña y ese sueño la marcó, pero no deben preocuparse demasiado, porque eso sería darle poder al sueño —recomendó.

—¿Dar poder a quién? —preguntó Petrus, que salía de la tienda que compartía con Diomedes, aún medio dormido.

Perseo y Atreu se miraron y sonrieron.

Artemisia caminó hasta el improvisado establo, que no era más que una gran cerca de madera donde los caballos estaban atados, y en el camino se informó sobre la ubicación del templo.

Un jinete encargado de cuidar los animales le cedió un caballo a cambio de una moneda, después de que la amazona asegurara que lo devolvería el mismo día.

A paso trote, dejó el campamento en dirección norte; el templo estaba en un pequeño bosque, no muy lejos del campamento.

La temperatura estaba baja y Artemisia se envolvió en su manto. Una ligera niebla se alzaba de la hierba, reduciendo la visibilidad, pero el sol comenzaba a calentar y, después de un rato, ella desapareció.

Poco después, la amazona avistó el bosque e ingresó por un sendero entre los árboles. El sol ahora brillaba fuerte entre las hojas y las ramas.

El templo estaba ubicado en un claro, era un pequeño edificio rectangular hecho de piedras con dos columnas al frente. Al lado del templo, a unos pasos de distancia, un cercado con varios cabritos era custodiado por un adolescente vestido con pieles.

—¿Está la sacerdotisa? —preguntó Artemisia al adolescente mientras desmontaba.

El adolescente la miró de arriba abajo, no acostumbrado a ver a una mujer con dos espadas atadas a la cintura.

—Está en el interior del templo. ¿Vas a hacer un sacrificio? Un cabrito cuesta solo cinco óbulos —dijo con una sonrisa que intentaba ser seductora.

—Toma, chico, separa un cabrito y cuida mi montura —sonriendo, la amazona le lanzó un dáríco de oro.

El adolescente atrapó la moneda en el aire y, asombrado, la observó, haciendo reverencias, y juró que elegiría al mejor de todos los cabritos y que la diosa atendería las plegarias de la amazona.

Artemisia le entregó las riendas de su montura y entró en el templo. El interior estaba fresco, había una estatua de la diosa Artemisa sujetando su arco con la mano derecha junto a una corza, con una aljaba de flechas colgando de su cintura. Frente a la estatua había una piedra para inmolar víctimas y un brasero encendido. Cerca del techo, pequeñas aberturas en la pared dejaban entrar una luz difusa en el ambiente.

Una mujer de mediana edad, con arrugas en las comisuras de los ojos y la boca, y cabello blanquecino, se giró, mirando a la amazona. Llevaba una túnica blanca con detalles verdes.

—¿Te gustaría hacer un sacrificio a la diosa? —Artemisia hizo una reverencia.

—Acércate, niña —pidió la mujer en griego con un fuerte acento.

La amazona se acercó a la mujer, quedando frente a la piedra de sacrificio.

—¿Qué deseas pedir a la diosa? —preguntó la anciana, mirándola con atención.

—Deseo quedarme embarazada —la amazona se sonrojó mientras palpaba su vientre y explicaba rápidamente el sueño que había tenido y de dónde venía.

La sacerdotisa asintió con la cabeza y echó algunas hierbas, que sacó de una pequeña bolsa que llevaba detrás de la piedra de sacrificio, dentro del brasero. Luego susurró algo en voz baja que la amazona no entendió, y enseguida se giró y palpó el vientre de Artemisia con ambas manos, manteniendo los ojos cerrados.

—Sí, tienes dificultades para quedar embarazada —murmuró, abriendo los ojos y fijándolos en los de la guerrera.

Artemisia asintió con la cabeza, controlándose para que sus ojos no se humedecieran.

—¡Muchacho! ¡Tráeme la víctima! —gritó la sacerdotisa.

La puerta del templo se abrió, y el adolescente, que estaba detrás de ella, entró cargando un cabrito en brazos y lo depositó sobre la piedra de sacrificio. Con movimientos rápidos, ató las patas de la víctima.

—Ahora sal de aquí y deja de quedarte detrás de las puertas escuchando —regañó la sacerdotisa.

El adolescente se sonrojó, encogió los hombros y salió del templo, cerrando la puerta tras de sí.

—Pon la mano sobre los ojos de la víctima —indicó la anciana.

Artemisia obedeció cubriendo los ojos del cabrito, que baló tristemente, pero no intentó moverse. La sacerdotisa entonces entonó un cántico en un idioma que la amazona no conocía, y sacando un fino puñal del interior de las pliegues de su túnica, con un golpe rápido cortó el cuello del animal. Luego, con una pequeña copa de barro, recogió la sangre que brotaba de la

herida y la dejó a un lado.

Alejó a Artemisia de la víctima y rápidamente abrió su vientre, extrayendo las entrañas, que arrojó al brasero que chisporroteó, esparciendo el olor de carne quemada en el pequeño templo. Luego retiró el hígado y lo examinó detenidamente, arrojándolo también al brasero. Por último, vertió la sangre de la víctima, haciendo que el humo se espesara y llenara el interior del templo.

— Cuando estés en tu período fértil, debes buscar un curso de agua, puede ser un arroyo o un lago. Haz el sacrificio de una paloma en honor a Artemisa, esparce la sangre en el agua y sobre tu vientre, luego toma a tu elegido y haz el amor en presencia de la diosa — orientó la sacerdotisa, entregando una pequeña estatua de madera, que cabía en la palma de la mano, con la imagen de Artemisa sosteniendo un arco, además de dar otras instrucciones sobre el ritual.

—¿Conseguiré quedarme embarazada? —preguntó esperanzada.

—No puedo darte certeza, pero la diosa intercederá por ti. Hay fuerzas poderosas que interfieren en tu destino, pero Artemisa es venerada en Escitia, así que te protegerá —respondió de forma enigmática.

—Gracias —murmuró la amazona mientras guardaba la pequeña estatua en la bolsita de cuero atada a su cintura, donde guardaba algunas monedas.

—Ahora ve y no olvides el ritual —recomendó la anciana, volviéndose hacia el cabrito sobre la piedra de sacrificio.

Artemisia salió del interior del templo, el cielo casi sin nubes y el sol brillaba. Cerró los ojos y respiró profundamente. *¡Diosa! Atiende mis oraciones*, pensó.

Al abrir los ojos, la amazona vio que el adolescente la observaba. Con una sonrisa, le extendió las riendas de la montura.

—Gracias —sonrió agradecida.

El adolescente sonrió avergonzado y la observó partir.

La amazona se alejó del lugar, sumida en sus pensamientos, mientras tiraba de la montura por las riendas. No debía haberse alejado más de cien pasos del templo cuando de repente escuchó una voz.

—¡Finalmente te encontré!

Girándose rápidamente, la amazona vio a Otanixos, quien la miraba con una expresión feroz. Su ojo izquierdo estaba vacío, resultado de las uñas de la amazona cuando lucharon en una aldea de Armenia, lo que le daba una apariencia aún más aterradora.

—Otanixos —murmuró, observando a su alrededor.

Había varios caballeros persas armados con escudos de mimbre, lanzas en las manos y espadas en las cinturas. Otanixos era el único desmontado, su montura estaba sujeta por las riendas por un caballero.

Artemisia llevaba sus dos espadas, pero sus posibilidades eran mínimas. *No me entregaré sin luchar, sé que si soy capturada mi destino será peor que la muerte*, pensó, sintiendo la ira burbujear en su espíritu.

—Te he estado siguiendo desde Armenia, no debiste haber salido del campamento griego —afirmó Otanixos con una sonrisa de lobo en los labios.

—¿Qué quieres? —gruñó la amazona, sujetando con fuerza las riendas de su caballo, que estaba a su lado.

—Llévartela con vida para mi maestro —Otanixos dio dos pasos más, con la mano descansando en el mango de su espada.

Debo actuar con rapidez y violencia si quiero tener una oportunidad de escapar, pensó.

—Tendrás que matarme primero —respondió Artemisia, mirándolo mientras contraía sus músculos.

—No, princesa guerrera, cuando mi maestro y yo terminemos contigo, entonces sí deseas haber muerto —amenazó, dando otros dos pasos hacia la amazona.

Ahora estaban separados por dos pasos.

¡Es mi oportunidad!, pensó Artemisia, y sujetando con fuerza la silla de su montura, la usó como apoyo y lanzó sus pies contra el pecho de Otanixos, quien, sorprendido, retrocedió con el impacto.

Al mismo tiempo, con un giro rápido, la amazona se montó en su caballo y lo golpeó con violencia, haciéndolo disparar hacia el bosque.

—¡Detrás de ella! —rugió Otanixos.

Artemisia no necesitó mirar atrás para saber que la estaban siguiendo. Podía escuchar el trote de los caballos persiguiéndola.

Galopando, entró en el bosque por el sendero por el que había llegado hasta el templo. La amazona se inclinó lo más posible sobre el cuello de su montura para imprimir mayor velocidad y escapar de las ramas de los árboles.

Si consigo mantener la distancia, tal vez logre llegar al campamento griego, pensó mientras salía del bosque a toda velocidad, pero para su sorpresa, cinco caballeros persas bloqueaban su camino.

Inmediatamente giró hacia la derecha, hacia el Este, el único camino disponible. Mirando

por encima de sus hombros, la amazona vio que los caballeros que bloqueaban su camino se unieron a Otanixos, que acababa de salir del bosque seguido por varios caballeros.

La amazona contó veinte caballeros siguiéndola. Su caballo resoplaba por el esfuerzo. No aguantará mucho más a este ritmo frenético, pensó, y giró bruscamente su montura hacia la izquierda. *Tengo que volver a galopar hacia el Oeste o me alejaré aún más del campamento griego.*

Artemisia mantuvo el ritmo por un tiempo. Miró nuevamente por encima de sus hombros y vio que los persas se dispersaban, intentando rodearla. No conseguiría volver hacia el Oeste sin ser alcanzada.

—¡Maldito Otanixos! —murmuró entre dientes.

No tengo opción, pronto mi montura caerá exhausta, pensó. Si Otanixos cree que me entregaré sin luchar, le mostraré su error.

Tirando violentamente de las riendas, la amazona hizo que su caballo se detuviera bruscamente y de inmediato lo giró hacia el Oeste. Por suerte, había traído su arco y la aljaba de flechas, que estaban atadas a la silla, y rápidamente sacó una flecha y la colocó en el arco.

Controlando la montura con las piernas, hizo puntería en el persa que estaba más cerca, viniendo por la derecha.

Artemisia disparó y, con un grito, el caballero cayó de su montura con una flecha clavada en el pecho. Inmediatamente, ya tenía otra flecha preparada y disparó de nuevo, esta vez acertando a un caballero que la rodeaba por la izquierda.

Mirando desesperada a su alrededor, vio que la habían rodeado. Artemisia siguió galopando y disparó tres flechas más, acertando a los caballeros, que ya estaban casi encima de ella.

No podré disparar más, pensó, y dejó el arco, sacando sus espadas.

Dos caballeros ya estaban a pocos pasos de distancia, viniendo directamente contra la amazona, que pasó entre los dos y asestó un golpe circular contra el caballero de la derecha, acertando la lateral de su cuerpo, sintiendo la hoja cortar el mimbres de su coraza y la carne suave.

El otro caballero intentó detener la montura de Artemisia, pero ella lo alcanzó con la espada en el cuello, derribándolo de su caballo. Sin embargo, él consiguió detenerla el tiempo suficiente para que la amazona fuera alcanzada y rodeada por los demás.

Cuatro caballeros se acercaron, tres de ellos estrellaron sus monturas contra la de Artemisia e intentaron derribarla, pero ella logró clavar su espada contra el pecho del hombre que estaba frente a ella y, en un movimiento rápido, retiró la hoja y asestó un golpe contra la cabeza de otro, a su derecha, cortándola de arriba a abajo.

Artemisia sintió un golpe en su cintura y se desequilibró, cayendo de la montura con un golpe seco. Contrajo la mandíbula por el dolor e inmediatamente rodó hacia un lado para escapar de las patas de los caballos, que ahora estaban por todas partes.

Un persa que se había desmontado avanzó intentando golpearla con su escudo, pero la amazona saltó a un lado y, cuando él la superó, aplicó un golpe descendente contra su espalda desprotegida, cortándolo de arriba a abajo. Con un grito de dolor, el guerrero cayó al suelo.

Artemisia se giró buscando a otros adversarios y presintió un golpe dirigido hacia ella. Intentó defenderse, pero fue lanzada varios pasos hacia atrás; un persa la había chocado usando su escudo de mimbre.

Furiosa, la amazona se levantó rápidamente; ahora solo tenía una espada, ya que la otra se había perdido en la caída. Mirando a su alrededor, vio que estaba rodeada. Los persas se habían desmontado y se escondían detrás de sus escudos, apuntando sus lanzas en su dirección.

—¡Maldito Otanixos! ¡Enfréntame si eres hombre! —gritó, tomada por la furia.

Otanixos caminó tranquilamente, entrando en el círculo que sus soldados formaban alrededor de la amazona.

—Eres realmente fabulosa —dijo con una sonrisa bestial—. No veo la hora de que mi maestro te pase a mí.

Maldito, no sabe que fue el responsable de la muerte de mi familia y de la violación de mi cuerpo, pensó. Eso lo diré en el momento en que lo vea morir bajo mi espada.

Otanixos sacó su espada y avanzó contra la amazona, asestando una secuencia de cuatro golpes que ella paró con su hoja. La fuerza del guerrero era increíble y Artemisia sentía que sus músculos temblaban con el impacto.

Artemisia hizo una finta y contraatacó, apuntando al vientre de Otanixos, pero él se defendió rápidamente y, con una patada, consiguió hacerla retroceder varios pasos, provocando que cayera al suelo. Sin embargo, la amazona aprovechó el impulso de la caída, rodó hacia atrás y se puso en pie, para sorpresa del guerrero que había avanzado.

La amazona aplicó un golpe circular, apuntando a su cabeza, pero él la apartó justo a tiempo, dejando una pequeña línea roja en su mejilla.

Otanixos, sorprendido, tocó la herida y miró la punta de sus dedos manchados de sangre. Con una sonrisa, los lamió y, luego, con un rugido, avanzó como un toro enfurecido hacia la amazona, asestando golpe tras golpe que ella defendía con dificultad. Cada vez que Artemisia intentaba escapar o ganar más espacio para luchar, era empujada por los escudos de mimbre de los soldados, que lentamente comenzaban a apretar el cerco a su alrededor.

Parando un golpe violento del guerrero, la amazona resbaló su puño, que sostenía el mango de su espada con fuerza, contra la nariz de Otanixos. Con satisfacción, escuchó el sonido de huesos quebrándose. Pero la victoria fue breve y la amazona sintió un golpe en el costado de

su cabeza que hizo que su visión se nublara. Luego, un puñetazo en su estómago la hizo encorvarse de dolor.

Con dificultad, Artemisia se levantó, apuntando la espada hacia adelante, tratando de enfocar la vista. Percibió la enorme sombra de Otanixos acercándose hacia ella y levantó la espada, pero el impacto de la hoja del guerrero fue tan violento que la espada de la amazona cayó de su mano, partida en dos.

Otanixos asestó dos puñetazos en la cabeza de la amazona que la hicieron tambalear. Luego, una patada en su pecho la hizo caer de espaldas.

Artemisia respiró con dificultad, intentando llenar sus pulmones de aire, sintiendo el sabor de sangre en la boca.

La sombra de Otanixos cubrió la vista de la amazona, con su sonrisa odiosa y su mirada malvada.

—¡No me rindo, nunca! —murmuró, intentando levantarse.

La silueta del enorme puño cerrado de Otanixos descendió hacia la amazona, y ella sintió un golpe doloroso en su rostro que la hizo sumergirse en la oscuridad.

Capítulo 7

Cuando el sol estaba en el centro del cielo, Artemisia aún no había regresado y Perseo comenzó a preocuparse. Él y sus compañeros estaban alrededor de la hoguera preparando el almuerzo, a excepción de Laertes, que había salido temprano a cazar en la región.

—Esta demora no es normal, voy a buscarla — advirtió Perseo a Georgios y sus compañeros reunidos.

—Salió muy temprano, realmente es extraño que tarde tanto, más aún siendo que fue cabalgando hasta el templo —dijo Atreu.

—Conseguiré caballos y voy contigo —dijo Diomedes levantándose.

—Yo iré también —Petrus se levantó con una sonrisa.

—Conozco el camino, cuenten conmigo —se ofreció Atreu.

—Muy bien, no tarden demasiado —orientó Georgios.

Diomedes regresó con cuatro caballos y pronto estaban galopando fuera del campamento en dirección al templo, que no estaba muy lejos. Todos llevaban sus espadas en la cintura y los escudos sujetos a sus espaldas.

Tras un tiempo cabalgando, al atravesar un bosque, llegaron al templo de Artemisa.

Fueron recibidos por un joven que cuidaba algunos cabritos.

La puerta de madera del templo estaba cerrada.

—La sacerdotisa regresa mañana —les avisó el joven, mirándolos con expresión de fastidio.

—Estamos buscando a una guerrera que vino a sacrificar a la diosa esta mañana, ¿la viste? —preguntó Perseo, emparejando su caballo al lado de la cerca donde el joven estaba apoyado.

—Sí, una guerrera hermosa —sonrió con una expresión maliciosa.

—¡Respétame, mocoso! —regañó Petrus acercándose y le dio un golpe en la cabeza al joven.

—¿A dónde fue? —preguntó Perseo ansioso, mirando alrededor sin ver señales de la amazona.

El joven los miró en silencio, con rabia en los ojos, mientras frotaba el lugar donde Petrus lo había golpeado.

—Te voy a dar otro golpe, mocoso —advirtió Petrus comenzando a enfurecerse.

—Déjalo, Petrus —interrumpió Diomedes.

Tomando una pequeña moneda de su saco, que llevaba junto al cuerpo, Diomedes la hizo correr entre sus dedos. Los ojos del joven brillaron de codicia.

—¿Y bien? —preguntó Diomedes sonriendo.

—Ella salió después del sacrificio, estuve viéndola alejarse por esa dirección —señaló hacia donde el grupo había venido.

—¿Y? —preguntó Diomedes extendiendo la mano con la moneda.

—Algunos caballeros la persiguieron, luego desaparecieron en el horizonte —el joven saltó hacia la moneda y la guardó dentro de su sucia túnica.

—¿Persas? —preguntó Atreu.

—Lo descubriremos —respondió Perseo decidido y, golpeando el flanco de su caballo, galopó en la dirección en la que había visto a Artemisia, seguido por sus compañeros.

Salieron del bosque y atravesaron el terreno hasta que encontraron rastros de varios caballos y los siguieron. De repente, avistaron algunos cuerpos a lo lejos. Con el corazón acelerado, Perseo galopó hasta el lugar, desmontando antes de que su caballo se detuviera por completo.

Había diez cuerpos esparcidos por la llanura, a varios pasos de distancia. Cinco de ellos tenían flechas clavadas en el pecho. Perseo avanzó hasta un grupo de cuatro cuerpos tendidos en el suelo, cerca unos de otros. Estos tenían heridas variadas causadas por una espada, y uno de ellos tenía el cuello casi decapitado, sujetado solo por un pequeño pedazo de piel y tendón.

—Artemisia —murmuró Perseo preocupado, mirando a su alrededor al darse cuenta de que los cuerpos eran persas.

Diomedes, el mejor rastreador, observó el terreno y pronto encontró los rastros de varias monturas que se dirigían hacia el Este.

—Creo que deben ser unos diez caballeros —avisó Diomedes mientras observaba la hierba marcada, después de desmontar.

—¿Están muy lejos? —preguntó Perseo.

—Una o dos horas —respondió Diomedes.

—Si galopamos sin parar, tal vez los alcancemos —dijo Perseo, esperanzado.

Por los rastros encontrados, estamos en desventaja. No sé si Artemisia está en condiciones de luchar, ni qué le habrá ocurrido. ¡Dioses, que la protejan! pensó angustiado.

—Obviamente querían capturar a Artemisia viva —trató de calmar a su compañero Atreu, al notar la desesperación en sus ojos.

—Sí, vamos tras ellos y les rompemos algunas cabezas persas —sugirió Petrus con una mirada maliciosa.

Galoparon hacia el Este siguiendo a los persas, quienes no se preocuparon por tratar de ocultar sus rastros.

Cabalaron toda la tarde sin descanso, el sol siguió su camino en el firmamento y, pronto, ya se encontraba a sus espaldas, hundiéndose en el horizonte. La noche no tardaría en llegar y la desesperación de Perseo aumentaba. *Será más difícil seguir los rastros en la oscuridad*, pensó.

No se habían preparado para una persecución, no tenían provisiones y los odres de agua casi se habían agotado. Sus caballos estaban exhaustos por el esfuerzo y comenzaban a resoplar cansados, con el sudor empapando sus cuellos. Si no alcanzaban a los persas pronto, tendrían que detenerse.

¡Dioses! ¿Quién ha capturado a Artemisia? ¿Alguien la reconoció y la capturó esperando obtener un rescate? Mientras galopaba, la mente de Perseo daba vueltas interminables, tratando de comprender qué había sucedido.

Artemisia sintió que flotaba en la oscuridad, su cuerpo estaba adolorido, y el dolor la ayudó a despertar. Entreabrió los ojos y vio que estaba atravesada en la silla de un caballo que era guiado por otro jinete que la conducía al trote.

Sus brazos pendían a los lados del animal, atados por los puños con una cuerda. Observó el suelo correr frente a ella y pensó en lanzarse, pero la caída podría matarla, y aunque no lo hiciera, podría quedar herida y no sería capaz de escapar.

Tras un rato, el trote disminuyó hasta detenerse. La amazona sintió al jinete desmontando y, a continuación, unos brazos fuertes la arrancaron de la silla y la lanzaron sobre sus hombros.

¡Es Otanixos! Pensó, y tras algunos pasos, fue arrojada al suelo, sin poder evitar un gruñido de dolor.

—¿Despertaste, princesa? —preguntó Otanixos con tono irónico.

Artemisia lo miró con odio en los ojos mientras se sentaba.

—Vamos a detenernos por hoy, pero mañana continuaremos. En cuanto sea posible, conseguiré una carreta para tu mayor comodidad —prosiguió con tono irónico.

La amazona escupió hacia él un flema roja de sangre. Otanixos solo se rió y comenzó a dar órdenes a los persas para que prepararan una hoguera. Ella miró al cielo; la tarde estaba en su último tramo. *Salí del templo mucho antes de que el sol alcanzara el centro del firmamento. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?*

¡Dioses! Perseo estará preocupado. Solo Atreu sabe dónde fui. ¿Habrán ido a buscarme? Si por un lado deseo ser rescatada, por otro temo que Perseo y sus compañeros se enfrenten a la muerte. Pensó, observando que había ocho jinetes persas acompañando a Otanixos, que ahora cuidaban de sus caballos, mientras algunos preparaban una hoguera.

Mientras la amazona observaba a los persas preparando la hoguera y una cena, intentó desesperadamente encontrar una salida, pero sus muñecas estaban firmemente atadas por la cuerda.

Los persas apilaron sus escudos y lanzas unos sobre otros, a varios pasos de distancia, y los caballos pastaban tranquilamente a su alrededor. La esperanza de Artemisia era esperar a la noche, cuando solo algunos quedarían de centinela, para intentar escapar, pero sabía que sus oportunidades eran mínimas.

¡Dioses inmortales! Si soy entregada a Tisafernes, prefiero matarme antes que permitir que toque mi cuerpo. Pensó, tratando de no desesperarse.

La amazona se dio cuenta de que su bolsa de cuero con las monedas y la pequeña estatua de la diosa habían desaparecido.

El sol comenzó a descender en el horizonte; pronto ya no habría luz y la noche llegaría. De repente, Artemisia escuchó el sonido de un tropel de caballos, proveniente de donde se ponía el sol. Cuatro jinetes, con cascos adornados con crines de caballo, galopaban hacia el campamento.

Los persas comenzaron a agitarse en el campamento improvisado; algunos que estaban sentados se levantaron rápidamente, sorprendidos, mientras miraban a los caballeros griegos que se acercaban cada vez más.

El caballero que lideraba el grupo gritó por encima del estrépito de los animales.

— ¡Es Artemisia!

¡Perseo! ¡Dioses! ¡Me encontró! Pensó, feliz y preocupada al mismo tiempo. La amazona lo observó sacar su espada y dirigir su caballo directamente hacia Otanixos, que se había levantado tranquilamente, mientras los demás soldados corrían a buscar sus escudos y lanzas.

—¡Es Artemisia! —gritó Perseo por encima del estrépito de los caballos, mientras golpeaba violentamente el flanco de su montura para que avanzara más rápido.

El espartano sacó su espada y se concentró en los soldados que ahora se levantaban; eran nueve. *Uno de ellos era un gigante tan alto como Petrus y parecía ser el comandante.* Pensó, fijando su mirada en el guerrero.

Los soldados corrieron hacia sus lanzas y escudos, que estaban apoyados unos contra otros, mientras, tranquilamente, el enorme guerrero persa sacaba su espada.

Perseo dirigió su caballo hacia él. Cuando estuvo sobre el guerrero, el espartano aplicó un golpe circular dirigido a su cuello, pero el gigante se agachó, esquivando la hoja, y Perseo voló por el aire, cayendo al suelo.

Mientras rodaba por el suelo y se levantaba rápidamente, armándose con su escudo, Perseo observó su caballo caído; sus patas delanteras estaban seccionadas. El persa se había agachado, esquivando el golpe, mientras cortaba las patas del caballo de Perseo, que ahora intentaba levantarse, relinchando desesperado.

Perseo miró rápidamente de reojo, cerca de la hoguera, Artemisia estaba sentada con las manos atadas. Sus miradas se cruzaron y la amazona gritó:

—¡Perseo, cuidado con él!

El espartano miró al gigante persa, que le sonrió con desdén, mientras sus compañeros luchaban con los soldados persas.

Apretando con más fuerza el mango de su espada y la correa que sostenía el escudo, Perseo se acercó al persa, que seguía sonriendo mientras apuntaba su espada hacia él.

Con un grito de odio, Perseo avanzó, lanzando el escudo hacia adelante y asestando un golpe descendente con su espada. Otanixos interceptó el golpe con su espada, mientras soportaba el impacto del escudo espartano sin siquiera desequilibrarse. En un rápido movimiento, el persa empujó el escudo con su hombro, haciendo que Perseo retrocediera cuatro pasos.

¡Ares, dame fuerzas! rezó mentalmente Perseo. *El persa es increíblemente fuerte y rápido.*

Otanixos avanzó aún en silencio, con una sonrisa en los labios, y luego ejecutó una secuencia de cinco golpes que Perseo defendió con su escudo mientras retrocedía.

El joven espartano intentó clavar su espada en el vientre de su adversario, pero solo acertó al vacío; Otanixos se había desviado, y Perseo sintió, más que vio, la hoja persa descendiendo hacia su cabeza. Con un movimiento instintivo, Perseo levantó el escudo y sintió

un violento impacto que lo obligó a doblar las rodillas. En el mismo instante, rodó hacia adelante, justo a tiempo de evitar ser atravesado por la espada del persa, que se clavó en el suelo.

Con un violento movimiento, Otanixos la levantó del suelo, trozos de hierba y tierra volaron cuando él la alzó y avanzó corriendo en dirección a Perseo, quien interceptó un golpe de la espada del persa con el escudo, lo que hizo que su brazo temblara por el esfuerzo, justo a tiempo de evitar que el persa le atravesara el rostro.

Con sorpresa, Perseo se dio cuenta de que la hoja atravesó su escudo, deteniéndose a pocos centímetros de su cara. El espartano aprovechó la oportunidad y giró el escudo, haciendo que la espada de Otanixos quedara atrapada. Por un momento, lucharon por la fuerza, el persa intentando liberar su espada y el espartano intentando arrebatársela de las manos.

Perseo aprovechó el momento y asestó una estocada al cuello de Otanixos, pero el persa esquivó el golpe, soltó su espada y pateó el escudo espartano con tal violencia que lo hizo caer al suelo.

Perseo intentó levantarse, pero el persa ya estaba sobre él, apretando su cuello con sus enormes manos, ahogándolo. El espartano intentó cortarlas con su espada, pero el persa soltó su cuello y agarró su muñeca, torciéndola hasta que el joven se vio obligado a soltar el arma.

El joven espartano sintió que lo levantaban por encima de la cabeza del persa. Por un momento, sus miradas se cruzaron con las de Artemisia, que, desesperada, intentaba liberarse de las cuerdas que la ataban.

El gigante persa se giró en dirección a la hoguera que ardía y caminó hacia ella con la intención de arrojar a Perseo al fuego, mientras el joven intentaba desesperadamente liberarse.

En ese preciso momento, Petrus chocó contra Otanixos, empujándolos lejos del fuego. Perseo cayó al suelo con un golpe sordo y, apretando la mandíbula por el dolor, se levantó.

Ahora Petrus y el persa luchaban, golpeándose mutuamente como dos titanes, y Perseo aprovechó para correr hacia Artemisia, desatándola.

—¿Estás bien? —preguntó ansioso, observando algunas manchas moradas en su hermoso rostro y los labios agrietados.

—Sí, estoy —respondió la amazona, levantándose rápidamente después de darle un leve beso.

Artemisia corrió hasta uno de los persas muertos y recogió una espada del suelo, mientras Perseo corría hacia su escudo y su espada. Miró alrededor, los persas estaban muertos, solo Otanixos seguía luchando con Petrus.

Diomedes y Atreu se acercaron y, junto con Perseo y Artemisia, intentaron rodear al persa, que ahora le había aplicado una llave al cuello de Petrus, ahorcándolo.

—¡Maldito! —gruñó Diomedes y avanzó temerariamente con su espada alzada.

El gigante, sonriendo, arrojó a Petrus contra Diomedes y ambos chocaron violentamente, cayendo al suelo.

Perseo avanzó con Atreu a su lado y asestó un golpe dirigido a las costillas de Otanixos, mientras su compañero intentaba golpear la cabeza del persa. Sin embargo, el gigante era increíblemente rápido y esquivó el golpe del espartano, al mismo tiempo que agarraba la mano de Atreu, lo giraba y lo lanzaba contra Diomedes y Petrus, que, tambaleantes y aturdidos, comenzaban a levantarse. Los tres cayeron nuevamente al suelo con estruendo.

Perseo desató una serie de golpes cruzados intentando acertar a Otanixos, quien se esquivó ágilmente. En el cuarto intento, el persa bloqueó los brazos del espartano con su antebrazo y le propinó una patada violenta que lo hizo encorvarse de dolor.

En ese momento, Artemisia avanzó contra Otanixos, lanzando una serie de golpes con la espada, forzando al persa a retroceder, pero él logró esquivar todos los ataques.

Mientras Perseo intentaba levantarse, respirando con dificultad, el gigante consiguió agarrar los brazos de Artemisia y la atrajo hacia él.

—Primero cortaré las piernas de tu amante griego, luego te violaré frente a él y, por último, te cortaré la cabeza —susurró en persa de manera desagradable.

Con la fuerza del odio, la amazona se retorció violentamente, lo pateó y logró liberarse, dando un salto hacia atrás.

Los compañeros de Perseo se levantaron y se prepararon para atacar. Otanixos los observó, todavía con una sonrisa en los labios, y gritó en persa:

—¡Nos encontraremos de nuevo, princesa amazona!

Con una risa, el persa se giró y corrió hacia su caballo, que estaba a varios pasos de distancia, y, con un ágil salto, montó y disparó por la llanura en dirección al este.

—¡Maldito! —rugió Perseo y miró alrededor buscando algún caballo, pero todos estaban dispersos por la llanura tras la pelea.

Hizo un gesto para dirigirse hacia uno de ellos para perseguir a Otanixos, pero Artemisia lo detuvo, sujetándole el antebrazo.

—¡No vayas! Quédate conmigo —dijo con voz débil, su cuerpo temblando como si tuviera fiebre, aunque estaba helada.

Perseo abrazó a la amazona.

—¿Estás bien? —preguntó ansioso, buscando alguna señal de herida.

Todos se acercaron preocupados.

—Estoy bien —respondió la amazona, enterrando su rostro en el pecho de Perseo, intentando recomponerse.

—¿Alguien entendió lo que gritó? —preguntó Petrus, con los labios agrietados y sangrando.

—Dijo que se encontraría de nuevo con Artemisia —respondió Diomedes con una mueca, cojeando de una pierna mientras se sujetaba una costilla dolorida.

—¿Lo conocías? —preguntó Perseo, curioso y preocupado.

—Sí, es un oficial de Tisafernes, fue encargado de capturarme —la amazona desvió la mirada.

—¿Desde cuándo? —se irritó Perseo, aún más preocupado.

—Nos encontramos en Armenia, cuando descubrí sus intenciones, y antes de eso lo vi con Tisafernes —la amazona volvió la mirada hacia Perseo.

—¡Eh! ¡Es el mismo persa con el que Laertes y yo luchamos en el campamento de Tisafernes cuando Perseo fue herido! —dijo Diomedes.

—¿Qué persa? —se sorprendió Perseo.

Diomedes contó rápidamente sobre la pelea después de que Perseo fuera herido y cayera inconsciente.

—¿Y por qué no me lo contaron? —se revolvió.

—En ese momento no parecía importante —Diomedes se encogió de hombros.

—Aún no sabía que Tisafernes lo enviaba tras de mí —dijo Artemisia avergonzada.

Ella contó lo ocurrido en Armenia y Escitia, cuando encontró por primera vez al persa Otanixos. Relató que lo encontró nuevamente en la capital Escitia, Gímnias. Pero omitió que Otanixos fue el hombre que asesinó a sus padres y hermano, violó su cuerpo y envió asesinos tras Ciro, lo que causó la muerte de Mardoc.

Si él descubre esto, nada lo detendrá de ir tras Otanixos, y Perseo no es rival para el persa, acabará muerto. Pensó angustiada.

—Debe habernos seguido desde Escitia —dijo Atreu, impresionado.

—Odio admitirlo, pero el maldito es muy bueno, creo que ni siquiera Laertes podría derrotarlo —murmuró Diomedes, de mal humor.

Perseo miró a Artemisia con una mezcla de alivio e irritación por no haberle contado acerca del persa que la perseguía.

—Creo que es mejor que nos vayamos —dijo, mirando el horizonte donde el sol comenzaba a desaparecer.

Reunieron sus caballos y se dirigieron al campamento griego, dejando los cuerpos de los persas donde estaban. *Que sirvan de pasto para aves y bestias.* Pensó el joven espartano.

Con algunas paradas para descansar y aprovechando la luz de la luna, llegaron al campamento al amanecer, donde Georgios los esperaba, preocupado.

Perseo y Artemisia se dirigieron a su tienda, mientras Diomedes y Atreu contaban al sargento y Laertes lo ocurrido.

—¡Por los dioses, Artemisia! ¡No debiste esconderme esto! —resopló Perseo, aún molesto, al entrar en la tienda.

—No había necesidad de contártelo, Perseo, sabía que solo te preocuparía —respondió la amazona, sentándose en la cama de pieles.

—¿Qué te susurró al oído para que te enfurecieras? —insistió Perseo, intrigado.

—No quiero hablar más de eso, Perseo —Artemisia desvió la mirada. *No puedo contarle la amenaza de Otanixos, ni que fue el hombre que asesinó a mis padres y me violó cuando era niña en Halicarnaso.* Pensó, sintiéndose mal por esconder esas verdades.

—No debiste haberte ido sola del campamento. ¿Qué fuiste a hacer allí? —Perseo se sentó junto a su esposa.

—Fui a consultar con la sacerdotisa de Artemisa —Artemisia acarició el rostro del espartano, la amazona había recuperado en el campamento persa la pequeña estatua de la diosa —. Pero no puedo contarte nada, son asuntos de mujeres y de la diosa, no te enojés, solo sabes que ahora me siento más tranquila.

Perseo la miró, aún dudoso.

Gracias a los dioses, parece estar bien. Pensó, abrazándola y besándola. *No insistiré más en el tema, si encontró consuelo en el templo, estoy agradecido, pero a partir de ahora haré todo lo posible para mantenerla cerca de mí, no es que no pueda defenderse sola, pero el persa al que enfrentamos la derrotó, y ella es una guerrera mucho mejor que yo y mis compañeros.*

La pareja se recostó en la cama de pieles, y pronto la amazona comenzó a dormir suavemente. Perseo la observaba mientras dormía. *¿Qué más me está ocultando Artemisia?* Pensó.

Cuando su sueño se volvió profundo, el espartano salió de la tienda y encontró a sus compañeros alrededor del fuego.

Hablaron sobre el persa que habían encontrado y, de común acuerdo, decidieron mantenerse atentos para evitar que se acercara a Artemisia.

Mientras tanto, Artemisia cayó en un sueño lleno de pesadillas, en el que veía a Otanixos asesinar a Perseo y arrojar su cuerpo a una pila junto a los de sus padres, su hermano y Mardoc.

La amazona despertó de madrugada, asustada, sudando frío y con el corazón acelerado. Perseo dormía suavemente a su lado, su brazo rodeando su cuerpo en un abrazo protector, y ella se quedó observándolo dormir.

Cómo parece estar en paz. Pensó. Cómo lo amo, nunca había experimentado nada así antes y sé que nunca volveré a experimentarlo. Una lágrima solitaria resbaló por el ojo de la amazona. *¿Qué destino tan cruel le estoy imponiendo por amarlo?*

Capítulo 8

En Cerasunte, unos cientos de soldados lograron embarcarse en barcos locales y regresaron a Grecia por mar, después de pagar un alto precio por el pasaje. Una vez más, Perseo y sus compañeros intentaron embarcar a Georgios, pero él se negó.

Tras unos días de descanso y reabastecimiento, el ejército reanudó la marcha, llegando a la frontera de los mossíneos.

Los exploradores informaron que, no muy lejos, dentro del territorio mossínico, se encontraba una enorme ciudadela con muros de troncos de árbol, que albergaba en su interior varias torres de madera y se interponía en el camino del ejército.

Jenofonte envió a un emisario llamado Timesiteu, ciudadano de Trebisonda, para preguntar si el ejército griego atravesaría el territorio como amigo o enemigo.

Al cabo de un tiempo, Timesiteu regresó con la respuesta, y Jenofonte reunió al ejército.

—¡Compañeros! Los mossíneos, confiados en su número y en sus fuertes fortalezas, no nos permitirán atravesar sus tierras. Una vez más, tendremos que avanzar luchando. ¡Que todos preparen sus armas!

Durante dos días, el ejército esperó acampado en el límite del territorio mossínico. Artemisia intentaba comportarse con normalidad, pero ella, Perseo y sus compañeros estaban tensos, siempre vigilantes en busca de señales de Otanixos. El espartano estaba decidido a no permitir que el persa se acercara de nuevo a la amazona, pero los problemas personales de la pareja no influían en nada en la campaña, que continuaba.

Timesiteu salió de nuevo, acompañado de una comitiva, regresando después de dos días en compañía de otros jefes tribales. La expectativa en el campamento era grande; las tropas se impacientaban por la demora. Tras una larga espera, Jenofonte reunió al ejército y anunció:

—¡Compañeros! Hemos hecho una alianza con el jefe de los mossíneos del Oeste, quien se encuentra en guerra con los mossíneos del Este, debido a la disputa por un fuerte entre los territorios. Se han hecho juramentos y se han intercambiado presentes ante los dioses. Ahora, este valioso pueblo es nuestro aliado y marchará con nosotros contra sus conciudadanos del Este.

A la mañana siguiente, los nuevos aliados llegaron marchando en columnas. Su piel estaba tatuada, llevaban escudos cubiertos con cuero de vaca, cascos al estilo paflagonio con un penacho en la parte superior, lanzas, hachas en la cintura y vestían túnicas hasta las rodillas.

El ejército reanudó la marcha entrando en el territorio mossínico. Cuando el sol se acercó al mediodía, avistaron a lo lejos la ciudadela mencionada por los exploradores. Jenofonte ordenó que el ejército griego se dispusiera en formación de batalla junto a los aliados.

Un mossínico alto, que no portaba armas, invocó lo que todos creyeron que eran los nombres de sus dioses, y los soldados respondieron cantando himnos. Antes de que los griegos recibieran la orden de avanzar, sus nuevos aliados corrieron hacia la ciudadela, seguidos por algunas compañías griegas que, a pesar de las advertencias de mantenerse en formación, avanzaron detrás de ellos, liderados por sus oficiales, con la esperanza de saquear primero el fuerte de los mossínecos del Este.

El grupo se distanció corriendo hacia la ciudadela, que era la segunda ciudad más grande de los mossínecos del Este, y cuya posesión había sido el motivo de la guerra entre las facciones durante generaciones.

La ciudadela estaba rodeada por una empalizada de madera algo más alta que un hombre, y no se veía movimiento en el lugar, como si estuviera deshabitada. Sin embargo, cuando los aliados y las compañías griegas se acercaron, una lluvia de dardos y piedras los alcanzó.

Las puertas de la ciudadela se abrieron, y una multitud de soldados avanzó furiosamente contra las tropas atacantes. Fue una masacre. Los aliados fueron sorprendidos, dieron la vuelta y comenzaron a huir. Las pocas compañías griegas que los seguían fueron aniquiladas; pocos lograron escapar y regresar a salvo al ejército.

Jenofonte ordenó que los demás avanzaran a paso rápido, en formación de falange, con una línea de doscientos hombres en la vanguardia, a cinco filas de profundidad, mientras los arqueros y los honderos seguían atrás. La infantería ligera, dividida en dos grupos, avanzó por los flancos.

Artemisia, de nuevo al final de las líneas, lideraba una compañía de arqueros que, bajo su entrenamiento, se habían convertido en excelentes.

Los aliados que huían se reagruparon detrás de las líneas griegas, perseguidos por los mossínecos del Este. Estos corrían hacia los griegos, chocando contra sus escudos. El pelotón de Georgios estaba en la quinta fila, y sus hombres comenzaron a empujar a los soldados de al frente, quienes a su vez empujaban a los que estaban en la vanguardia, así sucesivamente, hasta que la primera fila soportó el impacto inicial.

Desde sus posiciones, Perseo y sus compañeros observaban las lanzas de sus compañeros en la segunda fila avanzar y retroceder cubiertas de sangre. Al sonar el toque de la trompeta, la primera fila retrocedió dejando que la segunda avanzara, y así sucesivamente. Poco después, el pelotón de Georgios estaba en la posición de la segunda fila, entrando en combate.

Perseo y sus compañeros atacaban a los mossínecos que se negaban a ceder. La infantería peltasta en los flancos arrojaba sus dardos, mientras que los arqueros y los honderos disparaban sus proyectiles contra la retaguardia de la fila enemiga.

Al sonar el toque de la trompeta, el pelotón de Georgios avanzó, tomando la vanguardia. Perseo lanzó su escudo contra los mossínecos que seguían resistiendo el avance griego. Espadas y hachas caían contra los escudos de los espartanos, provocando chispas que volaban con el impacto.

Perseo lanzaba su lanza furiosamente, siempre apuntando al cuello o al pecho de los soldados enemigos. Su sangre zumbaba en sus oídos; no pensaba en nada, mataba a otros seres humanos sin dudarlo. De repente, los mossíneos dieron la vuelta y huyeron de regreso al fuerte, cansados. Los espartanos se dejaron caer donde estaban.

Las órdenes eran no avanzar.

Perseo miró a su alrededor. Laertes ya comenzaba a limpiar su lanza, Atreu parecía estar rezando, Diomedes y Petrus compartían un odre de vino, Georgios caminaba entre los hombres viendo cómo estaban. El pelotón había perdido tres soldados.

Artemisia se acercó con un odre de agua y se la entregó a su esposo.

—¿Cómo estás? —preguntó preocupada, viendo cómo el escudo y la coraza de Perseo estaban manchados de sangre, y su rostro cubierto de una mezcla de polvo y sangre, con el sudor marcando senderos en él.

—Tengo sed —sonrió mientras vaciaba el odre.

A lo lejos, los mossíneos se posicionaron fuera de las puertas, cantando y bailando como si fueran los vencedores de la batalla, mientras cortaban las cabezas de los muertos y las exhibían ante los griegos, desafiándolos a ir hasta ellos.

Los oficiales gritaron órdenes para que la tropa acampase en el campo, en formación de batalla, listos para tomar las armas ante el menor signo de ataque. Los mossíneos entraron en el fuerte y cerraron las puertas, mientras los griegos pasaban el resto del día preparándose para la siguiente batalla, reparando escudos y lanzas, y afilando espadas.

Artemisia ordenó que sus arqueros recuperaran las flechas clavadas en los cadáveres esparcidos por el campo.

La brisa del mar llegaba a todos, aliviando el calor del final de la tarde. Los soldados comieron frutas y pan, mientras se apostaban centinelas. Los muertos fueron llevados a una pira común donde fueron cremados, con la excepción de aquellos que estaban muy cerca de los muros del fuerte.

El ejército durmió al raso, relevándose en el servicio de centinela. Artemisia pasó la noche al lado de Perseo. Solo el hecho de poder tomar su mano era suficiente para el joven espartano, con los dedos entrelazados, intercambiando miradas llenas de significado.

A la mañana siguiente, al amanecer, los soldados ya estaban de pie y preparados. Jenofonte y los sacerdotes sacrificaron un toro a Zeus y Ares. Uno de ellos examinó las vísceras de la víctima, anunciando que los presagios eran favorables.

El ejército griego se posicionó de la misma forma que el día anterior, y los mossíneos aliados fueron dispuestos en columnas, con los arqueros y honderos puestos al frente.

—Cuídate —pidió Perseo a Artemisia cuando ella pasó en dirección a la retaguardia.

Ella sonrió.

La puerta del fuerte se abrió y el ejército mossínico salió cantando sus himnos de guerra. Sus honderos avanzaron corriendo audazmente mientras lanzaban sus proyectiles contra los griegos. Los arqueros y honderos respondieron con una lluvia de proyectiles sobre los mossínicos, lo que los hizo retroceder hacia sus filas, dejando muchos caídos en el suelo.

El ejército griego avanzó hasta el punto donde, el día anterior, los mossínicos del oeste fueron puestos en fuga. Esta vez, los aliados esperaban en línea de batalla con su infantería al frente. La infantería peltasta griega avanzó lanzando sus dardos, pero los mossínicos no se intimidaron. Su infantería avanzó bajo la cobertura de sus honderos. Los peltastas retrocedieron y los hoplitas recibieron la orden de avanzar en formación de falange. Antes de que pudieran alcanzar a los mossínicos, estos se dieron a la fuga nuevamente hacia el interior del fuerte, siendo perseguidos por los peltastas, que avanzaron corriendo.

Un combate encarnizado comenzó en la puerta del fuerte, que no se cerró a tiempo. Los peltastas luchaban valientemente para mantener las puertas abiertas, mientras los mossínicos luchaban para cerrarlas. El toque de trompeta de paso acelerado resonó y los hoplitas avanzaron corriendo hacia las puertas, cantando el peán en honor a Apolo.

—¡Por Ares y Zeus! —gritó una voz.

—¡Ahuu! —fue la respuesta del ejército.

Perseo y sus compañeros se chocaron contra los mossínicos que estaban en la puerta. La infantería peltasta retrocedió al darse cuenta de la carga de los hoplitas, que, con un impacto ensordecedor, los hicieron retroceder al interior del fuerte, pasando por encima de los muertos y heridos.

Artemisia y sus arqueros disparaban flecha tras flecha contra la retaguardia enemiga. No tenían una línea de visión libre para apuntar, así que la mejor estrategia era saturar la retaguardia con sus saetas.

Los hoplitas se apretaban para avanzar por las puertas, que no soportaban a tantos soldados al mismo tiempo. Muchos soldados saltaron la empalizada, y la amazona perdió de vista a Perseo, esperando impaciente su turno para entrar en la ciudad.

Cuando finalmente entró, había una confusión generalizada. Las tropas se dispersaron por el lugar, los mossínicos perseguidos retrocedían hacia las casas y torres alejadas de los muros. Al llegar a las primeras casas, dieron media vuelta y contraatacaron.

La línea estaba deshecha. Los hoplitas luchaban en parejas o tríos, y ahora Artemisia

tenía la línea de visión libre y aprovechó para hacer puntería contra los mossíneos que se dispersaban luchando contra los griegos. Con cada disparo acertaba a uno, generalmente apuntando al pecho.

Sus arqueros se dispersaron a su alrededor, disparando sus flechas. Un grupo de diez mossíneos logró avanzar entre los grupos de soldados griegos que combatían y se dirigieron directamente hacia Artemisia, que palpó su aljaba en busca de una flecha, pero se dio cuenta de que estaba vacía.

Dejando el arco, sacó las espadas y se defendió de un guerrero que, aún corriendo, ejecutó un golpe circular hacia su cabeza. Artemisia se agachó y, aprovechando la velocidad de su adversario y utilizando su hombro, lo lanzó al aire, haciendo que cayera detrás de ella con un fuerte estruendo. Al mismo tiempo, la amazona saltó a un lado, esquivando el golpe de un segundo atacante, mientras clavaba la espada que sostenía en su mano derecha en la espalda del enemigo.

Un tercer guerrero la alcanzó, pero ella se defendió de su golpe con las dos espadas cruzadas frente a su cabeza, mientras, con un violento empuje, pateaba los genitales del guerrero. Este, doblado por el dolor, tuvo dos espadas clavadas en su espalda expuesta.

Artemisia miró alrededor. Los demás enemigos habían sido abatidos por sus arqueros. La amazona recogió su arco del suelo junto con varias flechas que metió en su aljaba y ordenó a sus subordinados que la siguieran.

El pelotón de Perseo se comprimió en la puerta y la atravesó.

Perseo avanzó, teniendo a su lado a Diómedes y Petrus, quienes recibieron a los mossíneos con sus escudos preparados. El joven espartano se posicionó al lado de Petrus en el momento exacto en que cinco enemigos avanzaron, asestando golpes con sus hachas. Perseo protegió el cuerpo de su compañero de un golpe y clavó la lanza en el vientre del atacante. Petrus aplastó la cabeza de otro con un golpe de su escudo, y Diómedes cortó el vientre de un tercero con su espada, esparciendo sus entrañas por el suelo mientras intentaba sostenerlas. Los dos soldados restantes dieron la vuelta y huyeron.

Georgios gritaba órdenes tratando de hacer que sus hombres se alinearan. Logró reunir un grupo de cincuenta hoplitas, mientras otros oficiales daban la misma orden organizando a los soldados.

En orden de batalla avanzaron contra los mossíneos, que se agruparon cerca de las primeras casas. No resistieron la carga de la infantería pesada y, desordenadamente, comenzaron a retirarse hacia el centro del fuerte, donde se erguía la mayor torre de madera de la ciudadela.

Los griegos persiguieron a los mossíneos en fuga. Muchos huyeron por la parte trasera del fuerte, escalando las empalizadas, dispersándose por los campos, mientras los griegos rodeaban la torre en el centro del campamento, que tenía las puertas cerradas.

Jenofonte y el jefe de los aliados se acercaron a la torre. En lo alto, asomando por una ventana, apareció un hombre de mediana edad con un casco y comenzó a gritar contra el jefe aliado en su bárbara lengua. Este respondió, y durante cinco minutos discutieron, ofendiéndose mutuamente.

Jenofonte levantó la voz y ordenó que un guía de Trebisonda, que conocía la lengua de los mossíneos, tradujera sus palabras.

—¡Noble jefe! —comenzó—, antes de entrar en vuestro territorio, pedimos permiso para atravesarlo en paz, pero rechazaste nuestra propuesta.

El general ateniense esperó a que el guía tradujera sus palabras y miró hacia la ventana donde el jefe local escuchaba atentamente.

—¡Ahora, como vencedor, hago otra propuesta! —continuó—, rendíos, dejad este fuerte y las tierras alrededor como botín para nuestro aliado. Seguidnos como prisioneros y aseguraremos el abastecimiento de nuestro ejército. Al final, cuando salgamos de vuestras tierras, os dejaremos partir.

Jenofonte esperó mientras el guía traducía sus palabras. Pronto, el jefe de los mossíneos del Este, con el rostro congestionado de ira, comenzó a gritarse dirigiendo al general griego.

El guía tradujo las palabras del jefe local:

—¡Antes morir que dejar que mis enemigos del oeste tomen posesión de este fuerte! —empezó—, este fuerte fue conquistado por el padre de mi padre con mucha sangre. Ningún invasor extranjero cruzará nuestras tierras en paz. Prefiero morir antes que rendirme ante un extranjero o entregar este fuerte a un enemigo de mi sangre.

Dicho esto, el jefe mossínico se retiró de la ventana, y desde varias rendijas en la torre comenzaron a dispararse flechas contra los griegos. Una de ellas alcanzó el cuello del caballo que montaba el jefe de los aliados, y otra rasgó la capa de Jenofonte.

Artemisia, que había llegado con sus arqueros, disparó una serie de flechas, alcanzando a los mossíneos por entre las rendijas, y todos oyeron sus gritos. Perseo corrió hacia la amazona y la protegió con su escudo en el preciso momento en que dos flechas fueron disparadas en su dirección, clavándose en él.

—¡Por los dioses, mujer, ¿quieres matarte?! —exclamó irritado.

Artemisia no respondió, y por encima del borde del escudo disparó otra flecha, alcanzando a otro mossínico que se preparaba para disparar desde una de las rendijas. Otro grito se oyó, señal de que el hombre había sido alcanzado.

La amazona miró a Perseo en silencio, estaba molesta por su excesiva preocupación. Pero tiene razón, me expuse innecesariamente, pensó.

—¡Replieguen! —ordenó Jenofonte.

Todos se retiraron lejos del alcance de las flechas.

—¡Saquen todo de la ciudad! —ordenó el general.

Perseo lanzó una mirada a Artemisia y partió con sus compañeros para saquear la ciudad, mientras Artemisia permanecía cerca del general griego.

Los griegos invadieron las casas y se llevaron todo lo de valor. Encontraron grandes depósitos de pan. También había mucho trigo aún en la espiga, en cántaros de barro había delfín salado cortado en tiras; en otros, tocino y aceite de oliva, además de graneros llenos de castañas, y bodegas con grandes odres de vino dulce y perfumado.

Tras saquear la ciudad, se reunieron en el centro de la ciudadela, alrededor de la torre. Jenofonte ordenó que se dispusieran troncos y maderas alrededor de ella, bajo la cobertura de los escudos, los peltastas cumplieron la orden utilizando madera de las casas y leña encontrada en un almacén.

—¡Noble jefe! —gritó Jenofonte— ¡de nuevo te pido ante los dioses, ríndete!

Una lluvia de flechas, que no alcanzó a nadie, fue la respuesta.

— ¡Que arda! —ordenó el general con expresión resignada.

Algunos peltastas lanzaron antorchas a la leña y la madera apilada alrededor de la torre. Las llamas crecieron y lamieron la base de la estructura, y pronto se expandieron subiendo.

La torre entera ardió en llamas. Algunos mossíncos desesperados se arrojaron desde las alturas, sus cuerpos en llamas cayeron con un estruendo sordo al suelo. Artemisia evitaba el sufrimiento de aquellos que no saltaban, acertándolos con sus flechas, mientras los gritos de dolor y horror desde el interior no cesaban.

Al final, la torre se desplomó y nadie sobrevivió.

El ejército acampó fuera de la ciudadela, que fue incendiada.

Artemisia no dirigió ni una palabra a Perseo durante el resto del día. *Está molesta conmigo*, pensó el espartano. *Pero ¿no se da cuenta de que actué por miedo a perderla?*

Tras la cena con sus compañeros, la amazona entró en su tienda sin hablar con Perseo, lo que hizo que sus amigos lo miraran con sonrisas burlonas.

—Creo que hoy tendrás que dormir con nosotros —rió suavemente Diómedes, para que Artemisia no lo oyera.

—Pobre Perseo, ahora tendrá que conformarse con las meretrices o usar la mano —rió Petrus, haciendo esfuerzos para no reírse de su propia broma.

—¡Váyanse al diablo! —murmuró y se fue tras Artemisia.

Entró en la tienda dejando atrás a sus compañeros que ahora se reían a carcajadas y observó a Artemisia, que comenzaba a despojarse de su coraza.

—Lo siento, Artemisia —dijo con aire arrepentido.

Ella lo miró en silencio.

—Me preocupo por ti. Si esas flechas te hubieran alcanzado, no sé qué habría hecho, probablemente me habría lanzado contra las puertas de la torre hasta morir. No puedo imaginar mi vida sin ti a mi lado —dijo Perseo, sintiéndose infeliz.

No me gusta discutir con ella, pero no puedo controlar mi miedo de perderla. Sé que es una excelente guerrera, incluso mejor que yo, pensó mientras mantenía la mirada de la amazona.

Artemisia sintió su corazón doler. *¿Cómo pude ser tan insensible? ¿Será que no creo lo suficiente en su amor? ¿Creo que solo yo sufriré con su pérdida?* De repente, se sintió mezquina.

—Perdóname —dijo Artemisia, lanzándose a los brazos de su esposo.

Perseo la besó con pasión. Cuando se separaron, ella lo miró fijamente.

—Sé que te preocupas por mí, y te amo por eso, pero soy una guerrera amazona, aunque ya no sea la líder de ellas —dijo Artemisia, acariciando el rostro del espartano.

—Intentaré controlarme —sonrió Perseo y pensó: Sé que nunca dejaré de preocuparme por ella, pero al menos intentaré no demostrar tanto mi preocupación.

Artemisia lo besó de nuevo, apretando su cuerpo contra el suyo, y pronto la pareja se amó.

Mientras Artemisia acariciaba el cabello de Perseo, escuchando su respiración tranquila mientras dormía, ella oró a los dioses.

Te pido que nos permitas vivir nuestro amor en paz.

Capítulo 09

Al día siguiente, el ejército reanudó la marcha por el territorio de los mossínicos del Este. Las palabras del jefe mossínico no se confirmaron; otras ciudades encontradas en el camino estaban o abandonadas o sus habitantes se entregaban sin resistencia, acogiendo al ejército.

Jenofonte prohibió el saqueo de las ciudades que se rendían. Solo dos fortalezas se negaron a rendirse; tras un combate encarnizado, fueron saqueadas, incendiadas y sus sobrevivientes esclavizados.

Durante ocho días, los griegos atravesaron la tierra de los mossínicos, llegando finalmente a la de los cálibes, un pueblo pequeño que pagaba tributo a los mossínicos y vivía de la extracción de hierro de varias minas de la región. Al ser tributarios de los mossínicos, permitieron que el ejército griego atravesara su territorio, suministrando provisiones.

La marcha era fácil, los griegos contaban con abundancia de víveres, el ejército acampaba antes del crepúsculo y reiniciaba la marcha al amanecer.

Perseo y Artemisia eran motivo de curiosidad para muchos soldados, probablemente la única pareja del ejército griego. Algunos oficiales y soldados poseían esclavas con las que se acostaban, pero la situación era diferente; Artemisia era una conocida aliada y se habían casado ante los dioses.

El ejército salió del territorio de los cálibes y avanzó hacia la tierra de los tibarinos, formada por vastos pastizales con innumerables rebaños y cultivos. Varias ciudades mal defendidas se encontraban construidas junto al mar. Muchos oficiales querían tomarlas para que los soldados pudieran saquearlas y obtener algún beneficio en el viaje, ya fuera con objetos de valor o convirtiendo a los habitantes en esclavos que luego serían vendidos.

Otros oficiales estaban en contra de esta idea. Los tibarinos, cuando los griegos entraron en su territorio, enviaron mensajeros con regalos a los comandantes del ejército, afirmando que podrían atravesar sus tierras en paz y que serían abastecidos de provisiones en sus ciudades.

El impasse llevó a Jenofonte a convocar una asamblea de soldados. El ejército también se dividió; muchos soldados estaban tan pobres como cuando salieron de Sardes. Los discursos fueron encendidos y se dio la palabra a todos aquellos que quisieran hablar.

Arías, uno de los sacerdotes que acompañaba al ejército, tomó la palabra:

—¡Compañeros! ¡Atacar sin motivo a aquellos que ofrecen su hospitalidad es un sacrilegio ante Zeus! ¡Recordad la traición de Tisafernes, que traicionó la hospitalidad ofrecida al capturar y asesinar a nuestros generales! ¡Dejemos que los dioses manifiesten su voluntad! ¡Convocamos a todos nuestros sacerdotes y adivinos para que examinen las entrañas de las víctimas que ofrecemos en holocausto a Zeus Hospedador para que conozcamos su voluntad!

El ejército estuvo de acuerdo con la decisión, y cinco bueyes fueron sacrificados en un altar erigido en honor a Zeus. Las vísceras y entrañas fueron examinadas por los sacerdotes y adivinos, quienes fueron unánimes en afirmar que los dioses no aprobaban una guerra contra los tibarinos.

—¡Zeus se ha manifestado! ¡No se debe traicionar la hospitalidad ofrecida! —exclamó Arias, levantando los brazos manchados de sangre de las vísceras.

—¡Aquellos que deseen seguir la voluntad de Zeus Hospedador, que levanten el brazo! —ordenó Jenofonte.

Perseo y sus compañeros levantaron los brazos, siguiendo el grueso del ejército; todos recordaban la traición de Tisafernes.

Jenofonte aceptó los presentes de los emisarios y el ejército atravesó las tierras de los tibarenos sin hacerles daño. En todas las ciudades en las que se detuvieron, fueron recibidos con carros llenos de trigo, pan, legumbres y ganado.

Tras dos días de marcha, el ejército llegó a la ciudad griega de Cotiora, colonia de la ciudad griega de Sinope, situada en el interior de las tierras de los tibarenos. Los griegos encontraron las puertas cerradas, pero no fueron atacados, a pesar de los muchos soldados que se encontraban en las murallas de la ciudad, de piedra.

El ejército griego acampó lejos del alcance de los arqueros de Cotiora y se enviaron emisarios para negociar. Sin embargo, aunque fueron recibidos, las negociaciones no avanzaron.

Jenofonte exigía que se abrieran las puertas y se permitiera la entrada del ejército para que pudieran ir al mercado de la ciudad. Los griegos tenían muchos heridos que necesitaban atención, y lo ideal era que se les alojara en casas, no que permanecieran en tiendas dentro del campamento griego. Los cotioros evadían la cuestión sin dar una respuesta.

A pesar de todo, los griegos tenían abundancia de víveres. Durante ese tiempo, se realizaban sacrificios en honor a los dioses y se disputaban pruebas de atletismo. También se saqueaban suministros en el territorio de Paflagonia, al igual que las granjas en las tierras de los cotioros, que fueron saqueadas debido a la negativa de sus gobernantes de abrir las puertas de la ciudad al ejército griego.

Mientras tanto, llegaron emisarios de la ciudad de Sinope, convocados por los cotioros, que eran sus vasallos. Alegaban que el ejército griego amenazaba con tomar y saquear la ciudad. El jefe de los embajadores sinopeos era Hecatónimos, quien solicitó una audiencia privada con los comandantes griegos. Jenofonte rechazó la petición y convocó una asamblea del ejército al amanecer, afirmando que cualquier decisión debía ser aprobada por los soldados.

A la mañana siguiente, con el ejército reunido, Hecatónimos se dirigió a las tropas:

— Soldados, hemos sido enviados por la ciudad de Sinope para felicitaros, como griegos, por las victorias que habéis alcanzado sobre los bárbaros, y para expresar nuestra alegría al veros

entre nosotros, sanos y salvos, después de tan estupendo viaje. Como vuestros hermanos de raza, esperamos recibir de vosotros muestras de amistad y, de ningún modo, agravios, sobre todo porque no tenemos conciencia de haber obrado mal hacia vosotros. Los cotioros son nuestros colonos y fuimos nosotros quienes les dimos la tierra, conquistada a los bárbaros; por ello, nos pagan tributo, al igual que los pueblos de Cerasunte y Trebisonda. En estas condiciones, el mal que les hagáis, se lo hacéis a Sinope. Con gran desagrado nos hemos enterado de que habéis cercado la ciudad y amenazado con saquearla, que os habéis apoderado de los huertos y frutales de las granjas cotioras, tomando lo que os convenía. ¡No! Actos como esos no podemos dejar de reprobarnos y, si persistís, aunque nos pese, nos veremos obligados a aliarnos con Córilas, los paflagonios y cuantos se presenten para combatirlos.

Después de escuchar las palabras de Hecatónimos en silencio, Jenofonte se levantó y respondió:

— Hecatónimos, también nosotros nos congratulamos por encontrarnos aquí, fuertes, valientes y con las armas en mano. Sin ello, nos sería imposible combatir al enemigo y realizar el saqueo necesario. En fin, aquí estamos, en tierra griega y con gente de nuestra raza. En Trebisonda, se nos permitió acceder al mercado y todo lo que necesitábamos lo pagamos con nuestro dinero, duramente ganado. En agradecimiento por los honores que nos ofrecieron y los presentes que nos dieron, les rendimos nuestras muestras de respeto; ahorramos el territorio de los bárbaros que eran sus aliados y combatimos a los enemigos contra los cuales ellos mismos no tenían valor de luchar, causando tanto daño como nos fue posible. Informaros con los habitantes de Trebisonda sobre con qué clase de gente estuvieron tratando. Aquí se encuentran aquellos que la ciudad, amablemente, nos ofreció como guías. ¡Consultadles! Pero desde ya, debéis saber que en las tierras por donde pasamos, tanto de bárbaros como de griegos, si requisamos víveres, lo hicimos por necesidad y no por el placer de someter a nadie. Los carducos, los taocos, los Caldeos, no obedecen al rey persa; sin embargo, a pesar de ser temibles, no dudamos en combatirlos simplemente porque necesitábamos comer y ellos no querían suministrarnos de buena gana. Por el contrario, los escitas y los macrones, aunque bárbaros e incultos, pusieron a nuestra disposición lo que necesitábamos y pasamos por su territorio como verdaderos amigos, sin tomar nada por la fuerza. En cuanto a los Cotioros, que decís que son vuestros vasallos, que se quejen únicamente de sus malas acciones. No se comportaron con nosotros como amigos. Cerraron las puertas; se obstinaron no solo en no recibirnos dentro de sus murallas, sino en no vendernos nada fuera de ellas. Tomamos suministros de las granjas, pero no invadimos la ciudad. El ejército, como podéis ver, duerme al aire libre y en perfecto orden, dispuesto a devolver mal por mal y bien por bien. En cuanto a la amenaza de aliarnos con Córilas y los paflagonios, ¡paciencia! Si es necesario levantar la espada contra vosotros, la levantaremos. Ya hemos enfrentado enemigos más poderosos. Pero puede ocurrir que nos dé por hacer de los paflagonios nuestros amigos, y sabemos muy bien cómo codician no solo vuestra ciudad, sino también vuestros puertos. No desecharemos ningún medio para agradarles.

El ejército demostró su acuerdo con vótores a Jenofonte, y no fue difícil ver que, después de estas palabras, los otros emisarios sinopeos estaban descontentos con Hecatónimos.

Uno de ellos, adelantándose, pronunció:

—No hemos venido para declararos la guerra, sino para mostraros que somos vuestros

amigos. Si vais a Sinope, seréis recibidos con los dones de la hospitalidad. Desde ya, daremos órdenes a la gente de aquí para que os proporcionen todo lo que puedan, pues reconocemos que tenéis razón.

Ese mismo día, los emisarios cotioros enviaron regalos de hospitalidad y fueron tratados con los honores que se conceden a los aliados. Los emisarios cotioros, sinopeos y los comandantes griegos se reunieron para decidir cuál sería el mejor camino hacia Sinope, si por tierra o por mar.

Las puertas de la ciudad fueron abiertas y todos pudieron entrar y frecuentar el mercado, y los heridos fueron atendidos por los médicos locales.

Diomedes sugirió que, antes de comprar víveres, fueran a una taberna a beber y comer. El grupo, animado, estuvo de acuerdo, e incluso Georgios aprobó la idea.

Encontraron una gran taberna cerca del mercado, donde, después de un rato, consiguieron una mesa en la que pudieron comer y beber a su antojo por unas cuantas monedas.

—Si vamos a Sinope por tierra, tendremos que atravesar el territorio de Paflagonia. Ellos están gobernados por un príncipe local y no por un sátrapa. Aunque son tributarios de los persas, tienen más libertad que otras regiones debido a la naturaleza del terreno. Hay varias cadenas montañosas y pasos difíciles de atravesar — explicó Artemisia, quien conocía bien la geografía y la política de la región, gracias a Mardoc, que le había enseñado todo lo que sabía sobre las tierras del Imperio Persa.

—Dicen ser descendientes de Pilémene, el líder de los paflagonios que lucharon en Troya, si hemos de creer en la Ilíada. Por eso, sus príncipes reciben el título de Pilémene — añadió Atreu, siempre bien informado.

Un soldado cotioro observaba al grupo desde una mesa apartada. Al escuchar la conversación, dijo:

—Es cierto, los conozco bien —afirmó, levantando su copa vacía.

Georgios hizo un gesto para que el hombre se uniera al grupo. Era un oficial de cabellos blancos, con varias cicatrices en el rostro. Su nombre era Xanticles y aceptó gustosamente una jarra de vino. Contó que llevaba muchos años en el ejército cotiora y que estaba a punto de retirarse. El sargento quiso saber cómo era el camino por tierra hasta la ciudad de Sinope.

—Conozco bien el camino por tierra, he estado combatiendo a los paflagonios durante años. Si vais por tierra, atravesaréis tanto llanuras como cordilleras, una de ellas tan larga que parece no tener fin. Basta un puñado de hombres valientes y nadie, mucho menos un ejército, atraviesa el desfiladero. En las llanuras, los paflagonios despliegan una caballería que los propios persas consideran superior a la suya. La infantería suma más de ciento veinte mil hombres. Tendréis cuatro ríos anchos por delante: Ternodonte, Íris, Hális y Pertério. ¿Cómo los cruzaréis sin barcos? ¿Quién los suministraría? Como veis, la ruta no solo es difícil, es impracticable. Si, por el contrario, vais por mar, no tendréis que parar más que dos veces: en Sinope y luego en Heraclea, siempre a lo largo de la costa. Desde Heraclea en adelante no tendréis dificultad, tanto

por tierra como por mar; allí no faltan barcos — concluyó, tomando un trago de vino.

—Entonces esperemos que nuestros comandantes opten por la vía marítima —dijo Georgios.

—Estoy harto de luchar —resopló Diomedes—. Querría unos meses de paz y tranquilidad.

—A mí no me importa si vamos por tierra, les demostraremos a esos paflagonios que somos espartanos y que nada tememos —dijo Laertes, hinchando el pecho.

—No le hagas caso —rió Petrus—. Dicen que nació de la muslo derecho del propio dios de la guerra.

—Sea como sea, disfrutad de vuestra estancia en nuestra ciudad —dijo el soldado, vaciando su copa de vino de un solo trago.

Pasaron el resto del día bebiendo. Artemisia era la que menos bebía, no porque no pudiera acompañarlos, la amazona había aprendido a beber con Ikarnas y Himósia, pero prefería mantenerse lúcida. El fantasma de Otanixos la atormentaba constantemente. No temía por sí misma, sino por Perseo.

La amazona observaba divertida a Perseo y sus compañeros derramando jarra tras jarra. Cuando finalmente salieron de la taberna, estaban borrachos, jurándose amistad eterna al soldado cotioro.

La noche ya había caído y el mercado estaba cerrado. Tambaleando y felices, regresaron al campamento, y Perseo se retiró a su tienda con Artemisia, ignorando las burlas de sus compañeros.

Al día siguiente, Jenofonte reunió al ejército y anunció que continuarían el viaje por mar. Fueron elegidos para ir a la ciudad de Sinope a conseguir más embarcaciones Calímaco, de Arcadia, Aristón, de Atenas, y Sámolas, de Acaya, quienes acompañarían a Hecatónimos y a los emisarios sinopenses.

Mientras esperaban su regreso con las embarcaciones, todos debían seguir entrenando y manteniéndose alertas.

Artemisia aprovechó la ocasión e insistió para que Perseo entrenara con ella. El fantasma de Otanixos aún rondaba sus pensamientos, y la amazona temía que, si el espartano lo enfrentaba, fuera a morir. *No es que Perseo no supiera defenderse*, pensaba la amazona. *Pero casi todo su entrenamiento desde la infancia había estado enfocado en el combate en formación de falange*. Él mismo le había contado que la espada espartana, llamada *xhiphidion*, era más pequeña que las usadas en las demás ciudades griegas, precisamente porque se consideraba un arma de último recurso.

Perseo aceptó la solicitud, y todas las mañanas la pareja se levantaba antes que sus compañeros y buscaban un lugar apartado para entrenar. Artemisia era experta en el uso de dos

espadas, pero había sido entrenada durante años, por lo que optó por entrenarlo solo con una. Con satisfacción, la amazona se dio cuenta de que Perseo tenía habilidad en el manejo de la espada con el escudo.

Durante la estancia en Cotiora, el grupo vivía de lo que compraban en el mercado o de lo que saqueaban en las tierras de Paflagonia.

Los paflagonios, por su parte, con su caballería recorrían las llanuras cazando las tropas griegas. Admeto lideró el regimiento en una misión de saqueo y, como refuerzo, consiguió la adhesión de cincuenta peltastas, y bajo el mando de Artemisia, veinte arqueros y diez honderos.

Partieron al amanecer hacia las tierras de los paflagonios, con Xanticles, el soldado cotiora que conocía la región, como guía. Lo contrataron por cinco monedas de oro persa y una parte del saque.

Avanzaron durante horas por la llanura paflagonia. El sol estaba caliente, pero una suave brisa los refrescaba. Al caer la noche, se acercaron a un bosque donde Xanticles dijo que debían acampar, ya que al día siguiente llegarían a una aldea rica en ganado.

Todos se turnaron para hacer de centinelas durante la noche. Artemisia los acompañó y pasaron gran parte de la noche conversando sobre sus aventuras. Sin embargo, la amazona no hablaba mucho de su pasado y evitaba hacer planes para el futuro. Cuando Perseo la cuestionaba, ella respondía:

—Deja el futuro en manos de los dioses, mi amor, aprovechemos el momento —y lo callaba con un beso.

Al amanecer, reanudaron la marcha. Antes del mediodía, avistaron una manada de bueyes pastando y, a lo lejos, una aldea que brillaba bajo el sol. Admeto ordenó que los soldados se dispersaran por la llanura, rodeando la manada. Con una señal suya, todos avanzaron, rodearon al ganado y lo empujaron. Algunos pastores que vigilaban los animales huyeron asustados hacia la aldea. Los griegos les permitieron huir. Había cerca de doscientas cabezas de ganado, lo que traería muchas monedas para todos, además de carne para varios días.

Diez peltastas empujaban el ganado, mientras el resto de la tropa se mantenía alerta. Regresaron al bosque al caer la noche, y con ramas y pequeños árboles que cortaron, lograron levantar un cercado para mantener a los animales juntos durante la noche.

Antes del amanecer, las centinelas despertaron a los soldados. Una tropa de caballería paflagonia, con unos doscientos caballeros, se acercaba lentamente al bosque, viniendo de la dirección de la aldea que habían avistado, siguiendo el rastro del ganado.

Admeto organizó a los soldados en dos filas defensivas de cincuenta hoplitas cada una, en forma de media luna. A sus espaldas, tenían los árboles del bosque, y entre ellos, los arqueros y honderos, con la infantería peltasta escondida como fuerza de reserva.

—Vamos a avanzar y ofrecer combate, pero sin alejarnos de los límites del bosque. Cuando la caballería avance, los arqueros y honderos, bajo las órdenes de Artemisia, lanzarán

tres salvadas de proyectiles contra ellos. Los peltastas quedarán en reserva en los flancos de la fila. El resto espera mi orden para avanzar —ordenó Admeto.

Los hoplitas marcharon en formación fuera de los límites del bosque. Al verlos salir en formación de batalla, la caballería paflagonia se detuvo, observándolos y evaluando sus opciones. En cuanto a números, estaban equilibrados.

De repente, la caballería comenzó a trotar hacia los griegos, pasando rápidamente a un galope desenfrenado. Los caballeros iban armados con pequeños escudos y largas lanzas que apuntaban hacia adelante.

Los espartanos se prepararon para el impacto. Cuando la caballería estuvo al alcance de los disparos, Artemisia ordenó:

—¡Tres salvadas! ¡Ahora! —gritó.

Todos oyeron el silbido de las flechas y los proyectiles de las hondas, y vieron a muchos caballeros caer de sus caballos, mientras los animales caían heridos, derrapando sobre los paflagonios y tirándolos al suelo. Sin embargo, no fue suficiente para detenerlos.

Tras la tercera salva, Admeto ordenó:

—¡Dos pasos adelante! —gritó.

Los hoplitas avanzaron dos pasos mientras la caballería se acercaba rápidamente. Perseo estaba en la primera fila con sus compañeros, clavando su lanza en el suelo, apuntando hacia las monturas que galopaban desbocadas hacia ellos.

El impacto fue brutal. Las lanzas se partieron al atravesar las monturas y sus caballeros. Los espartanos lograron mantener la línea defensiva y pronto usaban las lanzas de reserva para atacar tanto a los caballos como a los caballeros. Los relinchos de los animales heridos llenaron el aire, mientras los hombres gritaban en su lengua bárbara. La segunda fila de hoplitas avanzó reforzando la primera, mientras los caballeros desmontados atacaban con espadas cortas y hachas de guerra.

Petrus asestó un golpe con su escudo a la cabeza de un caballo, que cayó al suelo con un bajo relincho. Su caballero no tuvo tiempo de levantarse, pues Diomedes lo atravesó con su lanza. Laertes avanzó arrojando su lanza con fuerza contra un caballero, atravesándolo en el vientre y derribándolo de su montura. Atreu saltó hacia un lado, dejando que el caballo continuara su galope hacia el interior del bosque.

Las flechas volaban por el aire, alcanzando a los paflagonios. Artemisia había entrenado bien a sus arqueros.

—¡La caballería se está dividiendo! —gritó Georgios.

Las alas de la caballería paflagonia retrocedieron unos pasos y volvieron a intentar flanquear a los griegos por los costados. Pero antes de que pudieran entrar en el bosque, fueron

recibidos por los dardos de la infantería peltasta, que se encontraba escondida entre los árboles, causando muchas bajas. Con un grito de victoria, los hoplitas avanzaron contra caballos y caballeros.

—¡Por Ares! —bramó Laertes, avanzando intrépido, seguido por Atreu y el resto de la tropa.

Perseo se vio corriendo junto con sus compañeros. Un caballero caído logró subir a un caballo, pero antes de que pudiera escapar, el espartano lo alcanzó por la espalda con su lanza, derribándolo. Diomedes, ágil, saltó sobre la montura, dominándola, y galopó hacia los caballeros que corrían a pie, atravesando el cuello de uno con un golpe de su lanza. Lo que quedó de la caballería paflagonia comenzó a retirarse, y Admeto ordenó que no los persiguieran.

—¡Apoderémonos de las monturas y vayámonos de aquí! —ordenó.

Lograron apoderarse de cuarenta caballos. Diomedes se quedó con un garañón marrón que había montado. Laertes y Petrus también consiguieron dos hermosos animales, una yegua torda y un macho negro como carbón. Con mucho esfuerzo, Perseo logró capturar una yegua blanca. Todos regresaron y se reunieron con el resto de la tropa.

Cuando Artemisia vio a Perseo regresar, corrió hacia él:

—¿Por qué te arriesgaste persiguiendo esa yegua? —dijo con el rostro cargado de desaprobación.

—Es un regalo para ti —sonrió el espartano como un niño.

Artemisia sonrojó cuando él le entregó las riendas del hermoso animal. Lo examinó atentamente, observando las patas y los dientes, hasta que sonrió y dijo:

—Es muy bonita —acarició el cuello musculoso del animal.

—¿Cómo la llamarás?

—Luna de plata —sonrió feliz la amazona.

Admeto ordenó que se retiraran hacia el campamento. La tropa perdió diez hoplitas y cinco peltastas. Sus cuerpos fueron transportados en las monturas capturadas, mientras que otros quince fueron heridos, diez con gravedad, y también fueron evacuados en los caballos.

Rápidamente, los soldados saquearon los cuerpos de los paflagonios, que sumaban 67 muertos y 15 heridos, quienes fueron ejecutados, ya que los griegos no podían hacer prisioneros. Laertes fue uno de los encargados de ejecutar a los paflagonios, lo que hizo con su habitual frialdad.

Rápidamente, los soldados dirigieron el ganado y marcharon día y noche. Xanticles los apuraba, diciendo que la caballería paflagonia pronto regresaría con refuerzos. Finalmente, al amanecer, llegaron a las tierras de los cotioras y, a la hora del almuerzo, entraron en el

campamento, llevando el ganado arrebatado.

Admeto ordenó que se llevara el ganado al mercado y se vendiera, salvo algunos que fueron sacrificados y desmembrados.

Esa noche, celebraron un festín regado con vino sinope después de haber cremado los cuerpos de los soldados caídos y rendido los debidos honores fúnebres. La venta del ganado rindió buenas ganancias para todos, pero cobró un alto precio en vidas griegas.

Durante varios días, se formaron grupos de saqueo que salían en busca de botín, mientras la caballería paflagonia los perseguía y los masacraba cuando tenían oportunidad. Como venganza, las tropas griegas saqueaban e incendiaban aldeas paflagonias.

Fue en este contexto que Córilas, príncipe de la Paflagonia, envió una embajada, compuesta por caballeros montados en corceles ricamente ataviados. Fueron interceptados al cruzar la frontera y llevados ante los comandantes griegos, quienes convocaron una asamblea de soldados.

Los embajadores dijeron que si los griegos respetaban su territorio, ellos cesarían la hostilidad. Jenofonte sometió la propuesta a votación, y la mayoría del ejército estuvo de acuerdo con el pacto, poniendo fin a las hostilidades, siempre y cuando los paflagonios suministraran víveres a un precio razonable.

El pacto se selló con el sacrificio de 50 bueyes y otros animales a los dioses. Tras extraerles las vísceras, que fueron arrojadas a los braseros, la carne se sirvió en un banquete en honor a los embajadores, con la participación de todo el ejército.

Perseo y Artemisia se acomodaron para disfrutar de los espectáculos que serían presentados. La amazona sonreía encantada, mientras el espartano la observaba disfrutar de las presentaciones. Soldados griegos representaron obras teatrales, flautistas, artistas cotioras y otras atracciones se presentaron para el deleite del ejército reunido.

Perseo la observaba. La amazona estaba radiante, su largo cabello caía sobre sus hombros, vestía con sencillez, como todos, con una túnica corta al estilo griego.

—Te amo —murmuró el espartano al oído de su esposa.

Artemisia se sonrojó y lo miró, sus ojos azules brillaban con un tono claro, lo que significaba que estaba feliz.

—Y yo te amo a ti —murmuró, besándolo.

Se abrazaron en un largo beso.

—¡Eh, ustedes dos, hagan esas cosas en la tienda! —rió Diomedes, que estaba cerca de ellos.

El resto de sus compañeros rió. Bajo su mirada divertida, Artemisia se levantó y,

sonriendo, tomó a Perseo de la mano, llevándolo hacia la tienda de la pareja, mientras escuchaban las bromas y risas.

Entraron en la tienda y Artemisia se lanzó a los brazos de Perseo. Pronto, se amaron.

—Por los dioses inmortales, cómo te amo —dijo Artemisia, abrazando a su esposo con fuerza, después de alcanzar el clímax.

—Y yo te amo a ti.

Dioses, no sintáis celos de nuestro amor, pensó Artemisia en su mente antes de quedarse dormida plácidamente.

A la mañana siguiente, los embajadores se fueron. Dos días después, llegó una gran caravana con suministros enviados por los paflagonios al campamento: carne salada en jarrones de barro, verduras, trigo, frutas y vino paflagonio, que fueron pagados por los comandantes griegos y distribuidos entre las tropas.

Cinco días después, varios barcos provenientes de las ciudades de Heraclea y Sinope arribaron al puerto. Ahora había suficientes barcos para embarcar al ejército.

Gracias a los dioses, ya no vi más señales de Otanixos. Pensó la amazona, mientras observaba las embarcaciones en el puerto.

Capítulo 10

El ejército embarcó al amanecer. Con dificultad, Perseo logró que la yegua Luna de Plata subiera a la embarcación. Para Artemisia, que era una amazona, poseer una montura era esencial. Durante los días en que esperaron la llegada del barco, después del desayuno, ella montaba a la yegua y galopaba por los campos, dejando al espartano inquieto en el campamento.

Sin embargo, Artemisia afirmaba que necesitaba sentir el viento en el rostro y galopar sin rumbo fijo. En esos momentos, recordaba las llanuras escitas y se sentía libre de todos sus problemas y angustias. Perseo acabó aceptando, siempre que ella no se alejara demasiado de la ciudad. Temía que Otanixos pudiera estar cerca, pero la amazona le aseguraba que no volvería a ser sorprendida. Resignado, el joven aceptó, aunque solo respiraba aliviado cuando la veía regresar al campamento con una sonrisa feliz en los labios.

La flota navegó durante un día y una noche. Los soldados se distraían jugando a los dados. Diomedes, como siempre, era quien organizaba los juegos y el que siempre ganaba. Perseo y Artemisia aprovechaban para quedarse en la cubierta, admirando el mar y observando la costa a lo lejos. Por la noche, la temperatura descendió, pero la pareja se envolvió en sus mantos y se quedó contemplando las estrellas en el firmamento hasta quedarse dormidos, abrazados.

Llegaron a Harmena, un puerto que servía a la ciudad de Sinope, fundada por colonos de la ciudad griega de Mileto, situada en los confines de Paflagonia. Atreu le contó a Artemisia que, según la leyenda, había sido fundada por Autólico durante el viaje de los argonautas liderados por Jasón en busca del vellocino de oro.

Autólico era venerado como un dios. Era hijo de Hermes y Quíone, y abuelo materno de Odiseo, el famoso héroe de la Odisea, otro poema épico de Homero que Perseo había estudiado tantas veces en su infancia. Autólico era considerado el más astuto de los hombres y el ladrón más formidable de su tiempo, autor de hazañas como robar el cinturón de Hércules y, la más destacada de todas, engañar al poderoso Zeus.

El ejército desembarcó y acampó en las proximidades del puerto. El gobernador local envió, como presente de hospitalidad, tres mil sacos de harina de cebada y quinientas ánforas de vino.

Perseo y sus compañeros estaban preparando el almuerzo cuando vieron entrar en el campamento, montado en una yegua torda, a Quirísofo, que había desembarcado de un trirreme en el puerto. Los soldados lo rodearon pidiendo noticias y preguntando por qué había tardado. Sonriendo, él dijo que hablaría más tarde, cuando todo el ejército estuviera reunido.

Horas después, antes del crepúsculo, Jenofonte reunió a todos en una asamblea. Quirísofo, que estaba sentado en un pequeño banco de madera, se levantó y se dirigió a los presentes:

—¡Compañeros! El almirante Anaxibio y sus oficiales celebran y nos felicitan por nuestra memorable hazaña. Promete que nos pagará un buen sueldo, siempre y cuando abandonemos el Ponto Euxino —dijo con voz firme.

—¡Hijo de una ramera! —murmuró Diomedes—. Ahora nos andan echando de un lado a otro.

Murmuros de descontento comenzaron a surgir entre el ejército reunido. Antes de que las quejas se convirtieran en críticas abiertas, Jenofonte dio por concluida la asamblea.

El ejército permaneció cinco días en aquel puerto. Los soldados estaban inquietos, ya que se acercaban a Grecia y muchos se preocupaban ante la idea de regresar a casa sin nada de valor después de tantos sacrificios.

No pasó mucho tiempo antes de que surgieran críticas proponiendo que sería mejor elegir a un único comandante que tomara decisiones más rápidas, en lugar de depender de acuerdos entre varios líderes. Argumentaban que, con un líder único, los soldados podrían aprovechar mejor las oportunidades que se presentaran. En esto tenían razón: las distintas tropas, formadas por ciudadanos de diversas ciudades-estado, elegían a sus propios comandantes, quienes, a su vez, debían ser consultados por Jenofonte y el estado mayor del ejército.

Disputas y rencillas inflamaron los ánimos. Muchos querían nombrar a Jenofonte, quien había comandado la retaguardia del ejército griego desde la batalla de Cunaxa. La mayoría de las tropas espartanas prefería a Quirísofo, por ser su compatriota, mientras que otras compañías de hoplitas confiaban en el ateniense debido a su liderazgo, incluido el regimiento de Perseo.

Admeto opinaba que debían elegir a Jenofonte, a pesar de ser ateniense, en lugar de Quirísofo, el espartano.

Las tropas arcadias y aqueas no querían a ninguno de los dos como líderes y proclamaban que, siendo más de la mitad de las fuerzas, el mando debía recaer en un arcadio o un aqueo.

La tensión aumentó, y pronto estallaron peleas violentas en el campamento por cualquier motivo. Petrus casi ahogó a un arcadio en un caldero de sopa humeante cuando este pasó junto a la hoguera de su grupo y, de forma deliberada, pateó arena hacia el fuego.

Diómedes, visiblemente irritado, se dirigió a él:

—¡Eh, tú! ¿Eres ciego o los dioses han nublado tu mente?

—¿Hablas conmigo? —preguntó el arcadio, fingiendo sorpresa con una sonrisa irónica.

—¡No, hablo con la ramera de tu madre! —gruñó Diómedes.

El arcadio, tan alto y fuerte como Petrus, avanzó decidido, flexionando los dedos. Diómedes se levantó y esperó tranquilamente. El arcadio lanzó un violento puñetazo, pero golpeó el aire. El espartano, saltando hacia un lado, le asestó un golpe en la sien que hizo que el soldado cayera de rodillas. Con dificultad, el arcadio se levantó tambaleándose.

—¡Maldito espartano, voy a matarte! —dijo mientras intentaba desenvainar un puñal.

—Acaba con él —ordenó Diómedes fríamente, dirigiéndose a Petrus.

—Ven aquí, hijo mío —dijo Petrus mientras le aplicaba una llave de brazo al cuello del arcadio.

Arrastrando al soldado, que se debatía frenéticamente, hasta el caldero donde cocinaban carne, el espartano hundió su cabeza en el líquido caliente. El hombre se convulsionó desesperado por escapar del mortal abrazo y habría muerto ahogado si no hubiera sido por la llegada de Georgios, quien ordenó a Petrus que lo soltara.

—Aguas fiestas —sonrió Petrus mientras liberaba al arcadio y le propinaba una violenta patada en las nalgas, haciéndolo caer lejos, donde quedó inconsciente.

Los compañeros del arcadio regresaron durante la noche para vengarse. Eran diez, incluido el causante de la disputa anterior, y estaban armados con espadas. Perseo y sus compañeros estaban sentados alrededor de la hoguera cuando se acercaron, pero Petrus y Diómedes, escondidos entre las tiendas, se abalanzaron sobre ellos por la retaguardia, matando rápidamente a dos de ellos mientras los demás se levantaban con las espadas en mano.

La lucha fue feroz. Uno de los arcadios creyó que Artemisia era un objetivo fácil por ser mujer y la atacó. Sin embargo, ella era tan letal con la espada como con el arco. Después de defenderse de tres golpes, esquivó el cuarto mientras hundía su espada en las costillas expuestas del desafortunado, que cayó al suelo gritando de dolor.

Perseo detuvo el golpe de una espada mientras, al mismo tiempo, golpeaba la nariz de un arcadio. Este, rugiendo, avanzó contra el espartano, pero Perseo saltó a un lado dejando la pierna extendida, haciendo que su adversario tropezara y cayera de bruces al suelo. Aprovechando la oportunidad, atravesó su cuello con la espada.

Al mirar a su alrededor, no quedaba ningún enemigo con vida. Laertes y Georgios habían acabado con dos más.

Admeto y Anaxandro, junto con oficiales arcadios, acudieron al lugar a petición de Georgios, quien explicó lo ocurrido. A regañadientes, los arcadios aceptaron que los espartanos habían actuado en legítima defensa.

A la mañana siguiente, estalló un tumulto y todo el campamento se vio envuelto en peleas y discusiones. Se rompieron huesos, se desenvainaron espadas y puñales, y la sangre corrió por el campamento, causando algunas muertes.

Finalmente, los oficiales ordenaron la ley marcial, decretando que cualquiera que se involucrara en una pelea sin motivo sería ejecutado.

Se convocó una asamblea y se propuso la elección de un único jefe para intentar imponer disciplina en el ejército. Los regimientos reunidos emitían sus votos, que sus oficiales llevaban a

los comandantes. Jenofonte venció a Quirísofo por un estrecho margen.

El general ateniense se dirigió al ejército reunido:

—¡Soldados! El honor con el que queréis distinguirme me emociona profundamente, como hombre que soy. Agradezco vuestra confianza y ruego a los dioses que me brinden la oportunidad de seros útil. Sin embargo, no creo que sea conveniente ni para vosotros ni para mí ser elegido general de todo el ejército cuando aquí tenéis a un espartano. Bien sabéis que, en estas circunstancias, los espartanos serían menos propensos a prestaros ayuda en caso de que la necesitarais. Por mi parte, ni siquiera estoy seguro de si debería protegerme contra su posible resentimiento. Es conocido que sólo pusieron fin a la guerra contra mi patria cuando esta aceptó su total hegemonía. Sólo entonces cesaron las hostilidades y levantaron el asedio de Atenas. Consciente de estos hechos, ¿no sería atentar contra su autoridad aceptar una posición prominente en detrimento de un espartano? En cuanto a la opinión común de que la disciplina mejorará considerablemente bajo un mando único, estoy totalmente de acuerdo. Por mi parte, prometo absoluta subordinación al jefe que elijáis, ya que, en la guerra, cualquier acto de rebeldía equivale a conspirar contra la propia salvación. Sin embargo, si me nombrarais vuestro jefe, no estoy seguro de que todos pensarán de la misma manera. —concluyó su discurso.

En respuesta, muchos soldados se levantaron y declararon que Jenofonte debía ser elegido jefe. Un arcadio llamado Agasias, de Estínfalo, declaró que era ridículo el supuesto privilegio de los espartanos, y que si así fuera, sólo ellos podrían presidir banquetes, sacrificios a los dioses y comandar compañías. Un tumulto estuvo a punto de estallar en el ejército entre espartanos y arcadios. Con mucho esfuerzo, los oficiales lograron restablecer el orden.

Jenofonte, tomando la palabra, dijo:

—¡Camaradas! Es necesario que os hable con franqueza. En nombre de todos los dioses y diosas del Olimpo, os juro que, desde que intuí vuestras intenciones, consulté las entrañas de las víctimas en el holocausto divino. Y tan categóricas fueron, que hasta un profano habría entendido que no debía aceptar el mando.

Un murmullo de consternación recorrió el ejército. Levantando los brazos, el general continuó:

—Recomiendo que el mando sea otorgado a Quirísofo —dijo señalando a este, que estaba sentado en un banco.

Finalmente, tras una nueva votación, el ejército eligió a Quirísofo, quien, levantando los brazos, tomó la palabra:

—¡Soldados! Quiero deciros que, si vuestra elección hubiera recaído en otro nombre, también habría contado con mi absoluta obediencia. Acabáis, sin duda, de rendir un gran servicio a Jenofonte. No hace mucho, oí a Dexipo comprometerlo frente al almirante Anaxibio, y todas las razones que expuse no fueron suficientes para callarlo. Insistía en que Jenofonte preferiría ver al ejército comandado por Timasión, de la división de Clearco, que era dárdano, antes que, por mí, por ser espartano. En fin, ya que me habéis elegido, procuraré desempeñar tan difícil cargo lo mejor que pueda. Preparad todo, pues mañana por la mañana embarcaremos hacia Heraclea. Una

vez allí, decidiremos qué hacer. —con estas palabras, concluyó la asamblea.

Los soldados se dispersaron y regresaron a sus campamentos.

Georgios parecía preocupado.

—No sé si fue una decisión sabia elegir a Quirísofo.

—Es un espartano, nadie mejor para comandar que él —dijo Laertes.

—No todos los espartanos tienen suficiente cerebro como para dirigir un ejército —rió Diomedes.

—Sea como sea, no tenemos opción, ¿verdad? —preguntó Perseo.

—No, no la tenemos —respondió Georgios.

Al día siguiente, el ejército zarpó con viento favorable, y durante dos días la flota navegó a lo largo de la costa. Perseo y Artemisa permanecían en la cubierta apreciando el paisaje. Diomedes volvió a montar su mesa de dados y pasó la mayor parte del tiempo jugando; al final ganó una pequeña fortuna. Petrus se quedaba a su lado afilando su espada, disuadiendo cualquier intento de trampa de los otros jugadores o cualquier acusación de trampa contra Diomedes.

Pasaron por el promontorio de Jasón. Atreu explicó a Artemisa que, según la leyenda, en aquel lugar había atracado el navío "Argo", que llevaba a Jasón y a los argonautas hasta la Cólquida. Allí desembocaban varios ríos: el Termodonte, el Halis y, finalmente, el Partenio.

Poco después, la escuadra llegó a las inmediaciones de Heraclea, situada en la nación de los mariandinos. La ciudad había sido fundada por colonos griegos de Mégara.

La flota lanzó anclas cerca de la península de Aquerusia. Según las leyendas, fue allí donde Hércules descendió al reino de Hades para amordazar a Cerbero^[7], el perro del infierno. Un acantilado en la zona es señalado como prueba indiscutible de esta hazaña, razón por la cual los colonos bautizaron la ciudad en honor al semidiós.

Atreu relataba estas leyendas a Artemisa, quien escuchaba fascinada.

La llanura de Heraclea, regada por el río Lico, era fértil en ganado y trigo. El ejército desembarcó en las playas fuera de los muros de la ciudad.

Los habitantes de Heraclea enviaron emisarios con tres mil sacos de harina de cebada, dos mil ánforas de vino, veinte bueyes y cien ovejas como regalos de hospitalidad. Sin embargo, en el seno del ejército surgieron nuevamente discusiones. Las opiniones estaban divididas entre quienes creían que, para salir del Ponto Euxino, debían continuar por tierra, y quienes defendían seguir por mar.

Una vez más, Quirísofo convocó una asamblea de soldados para resolver la cuestión. Licón de Acaya fue el primero en pedir la palabra y dijo:

—¡Compañeros! Estoy muy sorprendido de que nuestros oficiales sigan de brazos cruzados, sin preocuparse por conseguir los recursos que necesitamos. Los regalos de Heraclea nos alcanzan para tres días, con suerte; ¿y después? En mi opinión, debemos exigir a la ciudad de Heraclea un tributo de guerra de al menos tres mil monedas de oro.

—¡¿Tres mil?! —exclamó otro. —Diez mil sería lo justo. Lo que debemos hacer es elegir emisarios para llevar nuestras demandas a los gobernantes de Heraclea.

Un tumulto estalló en el ejército; muchos consideraban indigno exigir tributos a una colonia griega que había tratado al ejército con hospitalidad, mientras que otros opinaban que debían imponer su poder militar. Aquellos que estaban a favor de exigir un tributo de guerra prevalecieron y procedieron a elegir a las personas encargadas de presentar las demandas al pueblo de Heraclea.

El primer nombre mencionado fue el de Quirísofo, en su calidad de comandante en jefe del ejército griego. Algunos también propusieron el nombre de Jenofonte. Sin embargo, ambos rechazaron la tarea de manera categórica.

Quirísofo se dirigió a los soldados:

—¡Compañeros! Opino que no debemos exigir tributo de guerra a una ciudad griega y amiga, por lo cual rechazo esta representación —afirmó con firmeza.

Jenofonte también rehusó por las mismas razones. Finalmente, eligieron a Licón, de Acaya, quien había sido el primero en proponer la idea del tributo de guerra, junto con Calímaco, de Parrasia, y Agasias, de Estínfalo, con quien la unidad de Georgios ya había combatido en las montañas carducas.

Los tres designados se dirigieron a la ciudad. Allí, Licón llegó incluso a proferir amenazas, advirtiendo que, si no se pagaba el tributo, habría represalias.

En respuesta, los habitantes de Heraclea pidieron un plazo para decidir. Mientras tanto, las tropas acamparon en las playas. Sin embargo, al amanecer del día siguiente, los soldados se encontraron con las puertas de la ciudad cerradas y con soldados fuertemente armados apostados en lo alto de las murallas.

El ánimo en el ejército griego se caldeó. Surgieron acusaciones contra los partidarios de exigir el tributo, culpándolos de haber provocado la falta de suministros para continuar el viaje. Los responsables del fracaso desviaron la culpa hacia Jenofonte.

Calímaco y Licón proclamaron que era vergonzoso que un ateniense que no había traído ninguna tropa consigo comandara a espartanos y soldados de otras ciudades griegas. Argumentaron que todo el trabajo recaía sobre los arcadios y aqueos, que constituían más de la mitad del ejército, mientras que las glorias se atribuían a Jenofonte y otros comandantes.

La discordia se intensificó entre los soldados, y una insurrección estuvo a punto de estallar.

Los oficiales de alta graduación se reunieron para decidir qué hacer. Quirísofo renunció al mando supremo siete días después de ser elegido, alegando que no estaba de acuerdo con la división del ejército y que se sentía traicionado por los soldados. Jenofonte intentó persuadirlo de que no renunciara, argumentando que el ejército sería más fuerte si permanecía unido. Sin embargo, Quirísofo, que parecía estar enfermo, siguió los consejos de su oficial Neón, quien afirmó que el tirano de Bizancio, Cleandro, había prometido rescatarlos en el puerto de Calpe.

Se decidió entonces que ningún soldado griego estaría obligado a permanecer en el ejército; aquellos que quisieran partir, podrían hacerlo libremente.

Calímaco y Licón fueron elegidos líderes por los arcadios y aqueos y proclamaron su intención de abandonar el cuerpo principal del ejército y regresar a Grecia. Las tropas aqueas, arcadias y acaias que formaban parte de diversas divisiones bajo el mando de Jenofonte y Quirísofo se unieron a ellos, sumando un total de cuatro mil quinientos hoplitas.

Quirísofo, tras haber renunciado, fue nuevamente elegido comandante. A su mando se unieron mil setecientos hoplitas y setecientos peltastas, la mayoría tracios reclutados por Clearco. El resto, compuesto por mil setecientos hoplitas, trescientos peltastas y un pequeño escuadrón de caballería, quedó bajo el mando de Jenofonte.

El regimiento de Perseo también se dividió. Según la opinión de Georgios, el general Jenofonte era el comandante más experimentado del ejército, y recordó a todos que, aunque estaban cerca de Grecia, el camino a casa aún estaba lejos de completarse. A pesar de ello, varios soldados decidieron seguir a Quirísofo por ser espartano, entre ellos el teniente Anaxandro.

De la formación inicial del pelotón cuando Perseo se presentó en la ciudad de Celene, solo quedaban Georgios, Laertes, Atreu, Diómedes y Petrus. El resto había muerto, se había integrado en otras compañías o había desertado.

Perseo y sus compañeros decidieron seguir a Georgios como líder. Incluso Laertes, quien no estaba de acuerdo con el mando de Jenofonte y prefería estar bajo las órdenes de un espartano, permaneció con el grupo. Artemisia informó a los arqueros de su compañía, en su mayoría cretenses, que podían marcharse si lo deseaban. Sin embargo, pocos optaron por irse; alrededor de treinta arqueros decidieron seguir bajo su mando.

Calímaco y Licón regresaron a Heraclea con disculpas y comunicaron su decisión de partir lo antes posible. Consiguieron algunos barcos de los gobernantes locales para embarcarse. Antes de irse, proclamaron su intención de atacar Bitinia y saquearla, haciendo escala primero en la ciudad portuaria de Calpe, invitando a cualquier soldado interesado a unirse a la expedición.

Algunos soldados eligieron seguir a Calímaco con la esperanza de obtener alguna ganancia en una expedición que comenzó con promesas de riqueza, pero que parecía destinada a terminar sin nada. A la mañana siguiente, embarcaron y partieron.

Quirísofo reunió a su tropa y decidió marchar tierra adentro, partiendo el mismo día que los arcadios y aqueos, bajo la mirada de los que permanecieron. Jenofonte organizó a las tropas restantes y anunció que también embarcarían, dirigiéndose hacia Tracia para continuar por tierra.

Los preparativos tomaron dos días, durante los cuales los soldados pudieron abastecerse en el mercado, ya que la ciudad volvió a abrir sus puertas.

Finalmente, partieron al amanecer y navegaron por la costa durante dos días. En la tercera mañana en el mar, divisaron en la costa la ciudad portuaria de Calpe. Algunos barcos estaban incendiados en el puerto y en la orilla. Jenofonte, prudente, ordenó que la escuadra continuara adelante sin detenerse, ya que los planes de Calímaco y Licón no habían resultado como esperaban.

La escuadra siguió navegando cerca de la costa hasta que, al aproximarse el crepúsculo, encontraron una bahía relativamente segura, en forma de media luna que penetraba en el interior del continente. La escuadra ancló los barcos en la arena blanca, y se enviaron exploradores a una aldea cercana que habían avistado desde el mar.

Se estableció un campamento y se colocaron centinelas alrededor para prevenir cualquier ataque sorpresa. Más exploradores fueron enviados al interior para verificar el estado de ánimo de los tracios.

Durante la noche, los soldados observaron el regreso de los exploradores, que traían consigo a algunos soldados griegos que habían partido con Calímaco y Licón. La inquietud se apoderó del ejército, y al cabo de un tiempo, Jenofonte reunió a todos en una asamblea:

—¡Compañeros! Calímaco y Licón intentaron saquear ciudades y aldeas tracias, pero, en lugar de actuar juntos y mantener la fuerza del ejército, se dividieron en varios grupos para saquear un mayor número de lugares. Los tracios formaron un ejército convocando soldados de diferentes lugares y lograron infligir grandes bajas a nuestros hermanos, que ahora están cercados. Aquí tenéis a un compañero vuestro que os contará mejor lo que está ocurriendo —dijo, señalando a un soldado cercano.

El soldado arcadio, cojeando de una pierna y con una venda cubriendo el ojo derecho, subió lentamente al estrado que usaba Jenofonte y se dirigió al ejército reunido:

—¡Hermanos! —comenzó con dificultad—. Ojalá los dioses no hubieran nublado mi espíritu con la avaricia, así no habría perdido a tantos queridos compañeros. Al principio todo parecía fácil: aunque no tomamos la ciudad de Calpe, pudimos desembarcar en las playas y saquear las aldeas cercanas al mar. Pero la codicia de nuestros líderes contaminó a la tropa, y pronto nos dividimos para saquear más lugares. Yo pertenecía a una compañía con cien valientes soldados hoplitas bajo el mando de Hegesandro, que fue elegido en Heraclea. Invadimos una aldea, pero no encontramos a sus habitantes. Incendiamos el lugar y nos llevamos todo lo que pudimos, pero tan pronto como nos alejamos, la caballería tracia cayó sobre nosotros. Entramos en formación de cuadro para protegernos, pero no podíamos avanzar, y los tracios no se acercaban lo suficiente. Son como centauros, capaces de cabalgar y lanzar sus dardos desde la distancia. Así fueron diezmado nuestra compañía. Cuando Hegesandro cayó valientemente liderándonos, no quedábamos más de veinte, y decidimos abandonar todo, incluso nuestro equipo pesado, y correr. Fuimos perseguidos como perros. Yo logré escapar arrojándome por un barranco donde me escondí hasta el anochecer. Caminé sin rumbo, intentando llegar al mar, cuando me encontraron —concluyó exhausto.

El soldado arcadio descendió y otro ocupó su lugar. Este tenía el brazo sujeto al cuerpo con vendas y también se dirigió a todos:

—¡Compañeros! ¡Hermanos! —comenzó—. Hago mías las palabras de mi compañero arcadio. Yo estaba bajo el mando de Calímaco y Licón. Mientras nuestras compañías se dividían para saquear, Licón organizó un campamento en una elevación, donde sería más fácil defenderse. No teníamos caballería, y salí con otros cinco compañeros peltastas para explorar los alrededores en busca de señales de los tracios. Pero fuimos emboscados por la caballería en una llanura cubierta de trigo. No pudimos regresar al campamento. Fui el primero en ser alcanzado por un dardo enemigo en el hombro, y mientras caía entre el trigo, vi a mis compañeros correr hacia el campamento para dar la alarma. Poco después, los caballos pasaron a galope, persiguiéndolos. Gracias a los dioses, no fui aplastado bajo sus patas. Conseguí arrancar el dardo y, con cautela, me fui arrastrando de vuelta al campamento, pero no pude llegar. Estaban sitiados. Como centauros, los soldados tracios cabalgaban alrededor del campamento lanzando sus dardos. Vi a algunos valientes compañeros hoplitas cargar contra la caballería, pero no eran lo suficientemente rápidos, y los jinetes siempre se retiraban lanzando sus dardos. Aunque los tracios no pueden invadir el campamento defendido por nuestra infantería pesada, nuestros hermanos están condenados a morir de hambre y sed si no se les auxilia —concluyó, extendiendo su mano libre hacia el auditorio.

Murmullos recorrieron el ejército reunido. Laertes fue el primero en gritar, furioso:

—¿Qué estamos esperando? ¡Vamos a ayudar a nuestros hermanos!

Gritos de aprobación resonaron en el ejército. Perseo gritó junto a sus compañeros; habían pasado por muchas pruebas desde que partieron de Celenas y, aunque momentáneamente divididos, los soldados habían forjado un vínculo más fuerte que la sangre, un lazo que solo los compañeros que luchan juntos en una batalla pueden crear.

Jenofonte levantó los brazos pidiendo calma:

—¡Compañeros! —comenzó—. Necesitamos actuar con prudencia. Una parte de los arcadios ha sido masacrada; otra corre el riesgo de perecer rodeada por los tracios. En cuanto a mí, estoy de acuerdo con vuestro sentir: son nuestros hermanos, aunque momentáneamente separados. Pienso que, si dejamos morir a estos hombres, la vergüenza manchará nuestros nombres. Además, tendríamos que enfrentarnos más tarde a un enemigo terrible, numeroso y ensoberbecido por su triunfo. Lo mejor que podemos hacer es acudir en su defensa, unir nuestras fuerzas y evitar quedar aislados y expuestos al peligro. ¡Preparaos! Marcharemos ahora mismo bajo la luz de la luna —ordenó con firmeza.

Dirigiéndose a un oficial al mando del escuadrón de caballería, añadió:

—Timasión, irás al frente con la caballería. Explora el terreno, pero no te alejes de nuestra vista.

Luego se dirigió a los oficiales al mando de las compañías de peltastas:

—Avanzad también por los flancos de la columna e incendiad todo lo posible para iluminar nuestra marcha. Estad atentos a la caballería tracia. Si la avistáis, retroceded hacia la columna.

Finalmente, volvió su atención a Artemisa:

—Artemisa, tú y tus arqueros acompañaréis a la infantería hoplita.

Dirigiéndose a todos, los exhortó:

—¡Compañeros! Está prohibido pensar en retirada, y os daré varias razones: Heraclea está lejos; Crisópolis, aún más. Y, por delante, está el enemigo, bloqueando el camino. El lugar más cercano es Calpe, donde Quirísofo se encuentra en este momento, si los dioses no le han fallado. Pero en Calpe no hay suministros, y no podemos permitirnos perder tiempo tomándola. En estas circunstancias, dejar morir a nuestros hermanos arcadios para retroceder y unir fuerzas con Quirísofo no es la mejor solución. Es preferible avanzar y liberar a nuestros compatriotas; en hacerlo, defenderemos nuestras propias vidas. ¡Adelante, pues! Resueltos a morir gloriosamente o a distinguirnos por un acto heroico: la salvación de tantos griegos. ¿Quién sabe si no es la voluntad divina humillar a los soberbios y glorificar a quienes respetamos sus designios? ¡Avanzad y prestad atención a las órdenes dadas! —concluyó con determinación.

—¡Ahuuu! —respondió el ejército en coro.

Los soldados formaron filas e iniciaron la marcha, dejando en el campamento una pequeña guarnición. Jenofonte se puso al frente de la columna, seguido de cerca por los arqueros liderados por Artemisa, con la caballería en vanguardia.

Los peltastas avanzaban por los flancos, incendiando todo a su paso: pastos, cultivos y granjas. Las llamas se veían a gran distancia, anunciando la marcha de los griegos.

Antes del amanecer, los exploradores de la caballería regresaron informando que habían avistado las hogueras de los campamentos enemigos. Jenofonte ordenó acampar en una colina desde la cual los tracios podían ver las fogatas griegas a la distancia, al igual que los griegos podían divisar las suyas. Pasado un tiempo, ordenó apagar las hogueras. Se establecieron centinelas, y los hombres se acomodaron como pudieron para descansar, siempre con las armas en mano.

Artemisa buscó a Perseo entre las filas:

—No puedo quedarme mucho tiempo; debo volver con mi compañía —le dijo, dándole un beso rápido.

—Ten cuidado mañana —pidió el espartano, acariciando el cabello de la amazona.

—Lo tendré. Tú también cuídate —respondió ella con una sonrisa.

Se despidieron con un beso tierno.

Antes del amanecer, los soldados reanudaron la marcha a paso acelerado. Timasión, al mando de la caballería, había avanzado, pero pronto regresó informando que la colina donde el ejército de Calímaco y Licontes estaba sitiado había sido abandonada, y que solo encontraron restos de ambos campamentos.

Un pastor, hecho prisionero junto con su rebaño de ovejas, les informó que la caballería tracia había levantado el sitio durante la noche. Antes del amanecer, los griegos también habían abandonado el lugar, pero no pudo decir en qué dirección se habían dirigido.

Jenofonte ordenó que todos comieran mientras marchaban rápidamente, con la esperanza de reunirse con las tropas de Calímaco. Pronto descubrieron los rastros de los aqueos y los arcadios, y no pasó mucho tiempo antes de alcanzarlos.

Al ver a sus compatriotas, los recibieron con abrazos y lágrimas de felicidad, agradeciendo a los dioses. Habían sufrido de hambre y sed, y los soldados de Jenofonte compartieron sus provisiones con ellos. Las disputas previas fueron olvidadas.

Preguntaron por qué habían apagado las hogueras, y ellos les explicaron que pensaban que los soldados de Jenofonte atacarían a los tracios, y los tracios pensaron lo mismo, pues poco después levantaron el cerco y huyeron. Los hombres de Calímaco, al ver que los de Jenofonte tardaban, pensaron que habían abandonado el lugar para evitar el combate con los tracios.

Los hombres de Calímaco se avergonzaron de este pensamiento y les informaron que Calímaco y Licontes habían perecido un día antes, alcanzados por los dardos de los tracios mientras intentaban romper el cerco.

El ejército reunido marchó de regreso a la costa, donde encontraron los barcos quemados. La pequeña fuerza que había quedado atrás había sido dispersada. Cuando regresaron, dijeron que una tropa de caballería tracia había atacado el campamento, obligándolos a huir, y luego incendiaron los barcos. Todos se sintieron desanimados, pues las embarcaciones eran su mejor oportunidad de regresar a Grecia.

—Parece que los dioses no quieren que salgamos de Asia —dijo Artemisa, con una mirada triste.

La yegua que Perseo le había regalado había desaparecido, llevada por los atacantes.

—Mientras esté contigo, no me importa —intentó animarla Perseo.

La amazona sonrió y lo besó, lo que causó risas entre sus compañeros, que intentaban encender una hoguera con la madera recuperada de los barcos incendiados.

Los exploradores regresaron con la noticia de que habían localizado un campamento no muy distante. Se envió un escuadrón de caballería para verificar si eran amigos o enemigos, y pronto regresaron informando que eran las tropas de Quirísofo, que habían pasado por la ciudad portuaria de Calpe, pero no intentaron tomarla.

Se unieron a ellos, acampando junto al mar. Quirísofo estaba enfermo y apenas pudo salir

de su tienda para recibir a Jenofonte.

Parecía que el regreso a Grecia no sería fácil.

Capítulo 11

Calpe formaba parte del territorio de la Tracia asiática. Esta nación se extendía desde la entrada del Ponto Euxino hasta Heraclea, y se tardaba un día entero en llegar de allí a Bizancio en una galera a remos. En el intervalo no existía ciudad griega ni siquiera aliada de los griegos. Los habitantes se llamaban Tracios-Bítinios, eran enemigos de los griegos y masacraban incluso a los náufragos que llegaban a sus playas.

El puerto de Calpe se encontraba a mitad de camino entre Heraclea y Bizancio. Hacia el mar, avanzaba un espigón de tierra, cuya punta de roca se adentraba en el interior. El promontorio podía albergar una población de diez mil personas. La ensenada quedaba a la sombra de un acantilado, con la playa orientada hacia el oeste.

En ese lugar brotaba una fuente de agua dulce, y crecían árboles de diversos tipos, cuyas maderas eran utilizadas en la construcción naval. El terreno ascendía formando una montaña que se extendía hacia el interior por una larga distancia; pero mientras la franja costera desaparecía bajo el dosel de los árboles, hacia lo alto el suelo era desnudo, aunque poco pedregoso.

El resto de la región era fértil, muy extensa y poblada, producía cebada, trigo, toda clase de legumbres, mijo y higos en abundancia. En las laderas, las vides cubrían el suelo, y el vino producido era fuerte. Era una región rica que despertaba la codicia de varias naciones; algunos soldados griegos alimentaban la idea de fundar una colonia en ese lugar, aunque la mayoría deseaba regresar a Grecia.

Se habían alistado para luchar por Ciro después de oír hablar de su generosidad, movidos por la esperanza de ganar oro en abundancia, como Petrus y Diomedes. Otros se alistaron en busca de gloria, como Perseo y Laertes, y aún otros por el simple gusto de la aventura. Ahora, lo que todos deseaban por encima de cualquier gloria o riqueza, era regresar a Grecia.

Un día después de la reunión de los tres grupos, Jenofonte celebró un holocausto en honor a los dioses para saber qué debían hacer. Las provisiones nuevamente escaseaban; además, era necesario recuperar los cuerpos de los compañeros caídos para darles los honores fúnebres correspondientes. Los augurios fueron favorables, y los arcadios se ofrecieron a recuperar los cuerpos de sus compañeros, bajo el mando de Jenofonte.

Los espartanos acompañaron a los arcadios hasta el lugar donde se habían librado los combates y encontraron varios cuerpos de soldados griegos en estado de descomposición. Reunieron los restos en una pira funeraria y los cremaron en el mismo lugar, rindiéndoles solemnes exequias. Guardaron las cenizas en vasijas y regresaron al campamento. En cuanto a los desaparecidos en combate, sus compañeros escribieron sus nombres en escudos capturados a los enemigos y los quemaron junto con los restos de los que fueron recuperados y llevados al campamento, en una gran pira junto al mar.

Al día siguiente, se convocó la asamblea de los soldados, donde se confirmó que

Jenofonte sería el comandante del ejército. Agasias, de Estínfalo, y Jerónimo, de Élide, ambos comandantes de compañías y viejos veteranos de Arcadia, propusieron y fue aprobado que, a partir de entonces, sería castigado con pena de muerte aquel que intentara crear divisiones en el ejército. También se decidió que cada uno regresaría al puesto que ocupaba anteriormente y que los antiguos capitanes serían investidos nuevamente en el mando.

Quirísofo acababa de morir debido a una fiebre que los médicos no pudieron detener. En su lugar fue elegido Neon, de Asinéia.

En la misma reunión, Jenofonte se dirigió a los soldados:

—Es obvio para todos que debemos continuar el camino por tierra, ya que no disponemos de barcos. Debemos reiniciar la marcha lo antes posible, si no queremos morir de hambre. Por eso os digo: celebremos el sacrificio a los dioses, rindamos los debidos honores fúnebres a Quirísofo y luego que cada uno se prepare para luchar con más valentía que nunca. El enemigo está convencido de que puede derrotarnos —dijo, cerrando la asamblea.

Antes del sacrificio, Quirísofo fue cremado. Se levantó una pira funeraria junto al mar, donde depositaron su cuerpo envuelto en lino. Se colocaron dos monedas sobre sus ojos para pagar al barquero Caronte por el cruce del río Estigia. La pira fue bañada en aceite, y antes de encenderla con una antorcha, Jenofonte se dirigió a todos:

—Quirísofo, leal compañero, valiente comandante, ahora descienes al reino de Hades, precedido por todos los valientes combatientes griegos que ya han llegado a la morada eterna. Ellos se regocijarán con tu presencia, mientras que a nosotros solo nos quedará el pesar. Que los Campos Elíseos te sean franqueados —concluyó, acercando la antorcha a la pira, y las llamas se elevaron hasta las alturas.

Los sacerdotes luego inmolaron las víctimas, y los adivinos, después de analizar las entrañas, anunciaron que los augurios no eran favorables, por lo que Jenofonte pospuso la partida para el día siguiente. Muchos comenzaron a murmurar que él tenía la intención de fundar una colonia en el lugar.

Al día siguiente, nuevamente se inmolaron tres víctimas y los augurios no presagiaron nada bueno.

Las provisiones estaban casi agotadas, y el ambiente en el campamento se volvió tenso. Por tercer día consecutivo se realizaron sacrificios a los dioses, y nuevamente los adivinos y sacerdotes avisaron que los dioses no estaban satisfechos.

Jenofonte se dirigió al ejército:

—¡Compañeros! Los dioses no están contentos con nosotros, no ordenaré la partida hasta que los augurios sean favorables.

—¡Tenemos hambre! —comenzaron a gritar algunas voces.

—¡Déjenos salir a saquear! —gritaban otros.

—El enemigo debe estar concentrándose para atacarnos —explicó el general—. Si nos dividimos ahora para saquear los campos, seremos fácilmente derrotados.

Se oyeron murmullos descontentos, pero nadie más cuestionó la decisión. Al ver que el ejército ya no se manifestaba, Jenofonte disolvió la asamblea, avisando que al día siguiente se realizarían nuevos sacrificios.

A la mañana siguiente, con el ejército reunido nuevamente, los augurios no fueron favorables.

Neon, quien había sucedido a Quirísofo, fue el primero en hablar:

—Compañeros, un habitante de Heraclea me buscó ayer afirmando que conoce lugares ricos en ganado y suministros, fáciles de saquear. Los que quieran, preséntense después de que se disuelva la asamblea y buscaremos los suministros que necesitamos para sobrevivir —afirmó con tono presuntuoso.

Se oyeron gritos de aprobación, y Jenofonte no intervino, disolviendo la asamblea.

Perseo y sus compañeros se reunieron alrededor del fuego. Diomedes y Petrus querían unirse al grupo de Neon, Georgios y Atreu estaban en contra, Laertes no se manifestó y Perseo dudaba, Artemisia no quiso intervenir.

—Si no conseguimos suministros, moriremos de hambre —se quejó Petrus.

—Es muy arriesgado, los tracios pueden estar esperando que salgamos del campamento para atacarnos —explicó Georgios.

—Los oficiales de Neon dijeron que llevemos solo dardos en lugar de escudos, y que llevemos odres y sacos para llenarlos con vino y suministros —dijo Atreu.

—¿Y si nos atacan, con qué nos defenderemos? ¿Con los odres? —masculló Laertes.

—No puedo prohibirles ir —suspiró Georgios—. Si quieren ir, vayan, pero manténganse alerta.

— Yo iré con ustedes —dijo Perseo.

—Si vas, iré también —afirmó Artemisia.

—No, ustedes se quedan aquí —rió Diomedes—. Ayuden a cuidar nuestro equipo.

—Yo voy entonces —afirmó Laertes.

—Entonces vamos —decidió Petrus, levantándose.

Perseo y Artemisia acompañaron a los tres hasta la salida del campamento. Eran unos seiscientos soldados, armados únicamente con dardos, y algunos portaban arcos. Neón, quien había reclutado al grupo, encargó a sus oficiales el mando y permaneció en el campamento.

Pasaron tres días sin noticias. Se realizaban sacrificios a diario, pero los augurios seguían siendo desfavorables, y todos comenzaron a sentirse preocupados.

Jenofonte ordenó que los soldados se prepararan para partir en cualquier momento. Perseo y Artemisia estaban organizando el equipo cuando las centinelas avisaron que algunos soldados regresaban.

Todos corrieron hacia la empalizada y observaron a cinco soldados acercándose al campamento. No llevaban sacos con suministros ni dardos, venían corriendo desbocados, como si fueran perseguidos por las furias infernales.

Entraron en el campamento jadeando y pidiendo agua. Después de beber con avidez, cayeron al suelo exhaustos y fueron bombardeados con preguntas, todos ávidos por saber qué había sucedido.

—Nos masacraron —dijo uno de ellos—. El guía nos llevó a una gran aldea, asegurando que encontraríamos una gran cantidad de ganado, vino y cereales, pero cuando llegamos, la aldea estaba abandonada y el guía desapareció.

—Una gran tropa de caballería nos atacó, dispersándonos por los campos y cazándonos como animales —dijo otro.

—Algunos compañeros intentaron formar una línea defensiva, pero no teníamos escudos y fuimos derrotados —justificó el primero—. Escapamos gracias a los dioses.

—Vi a algunos de nuestros compañeros luchar como leones, pero al final fueron muertos —dijo el más joven de todos, llorando.

—No hicieron prisioneros. Todos los que se rendían eran pasados por el filo de la espada —sollozó el tercero.

Los soldados se enfurecieron; todos querían partir inmediatamente a socorrer a sus compañeros. Jenofonte organizó una fuerza expedicionaria para ayudarlos.

Georgios, Atreu, Artemisia y Perseo se ofrecieron de inmediato, preocupados por sus compañeros.

Marcharon todo el día siguiendo los rastros del grupo de Neón, y cuando el sol comenzó a ponerse, pararon a comer rápidamente. Pero de repente comenzaron a escuchar un tropel a lo lejos.

—¡Caballería! —afirmó Georgios, levantándose y ajustando su escudo—. ¡Vamos, levántense! —ordenó, dirigiéndose a todos.

Los soldados miraron en la dirección de donde venía el tropel. Salía de un bosque, una tropa de caballería avanzaba a galope, atacando a las centinelas avanzadas, matando a algunas mientras otras huían de regreso a la columna.

Con un grito de furia, los griegos se armaron con sus escudos y lanzas, y tomaron posiciones: la infantería hoplita al frente, en los flancos las compañías de peltastas y en la retaguardia arqueros y honderos comandados por Artemisia.

La caballería avanzó unos metros más, antes de llegar al alcance del disparo, pero se desvió hacia la derecha, alejándose de los griegos, que recuperaron los cuerpos de las centinelas muertas y localizaron a un caballero enemigo herido que intentaba esconderse en la hierba.

Con odio, los griegos comenzaron a pinchar sus piernas con las puntas de las lanzas, hasta que Jenofonte prohibió que lo mataran. Mediante un intérprete, interrogó al caballero mientras los soldados aguardaban a su alrededor, ansiosos.

—Afirma que forma parte del ejército del sátrapa Farnabazo, que vino en auxilio de los bitinios para impedir el paso del ejército griego hacia Frigia —dijo el traductor.

—Farnabazo es sátrapa de Frigia, y es rival de Tisafernes. En la guerra entre Esparta y Atenas, ambos apoyaron a los espartanos a cambio de que éstos no defendieran las ciudades griegas en Asia, lo que Atenas siempre hizo. Pero Tisafernes jugó a dos bandas, apoyando secretamente a los atenienses, quienes lo convencieron de que lo mejor para Persia sería un equilibrio entre Atenas y Esparta —explicó Artemisia, apretando la mandíbula.

Perseo se dio cuenta de que la amazona sujetaba con fuerza su arco con una mano. *El odio que sentía hacia Tisafernes nunca desaparecería*, pensó.

Después de ser interrogado, el frigio fue ejecutado. Los griegos pasaron la noche en el lugar; era demasiado peligroso avanzar durante la oscuridad en un terreno desconocido, corrían el riesgo de ser sorprendidos por la caballería.

Al amanecer, regresaron al campamento junto al mar. Jenofonte ordenó que fortificaran el campamento, abriendo un foso a su alrededor y dejando solo tres puertas, lo cual hicieron utilizando madera de un bosque cercano para construir una empalizada.

Los soldados estaban inconformes por haber tenido que retroceder. Querían ir tras sus compañeros, rescatarlos o, en caso de que estuvieran muertos, recuperar sus despojos para darles un funeral digno.

Después del almuerzo, llegó un barco de Heraclea cargado con harina de cebada, ganado y vino. Jenofonte sacrificó un chivo a los dioses, preguntándoles si los presagios eran favorables para salir en busca de sus compañeros. Los adivinos y sacerdotes, después de examinar las entrañas, dijeron que los augurios eran favorables.

Se dio la orden a los soldados de que, justo después del almuerzo, debían entrar en formación fuera del campamento. Una tropa quedaría de guardia junto con los heridos y los soldados mayores de cuarenta y cinco años. Aunque podía quedarse en el campamento, Georgios

rechazó la opción y se unió al grupo.

Con Neón a cargo del campamento, los griegos marcharon nuevamente hacia el lugar donde, el día anterior, fueron emboscados por la caballería frigia, pero esta vez no los encontraron. Continuaron la marcha y pronto comenzaron a encontrar los cuerpos de soldados griegos. Georgios, Atreu y Perseo los examinaban, suspirando aliviados cuando no encontraban a sus compañeros entre ellos. Artemisia, junto a su esposo, seguía con preocupación la búsqueda.

Los griegos cargaron los cuerpos en carretas que habían traído para este fin. Finalmente, siguiendo la senda de cuerpos, llegaron a la aldea donde fueron emboscados. La cantidad de cuerpos era mayor. Nuevamente, Perseo no encontró a sus compañeros. Aliviados, los demás ayudaron a juntar leña para una pira funeraria, donde cremaban a los muertos.

El crepúsculo no tardaría en llegar. Los soldados se preparaban para partir cuando, descendiendo por la ladera que terminaba en la aldea, una gran tropa formada por infantería y caballería en formación de combate trotaba en dirección a los griegos. Pero al avistarlos, se detuvieron y aguardaron.

Jenofonte ordenó que tomaran formación de batalla, con la infantería hoplita en el centro, los peltastas en los flancos y los arqueros y honderos, dirigidos por Artemisia, en la retaguardia. El general separó entonces tres batallones de doscientos soldados cada uno, como fuerza de reserva, junto con el escuadrón de caballería.

Los soldados griegos recibieron la orden de avanzar a paso lento. Perseo miró rápidamente hacia atrás, y Artemisia le hizo una señal discreta.

La fila griega estaba compuesta por quinientos hoplitas, con cinco filas de profundidad. Los griegos marchaban en formación de falange, y el pelotón de Georgios se encontraba en la tercera fila. Perseo tenía a su lado derecho a Atreu, y a su izquierda había un soldado que no conocía. *Echo de menos a mis compañeros, con los que estoy acostumbrado a luchar y en quienes confío*, pensó.

El ejército bitinio permanecía inmóvil, aguardando a los griegos, quienes tenían la ventaja al encontrarse en un terreno elevado. La fuerza de reserva se separó y avanzó tras el cuerpo principal del ejército. En el ala derecha, el mando estaba a cargo de Sámolas, de Acaya; en el centro, Pírrias, de Arcadia, dirigía la formación, y el refuerzo en el ala izquierda correspondía a Frásias, de Atenas.

Jenofonte comandaba la vanguardia griega y los instó:

—Compañeros, recordad los momentos difíciles de los que, con la ayuda de los dioses, salimos victoriosos y recordad la suerte que les espera a aquellos que den la espalda en el combate. ¡No olvidéis que estamos a las puertas de Grecia! Invocad a Hércules, nuestro guía, y animadnos unos a otros. No hay nada más hermoso que ser alabados mañana por aquellos que escuchen los hechos que habéis realizado.

El general recorrió a caballo la línea del frente, pronunciando su discurso para que todos pudieran escucharlo. Los griegos se acercaban a las filas enemigas y los heraldos comenzaron a

proclamar:

—¡Zeus, salvador! ¡Hércules, nuestro guía!

Algunos soldados empezaron a entonar un canto en honor a Hércules.

—A Hércules, hijo de Zeus, cantaré, el mejor de los hombres en la tierra; en Tebas de hermosos coros te engendró Alcmena unida al nuboso Cronida, antes, por tierra y mar, errante, cumpliendo inefables órdenes de Euristeo, soberano, enfrentando muchas adversidades, resistiendo muchas pruebas. Pero hoy, en la hermosa sede del nublado Olimpo, habita jubiloso y tiene a Hebe de hermosos tobillos. ¡Salve, soberano hijo de Zeus! ¡Concédenos la victoria!

Todos respondieron con el grito de guerra:

—¡Ahuu!

Los peltastas, sin esperar la señal de la trompeta, lanzaron su grito de guerra y avanzaron contra los enemigos. La caballería bitinia avanzó junto con las alas de la infantería. Los peltastas lanzaron sus dardos y retrocedieron rápidamente hacia la fila griega con grandes bajas.

—¡Arqueros y honderos, disparad! —ordenó Artemisia.

El toque de la trompeta sonó y los griegos cantaron a pleno pulmón el peán, apuntando sus lanzas hacia las líneas bitinias, y pronto se chocaron contra los enemigos.

Desde la tercera fila, Perseo observaba la masacre que las dos primeras infligían a los bitinios, mientras presionaban a la segunda línea. Al sonar nuevamente la trompeta, los oficiales gritaron:

—¡Cambiar posiciones!

La primera línea permitió que la segunda la superara, tomando su lugar, y Perseo y sus compañeros ocuparon la posición de la segunda línea, pasando por encima de los cuerpos de los bitinios caídos. El joven espartano lanzaba su lanza por encima de los hombros de sus compatriotas de la primera fila, alcanzando a los soldados enemigos que intentaban romper la formación griega.

Después de lo que pareció una eternidad, la trompeta sonó nuevamente, y Perseo y sus compañeros superaron la primera fila, lanzando su grito de guerra. El joven espartano avanzó, chocando su escudo contra un bitinio, al mismo tiempo que atravesaba su pecho con un golpe de lanza.

La línea enemiga vaciló, y al dar la espalda, comenzaron a huir. Con un grito de triunfo, los griegos avanzaron tras ellos.

Perseo logró alcanzar a un bitinio y atravesó su espalda con la lanza, que salió por su estómago. A su lado, Atreu lo defendió con su escudo de un golpe de hacha de otro bitinio. El joven espartano logró sacar su lanza y alcanzó el abdomen del hombre.

Los bitinios lograron distanciarse, ya que no llevaban corazas, grebas ni pesados escudos, pero la caballería comandada por Timasión los persiguió, causando grandes bajas entre los fugitivos, a pesar de que la caballería era pequeña en número.

El ala izquierda del enemigo, que estaba frente a los caballeros, fue masacrada. El ala derecha, que no sufrió tantas bajas, se detuvo en una pequeña elevación. Los hoplitas avanzaron nuevamente, cantando por segunda vez el peán, pero los bitinios comenzaron a retirarse antes de que los alcanzaran.

Los arqueros y fundíbulos seguían de cerca a los hoplitas, disparando sus arcos sin cesar. Por un breve momento, Perseo miró rápidamente hacia atrás; Artemisia comandaba su compañía y disparaba su arco con una velocidad increíble.

Los bitinios fueron perseguidos por los peltastas, que se dispersaban por todos lados. La caballería bitinia de Farnabazo, que había retrocedido, ahora se reagrupa a distancia, en lo alto de una colina. Los hoplitas recibieron órdenes de avanzar contra ellos antes de que tuvieran tiempo de reorganizarse. A paso acelerado, los griegos corrían, gritando sus gritos de guerra, pero la caballería, en retirada, descendió la colina y desapareció de la vista.

Los griegos recibieron órdenes de suspender la persecución, ya que la noche comenzaba a avanzar, oscureciendo los campos. Regresaron a la aldea, donde cremaron los cuerpos de sus compañeros caídos en la batalla. Artemisia se unió a Perseo, y después de comer rápidamente, con la noche ya avanzada, reanudaron el camino hacia el campamento junto al mar.

Perseo y sus compañeros no encontraron los cuerpos de Diomedes, Petrus y Laertes, y la esperanza ya se desvanecía.

Llegaron al campamento cabizbajos. Georgios y Atreu estaban devastados; luchaban junto a Diomedes, Petrus y Laertes desde hacía años. Perseo también estaba triste; había sido aceptado en ese pequeño grupo de veteranos y los consideraba como hermanos. Artemisia caminaba a su lado y discretamente apretó sus dedos. El espartano sonrió tristemente hacia ella.

Se acercaron a las tiendas y vieron el fuego encendido. Tres soldados estaban sentados de espaldas a ellos.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Atreu.

—No puede ser —rió Georgios—. Hades no debe haber estado contento con vosotros.

Sonriendo, los tres soldados se giraron. Diomedes, Petrus y Laertes estaban vivos. Laertes tenía un corte profundo en su rostro, Petrus tenía el brazo inmovilizado junto al cuerpo. Todos corrieron hacia ellos, abrazándolos, lo que hizo gemir a Diomedes.

—Creo que tengo una costilla rota —dijo, con una mueca de dolor en el rostro.

—¿Cómo llegasteis aquí? —preguntó Perseo.

—Sí, contadnos todo, villanos —pidió Atreu—. Pensábamos que ya estabais sirviendo de alimento a las bestias.

Todos se sentaron alrededor del fuego, que ya estaba encendido, y el caldero humeaba, desprendiendo un olor delicioso.

—Cuando llegamos a la aldea —comenzó Diomedes—, nos sorprendió la caballería bitinia. Intentamos formarnos, pero no teníamos escudos.

—Avanzaron con una carga directa contra nosotros —explicó Laertes.

—Pero conseguimos esquivarnos y matamos a algunos caballeros —continuó Diomedes—. Laertes luchó como un león, pero acabó siendo golpeado en la cabeza por un mazo que casi lo mata.

—Sí —rió Petrus—. Tiene la cabeza demasiado dura.

—Logramos apartarlo del tumulto. La aldea era un caos, caballería bitinia y tropas griegas a pie luchando por sus vidas —continuó Diomedes—. Las casas ardían en llamas y los gritos eran intensos. Al final, conseguimos alejarnos de la aldea. Varios griegos lograron escapar, pero nos dispersamos por los campos.

—Llegamos a un pequeño arroyo donde encontramos una hendidura en la orilla y nos escondimos hasta la llegada de la noche, que no tardó mucho —dijo Petrus.

—Oíamos a la caballería bitinia galopando por los campos, cazando a nuestros compañeros. Desde nuestro escondite vimos a un soldado griego caer en el arroyo, atravesado por una lanza —Diomedes esbozó una sonrisa triste.

—Muy tarde por la noche salimos del escondite; estábamos congelados y Laertes seguía inconsciente —dijo Petrus.

Laertes asintió con la cabeza.

—Escondimos a Laertes entre la hierba alta en la llanura y volvimos a la aldea, donde encontramos algo de comida y bebida. Había muchos cuerpos, tanto de griegos como de bitinios; nuestros compañeros vendieron caras sus vidas —continuó Petrus.

—Le hicimos un vendaje en la cabeza a Laertes y lo cargamos durante horas. Al amanecer, nos habíamos alejado lo suficiente, aunque todavía veíamos patrullas de la caballería buscando supervivientes —añadió Diomedes.

—Cuando desperté por la mañana, ya estábamos lejos. Diomedes y Petrus estaban exhaustos —dijo Laertes, avergonzado—. Les debo la vida.

—Nos gusta fastidiarte —rió Petrus.

—Continuamos nuestro camino hacia el mar, y conseguimos llegar al campamento, pero

vosotros ya habíais partido —dijo Diomedes—. Pocos lograron llegar hasta aquí.

—Fue una masacre —dijo Georgios—. Pero gracias a los dioses, estáis vivos —añadió, relatando el intento de rescate.

Pasaron la noche celebrando el regreso de los compañeros. Atreu consiguió una ánfora de vino por un precio exorbitante, y bebieron en honor a sus hermanos.

Al día siguiente, los griegos recibieron una buena noticia: mensajeros de Cleandro, tirano de Bizancio, informaron que una escuadra llegaría a Calpe para embarcar al ejército griego hacia aquella ciudad.

Si decido ir con ellos, me estaré distanciando de la satrapía gobernada por Tisafernes, pero ¿qué opción tengo en este momento? Ninguna, pensó Artemisia.

Capítulo 12

Después de la victoria contra las fuerzas enviadas por Farnabazo, el enemigo se retiró hacia las ciudades fortificadas, evacuando a los habitantes del campo. El ejército, que esperaba los barcos prometidos por Cleandro, seguía saliendo a saquear los campos en busca de suministros, pero esta vez los griegos partieron bien preparados, con hoplitas, peltastas, arqueros y honderos, además de una caballería cuyo número había aumentado.

Los griegos encontraron ciudades aún no fortificadas, las cuales saquearon, regresando al campamento con esclavos y carretas cargadas de trigo, cebada, vino, legumbres, mijo e higos. Las tierras de Bitinia eran ricas en botines; los campos estaban deshabitados, y los griegos saqueaban aldeas y granjas.

La regla era tomar lo que quisieran de los campos abandonados, y lo que encontraban les pertenecía. Sin embargo, cuando partían en expedición con el ejército, todo lo que se encontraba pertenecía a todos, y se enviaba a las despensas para ser compartido con aquellos que no tuvieron suerte en los saqueos, o que estaban heridos, enfermos o demasiado cansados para participar en las misiones. Era una ley propuesta por Jenofonte y aprobada en una asamblea de soldados.

La noticia de la victoria sobre los bitinios y de que había un campamento griego establecido en Bitinia se extendió por toda la región, llegando incluso hasta Grecia. Los rumores, traídos por comerciantes, afirmaban que Jenofonte estaba fundando una colonia.

De varias ciudades griegas llegaron barcos con suministros, y otras embarcaciones que pasaban cerca anclaban y enviaban sus tripulaciones para negociar con el campamento. Los pueblos hostiles de la región, al escuchar los rumores sobre la fundación de la colonia griega, enviaron emisarios con propuestas de paz y alianza.

Perseo quería creer que realmente se fundaría una ciudad griega en ese lugar. Durante una noche, conversó con Artemisia sobre la posibilidad de quedarse.

—Si Jenofonte realmente funda una colonia, podríamos quedarnos aquí, ¿qué opinas? Las tierras son fértiles, y cuando la ciudad crezca más, podríamos viajar hasta Escitia y buscar a la pequeña Helena —sugirió, soñando despierto.

—No lo sé, Perseo, estamos demasiado cerca de la satrapía de Tisafernes. No sé si resistiría el deseo de ir tras él —respondió ella, apretando la mandíbula.

Tisafernes y Otanixos, ¿cómo podría ser feliz con ambos aún respirando? ¿Sería capaz de dejar de vengar la muerte de mis padres y mi hermano? ¿La violación de mi cuerpo? ¿El asesinato de Mardoc? ¿La muerte de Ciro, Ikarnas y cientos de mis hermanas? Pensaba la amazona, y Perseo notó su mirada triste, por lo que la abrazó con cariño, acercándola a su pecho.

—Lo siento mucho, mi amor, podemos regresar a Grecia y establecernos en cualquier

ciudad, o incluso viajar hasta la lejana Sicilia —dijo, besando los labios de su esposa y rezando para que sus planes se concretaran.

El odio que Artemisia siente hacia Tisafernes es un sentimiento que no consigo hacerla olvidar, por mucho que lo intente, pensó el espartano, acariciando el cabello de la amazona.

Los días transcurrieron tranquilos; la pareja participaba en las misiones de saqueo o, en ocasiones, realizaban largos paseos por la costa. Artemisia continuaba instruyendo a Perseo en el arte del combate con espadas. Por la noche, se amaban bajo la luz de las estrellas.

Finalmente, Cleandro llegó con dos trirremes. Los soldados se amontonaron en la arena de la playa, ansiosos por ver más barcos que debían transportar a todos, pero ninguna otra embarcación apareció en el horizonte.

Al día siguiente, al amanecer, Perseo y sus compañeros salieron a saquear los campos, mientras un pequeño grupo permanecía en el campamento. Durante esta incursión, encontraron la yegua que el espartano había regalado a Artemisia, junto con otros cinco caballos, pastando tranquilamente en la hierba.

Perseo observó cómo la amazona se acercaba lentamente y recuperaba su montura, regresando hacia él, sonriendo como una niña feliz. Luego, ella ayudó a sus amigos a atar los otros caballos.

Cuando el grupo regresó, se enteraron de que algunos soldados encargados de la vigilancia habían localizado en los campos cercanos una manada de ganado bovino, siendo guiada por pastores que desconocían la ubicación del campamento.

Los soldados griegos tomaron el ganado, pero desobedecieron la regla establecida, según la cual todo lo encontrado cuando el ejército estaba fuera saqueando debía ser entregado a las despensas del campamento. Temerosos de que el ganado les fuera confiscado, pidieron a Dexipo, quien había llegado con un barco de cincuenta remos desde Trebisonda hacía unos días, que guardara el saqueo, a cambio de prometerle una parte.

Pronto, la noticia se extendió como fuego en campo seco. Varios soldados, indignados, se dirigieron a la tienda de Dexipo, exigiendo que devolviera el ganado para que fuera entregado a las despensas del ejército.

Diomedes fue uno de los más exaltados y tuvo que ser detenido para evitar que agrediera a Dexipo.

—¡Eres un maldito desertor! —lo acusó— ¡Te apoderaste de la trirreme que los trebizondinos nos cedieron y te fuiste, abandonando a tus compañeros! ¡Ahora vienes a quedarte con el ganado que nos pertenece a todos!

Dexipo se puso pálido y, con gran esfuerzo, Georgios logró apartar a Diomedes de allí. Algunos oficiales llegaron y lograron calmar los ánimos.

Todos regresaron a sus hogueras con la promesa de que los oficiales resolverían el

conflicto. Perseo y sus compañeros estaban preparando la cena de la noche cuando una compañía de hoplitas, al mando de Dexipo, atacó por sorpresa, rindiéndolos bajo la amenaza de sus lanzas. Luego, ataron las manos de Diomedes y lo llevaron. Indignados, todos se armaron para el combate.

—¿Quién va con nosotros? —preguntó Georgios.

Además de Perseo, Artemisia, Petrus, Atreu y Laertes, solo algunos soldados bajo el mando de Georgios y Artemisia se ofrecieron como voluntarios. El grupo partió apresuradamente hacia el lugar donde el barco de Dexipo estaba anclado. Pero antes de llegar, fueron detenidos por el oficial Agasias, con quien ya habían combatido juntos.

—¿Qué pasa, Georgios? —preguntó, curioso, al verlos armados para el combate.

—Capitán, han llevado a Diomedes atado como un vulgar ladrón, estamos yendo a rescatarlo —respondió Georgios.

—¿Pero quién hizo esto? ¿Y por qué? —preguntó Agasias, sorprendido.

Georgios explicó lo sucedido y Agasias estuvo de acuerdo en que el rebaño pertenecía a todos. Entonces convocó a dos compañías de hoplitas que estaban bajo su mando y condujo a todos hasta el lugar donde el barco de Dexipo estaba anclado. Junto a él, el grupo vio los dos barcos que habían llevado a Cleandro hasta el campamento.

Mientras avanzaban, proclamaban en voz alta lo ocurrido, y varios soldados se unieron al grupo. Cuando llegaron a la playa, ya eran una fuerza considerable.

El grupo atacó el campamento de Dexipo, rindiendo a sus soldados. Este salió de su tienda y, sorprendido, se vio con la punta de la espada de Petrus apuntada a su pecho. A su lado, Agasias, Georgios, Laertes, Atreu, Perseo y Artemisia estaban listos para el combate, con dos centenares de soldados griegos que los acompañaban en la retaguardia.

—¿Qué audacia es esta!? —exclamó, sorprendido.

—Has apresado a un valioso guerrero sin seguir los procedimientos legales, hemos venido a rescatarlo —respondió Agasias, haciendo una señal al grupo.

Perseo y sus compañeros invadieron la tienda, donde encontraron a Cleandro sentado, con una mesa llena de diversos platos frente a él, lista para la cena. Él los miró sorprendido, pero prudentemente guardó silencio.

Petrus avanzó, derribando todo a su paso. Dos hoplitas estaban de guardia junto a Diomedes, que tenía las manos atadas y la boca amordazada. Petrus se lanzó sobre uno de ellos con un rugido, chocando su escudo contra el pecho del hoplita, lo que lo hizo caer a distancia. Con una mueca de odio, Laertes colocó la punta de su espada sobre la garganta del otro centinela, que estaba tan sorprendido como su compañero.

—Haz un solo movimiento y cenarás en la mansión de Hades hoy —gruñó.

Le quitaron la mordaza a Diomedes, quien comenzó a lanzar una lluvia de maldiciones. Después de cortar las cuerdas que lo ataban, salieron de la tienda.

Varios soldados estaban indignados y ofendían a Dexipo, a quien llamaban cobarde y traidor por haber embarcado en Trebisonda y no haber regresado. Algunos incluso le arrojaron piedras, mientras él trataba de defenderse. Diomedes pasó junto a él y le propinó un violento puñetazo en la cabeza, dejándolo inconsciente. Los soldados que estaban bajo el mando del oficial huyeron del lugar.

Algunos más exaltados decían que deberían matar a Dexipo y Cleandro.

—¡Compañeros! —gritó Agasias—. Hoy hemos evitado una injusticia. No hemos pecado contra los dioses violando las leyes de hospitalidad que son sagradas para Zeus. Dejemos que Cleandro regrese a sus barcos, seguro que fue engañado por esta víbora —terminó, señalando a Dexipo, que yacía inconsciente.

El grupo regresó triunfante al campamento, pero no pasó mucho tiempo antes de que se convocara una asamblea.

Jenofonte se dirigió a todos:

—¡Compañeros! Me he enterado de los hechos ocurridos hoy. Como saben, Cleandro, el tirano de Bizancio, prometió llevarnos de vuelta a Grecia, pero tras el incidente de hoy, amenaza con prohibir que todas las ciudades griegas nos acojan. Como todos saben, Cleandro es espartano, y Esparta es la ciudad más influyente de Grecia después de su victoria en la guerra contra Atenas durante años.

Los soldados esperaban, atentos, mientras el general verificaba que todos prestaran atención.

—Cleandro está molesto y ha sido instigado por Dexipo. Él se encuentra inflexible y exige que entreguemos al soldado que fue apresado por Dexipo y arrebatado por Agasias. De ninguna manera podemos permitir que se vaya y nos cierre las puertas de Grecia. Estamos cerca de nuestras casas y seres queridos. Si Cleandro nos cierra las puertas de Bizancio, y luego otros tiranos se niegan a darnos refugio, bajo el pretexto de que somos gente sin ley que no respeta a los dioses y que no acata la autoridad de Esparta, si tal fama llega a los oídos del almirante Anaxibio, estaremos condenados a la destrucción, pues los espartanos gobiernan tanto en tierra como en mar. No podremos embarcar rumbo a Grecia, y tampoco podremos continuar por tierra. No es justo que, por culpa de dos personas, se nos lleve tan lejos al sacrificio. ¿Cómo sería que se nos cerraran las puertas de Grecia? Y mi opinión es que debemos dar explicaciones a Cleandro. Me dijeron que Dexipo le dijo a Cleandro que Agasias actuó así porque recibió órdenes mías. Pues bien, si Agasias es capaz de decir que fui yo el autor de la orden, aquí estoy para asumir la responsabilidad. Si incité a un solo griego a lanzar piedras o cometer cualquier otra violencia, merezco el último castigo y estoy dispuesto a sufrirlo. Debo añadir que, si otro es acusado, debe entregarse a Cleandro para que lo juzgue. No es posible que, en las circunstancias en las que nos encontramos, con la esperanza de ser honrados y glorificados en Grecia, se nos condene al ostracismo, y que las ciudades griegas nos rechacen como si fuéramos portadores de

una peste —concluyó.

Agasias se levantó y dijo:

—¡Compañeros! Juro por todos los dioses y diosas del Olimpo que ni Jenofonte ni ninguno de vosotros me aconsejó liberar al hombre. Me indignó ver a uno de los soldados más valientes con los que he servido ser arrestado por Dexipo, que nos traicionó, y no pude contenerme, lo confieso. Pero no es necesario que me entreguéis a Cleandro; yo mismo me entregaré, y que Cleandro haga lo que considere conveniente. No, aquí no surgirá la guerra entre vosotros y los espartanos, aunque el hombre que rescaté sea espartano y muchos de esa valiosa ciudad nos acompañen desde el inicio del viaje. Ni el Hades me aceptaría si, por mi causa, os fuera cortada la libertad de ir a donde deseéis. Ahora, una cosa os pido: envidad emisarios conmigo para que hablen por mí si no me expreso bien.

Diomedes también se levantó y dijo:

—¡Compañeros! Muchos de vosotros me conocéis a mí y a mis compañeros. Si me dirigí exaltado a Dexipo fue porque este, en connivencia con malos compañeros, pretendía perjudicar al ejército, no repartiendo entre nosotros el producto de un botín considerable, desobedeciendo los reglamentos que todos juramos seguir ante los dioses —dijo de forma categórica.

Se escucharon murmullos de aprobación.

—Agasias me conoce, combatimos juntos, y su actitud fue la de un oficial que sabe ganarse el respeto de sus soldados. Él no irá solo, yo también acepto el destino que los dioses me tienen preparado y acompañaré a Agasias —concluyó, volviendo a sentarse.

—¿Entonces está decidido? Propongo que Agasias elija a las personas que deben acompañarlo —dijo Jenofonte.

El ejército reunido estuvo de acuerdo con la decisión, y Agasias eligió a cinco oficiales veteranos, pidiendo a Georgios que formara una pequeña escolta para acompañarlos. El sargento eligió a Perseo, Petrus, Laertes y Atreu, ordenando que fueran solo con espadas y dejaran los escudos, lanzas, cascos y grebas en sus tiendas. Artemisia insistió en acompañarlos.

Partieron con Agasias y otros cinco oficiales hacia los barcos de Cleandro. Al llegar, se dieron cuenta de que los soldados comandados por Cleandro y Dexipo los esperaban, todos armados para el combate, pero dejaron al grupo pasar hasta la tienda del general.

Entraron en la tienda, que era espaciosa. En el centro, sentado en una silla, Cleandro los observaba con severidad. Alrededor de él, dispersados por el lugar, había unos treinta hoplitas fuertemente armados, además de cinco arqueros.

El oficial más antiguo se dirigió a Cleandro:

— El ejército nos ha delegado para hablar contigo, Cleandro, para rogarte que juzgues y decidas según los dictámenes de tu conciencia. Si solo es uno, dos o tres de los nuestros los que acusas, todos nosotros estamos de acuerdo en que se entreguen para que los juzgues también.

Ningún griego que forme parte de nuestro ejército eludirá tu justicia con nuestro consentimiento — dijo, haciendo una reverencia al tirano.

Agasias se adelantó y dijo:

—Soy yo, Cleandro, el hombre que arrebató a este soldado —señaló a Diomedes—, de las manos de Dexipo. Este hombre, sabía yo, era un soldado valiente, y también sabía perfectamente que Dexipo, elegido para comandar el barco de cincuenta remos que pedimos a los trebizondinos, huyó en secreto, traicionando a los compañeros con los que había cruzado tantos peligros. De aquí resultó que la ciudad de Trebisonda fue despojada de un rico barco y nuestra buena reputación se vio empañada. Casi nos pierde a todos, y, en buena verdad, es responsable como si tal cosa hubiera sucedido, porque escuchó, como nosotros, que era imposible regresar a Grecia por tierra. Aquí está el tipo de hombre a quien le arrebaté a mi soldado. Si hubiera sido arrestado por orden de otro, tú o alguien enviado por ti, te juro que este hecho no habría sucedido. Haz lo que quieras; mándame matar si lo deseas, pero ten en cuenta que matas a un hombre honrado por culpa de un cobarde traidor —dijo con tono altivo.

Después de escuchar en silencio, Cleandro se dirigió a Agasias:

—No apruebo la conducta de Dexipo, pero nadie está autorizado a usar violencia contra él, ya que, además de todo, es un espartano, aunque se demostrase que fuera el más abominable de los villanos. He investigado la conducta de este soldado que fue arrebatado —dijo señalando a Diomedes—. Sé que es valioso y valiente, y que honra el nombre de Esparta como todo espartano debe hacer. Atenderé la petición del ejército y les daré el castigo justo.

Dirigiéndose a los oficiales reunidos, Cleandro dijo:

—Pueden retirarse todos, excepto Agasias. Cuando decida el castigo, convocaré a todos para que escuchen la sentencia. Avísenle a Jenofonte y a los demás oficiales que, como estos dos se presentaron como culpables, no acuso al ejército ni a ningún griego —concluyó.

Diomedes se dirigió a Cleandro:

—Debes juzgarme, Cleandro, porque soy culpable de la acción de Agasias, ya que Dexipo me arrestó, pero no soy completamente culpable. De ninguna manera arrojé piedras ni usé violencia contra Dexipo. Lo que cuestioné vehementemente es que el ganado tomado pertenecía al ejército, ya que se había decidido que siempre que el ejército saliera en expedición y un hombre fuera a saquear, lo que tomara pertenecía a todos. Esto fue lo que dije. Fue eso lo que disgustó a Dexipo, que estaba en connivencia con malos compañeros para decir que todo aquello era suyo y quedarse con una parte, privando al ejército de lo que le correspondía por derecho y que debería haberse repartido entre todos —dijo de forma categórica.

A lo que Cleandro respondió:

—Ya que eres el causante del alboroto y haces caso, también tenemos cuentas que ajustar.

Con un gesto, dispuso que se retiraran todos. Perseo intentó protestar, pero una mirada

severa de Georgios lo disuadió, y salió en silencio. Petrus estaba tenso, pero con gran esfuerzo se retiró de la tienda.

Regresaron al campamento acompañando a los oficiales y se dirigieron a Jenofonte, informando sobre el resultado de la reunión. Al ver el general a Artemisia entre el grupo, invitó a todos a compartir su cena. Se sentaron cerca de la mesa principal, donde podían escuchar la conversación, mientras Artemisia, como invitada de honor, se sentaba junto al general.

—¿Cuál es tu opinión, Artemisia? —preguntó Jenofonte.

—Dexipo desobedeció la regla e intentó engañar a sus compañeros. Además, ya los había abandonado anteriormente. No auxiliar a Agasias y Diomedes, dos valiosos guerreros, es una ofensa a los hombres y a los dioses —dijo la amazona, tomando un sorbo de vino de una copa que le fue ofrecida.

—Podemos enviar una delegación a Cleandro para pedir perdón por los dos —murmuró Jenofonte.

—Es una buena idea, pero creo que Cleandro estaría más dispuesto si tú fueras personalmente —dijo un oficial de nombre Dracóncio, natural de Esparta.

—Que así sea, después de la cena iremos hasta él —concordó Jenofonte.

Cuando la cena terminó, Artemisia acompañó a la delegación junto con Perseo y sus compañeros, quienes actuarían como escolta, hasta el campamento de Cleandro, donde fueron admitidos nuevamente en su tienda. Vieron que Cleandro acababa de cenar, miraron alrededor, pero no vieron a Diomedes ni a Agasias.

—Cleandro —comenzó Jenofonte—. Los acusados están en tus manos y puedes hacer con ellos lo que desees. El ejército nos manda, sin embargo, pedirte, por todo lo que es sagrado, que nos restituyas a nuestros compañeros. Merecen esa gracia por los grandes esfuerzos que hicieron por la salvación común. El ejército, si les prestas este favor, te estará en deuda. Si deseas ponerte al frente de ellos y los dioses te son propicios, tienes aquí soldados para acompañarte hasta los confines del mundo. Pon a prueba, de un lado los griegos, y del otro a Dexipo, y verás quién tiene carácter.

Al escuchar estas palabras, Cleandro exclamó:

—¡Por Zeus! Esta es mi respuesta: os devuelvo a los dos hombres y, si los dioses lo permiten, quien os guíe hacia Grecia seré yo. Me dijeron que queríais nada menos que empujar al ejército de Esparta a la desertión; reconozco que fue una artimaña.

Ordenó Cleandro que se entregaran a Agasias y Diomedes a Jenofonte, quien agradeció y regresó al campamento con los dos. El grupo celebró el regreso de su compañero, bebiendo varios odres de vino que varias compañías ofrecieron a Diomedes.

—Viajar con ustedes no es nada monótono —rió Artemisia.

—¡Es cierto! ¿Recuerdas nuestra aventura en la ciudad de Carmanda? —preguntó Perseo.

—Sí, estaba escoltando a Ciro en el banquete que se dio en su honor en el palacio del gobernador, cuando llegaron oficiales locales contando sobre el alboroto que tres griegos causaron en una taberna. Cuando los describieron, me di cuenta de que eras tú, mi corazón dio un salto en el pecho, estaba angustiada por verte de nuevo, quería tanto pedirte perdón y decirte que te amaba —Artemisia sonrió al recordar, aunque Perseo notó una sombra cruzar su mirada.

—Puedo asegurarte, hermana, que Perseo se comportó dignamente en ese lugar de mala reputación, no lo vi en ningún momento mirar a las beldades persas —dijo Diomedes ligeramente ebrio, interponiéndose entre la pareja y abrazándolos a ambos.

—Qué bien, si no, lo cortaría en pedazos —rió Artemisia ahora sin ningún signo de tristeza.

Diomedes salió riendo y abrazó a Petrus al otro lado de la fogata.

—Me sorprendió cuando me llevaron a la habitación en la que estabas —murmuró el espartano recordando esa noche.

—Por un momento pensé que me dejarías sola en esa habitación, completamente desnuda —sonrió ella con aire travieso.

—Nunca, cuando dijiste que me amabas, sentí una felicidad que nunca había experimentado en mi vida.

—Te amo —Artemisia lo acercó a ella y lo besó.

—Y yo te amo a ti —respondió él riendo, mientras escuchaba las bromas de sus compañeros.

La noche fue de celebración en el campamento.

A la mañana siguiente, Jenofonte organizó el ejército y lo hizo desfilar frente a Cleandro, quien quedó impresionado.

Los rumores decían que Cleandro asumiría el mando supremo del ejército y los llevaría hasta Grecia.

Durante tres días, se reunieron para presenciar los sacrificios que Cleandro ofrecía a los dioses, preguntando si debía asumir el mando, confirmando así los rumores, pero los adivinos decían que los presagios eran desfavorables.

En el tercer intento, se dirigió al ejército reunido:

—Valientes soldados —comenzó—, no contéis conmigo para lideraros hasta Grecia. Los presagios están en contra. Pero no os desaniméis. A vosotros, solamente, parece que os corresponde llevar a cabo esta misión. ¡A marchar, pues! Cuando lleguéis a Bizancio, allí estaré

para recibirlos.

Jenofonte, con el acuerdo del ejército, obsequió a Cleandro el ganado causante de la discordia. El general lo aceptó gustosamente, pero lo regaló de nuevo al ejército, afirmando que agradecía el obsequio, pero no podía llevarlo en solo dos barcos; lo mejor que podía hacer era regalarlo a los soldados para que llegaran a Bizancio saludables.

Dos días después de que Cleandro partiera en sus barcos, el ejército reanudó la marcha por el territorio de Bitinia, saqueando aldeas y ciudades, apoderándose de ganado, provisiones y haciendo muchos prisioneros que fueron esclavizados. Era la oportunidad que la mayoría de los soldados tenía para hacer fortuna.

En el sexto día de marcha, llegaron a la ciudad de Crisópolis, en Calcedonia, situada al lado opuesto de Bizancio, al otro lado del mar.

Permanecieron en la ciudad durante siete días negociando los esclavos capturados y los productos saqueados durante la marcha, mientras esperaban la decisión de los generales sobre si continuarían por tierra o se embarcarían hacia Bizancio.

Desde que Artemisia visitó el templo de Artemisa, no había tenido la oportunidad de hacer el ritual que la sacerdotisa le había enseñado, y según sus cálculos, estaba en el período adecuado para concebir. Aún llevaba colgada en su cintura la pequeña estatua de la diosa.

Al amanecer, la amazona invitó a Perseo a galopar por la región, él consiguió un caballo prestado y la siguió. Artemisia llevaba una alforja cruzada sobre su pecho, en cuyo interior estaba la estatua de la diosa y una ofrenda.

Divertida, la amazona salió disparada al frente, Luna de Plata era rápida y ella una excelente amazona. Al mirar por encima del hombro, vio que Perseo intentaba acercarse con dificultad. Después de un tiempo cabalgando, llegaron al borde de un pequeño bosque, donde anteriormente habían recolectado leña, y se apearon atando las riendas de los caballos a un árbol.

—Ven, mi amor —Artemisia lo tomó de la mano.

Caminaban por el bosque de la mano, los rayos del sol penetraban en su interior filtrados por las hojas de los frondosos árboles y los pájaros cantaban a lo lejos. El bosque les recordaba aquel en el que se encontraron por primera vez, en la ciudad de Oleiros.

Escucharon el sonido del agua corriente y atravesaron algunos árboles hasta llegar a un barranco, donde una pequeña cascada desembocaba en un lago de aguas cristalinas.

—Siéntate —pidió la amazona amablemente, señalando una piedra.

Perseo sonrió y se sentó, observando con curiosidad los movimientos de su esposa. Ella sacó del alforje la pequeña estatua de la diosa y la colocó con cuidado sobre otra piedra, al lado del lago.

Con suavidad, Artemisia retiró una pequeña paloma blanca del interior del alforje; el ave

estaba asustada, pero ella le había cortado las alas y atado sus patas. Luego sacó el puñal y lo colocó al lado de la estatua, junto con el pequeño pájaro atado.

Artemisia se giró hacia Perseo y le sonrió, sintiendo su corazón acelerado por la anticipación. Se levantó lentamente y, con gracia, comenzó a quitarse la túnica y la prenda íntima, quedando desnuda, mientras los ojos de Perseo brillaban de deseo.

Sonriendo, la amazona desató la trenza que mantenía su cabello recogido, dejándolo libre. Lentamente, entró al agua y se sumergió hasta quedar completamente bajo, para luego levantarse de nuevo. Al salir del agua, se arrodilló junto a la piedra, cantando una melodía escitia que narraba la leyenda de Artemisa, la diosa de la caza, la virginidad y los partos.

Artemisia tomó la pequeña paloma y acarició su cabeza, sosteniéndola con una mano frente al lago. Con la otra, tomó el puñal y, mientras seguía cantando, cortó el cuello del ave, dejando que gotas de su sangre cayeran al agua. Luego entonó un cántico en griego que la sacerdotisa le había enseñado:

—¡Celebra, Artemisa, Musa, hermana del arquero de largo alcance, virgen reluciente, criada con Apolo, ella que baña sus caballos en los profundos remolinos de Meleto, y ligera por Esmirna conduce el carro de oro hasta Claro, rica en viñedos, donde Apolo, el Arcoargénteo, se sienta a esperar a la dardejante de largo alcance! Y a ti, así, salve, y a todas las diosas en el canto: No obstante, a ti y de ti empiezo a cantar, y por ti, habiendo comenzado, te honro, diosa.

De nuevo, la amazona vertió más gotas sobre el agua y luego sobre su vientre desnudo, entonando otro cántico:

—¡Escúchame, reina, doncella de Zeus, de muchos nombres, Titánide, Brómia de gran nombre, arquera insigne, luz de todos, diosa dadófora, Diktina, partera, auxiliar en los trabajos del parto, que nunca pariste, amante del delirio, ayuda de las parturientas, cazadora, alivio de las preocupaciones; corredora nocturna, arquera que ama cazar! Árbitra ágil y afable, de forma masculina, Órtia, rápida partera, numen nutriz de mortales. Inmortal y terrestre asesina de fieras, rica que gobierna los bosques en las montañas, insigne cazadora de ciervos; señora reina de todos, bello vigor siempre vivo, habitante de los bosques, protectora de los perros, Cidonia, forma cambiante: ven, diosa salvadora y amiga, accesible a todos los misterios, trayendo los hermosos frutos de la tierra, la paz y la amable salud de hermosas trenzas. ¡Te pido, envía a las cumbres de las montañas las enfermedades y el dolor, concédeme la gracia que te imploro!

Esparciendo más gotas de sangre en el lago, Artemisia guardó cuidadosamente el cuerpo de la pequeña ave muerta de vuelta en la alforja; debía asarla y comerla, siguiendo las instrucciones de la sacerdotisa. La amazona se levantó y entró nuevamente al agua donde había derramado la sangre, que ya se disolvía, luego se arrodilló y se volvió hacia Perseo, que la observaba atentamente.

—Ven, mi amor —susurró, sintiendo el calor que emanaba de su cuerpo.

Perseo se levantó rápidamente, se despojó de su ropa y caminó hacia ella, donde el agua le llegaba hasta la cintura. Se acercó y se arrodilló a su lado, abrazándola y besándola apasionadamente.

Poco después, se amaban en medio del agua helada.

—¡Que Artemisa me conceda la gracia de engendrar un hijo! — murmuraba Artemisia, sintiendo que el placer aumentaba hasta que ambos alcanzaron el clímax.

Cuando recuperaron el aliento, Perseo la levantó suavemente y la llevó a la orilla del lago, acostándola sobre la suave hierba. El sol brillaba entre las hojas de los árboles del bosque, calentando la piel del casal, aún fría por el agua, aunque por dentro sentían el cuerpo arder.

—¿Por qué rezaste a Artemisa? —preguntó Perseo, curioso, acariciando la piel de Artemisia con la punta de los dedos.

—Para que me conceda la gracia de tener un hijo —sonrió.

—¿Quién te enseñó este ritual? —él continuó acariciando su vientre.

—La sacerdotisa de Artemisa a la que visité sola, ¿recuerdas?

—¿Cómo olvidarlo? Casi fuiste capturada por Otanixos —afirmó, con una sombra cruzando su mirada.

—No hablemos de cosas desagradables —murmuró Artemisia, tocando el rostro de su esposo.

Solo de pensar que podría haberla perdido, siento una desesperación en el alma. Pensó Perseo, recordando lo sucedido.

Artemisia percibió la angustia del espartano. *Casi fui capturada, si no fuera por Perseo y sus compañeros, tal vez ahora estaría muerta o cautiva de Tisafernes.* Pensó, y cambió de tema.

—Las amazonas veneran a Ares, el dios de la guerra, antes que cualquier otro dios, pero Diana o Artemisa, como también se la conoce, junto con su hermano Apolo, también son venerados, pues Artemisa es la diosa de la caza y Apolo es conocido como el flechador infalible, pero eso ya lo sabes —sonrió nuevamente la amazona.

Perseo asintió en silencio. Conocía el panteón de los dioses griegos. Apolo era el dios de la muerte súbita, de las plagas y enfermedades, por eso se le llamaba el flechador infalible, se representaba con arco y flechas, pero también era el dios de la curación y de la protección contra las fuerzas malignas. Además, era el dios de la belleza, la perfección, la armonía, el equilibrio y la razón, el iniciador de los jóvenes en el mundo de los adultos, estaba vinculado a la naturaleza, las hierbas y los rebaños, y era protector de los pastores, marineros y arqueros. Diana o Artemisa, su hermana gemela, era la diosa de la luna, de la caza, de los animales salvajes, de la región salvaje, del parto y de la virginidad, protectora de las niñas. Era la mejor cazadora entre dioses y mortales. El arco y las flechas eran sus compañeros constantes.

—La sacerdotisa me dijo que, como Artemisa es venerada en Escitia, ella intercedería por mí, bendiciendo nuestra unión y concediéndonos un hijo —sonrojó Artemisia, sintiendo que sus

ojos se llenaban de lágrimas.

—Mi amor, ya te dije que no me importa si no puedes tener un hijo —intentó consolarla Perseo tocando suavemente sus labios con la punta de los dedos.

—Lo sé, pero deseo tanto tener un hijo tuyo —dijo la amazona, secándose una lágrima que caía por su rostro.

Perseo la abrazó con cariño, besando los labios de Artemisia y las lágrimas que caían lentamente por su rostro.

—Eso no importa —afirmó sinceramente, y ella lo amó aún más.

Artemisia lo besó con pasión, y pronto se amaban nuevamente sobre la suave hierba. Cuando sintió su semilla dentro de ella, y su cuerpo temblaba de placer al alcanzar el clímax, una lágrima recorrió sus ojos, pero esta vez era de felicidad, y la amazona rezó en silencio: *Artemisa, concédeme la gracia de quedar embarazada.*

Cuando el crepúsculo se acercó y la temperatura comenzó a bajar, regresaron por el bosque, encontraron sus caballos y galoparon de regreso a la ciudad, apostando en una carrera que la amazona ganó.

Al día siguiente, los generales decidieron su destino.

Capítulo 13

Los soldados griegos estaban contentos; la venta en los mercados de Crisópolis de los productos saqueados y de los esclavos capturados había generado buenas ganancias. Incluso Perseo, quien estaba en contra de la esclavitud, capturó a dos jóvenes durante los saqueos en las aldeas de Bitinia y los entregó junto con los demás cautivos.

El oficial encargado anotó su nombre y el pelotón en el que servía. Una vez que todos los esclavos fueron vendidos, Perseo lo buscó, y este, tras descontar la comisión del subastador, le entregó el resto: cinco dárlicos de plata.

Hasta el momento, la jornada no había enriquecido al joven espartano. Poseía algunas monedas de oro y plata que llevaba en una bolsa de cuero atada a la cintura. Por esa razón, había decidido capturar y vender a los dos jóvenes como esclavos. *Si quiero empezar una nueva vida con Artemisia, necesito dinero*, pensó.

Sus compañeros tampoco se habían enriquecido, salvo Diomedes, aunque este nunca revelaba cuánto poseía.

Jenofonte volvió a convocar una asamblea de soldados para decidir los próximos pasos y se dirigió a todos:

—¡Compañeros! Nuestra jornada se acerca a su fin. Podemos continuar por tierra hasta las ciudades griegas de Pérgamo, Esmirna, Éfeso o Mileto y, desde allí, embarcar hacia Grecia. O bien podemos cruzar el estrecho del Bósforo hasta la ciudad de Bizancio. Si no conseguimos naves, podríamos seguir descendiendo por Tracia hasta llegar a Grecia. He sido informado de que Farnabazo teme que devastemos sus tierras y ha enviado emisarios al almirante Anaxibio, quien se encuentra en Bizancio, para solicitar una alianza a cambio de que nos transporte fuera de Asia.

Un murmullo recorrió al ejército reunido. Algunas voces clamaban que debían continuar por tierra hasta Pérgamo, arrasando las tierras de Bitinia y Misia. Otras se oponían, afirmando que estaban cansados de luchar y deseaban regresar a casa cuanto antes; embarcar en Bizancio hacia Grecia era la forma más rápida de hacerlo.

Jenofonte, alzando los brazos, prosiguió:

—Los emisarios del almirante Anaxibio han traído órdenes para que crucemos el Bósforo hasta Bizancio, donde se nos pagará un salario de cincuenta dárlicos para los soldados y cien para los oficiales. Allí seremos desmovilizados y embarcaremos hacia Grecia. En todo caso, considero que mi misión con vosotros ha terminado, y planeo embarcar hacia Grecia lo antes posible.

La mayoría del ejército decidió cruzar el estrecho hacia Bizancio.

Artemisia vendió la yegua que Perseo le había regalado, ya que no era posible transportarla en los barcos. Diomedes encontró un comprador para ella: un rico mercader de Crisópolis que quería obsequiársela a su hija como montura.

Con tristeza, la amazona se despidió del animal.

—Fue el primer regalo que me diste —suspiró, después de haber entregado la yegua.

Perseo se sintió terrible. *¿Cómo pude ser tan descuidado? Desde que nos casamos, ese fue mi único regalo, aunque lo obtuve con la muerte de su antiguo dueño.*

—Lo siento —dijo, avergonzado—. No tengo mucha experiencia en cómo agradar a una esposa.

Artemisia lo besó y, sonriendo, respondió:

—No seas tonto. Una retirada por tierras enemigas no es el mejor momento ni lugar para recién casados.

Mentalmente, el joven espartano prometió que hablaría con Georgios sobre cómo era realmente una relación entre marido y mujer. Había tantas cosas que no le habían enseñado en la agogé.

Dos días después, partieron. El viaje por mar fue tranquilo, y todos estaban animados; pronto llegarían a Grecia. Artemisia, sin embargo, se sentía melancólica, aunque lo ocultaba con destreza. *Me estoy alejando de Tisafernes y de mi venganza, pensó.*

Desembarcaron en Bizancio, una ciudad portuaria administrada por un gobernador designado por los éforos de Esparta. Según las leyendas, Bizancio había sido fundada diecisiete años después de la fundación de Crisópolis, en Calcedonia. Su fundador era Bizas, un rey de la época de los argonautas, quien, según los mitos, era nieto de Zeus por parte de madre y de Poseidón por parte de padre.

Asimismo, las leyendas contaban que los colonos de Mégara consultaron el oráculo de Apolo en Delfos, y este les dijo que buscaran "un hogar frente al país de los ciegos". Este enigma los llevó a Calcedonia. Tras explorar ambos lados del estrecho, eligieron el peor lugar, ya que Bizancio tenía tierras más fértiles y mejores oportunidades de pesca. Fue Megabazo, general del rey persa Darío I, quien llamó ciegos a los calcedonios por haber fundado su ciudad en un sitio inferior diecisiete años antes de que se fundara Bizancio, que ofrecía mejores condiciones para una ciudad.

Al desembarcar, el ejército montó un campamento fuera de las murallas de la ciudad. Muchos soldados buscaron alojamiento dentro de Bizancio, una urbe grande y próspera. Estaban agotados de dormir a la intemperie y deseaban un techo sobre sus cabezas.

Diomedes encontró una taberna que ofrecía habitaciones en alquiler y logró conseguir una para el grupo en la planta superior. Se accedía a través de una escalera precaria, y el cuarto

no era más que un pequeño cubículo iluminado por una estrecha rendija en la pared que servía de ventana. El suelo estaba cubierto de heno seco, y apenas había espacio suficiente para estirarse al dormir. En una esquina, sobre una mesa baja, reposaba una pequeña lámpara de aceite.

Perseo alquiló un cuarto más pequeño y se alojó allí con Artemisia.

—No es lo que yo llamaría un hogar —bromeó, observando el desolado aposento.

—Contigo a mi lado es un palacio —respondió Artemisia, antes de besarlo.

El lugar era dirigido por una mujer tracia de enorme tamaño que se había enamorado de Diomedes.

—Me gusta tener carne entre los brazos —reía Diomedes, abrazando a la mujer, quien sonreía con picardía y guiñaba un ojo a todos.

Cuando se aburrían de estar en la taberna, paseaban por la ciudad. Visitaban el puerto para observar los barcos anclados de la flota de Anaxibio, recorrían los jardines, la ágora y la plaza del mercado. Todos soñaban con lo que harían al llegar a Grecia.

Durante una semana disfrutaron de la ciudad, pero el dinero comenzó a escasear y no había noticias sobre el futuro del ejército. No pasó mucho tiempo antes de que los soldados griegos comenzaran a excederse, causando disturbios, involucrándose en peleas con los habitantes locales o practicando pequeños robos; algunos incluso llegaron a saquear granjas en las inmediaciones de la ciudad.

Al octavo día, unos heraldos recorrieron las calles convocando a todos los soldados del ejército griego para que se formaran fuera de la ciudad con todas sus pertenencias. Anunciaron que se realizaría el pase de lista, se comenzaría a pagar el sueldo y serían dirigidos a los barcos que los llevarían de vuelta a Grecia.

Los soldados salieron a regañadientes y se alinearon fuera de las murallas. Sobre una tarima, el almirante Anaxibio, Cleandro y Jenofonte esperaban, escoltados por soldados locales.

Anaxibio se dirigió a las tropas reunidas:

—¡Soldados! Debéis abandonar la ciudad de Bizancio. Abastecedos en las aldeas tracias, donde no falta nada, y después dirigíos al Quersoneso^[8], donde Quinisco os espera con el sueldo que os prometí.

Murmullos de descontento recorrieron las tropas reunidas; algunos gritaron que estaban siendo traicionados.

—¿Por qué debemos salir de la ciudad? ¡Aquí tenemos todo lo que necesitamos y podemos establecernos! —gritó un soldado anónimo.

De repente, estalló un tumulto en las filas traseras; algunos soldados gritaban que las

puertas de la ciudad habían sido cerradas. Jenofonte intentó calmar al ejército, pero nadie lo escuchaba. Perseo y sus compañeros corrieron hacia las murallas y confirmaron que las puertas estaban cerradas. Algunos soldados corrieron hacia el mar y nadaron hasta el puerto, gritando que abrirían las puertas desde dentro. Muchos los siguieron.

Georgios ordenó a sus hombres que permanecieran donde estaban, advirtiéndole que la situación podría salirse de control y ser considerados fuera de la ley.

El tumulto pronto se convirtió en un motín cuando las puertas fueron abiertas por los soldados griegos que habían nadado hasta el puerto. El ejército, desobedeciendo las órdenes, entró en la ciudad en masa.

Georgios y Diomedes llevaron al grupo hasta la taberna donde se alojaban. Llegaron a tiempo para impedir que un grupo de soldados tebanos irrumpiera en el lugar. Fueron recibidos con alivio por la propietaria, que temía que el local fuera saqueado. Las puertas y ventanas fueron cerradas, y el grupo permaneció dentro, preparado para repeler cualquier intento de invasión.

Diomedes y Petrus decidieron salir en busca de información y regresaron al cabo de un rato:

—La ciudad está tomada. Muchos habitantes han huido hacia los barcos de la escuadra de Anaxibio, que permanece anclada a poca distancia, o a barcos mercantes que también se han alejado del puerto. Cleandro está sitiado en el interior de la ciudad junto con otros oficiales. Por ahora, nadie se ha atrevido a asaltar el lugar por la fuerza. Aún no hay muchos saqueos, ya que los oficiales están logrando contener los ánimos de los más violentos, pero si Jenofonte no retoma el control, las cosas podrían empeorar —informó Diomedes.

—¿Dónde están reunidos los líderes? —preguntó Georgios.

—Por ahora no hay una verdadera dirección. Sin embargo, el grupo más exaltado está concentrado en el mercado de la ciudad, donde se han congregado muchos soldados —respondió Diomedes.

—Vamos allí —decidió Georgios.

El grupo corrió por las calles de la ciudad, que parecía haber caído en manos de un enemigo invisible. Las puertas y ventanas permanecían cerradas, y apenas se veían vecinos por las calles, aunque aún era de tarde y el sol brillaba con intensidad. Se cruzaron con grupos de soldados griegos que vagaban sin rumbo, claramente sin saber qué hacer.

Cuando llegaron a la plaza del mercado, encontraron un amplio espacio lleno de soldados conversando animadamente en pequeños grupos. Algunos, más exaltados, hablaban abiertamente de saquear la ciudad.

En ese momento, Jenofonte llegó acompañado de varios oficiales. Su presencia generó un revuelo inmediato. La multitud comenzó a corear su nombre mientras él trataba de silenciarlos con gestos de las manos.

Uno de los más exaltados, un peltasta, subió a una estatua de Zeus y, desde allí, se dirigió al general ateniense gritando:

—¡Hoy es el día en que Zeus te favorece, Jenofonte! Aquí tienes todo: la ciudad, los barcos, las riquezas y un ejército bajo tus órdenes. ¡Guíanos, y serás poderoso! —proclamó, ganándose el aplauso de otros soldados.

Jenofonte se acercó con calma, subió a la base de la estatua y tomó el lugar del soldado. Su voz resonó con firmeza y autoridad:

—¡Compañeros! No deseo otra cosa que lo mejor para este ejército. Estoy a vuestra disposición. Y, ya que así lo queréis, formaos aquí mismo, en esta plaza, con vuestras armas, ahora y en orden. No somos un ejército saqueador, somos huéspedes de Cleandro y de la ciudad de Bizancio.

Las palabras de Jenofonte surtieron efecto de inmediato. Animados por los oficiales, los soldados comenzaron a organizarse. Georgios, ejerciendo su liderazgo natural, instó a sus hombres a hacer lo mismo. Poco a poco, la infantería hoplita formó una línea sólida en el centro de la plaza, mientras los peltastas se posicionaban en los flancos, devolviendo el orden al caos.

El general aguardó pacientemente. Cuando consideró que la formación era satisfactoria y percibió que los ánimos se habían calmado, se dirigió a todos con voz firme:

— ¡Soldados! Vuestra ira no me sorprende, como tampoco me sorprende que consideréis una infamia el engaño que os han tendido. Sin embargo, si nos dejamos dominar por la rabia y nos vengamos de los espartanos con quienes tratamos, saqueando esta ciudad que no tiene culpa alguna, ¿qué futuro nos espera? Nos convertiríamos de inmediato en enemigos declarados de los espartanos. Y pensad ahora, vosotros, que lleváis más de un año en guerra: ¿qué clase de conflicto estaríamos iniciando? Cuando Atenas declaró la guerra a Esparta, contaba con al menos trescientas trirremes, ya fuera en el agua o en los astilleros. Tenía un tesoro en la ciudadela, sin mencionar unos ingresos anuales de mil talentos^[9] provenientes del Ática y de las tierras anexadas. Dominaba todas las islas, una gran cantidad de ciudades le eran sumisas o aliadas, tanto en Europa como en Asia. Incluso esta Bizancio, en la que ahora nos encontramos, era su vasalla. Y aun con todo eso, Atenas acabó sucumbiendo. ¿Qué imagináis que nos sucedería hoy, cuando los espartanos tienen como aliados no solo a los aqueos, sino también a los atenienses y a los antiguos aliados de estos? Añadid a Tisafernes y a los bárbaros, nuestros enemigos más feroces. Y no olvidéis al peor de todos: aquel contra quien marchamos con la intención de arrebatárle la corona y la vida si hubiera estado en nuestras manos, el gran rey Artajerjes. ¿Hay alguien tan insensato como para creer que tenemos la fuerza suficiente para enfrentarnos a una coalición como esta? Por los dioses inmortales, no llevemos nuestra locura tan lejos. No cavemos nuestra propia destrucción alzando las armas contra nuestra patria, nuestros amigos y nuestros familiares. No habrá ciudad alguna que no se levante contra nosotros para combatirnos, y, en cierto modo, no lo harán sin razón. Nosotros, que rechazamos conservar siquiera una ciudad bárbara de las tantas que conquistamos, ¿seríamos capaces de saquear la primera ciudad griega en la que ponemos pie? Antes preferiría estar bajo tierra, a cien pies de profundidad, que veros cometer semejante insensatez. Sois griegos, y como tales, os aconsejo que os sometáis a los

líderes de Grecia y que procuréis, en paz, obtener un trato justo y equitativo. Supongamos que os lo negaran: ¿preferiríais, por una injusticia, que las puertas de vuestra patria se cerraran para siempre? ¿Queréis un consejo? Comunicad a Anaxibio que no estamos aquí para cometer ningún tipo de violencia, sino para manifestar nuestras reivindicaciones y dejar claro que abandonaremos Bizancio, no como quienes se dejan engañar, sino como soldados que se someten a la autoridad de sus líderes.

El ejército, avergonzado, aceptó la propuesta de Jenofonte y se retiró de la ciudad en orden, acampando en las cercanías. Mientras tanto, Perseo y sus compañeros regresaron a la taberna, donde pasaron la noche.

A la mañana siguiente, fueron elegidos como emisarios para parlamentar con Anaxibio y Cleandro los oficiales Jerónimo, de Élide, Euríloco, de Arcadia, y Filésio, de Acaya, quienes se dirigieron a la ciudadela.

Los soldados aguardaban el retorno de los emisarios cuando unos heraldos recorrieron el campamento anunciando que Cirátades, de Tebas, ofrecía sus servicios al ejército, dispuesto a liderarlos y conducirlos a una región conocida como el Delta de Tracia, donde los suministros eran abundantes y todos podrían obtener esclavos y oro suficiente para hacerse ricos.

Todos se reunieron en el centro del campamento para escucharlo:

—¡Soldados! Habéis sido llevados de un lado a otro, y lo que veo son soldados pobres mientras vuestros oficiales se enriquecen y son recibidos en palacios. ¡Hacedme vuestro general y os llevaré a tierras ricas en botines donde podréis llenar vuestras alforjas de oro!

Algunas voces comenzaron a gritar animándolo, mientras otras lo criticaban por querer dividir al ejército. La mayoría permanecía en silencio, observando. Mientras la discusión continuaba, los emisarios regresaron con la respuesta de Anaxibio y Cleandro. Interrumpiendo el debate, Euríloco se dirigió a las tropas reunidas:

—¡Compañeros! Esta es la respuesta de Anaxibio: dice que no tendremos nada de lo que arrepentirnos si le obedecemos y promete informar a los éforos de Esparta sobre nuestra conducta.

—¿Pero qué nos ofrece? — bramó una voz.

Gritos resonaron por todo el campamento, reforzando la pregunta. Filésio, tomando la palabra, respondió:

—No nos prometió nada, solo que hará todo lo que esté en su mano para que seamos bien tratados.

Un clamor de ira comenzó a extenderse entre los soldados. La mayoría gritaba que debían seguir a Cirátades y elegirlo como general.

Georgios, con la mandíbula tensa, dijo con firmeza:

—Si seguimos a Cirátades, podéis esperar un desastre.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Perseo, preocupado.

—Quedarnos con Jenofonte —respondió el sargento—. Hemos estado bajo su mando desde Cunaxa y seguimos vivos.

—Tú decides, Georgios —añadió Diomedes—. El camino que elijas será el nuestro.

Todos estuvieron de acuerdo. Después de muchas discusiones, la mayoría eligió a Cirátades como general. Jenofonte intentó argumentar, pero fue silenciado por los gritos que lo acusaban de traidor. A continuación, Cirátades ordenó que quienes lo quisieran como general lo siguieran y levantaran un nuevo campamento, dejando el actual bajo el control de los partidarios de Jenofonte.

Tan pronto como Cirátades partió, Anaxibio cerró las puertas de la ciudad y ordenó que los heraldos anunciaran que cualquier soldado griego encontrado en su interior sería vendido como esclavo.

Jenofonte reunió a las tropas que le eran leales y no habían seguido a Cirátades, y se dirigió a ellas:

—¡Fieles compañeros! Iré a ver a Anaxibio y Cleandro para interceder ante ellos y pedirles barcos para que podamos embarcar hacia Grecia. Manteneos unidos y esperad mi regreso.

Dicho esto, partió acompañado por algunos pocos oficiales en dirección a la ciudad. Mientras tanto, Perseo y sus compañeros prepararon sus equipos, ya sea para embarcar rumbo a Grecia o para defenderse, en caso de que Cleandro ordenara una salida contra el campamento.

—Sería buena idea que alguien fuera a ver qué está pasando en el campamento de Cirátades —sugirió Diomedes.

—Sí, podríamos informar a Jenofonte a su regreso —coincidió Georgios.

—Iremos Petrus y yo —se ofreció Diomedes.

—Id, pero llevad a Perseo. Alguien con un poco de sentido común debe acompañar a vosotros dos, que parecéis unos descerebrados —ordenó Georgios.

—Cuídate, mi amor —pidió Artemisia, besando suavemente a Perseo en los labios mientras él se preparaba para partir.

—Me cuidaré —respondió él con una sonrisa.

Artemisia pasó la noche en el campamento. Habían encendido una fogata, y Georgios y los demás se envolvieron en sus mantos, quedándose dormidos rápidamente mientras ella observaba cómo las llamas danzaban.

La amazona reflexionaba sobre su vida. *Desde que Otanixos destruyó a mi familia y arrebató mi inocencia hace años, he vivido una serie interminable de pérdidas: Mardoc, Ciro, Ikarnas, la mayoría de mis hermanas, y la separación forzada de la pequeña Helena, a quien amo como a una hija. Ahora solo me queda Perseo, el único hombre al que he amado en toda mi vida. Pero los dioses parecen deleitarse en mi tormento, pues la sombra de Otanixos aún se cierne sobre mí.*

Artemisia tardó mucho en conciliar el sueño.

Perseo, Diomedes y Petrus se dirigieron al campamento de Cirátedes, y Perseo los siguió, escuchando cómo conversaban animadamente sobre las mujeres con las que habían dormido en Bizancio.

Llegaron al campamento de Cirátedes en el momento en que se preparaba para celebrar un sacrificio a los dioses. Inmolaron un toro en honor a Zeus, pero los adivinos, al examinar las entrañas de la víctima, declararon que los presagios no eran favorables para que Cirátedes liderara al ejército griego.

La noche se acercaba y los soldados comenzaron a quejarse por la falta de suministros, ya que, al menos cuando estaban bajo el mando de Jenofonte, los mercaderes de Bizancio podían negociar con ellos. Cirátedes ordenó que sus hombres distribuyeran las provisiones que había traído, pero no llegó a abastecer ni a un tercio de los soldados que lo seguían.

Timasión y Neon decían a todos los que quisieran escuchar que era inútil hacer sacrificios a los dioses, pues no fue Cirátedes quien condujo al ejército a salvo desde Cunaxa, y no tenía la capacidad para proveer a los soldados lo mínimo necesario. Seguirlo era arriesgarse a morir de hambre.

Neon, de Asineia, Frínisco, de Acaya, y Timasión, de Dardania, se ofrecieron como capitanes, y el ejército se dividió nuevamente. Frínisco alardeaba de que se pondría a las órdenes de Seutes, quien disputaba el trono de Tracia. Neon decía que se dirigirían al Quersoneso, que era sometido a Esparta, y creía que allí le darían el mando supremo. Por su parte, Timasión quería regresar a Asia y afirmaba que todos los que quisieran ir serían bienvenidos en Dardania, su tierra.

Perseo y sus compañeros durmieron en el campamento, ahora dividido, y regresaron por la mañana al campamento de las tropas fieles a Jenofonte, donde contaron lo sucedido a Georgios.

—Ciegos guiando a ciegos —resopló el sargento.

Por la tarde, Jenofonte apareció en el campamento y reunió a los soldados, informándoles

que partiría hacia Pérgamo, donde trataría de conseguir barcos para transportarlos de vuelta a Grecia.

—Les pido que confíen en mí, prometo no traicionarlos, regresaré lo antes posible con barcos o noticias —prometió.

Tras la partida de parte del ejército, las puertas de la ciudad se abrieron nuevamente. Perseo y sus compañeros regresaron al alojamiento de la mujer tracia, donde esperaron durante varios días el regreso de Jenofonte.

Muchos soldados comenzaron a vender sus armas para comprar pasajes en los barcos que los llevarían de vuelta a Grecia, tan pobres como cuando partieron para la campaña de Ciro. Otros se unieron a los campesinos, alegando estar cansados de la guerra, y pasaron a cuidar la tierra como agricultores. Otros se dispersaron por la región, residiendo en otras ciudades o alistándose en las tropas locales bajo el mando de algún noble.

Las pocas noticias que llegaban indicaban que Jenofonte seguía tratando de conseguir barcos para embarcar al ejército.

Perseo y sus compañeros discutieron sobre qué hacer. Si desistían y compraban pasajes en los barcos hacia Grecia, regresarían sin recibir el sueldo prometido, tan pobres como cuando partieron, por lo que decidieron esperar el regreso de Jenofonte.

Diomedes hizo amistad con varios oficiales de Bizancio, y a través de ellos supieron que Anaxibio había sido sobornado por el sátrapa Farnabazo para ordenar que el ejército griego abandonara Asia, confirmando las sospechas de todos. Por ello, Anaxibio sería destituido del mando y reemplazado por el almirante Polo.

Diomedes también descubrió que Cleandro sería pronto reemplazado en su cargo de gobernador por Aristarco, quien había ordenado que cualquier soldado griego dentro de los muros de la ciudad fuera vendido como esclavo. Sin embargo, Cleandro, en lugar de eso, acomodó a los heridos y enfermos entre los habitantes de la ciudad para que fueran bien tratados.

—No creo que sea buena idea seguir dentro de la ciudad —dijo Diomedes después de contar lo que había descubierto.

—¿Y a dónde iremos? —preguntó Georgios.

—Déjenmelo a mí —rió Diomedes.

A través de la posadera tracia, Diomedes los llevó a una pequeña finca que le pertenecía. El lugar estaba alejado de la ciudad, tenía una casa amplia con varias habitaciones, un huerto, algunas cabezas de ganado, plantaciones de olivos y vides que algunos sirvientes cuidaban.

Sería un excelente lugar para esperar el regreso de Jenofonte.

Capítulo 14

Perseo y sus compañeros se alojaron con comodidad. A cambio del hospedaje, protegían el lugar de saqueos, ya que muchos soldados griegos venían saqueando las granjas y los terrenos alejados de la ciudad.

Para Artemisia, fue una época de paz y felicidad como nunca había experimentado, desde que Otanixos, haciéndose pasar por espartano, invadió su casa y destruyó a su familia y su inocencia.

Fui feliz en la casa de Mardoc, pero siempre estuvo el peso de tener que presentarme todos los días en la corte persa. Luego fui feliz con mis hermanas en Escitia, pero había el juramento que hice a Ciro de convertirme en líder de las Amazonas. Después vino la campaña militar de mi amigo, donde conocí a Perseo, pero nuestro amor caminó al lado del horror de la guerra. Tras la batalla de Cunaxa, solo conocimos pequeños momentos de paz en medio de la larga retirada. Pensó la Amazona acariciando su vientre. Pero ahora estoy realizada, mis reglas de la luna se han retrasado semanas, de hecho, desde que realicé el rito a Artemisa. Siento que una vida se está desarrollando en mi vientre, pero aún no puedo contárselo a Perseo.

Es la realización de un sueño, yo que pensé que nunca podría concebir un hijo y que sufrí terriblemente en silencio, sin tener el valor de contarle a Perseo la pérdida que sufrí en Asia cuando pensé que estaba embarazada, ahora tengo la certeza absoluta de estar nutriendo una vida en mi vientre, el fruto de nuestro amor.

¿Qué felicidad mayor puede existir? Estar embarazada del hombre que amo, lejos de Asia y de los horrores de la guerra, rodeados de amigos y con el futuro abriéndose prometedor ante mí, incluso la sombra de Otanixos se ha desvanecido y su recuerdo parece enterrado en los recovecos de mi alma.

Perseo y sus compañeros entrenaban todos los días. Artemisia insistió para que su esposo entrenara con Diomedes y Laertes; eran excelentes espadachines. El primero conocía todos los trucos sucios de un combate y el segundo poseía una técnica insuperable.

Cuando Perseo no estaba entrenando, la pareja salía a cazar, a veces todos juntos, a veces solo Artemisia y Perseo, quienes aprovechaban para hacer el amor en los campos, olvidados de la caza y de los problemas del mundo.

La pareja comía bien y tenía un techo sobre sus cabezas. Perseo y Artemisia se alojaron en una habitación solo para ellos. Hacía mucho tiempo que no sabían lo que era dormir en una cama cómoda. Se despertaban por la mañana y hacían el amor, luego se reunían con sus compañeros para el desayuno, para luego salir a pasear o nadar en los arroyos de la región.

La región era bellísima, con praderas de hierba ondulante intercaladas con bosques y cursos de agua. La finca era fértil y bien cuidada por los sirvientes.

Los almuerzos eran alegres en compañía de sus amigos. Durante la tarde, la pareja caminaba por el huerto o galopaba por los campos, o simplemente se sentaban en un banco bajo un gran árbol en el jardín, donde conversaban sobre el futuro o permanecían en silencio, con las manos entrelazadas.

Perseo pensaba constantemente. *Si alguna vez en mi vida experimenté la felicidad absoluta, sin duda fue aquí.*

Tres veces por semana, Georgios obligaba al grupo a entrenar al estilo espartano.

Por la noche, todos se reunían nuevamente para cenar, bebían, cantaban y conversaban sobre todo hasta altas horas. Luego, la pareja se retiraba a su habitación y terminaban la noche haciendo el amor.

La dueña de la taberna aparecía una vez a la semana con algunas mujeres, para alegría de Diomedes y los demás, y vergüenza de Georgios. Artemisia no se importaba; ella sabía que Perseo solo tenía ojos para ella.

Habían pasado algo más de dos meses desde que partieron de Crisópolis. Según los cálculos de Artemisia, ella debía estar embarazada cuando se fue de allí, pero la amazona temía contárselo a Perseo. El recuerdo de aquella vez en Armenia, cuando pensó que estaba esperando un hijo y su regla descendió, destruyendo su esperanza, la asediaba.

En aquel entonces sufrí mucho y lo protegí, no contándole nada, pensaba la amazona.

Pero ahora, Artemisia sentía en su cuerpo a la criatura desarrollándose. Su apetito había aumentado y comenzaba a dormir más, una somnolencia agradable la dominaba por la mañana y después del almuerzo. Sus amigos solían bromear sobre eso, pero como la amazona tuvo pocas náuseas y ellos no fueron testigos, no notaron nada. Pero los hombres suelen ser distraídos con esos temas, pensó mientras sonreía.

El espíritu de Artemisia estaba en paz. Por su bebé, había decidido olvidar su deseo de venganza contra Tisafernes y Otanixos.

Que los dioses se encarguen de juzgarlos, yo solo deseo paz para vivir con Perseo y criar a nuestro bebé, pensaba soñando despierta en cómo sería. Si es un niño, ¿se parecerá a Perseo? ¿Lo entrenará para ser un guerrero? ¿Y si es una niña? ¿Lo mimará? Lo que sí tengo claro es que será un buen padre, y si es un niño, no lo someterá al brutal entrenamiento de la agogé, al que todo niño espartano de siete años debe someterse.

¡Estoy feliz! ¡Por primera vez desde que la tragedia se abatió sobre mí y mi familia, cuando tenía doce años, estoy completamente feliz!

Una mañana, Perseo despertó, como de costumbre, antes del amanecer. Artemisia seguía dormida y él la observó mientras ronco suavemente. *Últimamente ella ha estado durmiendo más*

tiempo, se queja de somnolencia y su apetito ha aumentado. Incluso mis compañeros lo han notado y han hecho algunas bromas al respecto, pensó.

Perseo se dio cuenta de que la amazona estaba más tranquila y ya no mencionaba el deseo de vengarse de Tisafernes. Su sonrisa era más constante, parecía alegre, como si hubiera superado la pérdida de sus hermanas. Estaba feliz, y eso lo hacía feliz a él. Ya no habían encontrado a Otanixos ni señales de su presencia, y el espartano quería creer que el persa había desistido y regresado con su maestro.

Decidí que quiero quedarme en Bizancio, no deseo regresar a Grecia. Pediré a algún compañero que entregue una carta a mi hermano y a Elana, explicaré los motivos por los cuales no regresaré. Amo a mi hijo Hipócrates, aunque solo lo haya visto una vez, pero sé que Elana lo criará bien. No quiero que entre en la agogé y se aleje de su madre, pensaba mientras pasaba la punta de los dedos delicadamente por la espalda desnuda de su esposa. Mi hermano y mi madre no entenderán, tal vez solo el viejo Hipócrates lo entienda, pero he tomado mi decisión.

Si nos quedamos en Bizancio, podríamos comprar una finca y vivir en paz, lejos de las fatigas de servir en un ejército, lejos de las intrigas de los políticos y generales, lejos de los horrores de la guerra.

Las tierras son fértiles, la ciudad es próspera, podremos adoptar a un niño huérfano, o incluso buscar a la pequeña Helena en Escitia y ampliar nuestra familia. Solo espero el mejor momento para contarle a Artemisia mi decisión, y lo más importante, convencerla para que la acepte, y creo que ha llegado el momento.

Perseo despertó a Artemisia con suaves besos en el cuello y en la espalda. Se dio cuenta de que la piel de su esposa se erizó y sonrió en su interior, continuando besándola hasta que la amazona se giró sonriendo.

—Buenos días, mi amor —dijo Artemisia con voz adormilada, luchando entre el deseo de dormir y la voluntad de despertar.

—Buenos días, voy a salir a entrenar —besó la frente de su esposa.

—Me levantaré.

—No, puedes seguir durmiendo —sonrió—. Nos vemos más tarde.

—Está bien —la amazona se giró hacia el lado, envuelta en las sábanas.

Perseo sonrió en su interior. *Realmente está durmiendo demasiado, no es normal, ya que siempre despierta al amanecer.*

Salió en silencio y se unió a sus compañeros, alejándose de la casa principal hasta un claro para entrenar. Bajo la enseñanza de Laertes y Diomedes, además de lo que aprendía de Artemisia, se estaba convirtiendo en un experto con la espada.

Si alguna vez me encuentro nuevamente con Otanixos, debo estar preparado para

enfrentarlo.

Artemisia durmió un poco más y despertó con un hambre voraz, algo que no sentía ni en los peores momentos de la retirada. La amazona se levantó y rápidamente se bañó con unos paños suaves que estaban al lado de una vasija de metal llena de agua.

Otra cortesía de Perseo, pensó mientras deslizaba el paño sobre su vientre, dándose cuenta de que estaba más grande y sintiendo ligeras punzadas en él, una sensación como si fueran pequeñas olas provocadas por una piedrita lanzada a un lago tranquilo. Observó sus pezones, que parecían más hinchados, e incluso su piel y su cabello parecían diferentes, se dio cuenta mientras los cepillaba, observando su reflejo en un espejo que le sonreía de vuelta.

Después de vestirse con una túnica ligera, la amazona bajó a la cocina, donde las sirvientas habían dejado su desayuno listo: pan, frutas, jugos e incluso dulces que ellas mismas habían preparado. Todas eran muy atentas, al igual que los demás sirvientes de la finca.

Con una mirada divertida, las sirvientas observaban a Artemisia comer.

Realmente tengo hambre, pensó sonriendo. *Mi bebé debe tener hambre.*

—La señora necesita alimentarse bien para que el niño crezca fuerte —dijo la sirvienta más anciana en un griego vacilante.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Artemisia, sorprendida.

—Está en tu mirada, en tu sonrisa y en tu vientre. No sé cómo los hombres no se han dado cuenta, pero son ignorantes en esos asuntos —la mujer sonrió mientras traducía la conversación a su compañera más joven.

Artemisia asintió sonriendo y, después del desayuno, se dirigió al jardín junto a la casa a esperar el regreso de Perseo. Decidió que le contaría que estaba esperando un hijo, si las sirvientas lo descubrieron, pronto todos los empleados de la finca también lo sabrían, y la amazona no quería correr el riesgo de que alguno de ellos se lo contara a Perseo. *Yo misma quiero dar la noticia.*

El tiempo pasó lentamente mientras Artemisia hacía planes para el futuro. *¿Nos quedaremos en Bizancio? ¿Volveremos a Esparta? No me importa, siempre que Perseo esté a mi lado, junto a nuestro bebé.*

Cuando se acercó la hora del almuerzo, la amazona vio a Perseo caminando con sus compañeros hacia la casa. Él llevaba solo una túnica simple, con su espada colgada a la cintura y el escudo redondo a la espalda.

Al llegar, Artemisia tomó a Perseo de la mano y lo condujo hacia el pequeño jardín, bajo la mirada divertida de sus amigos.

Él la miró con expresión interrogante, y ella le devolvió la sonrisa. *Qué radiante está, pensó, decidiendo que era el momento de contarle que había decidido quedarse en Bizancio. Sus ojos de un azul claro brillaban y estaban ligeramente empañados, aunque su sonrisa era encantadora.*

En ese momento, el espartano experimentó un sentimiento arrollador de amor que llenó su pecho. *Realmente debo haber sido hechizado por Afrodita para amar a alguien de esta manera,* pensó, esperando que la amazona hablara.

—¡Perseo, estoy esperando un hijo! Mis reglas están dos meses retrasadas —dijo con una gran sonrisa de felicidad.

Perseo quedó en silencio por la emoción. *¡Un hijo! pensó. Esta vez nada me hará estar lejos de Artemisia y del bebé, estaré con ellos durante su crecimiento y estaré presente cuando nazca. El futuro se desplegó en su mente. Le enseñaré todo lo que sé a mi hijo, sea niño o niña, nunca lo abandonaré, seremos una familia feliz.*

Perseo tomó a Artemisia en sus brazos con suavidad y la besó con ternura:

—¿Cómo? —preguntó tontamente.

—Creo que sabes cómo —respondió Artemisia con una sonrisa traviesa.

Perseo quedó sin palabras, ya había aceptado el hecho de que ella no podía tener hijos.

—¿Estás segura? —preguntó emocionado.

—Sí, mis reglas están atrasadas y siento esto aquí y aquí —apuntó hacia su vientre y su corazón.

—Nunca he sido tan feliz en mi vida, los dioses nos han bendecido —dijo Perseo mientras se arrodillaba y besaba el vientre de su esposa, recordando el ritual que ella había realizado en un bosque de Calcedonia. *Gracias, Artemisa,* oró mentalmente.

—¡Un hijo! —murmuró ella— será tan bello y valiente como el padre.

—O una hija —rió Perseo—. Hermosa y valiente como la madre. ¡Vamos a quedarnos aquí en Bizancio, podemos criar a nuestro bebé aquí!

—¡Sí! —respondió Artemisia feliz.

La pareja se rió junta, la felicidad parecía completa, y se reunieron con sus amigos para el almuerzo, contándoles la noticia.

—¡Van a ser tíos! —gritó Perseo feliz al entrar.

Todos felicitaron a la pareja, alegres con la noticia.

Un hijo o una hija, pensó Artemisia emocionada. *Gracias, Artemisa*.

¡Un hijo! Esta vez podré verlo crecer en el vientre de Artemisia, estaré presente cuando nazca, podré educarlo, cosas que no tuve la oportunidad de hacer con Hipócrates, pensó Perseo.

Durante una semana, Perseo y Artemisia vivieron como en un sueño, haciendo planes para comprar tierras y construir una casa, criarían ganado y cultivarían verduras y frutas. Su hijo correría feliz por los campos, nunca más tendrían que participar en una guerra, dejarían atrás todos los horrores que habían presenciado. Artemisia renunciaría a su odio por Tisafernes y viajarían hasta Escitia cuando su hijo fuera más grande, para traer a la pequeña Helena a vivir con ellos.

Pero los dioses son envidiosos, mezquinos y crueles, envidian a los mortales, que por tener una vida corta, la viven más plenamente.

Una mañana, el cruel destino cayó sobre la pareja.

Capítulo 15

Artemisia había comentado con Perseo, la noche anterior, que tenía deseos de comer carne de ciervo. Al amanecer, él salió con sus compañeros a cazar, asegurando que cumpliría cualquier deseo de ella, dejando a Atreu en la casa para hacerle compañía, como solía hacer desde que descubrió que su esposa estaba embarazada.

La amazona protestaba, pues ahora nunca quedaba sola, pero Perseo era inflexible en cuanto a eso, y Atreu era el único que tenía formación médica, por lo que se había encantado con la idea de hacerle compañía a Artemisia. Todos sus compañeros cuidaban de ella, mimándola de todas las formas posibles, pues ya se consideraban tíos de la niña que ella llevaba en su vientre, e incluso discutían sobre el nombre que le pondrían.

Pero Artemisia ya lo había decidido: si era niño, se llamaría Ciro Mardoc, y si era niña, Ikarnas. Se lo había contado a Perseo, quien aceptó sin cuestionarlo, deseoso de cumplir todos sus deseos.

Artemisia despertó, se bañó y bajó para el desayuno, comiendo con apetito bajo la mirada divertida de Atreu, quien la acompañaba.

—Este niño va a ser grande —bromeó Atreu mientras la amazona comía un trozo de pan con una gruesa rodaja de queso.

—No sé qué pasa, mi hambre cada vez es mayor —respondió, tragándose el pan con queso y cortando otro trozo.

—Es normal, tienes que alimentarte por ti y por el niño —dijo el espartano comprensivo.

Después del desayuno, se sentaron en la amplia sala, donde varios taburetes tapizados estaban dispersos.

Artemisia conversaba animadamente con Atreu, él era inteligente y amable, y le contó que había sido criado en un templo, mientras que ella le relataba algunas vivencias de su vida en Escitia, además de hablar sobre sus planes y los de Perseo para el futuro.

—Vamos a comprar una finca aquí en Bizancio, criar ganado y cultivar —explicó animada.

—¿Perseo y tú, granjeros? Esta tengo que verla —sonrió él.

—La verás, pienso no volver a empuñar una espada y cuando... —Artemisia interrumpió su frase de golpe al sentir un dolor punzante en su vientre, aún más fuerte que el que había experimentado en Armenia, meses atrás.

—¿Artemisia? —preguntó Atreu, preocupado, observándola.

Lágrimas asomaron a los ojos de la amazona, y ella lo miró fijamente.

—Mi bebé —murmuró, abrazándose el vientre.

—Acuéstate —ordenó Atreu, levantándose y ayudándola a tumbarse.

Artemisia obedeció, sintiendo otra punzada aún más dolorosa, y comenzó a llorar.

—Me duele el vientre, estoy perdiendo a mi niño, ¡a mi bebé! —gritó, desesperada.

—¡Makala! —gritó Atreu, llamando a la sirvienta más vieja.

Makala apareció en la sala desde la cocina, con una mirada asustada.

—¡Agua caliente y telas limpias! —ordenó, gritando.

Artemisia lloraba aún más, sintiendo algo caliente y viscoso deslizándose por sus piernas.

—Cálmate, voy a examinarte —murmuró Atreu.

Él levantó suavemente la túnica de la amazona mientras doblaba sus piernas y las separaba un poco, después de retirar la tanga ensangrentada que cubría sus partes íntimas.

Artemisia lloró aún más, entendiendo lo que había sucedido.

—Mi bebé —murmuró, sintiendo las lágrimas incontrolables bañando su rostro.

Atreu, que había estado agachado sobre sus piernas semiabiertas, se levantó y la miró con ojos tristes. En ese momento, Makala entró corriendo en la habitación con una palangana en las manos y un trozo de tela en su brazo, que depositó a su lado mientras observaba a Artemisia con una mirada llena de compasión.

—Lo siento mucho —murmuró Atreu.

—¡Dioses, noooooo! —gritó Artemisia con todas sus fuerzas.

El grito sonó inhumano; el dolor que sentía no era físico, era un dolor en el alma, como si una parte de su espíritu hubiera sido arrancada de ella. Artemisia sintió que le faltaba el aire, como si su pecho hubiera sido golpeado por el peso de un escudo espartano, su vista se nubló y cayó en la oscuridad.

Cuando despertó, la amazona estaba acostada en su cama, con Atreu sentado a su lado.

—¿Mi niño? —susurró.

Atreu negó con la cabeza y ella se giró hacia el otro lado, abrazando sus piernas hacia su vientre dolorido, acurrucándose, como si en esa posición fetal pudiera traer a su hijo de vuelta.

La amazona se dio cuenta de que su túnica y las sábanas estaban manchadas de sangre.

—Déjame sola —pidió con voz casi inaudible, mientras las lágrimas bañaban su rostro, empapando las mantas.

—Estoy abajo, si necesitas algo, solo llámame —Atreu tocó con ternura el hombro de la amazona.

Artemisia lo escuchó salir de la habitación, palpó su vientre, pero sabía que su niño, tan pequeño e indefenso, ya no estaba allí. Lo sentía en su cuerpo y, sobre todo, en su corazón. La amazona lloró desconsoladamente hasta que su mente cayó en una especie de trance.

Si la mantengo vacía de pensamientos, no tendré que enfrentar el dolor de mi pérdida. Pensó, aunque sabía que ese dolor jamás la abandonaría.

Perseo regresó a primeras horas de la tarde, llevando un ciervo abatido. Atreu lo esperaba de pie, junto a la puerta de entrada. Su expresión era triste, y el corazón del joven espartano latía con fuerza en su pecho, mientras su estómago se revolvía, pues Artemisia siempre lo esperaba cuando él salía.

Arrojando el ciervo al suelo, Perseo corrió hacia Atreu, seguido de sus compañeros.

—¿Artemisia?! —preguntó ansioso.

—Lo siento mucho, Perseo —dijo Atreu, apretando el hombro de su amigo—. El bebé... no había nada que pudiera hacer.

Algún tiempo después, el sonido de pasos apresurados subiendo la escalera sacó a Artemisia del cómodo vacío en el que estaba sumida.

La amazona observó a Perseo entrar en la habitación; su semblante reflejaba el dolor que sentía, lo que hizo que su propio sufrimiento se intensificara aún más.

He desafiado a los dioses, fui egoísta y deseé su amor, y por eso los dioses me castigaron. Fue el amor de Perseo lo que me rescató de la muerte tras la batalla de Cunaxa. Ahora lo entiendo, debí haber muerto junto con mis hermanas y mi rey, pensó.

—Nuestra criatura... —dijo Artemisia con tristeza, mirando a su esposo mientras las lágrimas recorrían su rostro.

—Lo intentaremos de nuevo —respondió Perseo, abrazándola, mientras intentaba, sin éxito, ocultar sus propias lágrimas.

—Es una señal de los dioses, Perseo. Yo debí morir en combate en Cunaxa, pero no lo hice, y Ares no permitió que diera vida a un hijo —replicó la amazona entre sollozos.

—No digas eso, Artemisia. Estamos juntos, y podemos intentarlo de nuevo —dijo el espartano mientras acariciaba el cabello de su esposa.

La pareja lloró abrazada durante mucho tiempo, hasta que Artemisia cayó en un sueño lleno de pesadillas. En ellas, el espíritu de su hijo era conducido por el dios Hermes^[10] al mundo subterráneo de Hades, mientras ella trataba, sin éxito, de detenerlo.

Perseo bajó a la sala, dejando a Artemisia dormida. Sus compañeros lo esperaban con miradas compungidas.

Todos estaban consternados por la noticia. Atreu sostuvo un pequeño envoltorio de lino que cabía en la palma de la mano.

—Es el bebé —dijo.

—¿Qué pasó? —preguntó Perseo con el corazón encogido por el dolor.

—Estábamos conversando aquí, en la sala. Artemisia estaba feliz y animada. De repente, sin previo aviso, dejó de hablar y comenzó a llorar. Intenté calmarla, pero decía que sentía un dolor en el vientre y que había perdido al bebé. La ayudé a recostarse y noté que estaba sangrando. Llamé a las sirvientas, que me ayudaron a limpiarla y a recoger al pequeño bebé —respondió con tristeza.

—¿Era niño o niña? —Perseo tenía ahora los ojos llenos de lágrimas.

—No se puede saber. La criatura aún no estaba completamente formada —respondió—. Si quieres, puedo encargarme de enterrarlo.

—No, debo hacerlo yo. Es mi deber —dijo Perseo, mientras el dolor lo carcomía por dentro y pensaba si debía o no llamar a Artemisia.

Atreu le entregó el pequeño envoltorio de lino, que había dejado en un cesto en la esquina de la sala. Era diminuto, cabía perfectamente en la palma de la mano de Perseo. Una angustia insoportable desgarró su alma mientras maldecía mentalmente a los dioses. *¡Malditos dioses! ¡No es justo! ¿Qué hicimos para merecer un castigo tan cruel? ¿Acaso Artemisia no ha sufrido ya lo suficiente en su vida?*

Perseo no tuvo el valor de abrir el paño. Se limitó a mirarlo, consumido por el dolor.

Artemisia se despertó sobresaltada. Sola en la cama, se levantó sintiendo un dolor en el vientre. Lentamente salió del cuarto y comenzó a bajar las escaleras hacia la sala.

Perseo conversaba con Atreu, sentados uno junto al otro, mientras los demás los rodeaban con expresiones de tristeza.

Apoyándose en la pared, la amazona descendió dos escalones más. Georgios, al percatarse de su presencia, se levantó de inmediato y corrió hacia ella para ayudarla.

Al ver el pequeño envoltorio en las manos de Perseo, Artemisia comprendió de inmediato que era su bebé. *Tan diminuto, cabe en la palma de la mano de Perseo*, pensó. Incapaz de contenerse, comenzó a llorar en silencio. Lágrimas resbalaban por su rostro mientras sus labios permanecían comprimidos, intentando ahogar el grito de dolor y la furia que sentía por su pérdida y contra los dioses.

Con la ayuda de Georgios, se sentó junto a Perseo. Con delicadeza, depositó un beso sobre el pequeño envoltorio que su esposo sostenía entre las manos, mientras las lágrimas caían libremente por su rostro, como un río caudaloso que busca llegar al mar.

Los demás se acercaron, rodeando a la pareja en un abrazo colectivo, compartiendo su dolor y su pesar.

—Vamos, debemos darle un funeral digno —dijo Georgios después de un momento.

Todos se dirigieron al pequeño jardín junto a la casa. El crepúsculo se aproximaba, tiñendo el horizonte de un dorado cálido; los últimos rayos del sol iluminaban el lugar. El aroma de las flores silvestres impregnaba el aire, y una ligera brisa agitaba las hojas de los árboles, como si murmuraran una triste melodía.

Petrus cavó un hoyo bajo un olivo y esperó. Artemisia depositó nuevamente un beso sobre el pequeño envoltorio y apretó con fuerza el brazo de Perseo. Con reticencia, el espartano se arrodilló y colocó con delicadeza al bebé dentro de la tumba.

Artemisia, ahora sostenida por Diomedes y Georgios, se refugiaba en sus brazos para no desplomarse. Perseo permaneció arrodillado unos instantes, rezando para que Hades y su esposa Perséfone recibieran el alma de su hijo y le permitieran renacer.

Con el corazón destrozado, se levantó y abrazó a Artemisia, quien lloraba de nuevo.

Petrus depositó un óbolo sobre el pequeño envoltorio, asegurándose de que el barquero Caronte pudiera cruzar el alma de su hijo al otro lado del río Estigia. Cerca de ellos, Laertes esperaba con una pequeña corona de flores silvestres en las manos.

Atreu entonces entonó el cántico fúnebre que había aprendido en su tiempo como sacerdote:

—Dioses de nuestros padres, dioses de la nación de los helenos, sed favorables a la decisión que hemos tomado, de colocar esta alma ante las divinidades del fuego, de la tierra, del agua, del aire y del Olimpo.

Laertes depositó la corona de flores sobre el pequeño envoltorio.

Atreu prosiguió:

—Hermes, dios amigo, te saludamos. Tú, que cargas las almas mortales al Hades, que otorgas el sueño y conduces las almas al irracional, al deseo, al *daimon*. Comunicador gracioso y veloz, mensajero de las primeras noticias, gran dios de los caminos, epicúreo, tú que eres favorable con tus iniciados, especialmente con esta querida fallecida, enséñale a apresurarse más allá del Lete^[11].

El dolor que Artemisia sentía alcanzó un nivel casi insoportable; su deseo era lanzarse dentro de la pequeña tumba y seguir a su hijo al Hades. Sollozando con más fuerza, clavó las uñas en el antebrazo de Perseo hasta hacerlo sangrar.

Atreu, con la voz cargada de solemnidad, continuó:

—El mundo surge por sí mismo, se autoorganiza y hábilmente se configura hasta el infinito. En su esencia nacen los dioses y se forma la vida de los mortales, privilegiando al ser humano, otorgándole la palabra que lo eleva al nivel de los dioses, hasta el lugar brillante donde habitan los veloces observadores inmortales, hasta el mundo interno y el mundo que circunda el Olimpo. Todo el mundo es luz y claridad, compartimentado en organismos y sustancias. A los dioses y al mundo hay una familia especial: la del mérito de la vida que nos trae días hermosos. Filosofamos y nos llenamos de amor porque es el destino del ser humano: aferrarse a la luz y expandirla a través de la palabra y las sensaciones, de los dioses y de la vida más allá, de la sagrada esencia y las obras divinas desde dentro de la carne.

Atreu hizo una pausa, su mirada fija en el horizonte teñido de dorado por el crepúsculo.

—Ojalá pudiéramos comprender cuán trágica y efímera es la vida humana, el ciclo infinito de los años, cómo las edades de los mortales se desvanecen como los bosques son devastados. Ojalá el segundo Sol nos guiara hacia el aprendizaje de los helenos y nos hiciera gentiles y de una belleza interior. Ojalá tuviéramos claridad y paz, pudiéramos alcanzar la visión y una percepción del cosmos que nos alejara de todas las opiniones oscuras sobre el mundo y los dioses, para lograr una concepción justa y estable de la vida y la eternidad. Y ojalá pudiéramos compartir un banquete agradable con los dioses y nuestros amados ancestros.

Atreu inclinó la cabeza en señal de respeto, su voz temblando ligeramente mientras

terminaba su canto:

—Te saludo, pequeña niña no nacida. Helénica entre helénicas, reverente entre los reverentes; que Hermes Psicopompo, el dulce guía, te conduzca por el camino sereno. Que descanses entre las llanuras benditas, en los lugares brillantes y pacíficos donde los habitantes glorifican a los dioses y a los ancestros, entronados en el infinito. Justa entre los justos, amiga de los dioses, consciente del paraíso, liberada de las ataduras del cuerpo físico, liberada de la magnitud del tiempo, bendita, completa y virtuosa. Te saludo, pequeña niña. Hoy te depositamos y te protegemos hasta que nos volvamos a encontrar. Nosotros, que durante nuestra vida te honraremos y recordaremos siempre.

Diomedes, que llevaba un pequeño cuenco de barro lleno de vino traído de la cocina, se lo entregó a Atreu. Este vertió el líquido sobre el bebé envuelto y luego rompió el cuenco, depositando los pedazos dentro de la pequeña tumba mientras decía:

—Eterna es la memoria de este ser amado. Eterna es la memoria de este ser amado. Eterna es la memoria de este ser amado. Saludo a los eternos dioses de nuestros padres, ofreciendo mi devoción y fe al sagrado panteón, para que los pensamientos que compartimos hoy sean enviados y reconocidos a través de la tierra. Así sea —concluyó.

Petrus cubrió la tumba con tierra, sepultando al pequeño ser que no llegó a nacer, pero que era tan amado. Laertes colocó una gran piedra caliza blanca sobre la tumba, sirviendo como lápida.

En ese momento, Artemisia no pudo resistir más; su deseo era morir, y el dolor la golpeó con tal violencia que se desmayó, cayendo en una reconfortante oscuridad.

Perseo sostuvo a su esposa, la cargó en brazos hasta el dormitorio y la depositó con cuidado en la cama.

Atreu los siguió y, tras tomar el pulso de Artemisia, colocó bajo su nariz un polvo blanco, que explicó ser sales aromáticas. El efecto fue inmediato; la amazona arrugó la nariz y abrió lentamente los ojos.

—Deseo no volver a despertar nunca más —murmuró con lágrimas que corrían por su rostro al darse cuenta de que estaba en la cama, con las sábanas aún manchadas de sangre, igual que su túnica—. Los dioses me han maldecido.

—No digas eso, mi amor —intentó consolarla Perseo, mientras buscaba en lo más profundo de su ser alguna palabra que pudiera aliviar su dolor.

—Es la voluntad de los dioses, pero eso no significa que no puedan tener más hijos —dijo Atreu, compungido.

Artemisia se dio la vuelta en la cama y se envolvió en las mantas, sollozando mientras las lágrimas brotaban sin control. Atreu colocó una mano en el hombro de Perseo, intentando transmitirle algo de consuelo, y dejó a la pareja a solas con su tristeza.

El espartano se acostó en la cama y abrazó a su esposa por detrás, llorando junto a ella, el sueño que compartían destruido prematuramente. Pasaron el resto del día y toda la noche llorando por la criatura que habían perdido, intercalando breves momentos de sueño llenos de pesadillas.

La noche terminó, y la aurora llegó, esparciendo sus rayos dorados por el cielo, pero el dolor profundo de Artemisia la acompañó al despertar. Había dormido solo para despertar en una pesadilla.

Mi niño, mi pequeño bebé, que ni siquiera sé si era niño o niña, me fue arrebatado, pensó, y se giró para mirar a Perseo, quien estaba acostado a su lado, observándola. Sus ojos estaban rojos, señal de que había llorado; profundas ojeras delataban que no había dormido. Su barba estaba sin afeitar y su cabello desordenado.

Su rostro transmitía todo el dolor que sentía, y eso aumentó la desolación de Artemisia. *¿Por qué lo conocí? ¿Por qué no huí del bosque en Oleiros? O entonces no dominé mi deseo y me aparté de él, sin buscarlo jamás más? Con Perseo conocí el amor, pero también conocí el dolor; el dolor de amar y ser amada, el dolor del miedo constante de perderlo. Si hubiera seguido el destino que elegí, de servir a Ares, no estaría sintiendo el dolor desgarrador que siento en mi alma,* pensó.

Artemisia se giró de espaldas para escapar de la mirada de Perseo, llena de amor y compasión, y cayó en un mutismo, sumida en los dolorosos recuerdos de sus pérdidas. *Mis padres, mi hermano, Mardoc, Ciro, Ikarnas, mis hermanas, y ahora una nueva pérdida, la más devastadora de todas, mi pequeño bebé, que durante poco más de dos meses llevé en mi vientre y nutrí con mi propio cuerpo.*

Los días pasaron, y Artemisia se negó a comer o a salir de la cama. Permanecía encogida en el lecho, envuelta en las mantas; cuando se levantaba, era solo para quedarse junto a la ventana, mirando el horizonte, perdida en sus pensamientos, masticando sus recuerdos.

Perseo intentó animarla, pero la amazona respondía con monosílabos. No tenía ganas de hablar ni de comer.

En realidad, no tengo ganas de vivir, pensaba, mientras Perseo traía comida y la obligaba a comer. Era él quien la desnudaba y la bañaba con suaves telas. Incluso llevaba y vaciaba la bacinica de metal que Artemisia usaba para hacer sus necesidades, ya que se negaba a salir de la habitación.

Los compañeros de Perseo venían de vez en cuando a hacerle compañía, intentando animarla, pero sin éxito. Diomedes y Petrus contaban historias graciosas, Atreu trataba de explicar la voluntad de los dioses, Laertes solo estaba allí para ofrecer su solidaridad, y Georgios intentaba consolarla con su experiencia de vida.

Artemisia sentía que estaba muerta por dentro; su espíritu era como una hoja seca, arrastrada por el viento.

Durante una semana, se quedó sola en su luto egoísta, pues sabía que Perseo sufría tanto como ella, pero la amazona no tenía fuerzas para consolarlo.

Una mañana, un soldado que pertenecía al pelotón de Georgios llegó a la finca avisando que Jenofonte había regresado sin previo aviso y había convocado una asamblea. El campamento había aumentado considerablemente de tamaño tras el regreso de los soldados que habían partido con Frínisco y Timasión, y el soldado informó que el general se dirigiría a los soldados al atardecer de ese día.

Los compañeros de Perseo fueron a la reunión, y él se quedó en la finca con Artemisia. Le informó que Jenofonte había regresado y convocado una asamblea.

Intentó iniciar una conversación, pero la amazona estaba absorta en sus pensamientos y no prestó atención; cuando se dio cuenta, él ya había salido de la habitación.

A la hora del almuerzo, la obligó a comer algo.

—Mi amor, no puedes seguir así. Yo siento tanto como tú, pero la vida continúa —dijo mirándola con amor y compasión.

Artemisia lo miró en silencio. *Sé que él sufre, pero fui yo quien llevaba a nuestro bebé en mi vientre, algo que siempre quise.* Pensó, y se giró hacia la ventana, lo que hizo que Perseo la dejara sola en la habitación.

La amazona observó el paisaje: suaves colinas se perdían en el horizonte, intercaladas con pequeños bosques. Era un lugar hermoso y pacífico, perfecto para construir un hogar.

Pero ya no es un lugar para mí. La paz no me pertenece, juré servir a Ares, rompí mi juramento y pagué el precio.

Al final de la tarde, Artemisia tomó su decisión: volvería a servir a Ares. Se puso su coraza y grebas, que estaban dentro de un baúl de madera, y se armó con sus espadas. Luego se ató el cabello en una trenza apretada. En ese momento, escuchó el galopar de caballos; los compañeros de Perseo habían regresado.

Se reunieron en el salón principal y dijeron que Jenofonte había sido recibido con muestras de alegría por los soldados y se había dirigido a todos, diciendo que estaba en camino hacia Grecia cuando encontró a Aristarco, el nuevo tirano de Bizancio, en la ciudad de Cízico, situada en Misia. Les informó que Polo había reemplazado a Anaxibio como almirante de la flota. Anaxibio insistió en que el ejército marchara hacia Perinto, donde podría cruzar a todos de regreso a Asia.

El ejército reunido nuevamente aceptó ponerse bajo el mando de Jenofonte para marchar hacia la ciudad de Perinto, donde embarcarían de regreso.

—Perseo, nosotros nos reuniremos con el resto del ejército, ¿qué decides? —preguntó Georgios.

—No, para mí ya basta de guerra, me quedaré aquí con Artemisia.

—¡No! ¡Me uniré al ejército! —respondió la amazona bajando las escaleras donde había estado escuchando la conversación.

—¡No! ¡Por los dioses! ¿Ya no basta con la guerra? —preguntó Perseo, mirando a su esposa.

—Perseo, ¿no entiendes que Ares no quiere que deje de servirle? Mi destino es seguir siendo una guerrera —afirmó—. Si no quieres, no hace falta que me acompañes.

Perseo movió la cabeza en señal de desacuerdo, y Artemisia sintió la tensión creada entre ellos.

—Partiremos mañana, así que será mejor que nos preparemos —dijo Georgios, saliendo de la sala y haciendo un gesto para que los demás lo siguieran.

Perseo subió las escaleras y tiró de la mano de Artemisia.

—Vamos, necesitamos hablar —pidió mientras la llevaba de regreso a la habitación.

Entraron, y el espartano cerró la puerta tras de sí. Artemisia se apoyó en la ventana, dándole la espalda a su esposo, mientras contemplaba el crepúsculo que oscurecía los campos alrededor de la finca.

—Amor mío, basta ya de guerra. Podemos quedarnos aquí en Bizancio y construir un hogar. Podemos adoptar un niño, incluso traer a la pequeña Helena con nosotros. ¿Por qué arriesgarnos a volver al ejército? —comenzó con una voz suave.

Artemisia se giró hacia él con los brazos cruzados sobre su pecho, en una postura defensiva, y lo miró fijamente.

—No hay paz para mí mientras no me vengue de Tisafernes y Otanixos. Es mi destino. Nunca debí haberte acompañado; debí quedarme en Escitia o partir tras Tisafernes para matarlo o, al menos, morir intentándolo —respondió, consciente de que sus palabras lo herirían.

—¿No basta ya de muertes? Tu senda de venganza solo te ha traído dolor y pérdidas —replicó Perseo con la mirada llena de tristeza.

—Hablas así porque no fueron tus padres los que murieron frente a ti, no fue tu cuerpo el que fue violado incontables veces y abandonado para morir. No fueron tus amigos más queridos ni tus hermanos de armas los que perecieron frente a tus ojos sin que pudieras hacer nada para impedirlo. Iré tras mi venganza, contigo o sin ti. De hecho, lo mejor que puedes hacer es buscar a tu hijo en Atenas —respondió con irritación, y en ese instante se arrepintió al ver en los ojos de Perseo cuánto lo habían herido sus palabras.

—No eres la única que ha sufrido pérdidas en esta vida —afirmó él, dolido.

Las palabras de Artemisia lo hirieron profundamente. *La amo como nunca he amado a nadie, ni siquiera a Elana, mi primer amor. Por ella, abandonaría Esparta y nunca más vería mi hogar, a mi madre ni a mi hermano. Por ella, jamás volvería a ver al hijo que tuve con Elana, a quien amo, aunque nunca haya convivido con él. ¿Acaso no se da cuenta de que la pérdida de nuestro hijo también me golpeó con dureza?* Pensó mientras abandonaba la habitación.

Por primera vez desde que se casaron, durmieron separados por voluntad propia: ella en el cuarto y Perseo en la planta baja.

Al amanecer del día siguiente, antes de que los demás se levantaran, Artemisia se dirigió al sepulcro de su hijo, bajo el olivo. Sobre la gran piedra blanca que habían colocado sobre la tumba, Perseo había grabado con un puñal una frase en griego:

“Ο μπαμπάς και η μαμά σας λείπουν για πάντα” — Papá y mamá te extrañan eternamente.

La amazona permaneció largo rato de pie, rezando por su hijo, hasta que sintió la presencia de Perseo acercándose. Él se detuvo a su lado en silencio, inmóvil durante unos instantes. Luego, con suavidad, el espartano posó su mano sobre el hombro de Artemisia, pero ella se apartó y regresó al interior de la casa, dejándolo solo.

Después del desayuno y tras despedirse de las criadas, todos emprendieron el viaje para reunirse nuevamente con el ejército.

Capítulo 16

El ejército marchó hasta la ciudad de Perinto, donde Jenofonte comenzó a negociar con los propietarios de barcos mercantes para que transportaran a los soldados hacia Asia, mientras estos acampaban fuera de las murallas.

Atreu intentó animar a Artemisia contándole que Perinto era una ciudad fundada por colonos de Samos, un puerto en el mar de la Propóntide^[12] con un comercio floreciente. Durante la guerra contra los persas, ochenta años atrás, había sido conquistada por los peonios, aliados del Imperio aqueménida, y arrasada. Sin embargo, ahora no quedaba rastro alguno de aquella batalla en sus calles bien cuidadas. Pero la amazona se mostraba indiferente.

Artemisia marchaba al lado de Perseo y sus compañeros, aunque parecía haber levantado un muro invisible entre ellos. Dormían en la misma tienda, comían juntos, caminaban lado a lado, pero ahora eran como dos desconocidos.

Mientras Artemisia caminaba en silencio, su mente no dejaba de dar vueltas. *¿Dónde me equivoqué? ¿Qué hice para perjudicar a mi bebé?* Se sentía culpable, y esa culpa la destrozaba hasta lo más profundo de su ser.

Durante la noche, la amazona dormía de espaldas al espartano. Cuando él intentaba acercarse y la tocaba suavemente en el hombro, ella se apartaba sin mirarlo.

Perseo intentaba hablar con ella, pero Artemisia respondía con monosílabos.

Percibo su esfuerzo y desesperación, pero nada de lo que diga o haga aliviará mi tormento. Mi amor por él no ha cambiado, pero sé que a su lado mi voluntad de vengarme de Tisafernes y Otanixos se debilita. Por eso voy a dejarlo, aunque no sé cómo decírselo, pensaba la amazona, sumida en una tristeza infinita.

Mientras tanto, el nuevo tirano de Bizancio, Aristarco, llegó a la ciudad con dos trirremes y se reunió con Jenofonte.

Ese mismo día, se convocó una asamblea de los soldados, y el general informó sobre el resultado de la reunión:

—¡Compañeros! Nos han prohibido cruzar a Asia. Al parecer, Aristarco está siendo sobornado por Farnabazo. He invocado las órdenes de Anaxibio, pero Aristarco se ha mantenido inflexible. Alegó que el comandante de la escuadra ahora es Polo y que las órdenes son hundir cualquier barco que intente cruzar hacia Asia.

Desanimados, los soldados se dispersaron por el campamento. Días después, Georgios fue convocado a la tienda del oficial Polícrates, de Atenas. Cuando regresó, reunió a sus hombres y dijo:

—Vamos a escoltar a Jenofonte en un viaje hacia el campamento de Seutes.

—¿Y quién es ese? —preguntó Petrus.

—Para quien no lo sepa, Seutes es un príncipe odrisio que está intentando tomar el reino de Tracia. Cuando llegamos a Crisópolis, pidió la ayuda de Jenofonte, pero su propuesta fue rechazada. Ahora que hemos sido expulsados de Bizancio y no tenemos forma de cruzar hacia Asia, ha solicitado nuevamente nuestra ayuda y quiere presentarnos una propuesta. Partiremos al anochecer —explicó el sargento.

Cuando cayó la noche, los soldados seleccionados para escoltar a Jenofonte se reunieron fuera de los límites del campamento. Tan pronto como el general se presentó, partieron hacia el campamento de Seutes.

Artemisia caminaba al lado de Perseo, llevando su arco y un carcaj de flechas cruzado en la espalda, junto con sus dos espadas cortas sujetas al cinturón.

Físicamente está recuperada, pensaba Perseo. Pero mentalmente está destrozada. No ha superado la pérdida de nuestro bebé.

El clima entre la pareja se volvía cada vez más tenso.

Georgios, el más experimentado en asuntos de matrimonio, aconsejó a Perseo que tuviera paciencia.

—Hace días que está así —se quejó Perseo, irritado—. ¡Yo también sufro por la pérdida de nuestro bebé!

—Ella estaba gestando al niño, Perseo. Eso afecta a las mujeres mucho más que a nosotros, los hombres. Mi esposa perdió un hijo una vez y estuvo triste más de tres meses. Ten paciencia —le aconsejó.

La escolta caminó toda la noche. Antes del amanecer, llegaron al campamento tracio, pero no había nadie alrededor de las hogueras.

Un intérprete avanzó anunciando que Jenofonte deseaba hablar con Seutes. Desde la oscuridad, escucharon a los centinelas escondidos hablando entre ellos. Uno de ellos se acercó a las hogueras y, con la ayuda del intérprete, les informó que aquello era una estratagema para engañar a posibles atacantes. Luego les pidió que lo siguieran hasta donde se encontraba Seutes.

Caminaron durante un tiempo y, al amanecer, llegaron a otro campamento donde se había levantado una torre de madera que servía como cuartel de Seutes. A su alrededor, un escuadrón de caballería montaba guardia a pie, mientras sus monturas pastaban en las cercanías. Varias tiendas estaban dispersas por el lugar, y los soldados de infantería preparaban el desayuno.

La centinela explicó que Seutes era un hombre precavido, ya que estaba en guerra con los Tinos, una de las tribus más belicosas de Tracia, conocida por su preferencia por atacar durante la noche.

Jenofonte, Polícrates y Frínisco, quienes se habían reunido nuevamente con el ejército, entraron en la torre para negociar con Seutes. Después de un tiempo, bajaron visiblemente animados y ordenaron que todos regresaran al campamento griego. Para cuando llegaron, la noche ya había caído.

De inmediato, se convocó una asamblea. Una vez que todos estuvieron reunidos, Jenofonte se dirigió a los soldados:

—¡Compañeros! Como bien sabéis, estamos atrapados aquí en Perinto, sin grandes posibilidades de embarcar de vuelta a Asia y llegar finalmente a Grecia. Seutes, hijo de Mesades, antiguo gobernante de Tracia que fue expulsado, está intentando recuperar las tierras de su padre. Ofrece un salario generoso para los soldados, el doble para los oficiales y el cuádruple para los comandantes. Además, promete tierras para quienes deseen quedarse tras la recuperación de su reino, y asegura tratar a todos como hermanos, incluso si Esparta decide interferir en sus asuntos. Como sabéis, si queremos embarcar, Aristarco y su escuadra no nos permitirán ir a donde queramos. No debemos pensar, pues, en cruzar la Propóntide; sería demasiado arriesgado. Lo que él pretende ya lo conocéis: empujarnos hacia el Quersoneso, donde no quedará otro remedio más que abrirnos paso con la espada a través del Monte Santo. En compensación, promete no vendernos ni traicionarnos como muchos han hecho hasta ahora. Asegura que pagará nuestro salario y nos proveerá de alimentos para que no suframos más necesidades. Esta es la oferta de Aristarco. Por otro lado, Seutes asume compromisos que son claros, siempre y cuando le prestemos nuestra ayuda. Ahora debéis decidir si queréis pronunciaros aquí mismo o si os parece más prudente deliberar en un lugar donde haya comida. Como no disponemos de dinero, y aquí no podemos tomar nada sin pagarlo, si os parece bien, iremos a tierras donde los habitantes, menos fuertes que nosotros, no tendrán más remedio que sustentarnos. Allí estaremos en mejores condiciones para decidirnos entre las condiciones ofrecidas por uno u otro.

El ejército estuvo de acuerdo con la decisión del general y se puso en marcha liderado por él. Tras un tiempo de caminata, una tropa de caballería se aproximó bajo el mando de Seutes, quien solicitó a Jenofonte permiso para dirigirse al ejército griego.

—Mi padre —comenzó Seutes, dirigiéndose al ejército reunido—, se llamaba Mesades y tenía como vasallos a los melandptos, los tinos y los tranispas. Pero los asuntos de los Odrisios empeoraron, y mi padre fue expulsado de sus dominios, muriendo en el exilio de tristeza. Yo quedé huérfano y fui criado en la corte de Medoco, quien actualmente reina. Sin embargo, al llegar a la adolescencia, no pude resignarme a vivir toda mi vida dependiendo de la caridad de un extranjero. Un día, cuando el rey me permitió sentarme a su lado, le supliqué que me diera tropas para vengarme de aquellos que nos habían despojado, con el propósito de liberar también mi vida de su dependencia. Él, generoso, accedió a mi petición. Por ahora, vivimos de los botines que obtenemos en las tierras de mis ancestros. Si me ayudáis, espero, con la ayuda de los dioses, recuperar todo el reino. ¡Por esta razón solicito vuestro apoyo!

Un murmullo recorrió las tropas reunidas.

Seutes continuó:

—¡Valerosos soldados griegos! Una vez más os lo digo: ¡venid conmigo! Cada uno de

vosotros recibiré un ciziceno al mes; los oficiales y capitanes cobrarán lo que por ley les corresponde. Más allá del salario, no dejaré de recompensar a quienes lo merezcan. En cuanto a comida y bebida, la región os proveerá como hasta ahora; del beneficio de las presas y botines se pagará vuestro salario. Dispongo de suficientes tropas para enfrentar y perseguir al enemigo, pero vosotros seríais la reserva para cualquier resistencia inesperada. Como prueba de mi buena fe, os llevaré a una región no muy distante donde habita un pueblo con abundancia de ganado y cereales, para que podáis deliberar con calma sobre mi propuesta.

—¿Hasta qué distancia del mar calculas que será necesario ayudarte? —preguntó Jenofonte.

—Nunca más de siete días de marcha —respondió el príncipe.

Jenofonte permitió que quien quisiera se manifestara. Muchos soldados expresaron que las propuestas del tracio eran aceptables; que era invierno; que la estación no era adecuada para embarcar; que era imposible quedarse estacionado en un país amigo, ya que había que pagar por los suministros; que parecía menos peligroso acampar en tierra hostil teniendo como aliado a Seutes que hacerlo sin él; y que, dado que él ofrecía salario para los soldados, su propuesta era mejor que la de Aristarco, quien había amenazado con hundir los barcos que transportaran al ejército hacia Asia.

Con la decisión anunciada, Jenofonte le dijo a Seutes que estaban a su disposición. El príncipe lideró las tropas, llegando a una llanura donde pastaban grandes cantidades de ganado bovino y ovino. Algunas aldeas cercanas, unas a otras, enviaron a sus ancianos, quienes juraron lealtad a Seutes, implorando que no se incendiara las aldeas. El príncipe aceptó, con la condición de que alimentaran al ejército, a cambio de que los griegos no saquearan la región.

Se montó un gran campamento, con las tropas griegas al lado de las tropas tracias. Jenofonte y los demás oficiales fueron invitados a almorzar en la tienda de Seutes, incluyendo a Artemisia, ya que sus actos de valentía llegaron a oídos del príncipe tracio.

—¿Vas a asistir al almuerzo? —preguntó Perseo, cuando la encontró en el interior de la tienda que compartían, colocándose sobre los hombros un manto de piel blanco.

—Voy —respondió secamente la amazona. Era la oportunidad que tenía para empezar a formar un ejército. *Si me alío con Seutes, cuando él sea rey, podré animarlo a invadir la Tracia asiática, bajo el dominio del Imperio Persa*, pensó.

Perseo se irritó. *Estamos casados, pero desde que ella perdió a nuestro hijo, Artemisia se ha alejado de mí. Dormimos en la misma tienda, pero no me busca y rechaza mis intentos de acercamiento. No acepta mis caricias y no me permite ni siquiera abrazarla, mucho menos besarla*. Pensó mientras miraba a su esposa.

—¿Qué está pasando, Artemisia? ¡Estamos casados! Me has estado evitando desde Bizancio.

Un atisbo de dolor recorrió el rostro de la amazona; sintió el corazón hundirse en su pecho. *La he estado evitando, pero eso no quiere decir que no lo ame o que no lo desee, solo*

temo que no pueda resistir y que mi deseo de venganza se apague con su presencia. Necesito ser fuerte si quiero buscar mi venganza.

La amazona apretó los dientes y miró a Perseo con una mirada firme.

—Fue un error habernos casado, Perseo. Debería haberme quedado en Escitia y regresar a mi tribu.

Perseo se sorprendió y se sintió herido. *¿Cómo puede decir eso?*

—Si lo deseas, volvemos. Te dije que te seguiría a cualquier parte —dijo. *¿Acaso no le he mostrado suficiente mi amor?* Pensó.

—Déjame estar sola, Perseo, tengo mucho en qué pensar —respondió la amazona, alejándose hacia la tienda de Seutes, dejándolo confundido.

Artemisia se dirigió hacia la enorme tienda de Seutes, la cual estaba suspendida por enormes troncos, con una gruesa tela de cobertura. Las centinelas en la entrada, al verla, descruzaron sus lanzas permitiendo su entrada.

La amazona observó el interior mientras sus ojos se acostumbraban a la luz difusa producida por numerosos candiles de barro y braseros que ardían en las esquinas, esparciendo un olor agradable. En el centro, un tronco gigante se elevaba hasta el techo, donde había una abertura para permitir la entrada de aire fresco y la salida del humo.

Jenofonte y varios oficiales griegos ya se encontraban en el lugar. Un hombre de cabellos largos y barba rojiza, vestido con una túnica larga y un chaleco de pieles, con una fina corona alrededor de la cabeza, caminó hacia la amazona con los brazos extendidos.

—¡Artemisia! Los relatos no hacen justicia a tu belleza —dijo en griego con fuerte acento.

—Gracias, majestad —respondió la amazona haciendo una leve inclinación.

Entonces, este es Seutes, el pretendiente al trono de Tracia, pensó.

—Ven, siéntate a mi lado, te esperábamos para comenzar el banquete —invitó, haciendo un gesto a un oficial, que se apartó.

Cuando se sentaron, los sirvientes comenzaron a entrar con bandejas de barro con varios tipos de carne, mientras otros traían ánforas con vino y cerveza, que servían en las copas de los invitados.

Artemisia se sentó a la derecha de Seutes, quien ocupaba la cabecera de una larga mesa baja. A su alrededor, había pequeños taburetes tapizados para que los invitados se acomodaran.

Frente a la amazona se encontraba Jenofonte, quien le sonrió de forma amable, saludándola con un gesto de cabeza.

—Cuando Clearco vino a Tracia a reclutar caballeros para luchar por Ciro, cedí unos doscientos de los que me servían —comenzó Seutes dirigiéndose a Artemisia, mientras le servía una copa de vino.

La amazona agradeció con una sonrisa y tomó un sorbo, dándose cuenta de que era un vino excelente, dulce y suave.

—Cuando regresaron, hace unos meses, diciendo que Ciro había muerto en batalla y que los griegos estaban rodeados cerca de Cunaxa, me entristecí, Clearco era un buen amigo —dijo, volviéndose hacia Jenofonte.

—Sí, pero gracias a los dioses, aquí estamos —respondió el general griego con una gran sonrisa.

—Una increíble jornada, merecería ser immortalizada por algún escriba —comentó un oficial tracio, sentado junto a Jenofonte.

—Tal vez yo mismo lo escriba —murmuró el general griego más para sí mismo que para Seutes.

—Pero lo que impresionó a mis pocos caballeros que regresaron, fue una princesa que comandaba una legión de amazonas —continuó Seutes, mirando nuevamente a la amazona.

—Sí, Artemisia fue una de las comandantes más valientes de Ciro y estuvo a su lado hasta el final, pero gracias a algunos griegos, entre ellos su esposo, ella fue rescatada y pudo ayudarnos a cruzar el imperio persa —intervino Jenofonte, levantando su copa en un brindis por Artemisia.

—Gracias —murmuró la amazona, sintiendo cómo la tristeza la dominaba, mientras los recuerdos de la batalla, la muerte de Ciro y sus hermanas la invadían.

—Me gustaría hacerte una propuesta, únete a mi ejército y ayúdame a entrenar mi caballería para conquistar mi reino, que cuando yo esté en el trono, te nombraré comandante de muchas tropas y podremos invadir la Tracia asiática —propuso Seutes.

Atacar y conquistar la satrapía de Farnabazo obligará a Artajerjes a enviar refuerzos, y el ejército más cercano será el de Tisafernes, estacionado en la satrapía vecina. ¡Es mi oportunidad para vengarme! Pensó Artemisia, animándose.

—Acepto.

—Entonces, a partir de ahora, considérate comandante de una parte de mi caballería —dijo Seutes, haciendo un gesto hacia un oficial que estaba de pie detrás de él.

El oficial se acercó, haciendo una ligera inclinación.

—Aristomos, esta es Artemisia, la líder de las amazonas. A partir de ahora comandará una parte de mi caballería, sívela como me sirves a mí —ordenó.

—Así será —dijo el oficial en griego, luego se giró hacia la amazona—. Mi señora, comandará unos doscientos caballeros tracios, que a partir de ahora esperan sus órdenes.

Artemisia miró al oficial, un hombre de unos veinticinco años, con el cabello negro y ondulado, sin barba, vestido con una túnica sencilla y una coraza de cuero.

—Prepara a los caballeros, en cuanto termine el banquete, pretendo pasarles revista —ordenó.

El oficial hizo una inclinación y salió de la tienda para cumplir la orden.

El sol ya estaba cerca del ocaso, y algunos oficiales griegos hablaron de la necesidad de poner centinelas alrededor de los campamentos. Al mismo tiempo, le pidieron a Seutes que no autorizara a los tracios a entrar en el campamento griego durante la noche, ya que amigos y enemigos eran todos tracios, y al principio no era fácil distinguirlos.

—Señores, el enemigo aún no sabe de nuestra alianza. Lo que debemos hacer es atacarlo ya, antes de que tenga tiempo de concentrarse y defenderse. Es el mejor camino para obtener una buena presa —afirmó Seutes, tomando un gran trago de su copa.

Jenofonte y los oficiales discutieron entre sí en voz baja y estuvieron de acuerdo con la idea.

—Por nosotros, podría ser incluso esta noche —afirmó audazmente el general griego.

—Pues id, preparaos, que no me demoraré. Solo es cuestión de organizar mis tropas y me presentaré en vuestro campamento con mis peltastas y caballería. Y si los dioses quieren, el enemigo ni siquiera sabrá hacia dónde huir —dijo Seutes con una sonrisa de hiena.

—Dado que la marcha será de noche —observó Jenofonte—, te pido que consideres un poco si no valdría la pena adoptar nuestra táctica en lugar de la vuestra. De día, es la naturaleza del terreno la que decide el tipo de tropas que deben constituir la vanguardia de la columna. De noche, la regla seguida por los griegos es que son los hoplitas los que van al frente, como tropas de movimientos más pesados. De este modo, es raro que la columna se rompa, pues los soldados no pueden salir de la columna sin ser percibidos. Muchas veces, las tropas que se separan luchan entre sí cuando no se conocen bien, causando grandes pérdidas —explicó Jenofonte.

—Tu reflexión es acertada —concordó Seutes—. Y desde ya declaro que adopto la táctica griega. Además, me pondré al frente para guiaros, explorando el terreno. Yo mismo, con la caballería, cerraré la retaguardia como reserva móvil.

Después de que Seutes y Jenofonte acordaran los detalles, el banquete terminó para que las tropas se prepararan. Artemisia salió de la tienda y encontró a Aristomos, quien la condujo

hasta un claro, donde unos doscientos caballeros esperaban junto a sus monturas.

Él le presentó a la amazona a los oficiales. La caballería estaba dividida en escuadrones de cincuenta caballeros. Con la ayuda del tracio, ella conversó con los oficiales sobre sus nociones de táctica y se dio cuenta de que la caballería solo se usaba para perseguir tropas enemigas en desbandada o para servir de exploradores.

Artemisia explicó a los cuatro oficiales rápidamente los fundamentos de la táctica amazona de rodear al enemigo y disparar flechas contra él, apretando el círculo cada vez más, pero lamentablemente, los tracios no eran hábiles en el manejo del arco montados a caballo.

Les instruyó sobre la importancia de atacar por la retaguardia a la infantería y nunca enfrentarse a ella de frente. Finalmente, prometió que los entrenaría con más calma cuando fuera posible, pero que esa noche avanzarían junto a los griegos.

Luego ordenó que Aristomos la acompañara y que los demás oficiales condujeran sus escuadrones en la retaguardia, avanzando solo cuando ella o Aristomos lo ordenaran.

Después de elegir un hermoso caballo castaño de un corral donde se mantenían varios animales, Artemisia se unió a Jenofonte y Seutes, quienes recorrían la columna del ejército griego que comenzaba a moverse.

Después de que Artemisia saliera para asistir al almuerzo con el príncipe tracio, Perseo regresó junto a sus compañeros y encendieron una fogata donde asaron un cuarto de un buey, mientras bebían vinos dulces enviados por los aldeanos. Los compañeros del joven reían y se divertían, Diomedes había concertado una cita mediante mímicas con una aldeana y estaba animado, mientras el resto comía y bebía. Sin embargo, Perseo no tenía apetito y vaciaba copa tras copa de vino, y no pasó mucho tiempo antes de que se emborrachara.

Georgios lo miró compungido.

—Beber no resolverá tus problemas, Perseo —aconsejó de manera paternal.

—Lo sé, pero al menos ayuda a olvidarlos —respondió el joven vaciando otra copa.

—Solo recuerda la Siria —aconsejó serio.

Perseo recordó las aldeas a orillas del río Aras, en aquellos tiempos que parecían ocurrir en otra vida. Había comenzado a beber descontroladamente después de que Artemisia le dijera que no lo amaba, a pesar de que él le había confesado sus sentimientos, hasta que Diomedes lo golpeó severamente por orden de Georgios.

—Prometo que solo me emborracharé esta noche —respondió.

Georgios miró a sus hombres y asintió con la cabeza en señal de acuerdo.

Antes del crepúsculo, Perseo ya estaba completamente borracho. La última cosa que recordaba era haber sido cargado hasta su tienda, donde se quedó acostado concentrándose en no vomitar, mientras el techo de la tienda parecía girar a una velocidad asombrosa. Finalmente, se quedó dormido.

Perseo despertó con Diomedes arrojándole un cubo de agua fría en la cara, lo que hizo que gritara de sorpresa.

—¡Te has vuelto loco! ¡Casi me ahogas!

—Vamos, servidor de Dionisio, el trabajo nos llama. ¡Y esta tienda huele fatal! — Diomedes se rió y salió.

Perseo se sentó irritado, miró a su alrededor y no vio ningún rastro de Artemisia. *¿Estará aún con los generales?* Eso lo irritó aún más. Se arrastró fuera de la tienda empapado, la noche ya había avanzado y las fogatas iluminaban el campamento. Con el rostro fruncido, el joven espartano se puso su equipo murmurando, mientras sus compañeros se burlaban y reían.

—Vamos chicos, basta ya —ordenó Georgios con una media sonrisa.

Todos se reunieron alrededor del sargento, ansiosos por las órdenes.

—Chicos, marcharemos a medianoche para atacar un reino tracio independiente, con el objetivo de someterlo a Seutes —explicó Georgios.

—¿Pero ya vamos a combatir? —se quejó Petrus—. Apenas hemos podido descansar.

—Es la vida de un soldado, marcha, compañero, que un día de tanto marchar llegarás a la casa de Hades —filosofó Diomedes suspirando.

—Es bueno volver a la lucha —dijo Laertes animado—, mi espada tiene sed de sangre.

—Yo lo que tengo es sed de vino —rió Diomedes mientras vertía un odre.

Perseo miró a su alrededor buscando a Artemisia, pero no la vio. Su compañía de arqueros estaba acampada junto al pelotón de Georgios, pero tampoco la encontró entre sus hombres, y ninguno de ellos sabía dónde estaba.

Los oficiales comenzaron a transmitir órdenes, todos se prepararon y tomaron formación. La infantería hoplita lideraría la columna, guiada por los exploradores tracios; en los flancos, la infantería peltasta, y en la retaguardia, los arqueros y honderos. La caballería tracia, liderada por Seutes, cerraría la retaguardia, actuando como reserva móvil.

Cuando la columna estuvo lista para marchar, Seutes y sus oficiales, junto con Jenofonte, pasaron revista al ejército. Cuando llegaron al pelotón de Georgios, Perseo vio que Artemisia cabalgaba junto a ellos. Ella llevaba su armadura completa y el casco con crin de caballo atado a la silla, lo miró, pero la amazona fingió no verlo.

Sé que me criticará por haber aceptado el mando que Seutes me ofreció, pero es mi mejor oportunidad para conseguir mi venganza. Pensó, mirando hacia adelante.

Perseo sintió ganas de gritar y llamarla, pero Georgios, con una mirada severa, lo contuvo, y el joven tragó saliva.

Capítulo 17

Artemisia, junto con Seutes y un grupo de jinetes, avanzó al frente para explorar el terreno. Tras unas dos horas de marcha, subieron una colina desde donde se podía divisar todo el valle. A lo lejos, varias aldeas brillaban con las luces de sus hogueras encendidas.

—Son las aldeas que atacaremos —señaló Aristomos.

El grupo regresó a la columna del ejército y se situó al lado de Jenofonte y sus oficiales para informarles de lo que habían visto.

—Quiero creer que, con la gracia de los dioses, todo saldrá bien. El enemigo aún no ha notado nuestra presencia. Yo tomaré la delantera con la caballería, pues es la manera de no dejar escapar a nadie. Seguidme de cerca. Si os retrasáis, guíaos por el rastro de los caballos; en el valle hay aldeas ricas en botines —dijo Seutes, dirigiéndose a Jenofonte.

La columna, que marchó durante toda la madrugada, llegó al amanecer a la cima de una sierra y se detuvo para descansar. El terreno elevado estaba cubierto por una fina capa de nieve fresca; el frío era intenso y el agua en los odres se había congelado, obligando a los soldados a meter nieve en la boca para saciar la sed.

Seutes, impresionado por la disciplina griega, anunció que avanzaría con la caballería, pues en las cimas de las sierras de la región había aldeas ricas en botines y, en la mayor de ellas, residía el jefe de aquella tribu independiente. Al partir, Perseo notó que Artemisia cabalgaba a su lado.

Jenofonte ordenó que avanzaran siguiendo los rastros de la caballería. Alrededor del mediodía llegaron a la cima de otra sierra, aún más alta que la anterior. La vista era magnífica: al otro lado se extendía una vasta llanura donde varias aldeas brillaban bajo la luz del sol, en medio de pastos verdes, ya que la nieve había desaparecido hacía tiempo.

El ejército se detuvo y adoptó formación de combate.

Seutes, que los estaba esperando, anunció que avanzaría con la caballería para rodear las aldeas por los flancos y la retaguardia. Lo acompañaría el pequeño escuadrón de caballería griega liderado por Timasión. La infantería hoplita griega avanzaría directamente contra la mayor de las cinco aldeas, que se encontraba en el centro. La infantería ligera de los peltastas, junto con arqueros y honderos, avanzaría por los flancos, acompañada por la infantería tracia.

Una vez distribuidas las órdenes, Jenofonte desmontó, lo que causó asombro en Seutes:

—¿Desmontas cuando es necesario ir rápido? —preguntó el príncipe.

—Sí, porque debo dar ejemplo a los hoplitas haciendo el mismo trabajo pesado que ellos hacen —respondió Jenofonte, colocándose entre las filas de hoplitas.

Se dieron las órdenes de ataque, y Seutes y Artemisia cabalgaron al frente, seguidos por el resto de los jinetes, en dirección a las aldeas. A mitad del camino, las fuerzas se dividieron para atacar por los flancos y rodearlas por la retaguardia. Desde la distancia, Perseo percibió que la amazona comandaba una parte de la caballería tracia.

A mitad del camino, Seutes, con cerca de trescientos jinetes, giró hacia la derecha, mientras Artemisia se dirigía a la izquierda con sus doscientos jinetes. Pronto estaban avanzando sobre una aldea donde los guerreros tracios los esperaban, armados con lanzas y pequeños escudos de mimbre; algunos portaban arcos.

Artemisia avanzó entre ellos, empuñando sus espadas. Cortó el cuello de un guerrero que había disparado una flecha en su dirección, pero falló, ya que la amazona se había inclinado junto al cuello de su montura. Continuó abriéndose paso por el interior de la aldea, abatiendo guerreros a derecha e izquierda.

Los guerreros eran valientes, pero carecían de estrategia o táctica. Cada uno intentaba defender su propia casa y no pudieron resistir el avance combinado de la caballería tracia por los flancos y la infantería griega por el frente.

Por un momento, Artemisia se sintió mal por lo que estaba haciendo. *No son mis enemigos*, pensó. Pero ese sentimiento desapareció rápidamente cuando recordó que esta era su oportunidad de conseguir un ejército para enfrentarse a Tisafernes y, quizás en el futuro, al mismo Artajerjes.

El combate fue breve y brutal. Pronto, los guerreros de Seutes y los griegos se dispersaron por las aldeas, saqueando y esclavizando a los supervivientes. La amazona se encontró con el monarca, quien estaba satisfecho con el resultado.

Juntos avanzaron hacia la aldea principal y encontraron a parte de la infantería griega. Los soldados griegos habían formado un gran círculo en el centro del lugar, y trotaron hacia ellos.

Un oficial tracio, que se había adelantado, regresó informando que el líder tribal había sido capturado con vida.

La infantería descendió la sierra a paso acelerado, dirigiéndose directamente hacia la

mayor de las aldeas. A lo lejos, los hombres corrían de un lado a otro intentando formar una línea defensiva, mientras mujeres y niños huían desesperados. Los griegos avanzaron, chocando contra la frágil línea de defensa de los aldeanos, que portaban hachas, lanzas y espadas.

No llevaban escudos, salvo algunos pocos soldados, y no pudieron resistir el impacto de los pesados escudos de bronce griegos. Cayeron al suelo aturdidos. Fue una masacre. Apenas tocaban el suelo, eran atravesados por las lanzas. Aunque luchaban con valentía y no se rendían, los infelices no eran más que campesinos y pastores. Su bravura no podía compararse con los espartanos, entrenados desde la infancia para la guerra.

Al final, fueron aniquilados. Los sobrevivientes huyeron aterrorizados, y los griegos rodearon al jefe local: un enorme guerrero tracio de casi dos metros de altura, con una larga barba roja adornada con anillos de oro. Portaba una pesada hacha doble de guerra, llevaba corazas y grebas, y un yelmo con una trenza de crin de caballo que caía sobre su espalda.

El líder tribal derribó a numerosos soldados griegos que intentaron acercarse. Finalmente, los oficiales ordenaron que solo lo rodearan y esperaran la llegada de los generales.

Los soldados formaron un gran círculo a su alrededor, apuntando sus lanzas hacia el guerrero bárbaro, y aguardaron pacientemente la llegada de Jenofonte y Seutes. El tracio gruñía y gritaba, golpeándose el pecho para desafiar a los griegos, pero permaneció en el centro del círculo, con los ojos atentos a cada movimiento.

Seutes y Artemisia se acercaron trotando en sus monturas, mientras Jenofonte llegó a pie, ya que había estado combatiendo junto a la infantería hoplita.

El jefe local lanzó un discurso cargado de odio contra el príncipe tracio, que el intérprete tradujo para el general ateniense:

—¡Seutes, hijo de un perro! No me sometí a tu padre y no me someteré a ti. ¡Prefiero morir antes que rendirme a ti y a tus perros extranjeros! ¡Ni siquiera conocen la vil y pusilánime criatura que eres! —terminó escupiendo al suelo.

De nuevo, Perseo fijó su mirada en Artemisia, pero ella lo ignoró, lo que encendió su ira. *¿Por qué me hace esto?* Una rabia incontenible lo invadió, deseando destrozarse a Seutes y Jenofonte, que estaban al lado de su esposa. Sin embargo, se contuvo. *Es una locura. No creo que ella pudiera traicionarme con ellos.* Pero los celos lo consumieron de una forma que jamás había experimentado.

Los celos, el despecho y la irritación llevaron a Perseo a tomar una decisión impulsiva.

—¡General! —gritó Perseo, atrayendo la atención de Jenofonte y los demás—. Permitidme demostrar el valor de los griegos a este bárbaro.

Los compañeros de Perseo lo miraron asombrados. Jenofonte y Seutes también lo evaluaron con atención.

—¿Estás loco, Perseo? —gruñó Georgios en voz baja.

—Puedo vencerlo —respondió entre dientes, mientras miraba fijamente a Artemisia, que lo observaba sorprendida. *He conseguido su atención. Pensó satisfecho. Aunque tal vez no haya sido una buena idea, porque corro el riesgo de morir.* Se arrepintió de su impulsividad, pero ya era demasiado tarde; un espartano no retrocedería frente al ejército ni frente a la mujer que amaba.

Jenofonte consultó a Seutes:

—¿Qué opinas?

—¿Por qué no? Si tu soldado gana, impresionará a los tracios y podríamos ganar algunos aliados. Si pierde, no perderemos nada —respondió el príncipe encogiéndose de hombros.

—Sabes que él es mi esposo, Jenofonte. Te pido que lo detengas —murmuró la amazona irritada.

—Es un espartano, Artemisia. Si lo detengo, se sentirá humillado —respondió el general, mirándola fijamente.

—Soldado, Artemisia dice que sois marido y mujer y que no debería permitirte desafiar al tracio. ¿Qué dices? —preguntó Seutes a Perseo con tono malicioso.

¡Maldito! Pensó la amazona, fulminando al tracio con la mirada, pero este la ignoró. Ahora Perseo está atrapado; no podrá retirarse sin sentirse humillado.

—Señor, es cierto lo que ella dice, pero antes que nada soy un soldado espartano. Mantengo el desafío —respondió con orgullo.

Las tropas reunidas comenzaron a gritar vítores y ánimos. Seutes sonrió, mientras Jenofonte lo observaba detenidamente.

—¡Apuesto cinco monedas contra una a que Perseo gana! —gritó Diómedes.

Cinco contra una. Mis probabilidades no son buenas, pero si gano, Diómedes se llevará una buena suma. Pensó, sonriendo al notar la confianza de su compañero.

Varios soldados aceptaron la apuesta y comenzaron a gritar, apostando la mayoría por el tracio.

—Solo no mueras —rió Diómedes mientras anotaba las apuestas.

—¡Que así sea! —decidió Seutes, y las tropas reunidas estallaron en gritos de entusiasmo.

Artemisia miraba a su esposo, su rostro oscilaba entre preocupación e irritación, y Perseo se encogió de hombros, ignorándola. *Estoy dolido y actuando como un niño caprichoso, pero ahora es tarde para retroceder.* Pensó, dejando caer la lanza y desenvainando su espada.

—Recuerda lo que te enseñamos —aconsejó Diómedes.

—Es fuerte, pero lento. Usa tu rapidez e inteligencia, haz que se canse y luego ataca con ferocidad y rapidez —le orientó Laertes.

—Que Ares fortalezca tu brazo —murmuró Atreu.

—Si sales vivo de esta, te arrancaré el pellejo —gruñó Georgios—. Pero buena suerte, que los dioses te protejan.

El tracio seguía inmóvil, observando a todos con atención. Perseo se colocó el casco con crin de caballo, sostuvo el escudo en su brazo izquierdo y empuñó con firmeza la espada en su mano derecha.

Se concentró en el tracio. *Es enorme, su fuerza debe ser descomunal, pero seguramente es lento. Pensó. No soy musculoso, pero soy rápido. El entrenamiento con Laertes y Diómedes en Bizancio me hizo aún más ágil y hábil con la espada.*

Desde su encuentro con Otanixos, el joven espartano entrenaba constantemente hasta agotar sus brazos, decidido a estar preparado si aquel hombre volvía a aparecer.

Perseo evaluó nuevamente al tracio. Aunque alto y fuerte, no era tan musculoso como Otanixos. *Tengo buenas posibilidades de vencerlo.* Pensó, caminando lentamente hacia el interior del círculo bajo los vítores de los soldados griegos. Por el rabillo del ojo, vio que Diómedes recogía las monedas apostadas y que Artemisia no apartaba los ojos de él.

El líder local lo miró con desprecio, señalando su hacha hacia el pecho de Perseo mientras gruñía unas palabras.

Un intérprete gritó animado para que todos lo escucharan:

—¡Ha dicho que te aplastará como a un gusano!

Las tropas griegas lo abuchearon. Perseo permaneció en silencio.

Ares y Heracles, fortaleced mi brazo. Oro.

Perseo miró al tracio con frialdad y siguió avanzando lentamente hacia el centro del círculo donde este lo esperaba. El joven levantó el escudo, protegiendo su torso, y apuntó la espada hacia su oponente. Su corazón latía violentamente en el pecho; la emoción del peligro le daba una energía que recorría todos sus miembros.

El primer movimiento lo hizo el tracio, levantando su hacha con una velocidad sorprendente para alguien de su tamaño, descargándola con violencia en dirección a Perseo. Este bloqueó el golpe con el escudo; chispas volaron cuando el metal chocó contra el metal, seguido de un estruendo. Perseo apretó los dientes por el dolor. *¡Qué golpe tan brutal! Algunos más como este y romperé mi brazo que sostiene el escudo. No puedo permitirlo.* Pensó.

El espartano dio un salto hacia atrás, escapando del alcance del guerrero, mientras escuchaba a lo lejos los gritos de ánimo de los griegos, ahogados por el sonido de su corazón latiendo con fuerza. Notó una abolladura en el bronce del escudo donde el golpe había impactado.

Girando el hacha en un movimiento circular amplio, el tracio volvió a atacar, esta vez con un golpe lateral dirigido al cuello de Perseo. Este se agachó rápidamente, esquivando la hoja que cortó el aire con un silbido; mechones de la crin de caballo de su casco salieron volando. *Si hubiese sido un poco más lento, habría perdido la cabeza.* Pensó.

El joven aprovechó el momento en que el movimiento del tracio lo dejó desprotegido y avanzó, arremetiendo con su espada contra la costilla expuesta de su oponente. Pero el guerrero reaccionó con rapidez y logró defenderse con el mango de su hacha, retrocediendo dos pasos.

Perseo también retrocedió, y ambos quedaron estudiándose en silencio. El espartano caminaba lateralmente alrededor del tracio, buscando una brecha en su defensa. El guerrero, sin embargo, solo lo observaba, siguiendo sus movimientos con precisión, nunca dejándose exponer.

De repente, el bárbaro lanzó una estocada con su hacha hacia el pecho de Perseo. Este se defendió nuevamente con su escudo, que produjo un grave sonido metálico por el impacto, obligándolo a retroceder dos pasos.

El tracio avanzó rápidamente, descargando golpes cruzados con el hacha, obligando a Perseo a retroceder aún más. *¡Su velocidad es increíble para alguien tan grande!* Pensó mientras los gritos de los espectadores aumentaban. En el último instante, el joven logró esquivar, saltando hacia un lado; tres pasos más y habría chocado contra las tropas que los rodeaban.

El tracio se detuvo, jadeando por el esfuerzo, y observó a Perseo inmóvil mientras el joven retrocedía unos pasos más, sudando profusamente bajo el casco.

Perseo se acercó nuevamente y, de repente, saltó hacia adelante, lanzando el escudo contra el cuerpo del tracio en un intento de desequilibrarlo. Pero el guerrero se defendió con el mango del hacha y resistió el impacto. Midieron fuerzas, y por un breve instante, sus miradas se cruzaron en un duelo silencioso. Con un empujón, el tracio logró hacer retroceder a Perseo tres pasos.

En un abrir y cerrar de ojos, el guerrero ya estaba lanzando el mango del hacha hacia la cabeza de Perseo. Este consiguió levantar el escudo e interceptar el golpe, pero la fuerza lo hizo caer de espaldas al suelo.

Con una sonrisa asesina, el tracio levantó el hacha y la bajó con violencia. Perseo escuchó el grito de terror de Artemisia y, por instinto, rodó hacia un lado en el momento exacto en que la hoja impactó el suelo, haciéndolo vibrar mientras la hoja se enterraba profundamente en la hierba. *Si hubiese intentado interceptar el golpe con el escudo, estaría muerto.* Pensó mientras el tracio tardaba un segundo más en sacar el hacha del suelo, tiempo suficiente para que el espartano se levantara nuevamente.

Perseo avanzó, asestando un golpe con su espada hacia el cuello del guerrero, pero este se

defendió usando la hoja del hacha. En un movimiento rápido, utilizó el mango de madera para golpear a Perseo en la cabeza. El impacto en la protección lateral del casco resonó en la cabeza del espartano, quien sintió el sabor metálico de la sangre en su boca.

—¡Perseo! ¡No midas fuerzas con él, usa la cabeza, sé rápido! —escuchó gritar a Diomedes.

Perseo se apartó hacia el lado opuesto y esperó, respirando lenta y profundamente. El tracio avanzó despacio, sosteniendo con fuerza la pesada hacha. Era la oportunidad que Perseo había estado esperando. Lanzó el escudo a un lado, y los gritos de sorpresa de los espectadores resonaron alrededor mientras el tracio esbozaba una sonrisa burlona. Un pensamiento fugaz cruzó su mente: *¿Qué estará sintiendo Artemisia?*

El espartano corrió hacia el bárbaro, quien de inmediato alzó su hacha, preparándose para asestar un golpe descendente que lo habría partido en dos si lograba alcanzarlo. La hoja asesina descendió silbando en el aire, pero Perseo esquivó con un salto hacia un lado y hacia adelante al mismo tiempo. Alzando su espada por encima de la cabeza, lanzó una estocada descendente con toda su fuerza, hundiéndola hasta el pomo en el cuello del guerrero mientras aterrizaba a su lado.

El silencio se apoderó del lugar. Sólo el violento latir del corazón de Perseo resonaba en sus oídos. Miró al tracio, que lo observaba fijamente; asombro, sorpresa y dolor se reflejaban en sus ojos. El bárbaro dejó caer el hacha y llevó una mano al cuello, intentando respirar en vano. La sangre brotaba en abundancia de la herida, y abrió la boca, pero solo un jadeo débil se dejó oír.

Perseo observó cómo el guerrero, con un esfuerzo sobrehumano, intentaba sacar la espada profundamente incrustada. El espartano sostuvo el pomo de la espada y la retiró con un movimiento violento. Un chorro de sangre salió de la herida, y el tracio intentó decir algo, pero solo un gorgoteo sangriento salió de su garganta.

El joven espartano lanzó entonces un golpe circular y violento contra el cuello del tracio, que hizo temblar su brazo. La cabeza rodó por el suelo mientras la sangre brotaba a borbotones del cuello. Lentamente, el cuerpo cayó de lado.

El corazón de Perseo parecía a punto de estallar por el esfuerzo. Se quitó el casco, ya que sentía que se estaba asfixiando dentro de él. Su rostro y cabello estaban empapados en sudor.

Los espectadores, que habían enmudecido ante el golpe que acababa de asestar, estallaron en gritos de júbilo. Perseo continuó observando al tracio caído en el suelo. Un charco de sangre oscura y espesa se formaba junto a su cuello, y su cabeza, caída cerca del cuerpo, permanecía con los ojos abiertos, reflejando sorpresa.

Mirando alrededor, el joven espartano encontró la mirada de Artemisia que lo observaba. Lo que vio en su rostro fue alivio. Con un vigoroso movimiento descendente de la espada, la sangre que la cubría se derramó por el suelo, luego Perseo la guardó en su vaina y caminó tranquilamente hacia sus compañeros, quienes lo recibieron con abrazos y gritos de entusiasmo.

—¡Qué soldado! —exclamó Seutes.

—Uno de los mejores —respondió orgulloso Jenofonte.

—Tu esposo es un soldado increíble —dijo Seutes dirigiéndose a Artemisia, quien no respondió, solo continuó mirando a su esposo.

¿Estará orgullosa o molesta? Pensó Perseo, pero no lo supo, pues pronto fue rodeado por varios soldados griegos.

Sus compañeros lo felicitaron por la victoria, Diomedes recogía las ganancias de las apuestas y le prometió a Perseo que le compraría un odre con el mejor vino tan pronto como llegaran a Grecia. Seutes se acercó y obsequió al joven espartano con una capa bordada con hilos de oro.

Perseo buscó a Artemisia, pero no la vio más durante el resto del día.

Artemisia se alejó, irritada por la necesidad de Perseo, y regresó con sus caballeros, a quienes siguió por los campos, atrapando el ganado que abundaba, mientras intentaba entender los motivos de Perseo. *¿Por qué se arriesgó de esa manera? ¿Solo para irritarme y herirme?* Pensó.

Cuando regresó, un oficial le informó que Seutes ofrecería un banquete, y como su comandante, la amazona debía asistir.

Después de bañarse en una tienda que le cedieron, Artemisia se puso una túnica limpia, su coraza y grebas, que habían sido lustradas, y tras envolverse en un manto de pieles, salió al exterior.

La noche ya había avanzado y una suave nieve comenzó a caer, bajando la temperatura. Artemisia fue recibida en la enorme tienda de Seutes, quien estaba alegre por el éxito del ataque. Habían hecho más de mil esclavos, además de incautar una gran cantidad de ganado.

La temperatura en el interior era agradable gracias a los grandes braseros de metal colocados en las esquinas. En el centro había nuevamente una larga mesa baja rodeada de almohadas donde los invitados se sentaban. En el lugar de honor, en el extremo de la mesa, estaba sentado Seutes, con Jenofonte a su derecha. La amazona fue invitada a sentarse a la izquierda del pretendido rey.

A pesar del ambiente festivo, ella estaba deprimida. Perseo se arriesgó solo para provocarme. Pensó. De repente, lo vio entrar en la tienda y miró a Jenofonte, levantando una ceja.

— Él fue invitado — dijo el general encogiéndose de hombros.

Tras la victoria contra el líder tracio, Perseo y sus compañeros regresaron a la cima de la sierra, donde montaron el campamento. La caballería y la infantería peltasta recorrían los campos, capturando a los habitantes y saqueando casas y silos.

Perseo esperaba que Artemisia lo buscara, pero ella no apareció. Sus compañeros asaron un buey en su honor, mientras soldados de otras compañías llegaban a brindar por su victoria.

Un oficial de Jenofonte apareció, convocándolo a presentarse en la tienda de Seutes, en el campamento tracio, junto al griego, donde el general griego y otros oficiales estaban siendo homenajeados con un banquete.

Perseo siguió al mensajero con la esperanza de encontrar a Artemisia entre los oficiales. Llegaron al campamento tracio y caminaron entre las tiendas, pasando por grandes fogatas, donde los soldados se calentaban a su alrededor, comiendo y bebiendo alegremente, celebrando el botín que había sido abundante.

Llegaron a una gran tienda, donde el oficial introdujo a Perseo. Al entrar, vio a Jenofonte y, frente a él, a Artemisia, quien lo miró por un momento, pero pronto desvió la mirada.

— Acércate, soldado —ordenó Jenofonte.

—Mi general —respondió Perseo, haciendo una reverencia y golpeando su puño cerrado contra el pecho.

—Siéntate al lado de tu esposa, joven —invitó Seutes en griego.

Perseo caminó hasta el lugar indicado y se sentó al lado de Artemisia, quien ocultó su rostro detrás de una copa de vino. Los invitados conversaban animadamente, pero el espartano apenas prestó atención a la conversación; sus ojos no se apartaron de la amazona, que seguía evitando su mirada.

—Necesitamos hablar —murmuró al oído de su esposa.

—No aquí ni ahora —respondió ella sin mirarlo.

—¿Cuándo? —preguntó, irritado, elevando un poco la voz.

—Cuando sea el momento adecuado —gruñó Artemisia, mirándolo con una mirada dura.

Se sirvió la cena, varios sirvientes entraron en la tienda con grandes platos de barro llenos de carne asada, verduras, pan y frutas, mientras otros circulaban entre los invitados, sirviendo vino y cerveza en las copas de metal bien trabajadas.

A regañadientes, Perseo aceptó una copa de vino, que vació de un solo trago, haciendo un gesto al sirviente para que la volviera a llenar.

Artemisia lo miró irritada, preocupada de que pudiera provocar una escena desagradable, pero el joven se encogió de hombros y pensó: *Yo también sé ser desagradable cuando quiero.*

Perseo observó el ambiente. Entre los invitados estaban los tracios más importantes del séquito de Seutes, además de Jenofonte, los capitanes, oficiales griegos y representantes de ciudades tracias que se habían sometido al príncipe, todos sentados alrededor de la mesa.

En medio de los brindis, entró un soldado tracio con un caballo blanco que tiraba de las riendas. Un hombre que estaba sentado tomó una copa llena de vino, se levantó y dijo:

—¡Seutes! Bebo por tu salud y te traigo aquí este caballo con el que no hay enemigo que no alcances ni enemigo de quien no huyas.

Otro tracio hizo que entrara un hermoso adolescente y lo ofreció a Seutes, levantando la copa de vino.

—Te ofrezco a este joven, nació esclavo y fue educado para servir a reyes y nobles.

Un tercero ofreció hermosos vestidos de mujer:

—Para que puedas obsequiar a tu reina.

Timasión ofreció una copa de plata y una hermosa alfombra persa. Jenofonte, al estar en el lugar de honor, dijo:

—Pues yo, Seutes, ¿qué te he de ofrecer? Me ofrezco a mí mismo, con mis camaradas, como tus fieles amigos. Aquí estamos, todos te servimos de buena gana; lo que deseamos, unos más que otros, es hacerte feliz. Estamos dispuestos, por tu causa, a correr los mayores riesgos y trabajos. Si los dioses lo permiten, contigo a nuestro lado, tomarás lo que era de tus ancestros, junto con grandes y hermosas conquistas. No te faltarán caballos, esclavos, hermosas mujeres; y no serán presas que tomes, sino obsequios o entregas voluntarias —concluyó, bebiendo de su copa.

Seutes levantó su copa y bebió junto con Jenofonte.

— Pues agradezco a mis valiosos aliados, no puedo desear mayor regalo que ese, aquí estoy, teniendo como aliados a Jenofonte y a sus soldados, quienes vencieron al rey persa y cruzaron sus dominios sin haber sido derrotados. Aprecio aún más a Artemisia, valiente guerrera amazona, a quien le confié el mando de parte de mi caballería y a quien prometí que, tras consolidar mi reino con su ayuda, no mediría esfuerzos en ayudarla a formar un ejército para combatir a Tisafernes —concluyó, levantando la copa hacia Artemisia.

¡Entonces es eso! Artemisia se unió al ejército tracio. Pensó Perseo, mirando a la amazona a su lado. Ella se sonrojó y bebió de su copa, evitando la mirada de su esposo.

En ese momento, entraron flautistas y bailarinas, animando a los invitados. Perseo se levantó y, pidiendo permiso, se retiró de la tienda sin mirar a Artemisia.

La amazona lo vio irse. *Sé que lo herí, pero por mucho que me duela en lo más profundo del alma, tengo que dejarlo ir de regreso a Grecia. Tendrá la oportunidad de ser feliz junto a su hijo y la mujer que alguna vez amó. Para mí no existe otro camino que no sea el camino de la venganza, la destrucción y la muerte, el camino trazado por Ares.* Pensó desconsolada.

La nieve seguía cayendo, una fina capa ya cubría el suelo. Perseo se dirigió de vuelta al campamento griego, molesto con Artemisia. *¿Cómo pudo haber decidido sin consultarme?* Pensó.

En el campamento griego, el ambiente era festivo. El joven encontró a sus compañeros que lo recibieron animados, pero él no compartía su entusiasmo. Tomó una botella de vino y se dirigió a su tienda, donde bebió hasta quedarse dormido.

Al día siguiente, Seutes incendió las aldeas, no quedó una sola casa intacta. El humo de los incendios cubría la llanura. Su objetivo era, sembrando el terror, mostrar a los habitantes de la región cuál sería su destino si no se sometían.

Capítulo 18

Al día siguiente, Perseo buscó a Artemisia en el campamento tracio, pero no la encontró. Un oficial que había presenciado la lucha el día anterior lo felicitó y, en griego, le dijo que ella había partido con un escuadrón de caballería tracia para saquear la región.

¿Ahora nos ha abandonado? ¿Acaso nuestro matrimonio ante los dioses no vale nada? Pensó el espartano, y volvió irritado a la posición griega. Estaba irascible, quería pelear en todo momento, hasta que Georgios le dio una reprimenda:

—¡Compórtate como un soldado espartano, Perseo! —ordenó—. Tu actitud no es digna.

Avergonzado, el joven pidió disculpas.

—Entiendo que estés teniendo problemas con tu esposa, pero recuerda que debemos mantener la disciplina. No quiero saber nada de ti buscando peleas sin motivo —dijo el sargento.

Los saqueos y pillajes fueron grandes. Seutes envió a un oficial tracio, pero nacido en Grecia, llamado Heráclidas, y a un oficial griego llamado Agástomes, quienes comandaban una tropa de caballería y peltastas para llevar a los aldeanos esclavizados a ser vendidos en Perinto, y con las ganancias pagar el sueldo de los soldados griegos.

El ejército avanzó y acampó en las tierras de los Tinas. Cuando los habitantes los vieron, abandonaron sus casas y granjas y se refugiaron en los montes. El invierno avanzaba y la nieve cubría los campos, las temperaturas cayeron drásticamente y el agua y el vino en los odres y ánforas se congelaron. Los soldados comenzaron a presentar orejas y narices quemadas por el frío, y los griegos negociaron con los tracios la compra de gorros de piel que cubrieran sus orejas y narices.

Seutes y Jenofonte liberaron a algunos cautivos y ordenaron que buscaran a los habitantes que habían huido y los intimaran a regresar a sus casas y aldeas, sometiéndose al poder del príncipe; de lo contrario, sus tierras serían incendiadas y saqueadas.

Al día siguiente, volvieron los ancianos, mujeres y niños, pero los jóvenes en edad de portar una lanza permanecieron en los montes. En respuesta, se organizó una expedición punitiva, y el ejército marchó durante la noche, llegando al pie de las montañas donde los Tinas se habían refugiado. Al darse cuenta de la aproximación de los griegos, huyeron dispersándose por la montaña, mientras los arqueros disparaban salva de flechas contra los fugitivos. Algunos fueron hechos prisioneros, y las aldeas que los habían albergado fueron saqueadas.

Seutes decidió que el ejército griego acamparía en lo alto de la montaña para impedir que los Tinas se aprovisionaran, mientras que, con su ejército, regresaría a las llanuras. Jenofonte separó las mejores tropas para alojarse en las casas de la aldea más grande, mientras que el resto de los soldados se distribuyó entre las aldeas más pequeñas.

El pelotón de Georgios fue convocado para alojarse en un gran establo, junto a la casa donde Jenofonte se alojaba. La victoria de Perseo había ganado la simpatía del general, y fueron seleccionados para formar parte de su escolta.

—Qué suerte la nuestra —comentó Petrus, riendo—. Ahora vamos a comer casi lo mismo que los generales.

—Sí, las sobras —murmuró Georgios, amargado.

—Las sobras de ellos son mejores que nuestra ración diaria —se rió Diomedes—. No me importa ni un poco.

—Agradezcan a Perseo, nuestro nuevo Aquiles, impresionó a Jenofonte —bromeó Atreu.

—Sí, Jenofonte debe gustar de chicos y se enamoró de Perseo —rió Diomedes.

Todos estallaron en carcajadas, pero Perseo solo esbozó una sonrisa avergonzada. Estaba preocupado por Artemisia, no la había visto en días y se sentía infeliz por no saber cómo resolver la situación.

Pasaron algunos días en la aldea. Era una vida buena: comían y bebían bien. El establo era espacioso, y a pesar de la gran cantidad de ganado en el lugar, había corrales amplios donde todos podían acostarse sobre el heno seco, cuando no se turnaban con otros pelotones en el servicio de centinela en los límites de la aldea.

Una mañana, el pelotón de Georgios estaba de centinela en la entrada de la aldea cuando avistaron una gran tropa de caballería acercándose. Todos se prepararon para dar la alarma, pero se dieron cuenta de que eran tracios de la caballería de Seutes, liderados por Artemisia.

Ella trotaba al frente de la columna, y Perseo la miró desde lejos, pero ella fingió no verlo. Cuando se acercó, el espartano saltó frente a su caballo, levantando los brazos. El animal se asustó y se empinó, sus patas pasaron rozando su cabeza. Si lo hubiera golpeado, lo habría matado o le habría causado una grave herida, ya que el joven no llevaba su casco. Con dificultad, la amazona controló el animal.

—¡Por los dioses, estás loco! —se irritó.

—¡Lo estoy! Y la culpa es tuya —respondió Perseo, con el mismo tono.

Artemisia lo miró, indecisa sobre si seguir su camino o detenerse. El escuadrón de caballería esperaba sus órdenes. Hizo un gesto para que la columna avanzara y desmontó.

—Ven, vamos a hablar —ordenó, dejando las riendas a Atreu, quien se acercó.

Caminaban hasta el borde de un acantilado; la vista era espectacular. A lo lejos, las llanuras verdes contrastaban con la nieve de las cumbres de las montañas. Un viento helado soplaba en la meseta. Artemisia se quedó de espaldas a Perseo, observando el paisaje, y una

tristeza indescriptible la invadió.

¿Por qué no podía ser feliz? Fui feliz en mi infancia, hasta que Otanixos, al mando de Tisafernes, la destruyó. Luego fui feliz en la casa de Mardoc, pero tuve que irme. Fui feliz con las Amazonas, pero las comandé hasta la muerte. Fui feliz con Perseo, hasta que la tragedia nos alcanzó en Bizancio, arrebatándonos a nuestro pequeño bebé. Si sigo a su lado, acabaré siendo responsable de su muerte, pensó. No, eso nunca lo permitiré. Sacrificaría mi vida si fuera necesario para salvarlo.

El espartano la observaba, tratando de adivinar sus pensamientos, y un sentimiento de amor lo inundó. *No puedo enfadarme con ella*, pensó, y se acercó, colocando la mano sobre el hombro de su esposa. Ella se giró y lo miró, dándose cuenta del amor y la preocupación en sus ojos.

—¿Qué clase de loco desafía a un guerrero como ese? —preguntó, aún molesta.

—Un tipo que ganó.

—Podrías haber muerto —murmuró ella, con un tono más suave, dejando ver el miedo que había sentido.

—¿Y te importa? —Perseo intentó herirla, pero se arrepintió al instante al ver el dolor que le había causado. Estaba a punto de decírselo cuando ella habló.

—Perseo, se acabó. Nuestro matrimonio fue un error —dijo, bajando la cabeza para evitar mirarlo a los ojos. *Sus palabras me hirieron profundamente. ¿Acaso no entiende que lo hice pensando en su bien? No quiero que comparta mi destino.*, pensó, decidiendo separarse.

—¿Qué? —explotó el joven.

Artemisia lo miró con dureza. *Debo hacerle entender que nuestros caminos son distintos*, pensó.

—Seutes me ofreció un lugar en su ejército, ¿lo has oído? Me asegura que, si entreno y mando a sus hombres, cuando él sea rey me dará el mando de un ejército para atacar a Tisafernes.

—¡Voy contigo! Ya te dije que te sigo a cualquier parte, ¡lucharé por ti! —murmuró Perseo, intentando acercarse.

—¡No, Perseo! Eres una distracción que no puedo permitirme — *Estar a tu lado debilita mi voluntad de vengarme*, pensó la amazona y cruzó los brazos sobre su pecho defensivamente, mientras las lágrimas comenzaban a rodar libremente por sus mejillas. *¿Acaso no lo entiende? Lo amo más que a nada en mi vida, y por amarlo tanto, debo dejarlo.*

El par de ellos se quedó mirándose un momento. *Quería hacerle entender que la amaba y que la seguiría a cualquier parte, pero no soy poeta, fui entrenado para la guerra, no para la oratoria*, pensó lo espartano.

—¡Olvídame, Perseo! Perdóname, nunca quise hacerte daño —dijo la amazona, alejándose, sintiendo su corazón romperse en mil pedazos.

—¡No! —el espartano la agarró por el brazo, atrayéndola hacia su cuerpo.

Artemisia lo miró sorprendida.

—Mírame a los ojos y dime que no me amas —gruñó Perseo, mirándola fijamente mientras sostenía sus manos.

Ella desvió la mirada e intentó liberarse.

—Suéltame —pidió con voz entrecortada, tratando de liberarse.

—Tú y yo somos uno solo, no me importa la voluntad de los dioses, estaré contigo, lucharé por ti, y si tengo que morir, moriré por ti. ¡Entiéndelo, mujer! ¡Tú eres mía y yo soy tuyo! ¡Prefiero bajar al Hades antes que dejarte! —la forzó a mirarlo a los ojos.

— ¡No! —gritó la amazona, liberándose y alejándose de su esposo— ¡No lo entiendes, Perseo! ¡Te amo, pero quedarme contigo puede significar tu perdición! ¡Nunca me perdonaría si algo te sucediera!

¡Dioses, ¿acaso no lo entiende? Todos aquellos a quienes amé en mi vida murieron de forma violenta! Pensó la amazona desesperada. Necesito salir de aquí. La presencia de Perseo me afecta, nunca dejaré de amarlo, ver su sufrimiento solo aumenta el mío, pero prefiero que sufra a que muera por mi causa.

Artemisia hizo un gesto para alejarse del borde del acantilado, pero Perseo bloqueó su camino, lo que la hizo desenfundar sus espadas.

—¡Apártate! —gruñó la amazona, con los ojos llenos de ira.

Perseo permaneció inmóvil, mirándola fijamente. La amazona avanzó y asestó un golpe descendente con la espada de la mano derecha. El espartano dio un paso atrás y sintió el aire cortado por la hoja, al mismo tiempo que recibió un golpe con el lateral de la espada de la mano izquierda de Artemisia, que le alcanzó las costillas, haciendo que gruñera de dolor, mientras retrocedía tambaleante.

Si es necesario, lo dejaré fuera de combate solo para escapar de su presencia, pensó la amazona.

—¡Apártate, no te lo pediré de nuevo! —gruñó, apuntando con las espadas.

—Tendrás que matarme antes —Perseo la miró fijamente.

—¡Por los dioses, Perseo, lo haré! —Artemisia avanzó con las espadas en alto, pensando: *¡Terco como una mula!*

Perseo permaneció quieto, decidido a morir por manos de la amazona. *Nada me importa si no estoy a su lado*, pensó cuando la espada avanzó, solo un borrón casi imperceptible, pero se detuvo en su cuello. El joven sintió un leve ardor en la piel, pero permaneció inmóvil.

Artemisia se detuvo, jadeante. *¡Tonto! Podría haberlo matado*, pensó. *Si no tuviera un control absoluto, le habría cortado la cabeza.*

Perseo, lentamente, sujetó la mano de la amazona y apartó la espada de su yugular. Sus miradas se cruzaron, una energía recorrió sus cuerpos. Él la tomó entre sus brazos y la besó con pasión. Ella intentó resistirse, pero su resistencia fue débil y pronto comenzó a corresponder a los besos de su esposo, dejando caer sus espadas al suelo.

El cuerpo de Artemisia ansiaba sentir el de él. No lo había tenido cerca desde antes de la pérdida del bebé. Un hambre voraz de sus besos y caricias la había atormentado todas las noches solitarias desde que lo apartó en la granja, y luego en la tienda del campamento tracio.

Con ansia, se quitaron las corazas y las grebas, quedando solo con las túnicas. Con suavidad, él la acostó sobre su manto en la hierba, recostándose sobre el cuerpo de su esposa, ya entregada a él, así como su alma.

Se amaron en lo alto de la montaña, solo sus gemidos y el sonido del viento en el borde del acantilado se oían. La pareja no sentía el aire helado, sus cuerpos ardían de pasión.

—Ven, mi amor —murmuró la amazona al oído del espartano.

Aceleraron el ritmo y pronto sus cuerpos se tensaron al alcanzar el clímax.

Jadeantes, se miraron fijamente, con los cuerpos aún pegados el uno al otro, mientras la respiración se condensaba en el aire frío.

—¿No entiendes que no es la voluntad de los dioses que estemos juntos? —preguntó Artemisia con aire triste, los ojos brillando de lágrimas. Te amo más que a nada en la vida, pero solo te causaré dolor si te quedas a mi lado. Pensó. La pérdida de nuestro bebé fue una señal. Si estamos juntos, temo por tu vida, que es más preciosa para mí que todo en este mundo. Afrodita me maldijo, me dijo que conocería el amor, pero que pronto me sería arrebatado. Mi vida es una sucesión de tragedias: perdí a mis padres y a mi hermano, a Mardoc, a quien amé como a un segundo padre, a mi querida hermana, Ikarnas, y a la mayoría de mis amazonas, todos muertos de forma violenta. Solo la pequeña Helena y tú sobrevivieron, ella está a salvo en Escitia, pero tú estarías en peligro si sigues a mi lado.

—Aunque llegue la noche del fin de los tiempos y la tierra se oscurezca, y la luna sea la única luz que se vea, no dejaré de estar contigo. Si el cielo que contemplamos se quiebra y cae con el regreso de los Titanes, o si esta montaña se derrumba hasta el mar, no temeré mientras tú estés a mi lado. Incluso si Ares desciende del Olimpo para arrebatártela, lo desafiaría por tu amor. Incluso los horrores del inframundo, del Tártaro, los enfrentaré para estar a tu lado, porque no me importa la voluntad de los dioses o de los hombres, no te dejaré ir, entiende esto de una vez por todas —afirmó Perseo con convicción.

Artemisia lo miró fijamente, y él sostuvo su mirada. Los labios de la amazona temblaron levemente por un momento, hasta que tomó una decisión.

—Que así sea —murmuró, besando a su esposo. *No puedo apartarlo de mí, y no puedo resistir tenerlo de nuevo. Estamos malditos por los dioses, que, celosos de nuestro amor, nos acechan en el horizonte.* Pensó, decidida. *Lucharé por su amor y juntos enfrentaremos a los hombres y a los dioses.*

El matrimonio se despidió horas después, con la noche acercándose. Artemisia prometió devolver el mando de la caballería en la primera oportunidad y regresar al pelotón de Georgios.

—Estaré alojada en una casa en el pueblo, partiremos al amanecer. Te espero esta noche —sonrió la amazona a Perseo mientras Atreu le entregaba las riendas de su montura.

El joven espartano tomó las manos de su esposa y le dio un beso, haciéndola sonrojar.

—Parece que finalmente se han reconciliado —sonrió Georgios.

—Sí, pronto estaré de nuevo en vuestra compañía —respondió Artemisia, golpeando levemente los flancos de la montura, y partió hacia la ciudad mientras Perseo la observaba alejarse.

Encontraré otra manera de vengarme de Tisafernes y Otanixos. Pensó la amazona mientras se alejaba.

Artemisia encontró a sus caballeros en la aldea, quienes habían conseguido una pequeña casa donde podría tener privacidad. Tras buscar a Jenofonte y ponerlo al tanto de la situación general, le avisó que se preparara para un posible ataque.

La amazona regresó a la casa, donde dos sirvientas estaban listas para atenderla, preparando un baño con agua caliente que vertieron en una tina, en un pequeño cuarto del lugar. Artemisia las despidió después de ordenarles que trajeran una fuente con carne, verduras y una jarra de cerveza, que pensaba consumir con Perseo.

Lo esperó ansiosamente, completamente desnuda bajo las sábanas, durante un largo rato, hasta que finalmente el espartano entró en el pequeño cuarto, iluminado por una lámpara de barro, aún vistiendo su coraza y grebas, envuelto en su manto de piel.

Perseo ignoró la comida y, tras despojarse rápidamente de su armadura, caminó hacia la cama mientras la amazona lo observaba. Al acercarse, ella apartó las sábanas, mostrando su cuerpo desnudo. Pronto se amaron, saciando el anhelo y la necesidad que sentían el uno por el otro. Solo al amanecer se detuvieron para comer y beber.

Artemisia se sentía feliz nuevamente, pero no completamente; siempre le faltaría una parte de sí misma, la pequeña vida que no pudo generar.

A la mañana siguiente, Artemisia partió nuevamente con la tropa de caballería.

Esa noche, durante el servicio de centinela, los griegos interceptaron a algunos tinas que llegaron a pedir una tregua, y los condujeron hasta la casa donde Jenofonte se encontraba alojado. A través del intérprete, los emisarios rogaron que el general intercediera ante Seutes para que se concediera una tregua, ofreciendo como rehenes a algunos jóvenes de noble familia.

—Aquí estamos para rogar por una tregua —comenzó el mayor—. Estos cuatro que me acompañan son de noble linaje y se ofrecieron como rehenes para garantizar nuestras buenas intenciones.

—Recibo con agrado la oferta y os prometo que nada malo les ocurrirá, siempre y cuando se sometan a la autoridad de Seutes. También os advierto que muchos ancianos que regresaron a la aldea fueron hechos rehenes por Seutes, y sus vidas dependen de vuestra conducta.

Los tinas se reunieron entre sí, y el mayor dijo:

—Noble griego, aceptamos someternos a la autoridad de Seutes. Iré hasta mi pueblo para avisarles que nuestra propuesta de paz ha sido aceptada, y estos que están aquí se quedan como vuestros rehenes para demostrar nuestras intenciones.

Jenofonte ordenó que los cuatro jóvenes fueran alojados en una casa en la aldea y mantenidos bajo vigilancia, pero debían ser bien tratados como huéspedes. El hombre mayor hizo un gesto de despedida con la cabeza y se fue.

Dos noches después, Perseo y sus compañeros estaban dormidos cuando oyeron a las centinelas gritar:

—¡Alarma! ¡Estamos siendo atacados!

Todos corrieron fuera del establo donde se alojaban. Era una noche fría y sin luna, y la oscuridad era total, pero los espartanos vieron a algunos tinas corriendo con antorchas en las manos, tratando de incendiar las casas. En ese momento, recibieron una lluvia de dardos que los obligó a protegerse tras sus escudos. Dos hoplitas que se habían unido al comando de Georgios cayeron muertos, atravesados por dardos que se clavaron en sus pechos.

Otros tinas intentaron invadir el establo y la casa anexa donde Jenofonte se encontraba con varios oficiales. Perseo y sus compañeros corrieron hasta la empalizada de madera que habían construido alrededor del lugar y lograron evitar que los atacantes invadieran el sitio.

Un soldado tina intentó escalar la empalizada, pero Perseo le clavó la lanza en el vientre y atravesó su cuerpo, quedando el hombre atrapado en la madera de la empalizada. El espartano soltó la lanza y, con la espada, rompió el cráneo del tina. Otros se atrevieron a escalar, pero los compañeros de Perseo estaban atentos y atravesaban con la lanza a todos los que lo intentaban. Georgios organizaba a sus soldados y los mantenía en formación.

Ningún enemigo logró superar las defensas, y siete yacían muertos, atrapados en la madera de la empalizada. El resto de los atacantes se escondió en las sombras, y una voz en griego vacilante y con fuerte acento gritaba:

—¡Jenofonte! ¡Cobarde! ¡Sal y lucha!

Algunas casas en la aldea comenzaron a arder, lo que proporcionó suficiente iluminación para que los griegos pudieran ver a los tinas corriendo de un lado a otro. Se oyó un toque de trompeta y grupos de soldados griegos contraatacaron, saliendo de las casas donde estaban alojados.

Un oficial ordenó que el pelotón de Georgios mantuviera la posición y protegiera la casa del general.

Tras un breve combate, los tinas huyeron, perseguidos por peltastas y hoplitas, quienes se detuvieron en los límites de la aldea.

La noche transcurrió entre escaramuzas. Los tinas volvían y, protegidos por la oscuridad, lanzaban sus dardos contra las casas y contra las centinelas, ocultándose luego.

Muchos griegos fueron heridos, pero los tinas no intentaron invadir la casa donde Jenofonte se encontraba.

Después de despedirse de Perseo, Artemisia partió con la tropa de caballería que comandaba y descendió la montaña. Durante dos días, recorrieron el valle en busca de los tracios rebeldes, pero los pocos que aún intentaban resistir a Seutes subieron a la montaña.

El tercer día, partieron antes del amanecer y subieron la montaña en dirección a la aldea donde Jenofonte se encontraba. Al llegar, Artemisia avistó a Perseo y le sonrió.

El general ateniense pidió al príncipe tracio que le entregara los prisioneros que estaban en el lugar y propuso avanzar hasta la cima de la montaña, donde los tinas estaban atrincherados, para acabar con su resistencia.

Seutes aceptó, pero primero ordenó que los cuatro jóvenes ofrecidos como rehenes fueran sacrificados como castigo por haber roto el juramento de tregua hecho con Jenofonte. Aunque no estaba de acuerdo, el general griego terminó cediendo, y el príncipe tracio ordenó que los jóvenes fueran arrojados desde un precipicio.

El día transcurrió con los preparativos para el avance, y Artemisia y Perseo casi no se vieron.

Por la noche, el servicio de centinelas se cuadruplicó, pero los tinas no intentaron atacar

nuevamente la aldea como lo habían hecho las noches anteriores.

Al día siguiente, por la mañana, Seutes avanzó desde la planicie con su ejército y otros jefes tribales que se habían sometido a su autoridad después de sus victorias.

Con los números cuadruplicados, Seutes y Jenofonte ordenaron avanzar hasta la cima, donde los tinas estaban atrincherados. La montaña, a pesar del terreno irregular, era fácil de escalar gracias a una pendiente suave. Después de cuatro horas, llegaron a la cima.

Los tinas, que habían levantado palizadas alrededor de su campamento, observaban el movimiento desde detrás de sus defensas. Al ver el numeroso ejército griego y tracio, los jefes rebeldes pidieron paz, prometiendo someterse a la autoridad de Seutes.

En presencia de todos, el príncipe tracio declaró:

— Solo aceptaré la sumisión si Jenofonte, el comandante griego, lo acepta, perdonándolos por la traición de la noche anterior.

Todos miraron al general griego, quien enfrentó a los jefes tinas y respondió:

—Ya han sido bien castigados al caer de la libertad a la esclavitud.

Jenofonte intercambió a los prisioneros ancianos por jóvenes guerreros, los cuales fueron enviados a la corte de Seutes bajo escolta. Fue entonces cuando se celebró un tratado con los tinas, quienes abandonaron la cima.

Capítulo 19

Al día siguiente, antes de descender hacia la llanura y el valle, Artemisia decidió subir hasta la cima de la montaña, ahora vacía, dejando atrás su campamento en el pueblo. Quería estar sola para pensar, pues en un momento de impulso, se había dejado llevar por sus sentimientos y le había prometido a Perseo que vivirían nuevamente como marido y mujer, rechazando la oferta de Seutes.

Lo amo mucho, pero temo por su vida, el sueño que tuve con los dioses y las visiones que experimenté después con él muerto me atormentan, y aún está la amenaza de Otanixos. ¿Debería volver realmente a los brazos de Perseo? ¿Ser la causante de su destrucción? ¿No será egoísmo de mi parte? Él podría ser feliz con la madre de su hijo en la lejana Atenas. Estas dudas asolaban su mente.

—Subiré la montaña, mientras desmontáis el campamento. Tan pronto como regrese, descenderemos hacia la llanura —avisó Artemisia a Aristomos, su segundo al mando.

—Ordenaré que diez caballeros la escolten —respondió el guerrero de inmediato.

—No es necesario —afirmó la amazona, deseosa de quedarse sola.

—Seutes ordenó que la protegiéramos, la escolta estará a distancia —insistió Aristomos.

Artemisia se encogió de hombros; era común que los comandantes tracios siempre estuvieran acompañados de una guardia personal. *No vale la pena discutir*, pensó.

Subieron por la montaña por un estrecho sendero, la amazona era seguida a distancia por diez guerreros tracios. El día estaba hermoso y aún faltaba mucho para el crepúsculo. Tras un rato caminando, llegó a una pequeña plataforma y ordenó que su escolta esperara allí. Luego escaló algunas rocas más, hasta que encontró una saliente lo suficientemente grande como para sentarse.

La vista era magnífica, la llanura tracia se extendía desde el pie de la montaña hasta donde alcanzaba la vista. Luz y sombras se alternaban en el paisaje mientras las nubes corrían por el cielo, cubriendo el sol. Un viento frío soplaba, pero Artemisia lo respiraba con gusto, llenando sus pulmones de aire limpio con un suave aroma a flores silvestres que crecían entre las rocas.

Un águila planeaba en las alturas en busca de algún cabrito montañés.

La sensación de paz es maravillosa. Pensó y oró en memoria de los bebés que había perdido, el primero en Armenia y el segundo en Bizancio, en honor a sus padres, su hermano, Mardoc, Ciro, Ikarnas y todas sus hermanas muertas al seguirla. Incluso pidió perdón por las almas de los muchos guerreros que había matado en combate.

Allí, en el silencio de la montaña, Artemisia decidió que regresaría a los brazos de Perseo. *Enfrentaré a los dioses y a los hombres por su amor.*

En ese momento, un grito rompió la quietud del lugar. La amazona miró hacia la plataforma, varios pasos abajo, y su corazón se heló en el pecho.

Otanixos, armado con una espada, avanzaba tras haber matado a un soldado de la escolta.

Dos caballeros lo atacaron al mismo tiempo, asestando golpes con sus espadas a la cabeza del persa, pero Otanixos esquivó un golpe mientras cortaba el vientre de su atacante y, con una patada, arrojaba al otro contra los demás que se preparaban para atacar.

Tres caballeros avanzaron, uno de ellos apuñaló con su espada el vientre de Otanixos, pero el persa se defendió con su propia hoja y, con un movimiento rápido, la clavó en el cuello del desafortunado, al mismo tiempo que giraba su cuerpo para esquivar el golpe de los otros dos caballeros y, en un rápido contraataque, cortaba el pecho de uno y el cuello del otro.

Los otros cinco caballeros restantes avanzaron, pero Otanixos, tras un combate breve y brutal, los liquidó. *Su velocidad y fuerza son asombrosas*, pensó Artemisia, aún sorprendida y sin reacción.

Ahora ya no había más adversarios para el persa, la escolta de diez caballeros había sido eliminada en poco tiempo.

—¡Baja, princesa guerrera! —gritó Otanixos, mirando fijamente a la amazona.

—¿Cómo me encontraste? —preguntó Artemisia mientras descendía algunos pasos, sujetando el mango de una de sus espadas.

—No fue difícil —rió—. Tu fama te precede, por donde paso escucho historias de la temeraria guerrera amazona.

La amazona lo miró, a varios pasos de distancia.

Ahí está el demonio que destruyó mi infancia, asesinó a mis padres y hermano, y violó mi cuerpo dejándome para morir. Ahí está el mal encarnado, un asesino frío e implacable que atormentó mis pesadillas durante años, el responsable de la muerte de Mardoc, mi padre adoptivo, de la familia de Artapates y de incontables víctimas. Pensó mientras apuntaba las espadas hacia Otanixos, que sonrió.

Con un salto, la amazona cayó de pie en la plataforma, lista para el combate.

—¡Maldito perro, hoy regresarás al infierno de donde fuiste engendrado! —gruñó, sintiendo cómo la energía del odio se expandía por su cuerpo.

Con un grito, Artemisia avanzó asestando golpes circulares contra Otanixos, quien en ocasiones se defendía con su espada y en otras se apartaba, retrocediendo algunos pasos.

La amazona se detuvo un momento para recuperar el aliento, y Otanixos la atacó con violencia, su espada era un borrón plateado, y con dificultad la guerrera lograba detenerla. Con un salto hacia atrás, Artemisia escapó del alcance del persa, que permaneció inmóvil mirándola, como una bestia acechando a su presa.

—Luchas muy bien, estoy impresionado. Será un placer domesticar tu espíritu salvaje. Te entregaré a Tisafernes, dócil como debe ser una concubina —rió.

—¡Nunca! Prefiero morir antes de dejarme tocar por el asesino de mis padres —gritó enfurecida y avanzó asestando golpes con ambas espadas.

Otanixos se alejó de nuevo defendiéndose. Artemisia intentaba llevarlo hacia el borde del precipicio, pero el persa detuvo sus golpes con la espada y, en un violento contraataque, logró hacer que la amazona soltase la hoja que tenía en su mano izquierda, oyendo el sonido de la espada chocando contra las rocas mientras caía al abismo.

Artemisia se apartó cuatro pasos y sostuvo con ambas manos la espada que quedaba.

—¿Te conozco desde hace años, pero fui yo quien mató a tus padres? —preguntó Otanixos sorprendido.

—Tú y tus hombres asesinasteis a mis padres y a mi hermano, y tú me violaste —gruñó la amazona entre dientes, mientras una duda pasaba por su mente—. ¿De dónde me conocías?

—He asesinado muchas familias y violado a muchas mujeres —el persa soltó una carcajada.

—¡Tú y tus hombres os hicisteis pasar por griegos y atacasteis la finca de mi padre en Halicarnaso! —gritó Artemisia, avanzando de nuevo y asestando un golpe descendente que lo habría partido en dos si lo alcanzaba, pero Otanixos, rápido, se apartó.

—Sí, recuerdo a la jovencita virgen que violé en Halicarnaso hace años, y luego la dejé para que mis hombres se divirtieran. Pensé que habías muerto —el persa mostró una sonrisa perversa.

—¡Pues sobreviví, maldito! Y los dioses me han concedido la oportunidad de vengarme!

—No recordaba tu rostro, al igual que no recuerdo los rostros de tus padres ni de tu hermano, ¿y por qué habría de hacerlo? Ustedes no eran nada para mí en ese entonces. Pero ahora es diferente, te has convertido en una hermosa guerrera —Otanixos pasó la lengua por sus labios—. Más bella y mortal que la última vez que nos encontramos.

Aún sin entender, pues no recordaba haberlo encontrado antes del ataque al campamento de Tisafernes durante la retirada griega, Artemisia rugió de rabia y avanzó, desenvainando golpes cruzados con su espada, que el persa defendió con facilidad, colocándose a unos pasos de distancia.

La amazona lo observó mientras jadeaba, intentando recuperar el aliento.

—Tisafernes me ordenó que me hiciera pasar por espartano y atacara la región de Halicarnaso. Luego envió a Mardoc para que me combatiera y ayudara a los halicarnacense a aceptar ponerse bajo la protección del Imperio Persa. El tonto nunca me encontró ni sospechó de nada —explicó con una sonrisa torcida.

—¡Él era mi padre adoptivo! —gritó la amazona, avanzando nuevamente y asestando un golpe a la cabeza del persa, quien, riendo, saltó fuera de su alcance.

—¿Cómo se divierten los dioses con nosotros? Quién iba a decir que la niña que violé y a quien asesiné a sus padres y hermano sería adoptada por Mardoc, el tonto que murió protegiendo a Ciro. Esa misma niña se hizo amiga de Artapates, a cuya familia ejecuté tras violar a su esposa y a su hija —se rió entre dientes.

—¡Pues es por todas esas almas que me vengo hoy! —gritó Artemisia, indignada.

La amazona avanzó, asestando golpe tras golpe, movida esta vez por el puro odio. Otanixos se defendía, pero esta vez Artemisia logró cortar su muslo derecho. Con un rugido, el persa la atacó.

Finalmente conseguí hacerlo enfurecer. Pensó la amazona mientras intercambiaban golpes violentos, las espadas produciendo chispas con el choque, los músculos de la amazona temblando con la fuerza de los impactos.

Sin cesar en su ataque, Artemisia logró hacer que Otanixos se acercara al borde del precipicio.

Atacó con furia redoblada. Este monstruo es el responsable de la tragedia que se ha convertido en mi vida, pensó.

Durante años, su sombra acechó mis sueños, causándome pesadillas, hasta que logré enterrarla en los rincones de mi mente. Pero cuando atacé el campamento de Tisafernes y lo vi, todo el horror de aquel día emergió, casi llevándome a la locura.

Artemisia estaba poseída, como si las Erinias la hubieran tomado por completo; años de odio acumulado le daban fuerza y determinación. *Esta vez no habría escape, uno de nosotros morirá en la cima de la montaña,* pensó mientras las espadas se entrechocaban violentamente en una danza mortal, hasta que la amazona asestó un golpe de rasguño en la mano de Otanixos, lo que lo hizo soltar su espada.

La amazona avanzó para matarlo, pero antes de que pudiera asestarle un golpe descendente que apuntaba a su cuello, el persa logró agarrar los puños de la guerrera con manos de hierro y los aplastó, empujándolos hacia atrás, hasta que ella dejó caer la espada.

Otanixos atrajo a Artemisia contra su cuerpo, levantándola del suelo, su odioso rostro a milímetros del de ella. La amazona pudo sentir su aliento, que apestaba a cebollas y vino agrio.

—Eres fabulosa, primero me divertiré contigo y romperé tu espíritu, lo que quede se lo

entregaré a mi maestro —susurró, acercando los labios al oído de la amazona—. Completé la misión que fallé años atrás, cuando fui encargado de capturarte para mi maestro.

—¡Lamashtu!^[13] —susurró Artemisia, recordando la ocasión, años antes, cuando se había enfrentado a un hombre que se hacía pasar por un demonio persa. Recordó las muertes que él había causado, especialmente la de su hermana de armas, Hipólita, y de Orfeo, un griego que las había ayudado y se había enamorado de Hipólita.

La sonrisa bestial de Otanixos fue la confirmación.

Artemisia miró alrededor, desesperada; estaban a un paso del precipicio, el viento helado soplabla con fuerza, emitiendo un aullido similar al de un lobo en una noche de luna llena.

—Si tu hombre viene tras de ti, cumpliré la promesa que te hice en Asia, le cortaré las piernas y te violaré en su presencia, luego le cortaré el cuello y te violaré de nuevo sobre su sangre fresca, la de tu amante griego —susurró el persa como una serpiente.

—¡Nunca! —gritó Artemisia con todas sus fuerzas.

¡No permitiré que el persa mate a Perseo, ni que me viole de nuevo, prefiero morir llevándomelo conmigo! Pensó. ¡Perseo, perdóname, te amo!

Artemisia atacó a Otanixos mordiendo su nariz, clavando los dientes con fuerza en su carne hasta que sintió el sabor de la sangre en la boca.

El persa trató de librarse de la amazona desesperadamente, mientras gritaba de dolor, y con un movimiento violento la sacudió. Artemisia aprovechó el impulso para lanzarse contra él, desequilibrándolo mientras le arrancaba la nariz y le escupía en la cara, lo que hizo que soltara los puños de la amazona.

Por un momento, ambos se equilibraron al borde del precipicio, mirándose mutuamente. El persa tenía el rostro desfigurado y rojo de sangre.

—Que encuentres tu castigo en el abismo más profundo del Tártaro^[14] —gruñó Artemisia, refiriéndose al pozo húmedo, frío e inmerso en la oscuridad más profunda, donde los criminales hallaban su castigo tras la muerte, en el sombrío mundo de Hades.

Otanixos miró a la amazona sorprendido; por primera vez, ella vio miedo en sus ojos. Era la oportunidad que Artemisia esperaba. Agarrándolo, se impulsó por el borde del precipicio, llevandoselo consigo, sintiendo que el suelo desaparecía bajo sus pies.

Juntos cayeron al vacío, Otanixos con un grito estridente y una mirada de puro terror, y Artemisia en paz consigo misma, finalmente había logrado realizar parte de su venganza y proteger a Perseo al mismo tiempo.

La amazona sintió la sensación de vértigo al caer y cerró los ojos pensando en Perseo. De repente, sus espaldas chocaron contra una roca con un impacto violento que la hizo gritar de dolor y sumergirse en la oscuridad.

Capítulo 20

Artemisia despertó sintiendo un dolor insoportable en la espalda. Respiró lentamente y movió los brazos y las piernas; nada parecía estar roto. Con esfuerzo, se sentó y miró a su alrededor: se encontraba en una pequeña saliente que sobresalía entre las rocas del precipicio, unos pasos por debajo del borde por donde se había lanzado. Como por un milagro de los dioses, algo la había detenido antes de caer al abismo.

Cautelosamente, la amazona asomó la cabeza por el borde, pero no logró ver el cuerpo de Otanixos. *Debe estar muerto, nadie sobreviviría a una caída como esa*, pensó, y con dificultad, gruñendo de dolor, logró escalar las piedras hasta el plató.

Caminando de manera cojeante, Artemisia descendió hasta su campamento, donde fue atendida por Aristomos, a quien ordenó que fuera a buscar los cuerpos de los caballeros caídos a manos del persa.

Gracias a los dioses no he roto ningún hueso, pensó la amazona. *Solo estoy muy dolorida y profundamente aliviada; finalmente exorcicé el fantasma de Otanixos.*

En contra de los consejos de un médico tracio, la amazona salió de su campamento en busca de Perseo, en la aldea donde Jenofonte se encontraba asentado.

Antes de partir, se miró en un espejo. Sus labios estaban lastimados, una mancha morada cubría su ojo derecho y sus espaldas dolían al respirar profundamente. *Fue un milagro no haber caído a la muerte*, pensó.

Artemisia se acercó, cojeando, a la casa donde Perseo se encontraba sirviendo junto a sus compañeros como escolta de Jenofonte. Al verla, el espartano corrió hacia ella, pero se detuvo al ver sus heridas.

—¡Dioses! ¿Quién te hizo esto? —preguntó, apretando con fuerza el pomo de su espada con una mano, mientras con la otra tocaba delicadamente el rostro de su esposa.

Su mirada era la misma que Artemisia había visto cuando él asesinó al embajador persa de quien ella le había arrancado la oreja y que había intentado violarla. Era una mirada de puro odio.

—Otanixos —respondió lacónicamente.

—¿Qué? ¿Cuándo? —preguntó ansioso. *¡Dioses! ¿Cuándo tendremos paz?* Pensó, jurando por todos los dioses que cazaría al maldito perro guardián de Tisafernes.

—Lo encontré en las montañas. Él solo acabó con diez caballeros tracios de mi escolta, luchamos al borde de un precipicio, casi me derrota, pero lo derribé. Creo que está muerto, nadie sobreviviría a una caída de esa altura —explicó, suspirando aliviada mientras abrazaba a su

esposo.

Perseo acarició el cabello de Artemisia y la besó delicadamente en los labios y en sus heridas, sus ojos mostrando preocupación.

—Estoy bien, Perseo, te lo juro —murmuró la amazona, besándolo.

Artemisia pasó algunas horas con Perseo y luego regresó a su campamento.

Al día siguiente, el ejército abandonó las montañas y regresó a la llanura, donde la amazona se encontró con Seutes y le cedió el mando de los caballeros tracios, tras agradecerle.

La amazona se unió a Perseo y a sus compañeros, retomando el mando de su compañía de arqueros, los cuales se mostraron felices de tenerla nuevamente como comandante.

Ahora estaban juntos de nuevo, como marido y mujer, volviendo a compartir la tienda, listos para desafiar la voluntad de los hombres y de los dioses por su amor.

Después de la victoria contra los tinas, los ejércitos partieron en campaña contra los tracios que habitaban la zona superior de Bizancio, en la región conocida como el Delta. Estos pueblos no formaban parte del reino de Mésades, padre de Seutes, pero en tiempos pasados fueron vasallos de Tereu, príncipe odrisio.

Heráclidas, encargado de vender los esclavos en Bizancio, regresó con el dinero obtenido de la venta, pero no fue suficiente para pagar el sueldo del ejército griego. Solo los oficiales recibieron una parte del último saqueo. Jenofonte se negó a recibir cualquier cantidad, dejando que Timasión, Cleanor y Frinisco, sus comandantes, recibieran su parte, argumentando que no era justo para el resto de las tropas que no habían recibido nada.

Cuando llegó la fecha para recibir el sueldo, los soldados solo recibieron el equivalente a veinte días. Perseo y sus compañeros se quejaron a Georgios, quien llevó las reclamaciones a los oficiales y regresó con la respuesta de que la venta de los esclavos y el saqueo no habían producido lo suficiente.

—Me enteré de que Heráclidas dijo que la cantidad que consiguió fue baja, y que Jenofonte respondió que debería haberse vendido él mismo como esclavo, ya que no cuidaba con esmero los intereses de su amo, Seutes — explicó Georgios al pelotón reunido.

Muchos soldados querían asesinar a Heráclidas, a quien acusaban de haberse apoderado de parte del dinero de la venta de los esclavos para su propio beneficio. Jenofonte tuvo que intervenir para evitar que lo mataran, y Heráclidas aprovechó la situación para huir al campamento tracio.

—¿Entonces debemos negarnos a combatir? —preguntó Atreu.

—Por ahora, las órdenes son quedarnos en el campamento —respondió Georgios.

—No sé ustedes, pero esta excursión ya me está cansando —rió Diomedes.

—Para mí, ha sido una bendición de los dioses —Perseo sujetó las manos de Artemisia, que se sonrojó bajo las risas y burlas de sus amigos.

El ambiente se volvió tenso en el campamento griego. Algunos soldados amenazaban con iniciar un motín si se les obligaba a combatir sin recibir el sueldo adeudado. Con mucho esfuerzo, los oficiales y sargentos lograron mantener el orden.

Finalmente, Jenofonte reunió a la asamblea de los soldados y se dirigió a todos:

—¡Compañeros! Vengo ante vosotros para justificarme por el retraso en el sueldo, lo cual no es culpa mía. Heráclidas, encargado de vender los esclavos capturados y los productos de nuestros saqueos, regresó de Bizancio con una cantidad menor de la esperada. Por esta razón, tuve un desacuerdo con él, y ahora él intenta sembrar discordia entre nosotros y su amo Seutes.

Gritos de indignación surgieron del ejército, y algunas voces sugerían que tomaran el campamento de Seutes y pasaran a todos por el filo de la espada. Jenofonte, con gestos, pidió calma y continuó:

—Están aquí, y no me dejarán mentir, Timasión, Frinisco y Cleanor, leales compañeros que fueron buscados por Heráclidas con la propuesta de asumir el mando de la campaña y dejarme de lado, pero ellos se negaron. Por esta razón, busqué a Seutes junto con mis compañeros y le conté sobre la perfidia de Heráclidas. Seutes juró por todos los dioses que no fue bajo su orden que esta tentativa de sembrar discordia entre nosotros ocurrió, y juró que, con el éxito de la próxima campaña, tendría lo suficiente para pagarnos el sueldo completo. Por esta razón, os pido de nuevo un voto de confianza en mi mando y que aceptéis que os guíe en esta nueva campaña.

La asamblea permaneció en silencio durante unos momentos. La tensión seguía presente, pero las palabras de Jenofonte, junto con el respaldo de sus leales compañeros, comenzaron a calmar los ánimos.

El ejército estuvo de acuerdo y, dos días después, reanudaron la expedición, dejando a su derecha el Ponto Euxino. Atravesaron el país de los Tracios Melinófagos y llegaron a Salmidesso. En su costa, era común que los barcos encallaran al cruzar el Ponto Euxino, y los habitantes de esa nación saqueaban los navíos varados. Cada tribu tenía una zona delimitada donde ejercían su jurisdicción sobre los naufragios.

Atreu contó, para deleite de Artemisia, que, según la tradición, fue en Salmidesso donde Jasón y los argonautas hicieron una parada para pedir información al rey Fineo, quien tenía poderes adivinatorios sobre la ubicación del vellocino de oro. Fineo les dijo que les respondería si Jasón y los argonautas lo liberaban de las arpías^[15] que lo atormentaban desde hacía tiempo, retirando o ensuciando su comida cada vez que intentaba comer, debido a que él había sacrificado su visión para obtener una vida larga, lo que había ofendido a Helios, la

personificación del sol.

La campaña fue rápida. Los griegos atacaron y saquearon la primera tribu que encontraron. Las demás se sometieron a la autoridad de Seutes y lo obsequiaron con valiosas mercancías recuperadas de los naufragios. Después de dos semanas de campaña, los ejércitos acamparon en una llanura sobre Selimbria, ciudad fundada por colonos de Megara, no muy lejos del mar.

El ejército tracio de Seutes había aumentado considerablemente, reforzado por los odrisios y los tracios subyugados, superando ampliamente en número a los griegos.

El sueldo seguía retrasado, y nuevamente la tensión aumentó en el ejército. Los soldados culpaban a Jenofonte, quien no cobraba el sueldo adeudado a Seutes. El general respondía diciendo que el príncipe ya no lo trataba con la cordialidad de los primeros tiempos y que, siempre que lo buscaba para cobrarlo, Seutes inventaba pretextos para no recibirlo.

La vida en el campamento cayó en una rutina: Perseo y sus compañeros entrenaban por la mañana, luego almorzaban, y por la tarde, la pareja salía a cazar o iba al mar a bañarse, o bien hacían largos paseos por la orilla. Cuando encontraban un lugar escondido entre las rocas o dunas, hacían el amor escuchando el sonido del mar rompiendo en la playa.

Las noches eran festivas alrededor de la hoguera, todos hacían planes para cuando embarcaran de regreso a Grecia. Artemisia aún no había decidido si renunciaría a su venganza o si regresaría a Escitia, y Perseo esperaba pacientemente su decisión, sin importar cuál fuera, siempre que estuvieran juntos.

La pareja conversaba mucho. Perseo le contaba a Artemisia sobre su vida en Esparta, sin ocultarle nada, incluso cuando ella le preguntó detalles sobre su historia con la sirvienta ilota Elana, quien le había dado un hijo. No se negó a responder.

La amazona se dio cuenta de que el espartano aún sentía un gran cariño por Elana y que amaba a su hijo, aunque nunca había convivido con él. En esos momentos, la tristeza la golpeaba con fuerza. *No fui capaz de darle un hijo*, pensaba, pero Perseo lo notaba. Tomando su rostro entre sus manos, la miraba a los ojos y le decía:

—Te amo, aunque no podamos tener hijos —y la besaba delicadamente en los labios.

Por el contrario, la amazona aún guardaba secretos para él. Artemisia no le había contado que fue Otanixos quien destruyó su vida, ni que Ciro siempre la había amado, la había besado cerca de Nínive y había querido hacerla su reina.

Permanecieron acampados en ese lugar durante dos meses. Un día, llegaron al campamento Seutes y Heráclidas, acompañados de Carmino, de Laconia, y Polínico, enviados por el general espartano Timbrón.

Se convocó una asamblea de los soldados y Polínico se dirigió al ejército:

—Esparta ha decidido hacer la guerra a Tisafernes, ese sátrapa que tanto daño os hizo. Si

estáis dispuestos a participar en la expedición, contaréis con un dárico mensual para cada soldado, el doble para cada oficial y el cuádruple para cada capitán, además de parte de los saqueos en las tierras persas —ofreció.

Un murmullo recorrió las filas del ejército. Algunos se entusiasmaron con la idea de participar en otra guerra, especialmente contra un enemigo que los había traicionado e intentado destruirlos, mientras que otros deseaban regresar a Grecia.

Artemisia se mostró seria. *Es una oportunidad para vengarme, incluso derrotando a Otanixos, no puedo olvidar que él era solo un perro rabioso que obedecía a su amo, Tisafernes*, pensó, mientras Perseo la observaba, imaginando que ella estaba considerando unirse al ejército de Timbrón.

Un árcade aprovechó la oportunidad para quejarse de Jenofonte:

—¡Espartanos! Ya estaríamos a vuestro lado si Jenofonte no nos hubiera persuadido a tomar este rumbo. Pasamos un invierno de los más terribles que recordamos, en guerra abierta sin obtener ningún beneficio, mientras él disfruta del sudor de nuestro rostro con el soborno de Seutes, quien nos niega el sueldo. Por mí, me daría por bien recompensado si viera a Jenofonte lapidado y castigado por las desgracias a las que nos arrastró.

Dos griegos más se levantaron reclamando contra el general, quien, a su vez, se levantó y se dirigió a todos:

—Ya cien años que viva, nada me sorprende, ya que hoy me veo acusado. Os juro que he tratado vuestros intereses con el mayor celo y de manera imparcial. Bien sabéis que marchaba a pie hacia casa y regresé para ayudaros. Me llegaron noticias de los problemas que afrontabais y escuché la voz de mi corazón para regresar y socorreros. Apenas llegué, Seutes, que está presente aquí, me envió un emisario con promesas de sobornos para que le prestáramos ayuda militar. No le presté atención, como es sabido; y os llevé al puerto desde donde podríamos haber cruzado fácilmente hacia Asia. Eso era lo que vosotros deseabais y, en realidad, parecía lo más conveniente. Sin embargo, apareció Arístarco con su ultimátum: "No penséis en atravesar el Propóntide. Mis galeras estarán allí para hundiros". Al mismo tiempo nos aconsejaba ir hacia el Quersoneso. ¿Qué hacer? Os convoqué para deliberar entre el ultimátum de uno y la propuesta del otro; vosotros votasteis por el tracio. Ahora pregunto: ¿he cometido un crimen, al mandaros a una empresa que vosotros mismos decidisteis aceptar? Si, en cambio, hubiese tomado partido por Seutes después de que nos engañara, no dudo de que merecería vuestro odio y vuestras reprimendas. Pero, si os digo que, después de ser uno de sus mejores amigos, hoy mis relaciones con él se podrían decir que están cortadas, ¿es justo que me lancéis en cara precisamente lo que fue la causa de nuestra disputa? Puede que penséis que Seutes me dio el dinero que representa el sueldo que os debe y que mi actitud hacia él no es más que un artificio. Pero, siendo así, no es evidente que no fue su intención desembolsar ese dinero y seguir siendo vuestro deudor? Solo se entiende que me haya dado una parte de lo que os debía para ahorrarse el daros la cantidad completa. Si yo recibí algún dinero, aseguraos de que no se molestará mucho en pedírmelo, tanto más cuanto que no se cumplió la condición que debió haberse previsto, que os callarais. Pero escuchad, todo esto es un buen razonamiento, pero inútil; os juro por todos los dioses y diosas del Olimpo que no vi ni un óbolo de lo que os pertenece. Nada de lo que me correspondía recibí,

tan poco. Seutes, que está escuchándonos, que me desmienta si es capaz. Pero os digo más y bajo juramento: recibí mucho menos que los otros capitanes, y aún menos que los oficiales. ¿Cómo se explica semejante proceder? Yo os lo digo, pensaba que, al compartir con Seutes las dificultades en las que se encontraba, conseguiría más derechos sobre su amistad para cuando la necesitara. ¿Me equivoqué? Sí, me equivoqué; pero solo ahora, que está en la prosperidad, muestra claramente el tipo de hombre que es. ¿No os da vergüenza, me podríais decir, dejar que os engañaran tan estúpidamente? De hecho, sería para sonrojarse si un enemigo me hubiera hecho tanto daño con tal refinamiento. Pero no, lo tenía por amigo y, entre amigos, más vale ser engañado que engañar. ¿Recordáis la extrema situación en la que os encontrabais cuando os llevé bajo la bandera de Seutes? ¿Acaso no acababa de cerrar Aristarco las puertas de Perinto con terribles amenazas? ¿No acampabais fuera de las murallas, a la intemperie? ¿No era en pleno invierno? Si queríais comer un trozo de pan, ¿no teníais que pagarlo? Incluso con dinero, ¿había productos suficientes? Pero, ¿había dinero? Desde Tracia no podíais salir, ya que los barcos vigilaban el estrecho. Pero estacionar allí era estacionar en territorio enemigo, con fuerzas considerables de caballería y de infantería pesada detrás de nosotros. Teníamos hoplitas, es cierto. Si caíamos de repente sobre una u otra aldea, podíamos conseguir unos sacos de trigo; disponíamos de tropas capaces de perseguir al enemigo, hacer prisioneros, robar ganado, en resumen, hacer una buena presa. Podéis estar bien seguros de que, al regresar al ejército, ya no encontré caballería ni peltastas ni nada que se le parezca. Supongamos que, ante la situación que atravesabais, yo me hubiese alineado con Seutes, sin exigir sueldo, que él tenía caballería y peltastas, ¿pensáis que hubiera sido contra vuestro interés? Desde que os unisteis a sus tropas, los tracios no quisieron saber más de lo que era suyo. Huyeron por todas partes y os dejaron trigo, que nunca más os faltó, esclavos y ganado del que siempre os tocó una parte. Después de que la caballería de Seutes se uniera a vosotros, el enemigo nunca más se presentó de frente, mientras que antes, en cada paso, sus caballeros y peltastas no nos dejaban respirar un instante. ¿Os indigna que el hombre a quien debéis tal cambio de situación haya sido poco preciso en las cuentas con vosotros? Sí, tenéis razón. Pero, ¿no vale nada la seguridad que habéis disfrutado? ¿Y el contratiempo fue tan grande que deba pagar con mi vida? Ahora, decidme: ¿en qué circunstancias os vais? Después de pasar el invierno con abundancia, ¿no lleváis aun lo que Seutes ya os dio como cuenta? Vivisteis en un país hostil, a costa del enemigo, comiendo y bebiendo con abundancia, y tuvimos pocas bajas. ¿Eso no tiene valor? ¿No os queda aún la gloria que ganasteis en Asia luchando contra los bárbaros y en Tracia reduciendo a la obediencia poblaciones indómitas? Ah, tengo el desparpajo de proclamarlo: gracias, gracias a los dioses, es lo que debéis dar por el beneficio que cometieron con vosotros, esos mil infortunios de los que me hacéis responsable. Vuestra situación es clara. Por los dioses inmortales, os ruego ahora que consideréis la mía. Cuando embarqué para Grecia, dejaba a todos las mejores impresiones; me habíais colmado de alabanzas; me creíais con derecho a disfrutar de algo de gloria en mi tierra. Además, gozaba de la confianza de los espartanos, sin lo cual no me habrían instado a regresar al ejército. Hoy, me retiro, disminuido entre los espartanos, odiado, por vuestra causa, odiado por Seutes, el hombre de quien esperaba, gracias a la alianza, obtener suficiente estima para encontrar, junto a él, refugio digno para mí y mis hijos, si llegaba a tenerlos. ¿Y qué diré de vuestro proceder hacia mí, por cuya causa he adquirido enemigos acérrimos, más poderosos que yo, por cuyos intereses, en este mismo instante, mi espíritu está atribulado? Aquí estoy; no soy de los que huyen; haced conmigo lo que os plazca; pero sabed que, si seguís vuestros instintos, sacrificáis al hombre que veló por vuestra seguridad más de lo que era legítimo pedirle; sufrió mil fatigas y corrió mil peligros por vosotros; levantó, con la gracia divina, trofeos innumerables

en tierras bárbaras; se sacrificó para evitar que cada uno de vosotros se convirtiera en mortal enemigo de su hermano de raza. Hoy podéis ir adonde queráis, por tierra o por mar, sin que nadie os cruce el camino. Pues bien, es ahora, cuando el día de mañana se os anuncia próspero y el pueblo más poderoso de Grecia solicita vuestra ayuda, que me tomáis como víctima? En los momentos de peligro, otro era vuestro pensamiento, ¡oh hombres de buena memoria! Entonces me llamabais padre y jurabais recordar de mí como el primer benefactor. Solo diré una palabra más para enfatizar una cosa: los hombres que allí están, ciertamente no son desprovistos de conciencia; mi miedo es que queden formando sobre vosotros un juicio poco favorable, viéndoos actuar conmigo de manera tan poco honorable.

Jenofonte se sentó y tomó la palabra Carmino, de Esparta:

—Soldados, no me parece que sean justas las razones que invocáis contra este hombre. Y, con vuestro permiso, me gustaría presentar un testimonio en su favor. Cuando Polínico y yo le preguntamos a Seutes qué tipo de persona era, lo que él presentó como una cualidad despreciativa fue precisamente su afecto exagerado por los soldados. Si he comprendido bien sus palabras, esa circunstancia perjudicaría tanto nuestra opinión sobre él como la suya.

A continuación, Euríloco, de Arcadia, tomó la palabra:

—Mi opinión, espartanos, es que vuestro primer acto como nuestros jefes debería ser obligar a Seutes a pagar lo que nos debe, y que antes de eso no debemos salir de aquí.

Polícrates pidió la palabra y dijo:

—Compañeros, desde aquí veo a Heráclidas, quien fue el que recibió el botín destinado a recompensar nuestros esfuerzos. Lo vendió y no entregó el dinero ni a nosotros ni a Seutes. Lo guardó como un ladrón. Lo que debemos hacer es arrestarlo. Este hombre no es tracio; es griego como nosotros y avergüenza a nuestra nación.

Al escuchar esas palabras, Heráclidas palideció de miedo y se acercó a Seutes, susurrándole al oído. Poco después, ambos salieron de la asamblea a caballo, dejando el campamento griego.

Varios soldados pidieron la palabra y reprocharon a los detractores de Jenofonte, afirmando que él había sido uno de los responsables de conducir al ejército desde el interior de Persia, venciendo a innumerables pueblos. La aprobación del ejército fue unánime, como lo demostraron con vítores al general ateniense.

La asamblea se disolvió y Perseo y sus compañeros regresaron a sus posiciones.

—¿Qué pensáis de esto? —preguntó Georgios.

—Me uniré al ejército de Timbrón, formaré una tropa de caballería para servir como auxiliar; si no lo logro, lucharé como arquero —respondió Artemisia.

—Iremos juntos —afirmó Perseo.

La amazona sonrió y estrechó la mano de su esposo.

—Me uniré al ejército de Timbrón —decidió Laertes lacónicamente.

—Quiero unos meses de descanso, gastar mis monedas en Atenas. ¿Qué opinas de eso, Petrus? —preguntó Diomedes con una sonrisa lasciva.

—¡Mujeres y bebidas! —respondió Petrus, animado.

—Yo quiero hacer una peregrinación hasta la ciudad de Delfos. Prometí al dios Apolo sacrificar en su honor en su templo, luego veré qué hago —anunció Atreu.

—Yo pienso visitar a mi familia. Estoy cansado de las guerras, quiero un poco de paz en compañía de mi esposa. Se los recomendaría a vosotros dos —afirmó Georgios, volviéndose hacia Perseo y Artemisia.

Una familia, un hijo, un hogar con Perseo, es todo lo que más deseo, pensó la amazona. Pero no estoy preparada para renunciar a mi venganza. Hablamos de nuestros planes, nuestros destinos están trazados, pero, ¿permitirán los dioses que cumplamos lo que hemos planeado?

Seutes, que se había retirado, envió posteriormente mensajeros solicitando que Jenofonte se presentara en su campamento. Tenía una propuesta para contratar al general y mil hoplitas para ayudarlo a someter la Tracia, prometiendo entregar ciudades marítimas y una gran recompensa. Sin embargo, informantes advirtieron que se trataba de una trampa y que el príncipe planeaba asesinarlo.

Seutes trasladó su campamento hacia el interior, y Jenofonte movió el campamento griego a un lugar de fácil acceso a la costa, donde había varias aldeas que se vieron obligadas a suministrarles provisiones.

Estas aldeas fueron entregadas a Medósade por orden de Seutes. Este llegó al campamento griego con una escolta de caballería tracia, acompañado de un jefe odrisio que había descendido de las montañas para unirse a la causa del príncipe, y solicitaron una audiencia con Jenofonte.

Tras lo ocurrido en las montañas, cuando el pelotón de Georgios defendió el cuartel de Jenofonte del ataque de los tinas, Georgios quedó a cargo de la guardia personal del general, y fue en esta condición que Perseo y sus compañeros lo acompañaron, junto con otros oficiales, hasta el lugar donde tendría lugar la audiencia.

Medósade se acercó con actitud arrogante y se dirigió al general:

—Has sometido a varias aldeas y, con ello, practicas actos que nos son hostiles y que no podemos ignorar. Por eso, yo, Medósade, en nombre de Seutes, de este jefe odrisio, Orontes, y en nombre de Médoco, rey de la Tracia Superior, te intimamos a que dejes de someter a las aldeas. Si no cedes, no imagines que quedarás impune. Debes saber que, si sigues infestando nuestro territorio, nos consideras tus enemigos.

Jenofonte replicó con firmeza:

— Lo que tú merecerías, por la manera en que te diriges a mí, sería que me diera la vuelta y no te respondiera. Pero te responderé en atención a este joven jefe odrisio, para que sepa quiénes sois vosotros y quiénes somos nosotros. Antes de ser aliados, recorriamos esta región como nos plazca, saqueando donde encontrábamos algo que robar, incendiando donde había represalias por cometer. ¿En alguna ocasión te quejaste cuando te enviaron como delegado para estar con nosotros? ¿O, por el contrario, no te sentías feliz de poder dormir tranquilamente en nuestro campamento? Antes, ni tú ni los tuyos podíais circular por esta región; y si lo hacíais, era con todas las precauciones, fuegos encendidos, caballos preparados, y cautela en tierras de un enemigo más fuerte que vosotros. Fue gracias a nuestro apoyo que llegasteis a ser señores de esta región. Y, siendo así, se necesita coraje para intentar expulsarnos de un lugar que no habéis conquistado, repito, salvo por nuestra mano, y del cual el enemigo era impotente para repelernos. Y, en lugar de venir aquí a presentarnos despedidas, votos amigables y obsequios, como señal de reconocimiento por lo que nos debéis, ¿querías impedirnos instalar nuestro campamento antes de partir? ¿Y no temes pronunciar tales amenazas ante los dioses? ¿No tienes vergüenza de venir con tales disparates frente a este joven que te ve rico y soberbio, cuando, antes de nuestra alianza, llevabas, como tú mismo confesaste, la vida atribulada de un bandolero? ¿Y por qué vienes a hablar conmigo en lugar de dirigirte a los espartanos, que hoy son los que mandan aquí, y a quienes entregaste el ejército griego con carta blanca para llevarlo a Asia, sin tener consideración por mí, llamándome, como sería justo, a resolver algún problema para, de alguna manera, recuperar la simpatía que posiblemente hayas perdido al aliarte con nosotros?

Medósade palideció, y Orontes, el joven jefe odrisio que lo acompañaba, exclamó:

—Después de lo que acabo de escuchar, tengo ganas de meterme bajo tierra para que nadie me vea. Si hubiera sabido cómo eran las cosas, no te habría acompañado, Medósade. Pero me voy ya. Médoco, mi señor, nunca me perdonaría si de alguna manera hubiera colaborado en la expulsión de nuestros benefactores.

Sin decir más palabras, Orontes subió a su montura y partió a galope, seguido de su escolta tracia, excepto por cuatro que permanecieron con Medósade. Este insistió en llevar su queja adelante y pidió que llamaran a los espartanos.

Jenofonte se giró hacia Georgios y le pidió que los convocara. Después de un tiempo, el sargento regresó con Carmino y Polínico.

El general, en presencia de Medósade, les dijo:

—Ha llegado el momento de hacer que paguen lo que deben al ejército. Los soldados exigen el pago, por las buenas o por las malas; prometieron ir con vosotros siempre y cuando la deuda se saldara, y, dado que tienen toda la razón, asumisteis el compromiso de no llevarlos de aquí antes de que estuvieran completamente reembolsados.

Los comandantes espartanos estuvieron de acuerdo, y Carmino se dirigió a Medósade:

—¿Tienes algo que decirnos? Si tienes algo que decir, dilo. Si no, nosotros sí —afirmó con dureza.

—Seutes y yo —respondió en tono humilde —, venimos a pedirnos que no practiquéis depredaciones en esta región, que nos ha llegado a ser querida desde que es nuestra.

—¿Queréis que nos marchemos de aquí? —respondió Polínico—. Nos vamos, pero antes tienes que pagar el salario a aquellos que os ayudaron a conquistarla; de lo contrario, si faltáis a la palabra dada y les hacéis algún daño, será con nosotros con quienes tendréis que ajustaros cuentas.

—Nobles griegos —dijo Medósade—, os invito a que os dirijáis a Seutes, que sin duda no dejará de dar una respuesta favorable a la demanda, que es más que justa. Os ruego, sin embargo, que ahorréis a la región de la furia de los soldados griegos.

Jenofonte y los espartanos confabularon entre sí, y Jenofonte dijo:

—Que Seutes comparezca ante nosotros.

Medósade aceptó y salió del campamento griego.

Dos días después, Seutes apareció acompañado de un escuadrón de caballería y se reunió con Jenofonte, Carmino y Polínico bajo un gran roble que estaba fuera del campamento griego. Perseo y sus compañeros permanecieron cerca del general y los espartanos, atentos a cualquier señal de traición.

Jenofonte inició las conversaciones dirigiéndose al rey de los tracios:

—No vengo, Seutes, a pedirte nada personalmente, sino a hacerte entender que no tenías derecho a sentir enemistad hacia mí por haber exigido el pago de las tropas. Siempre supuse y sigo suponiendo que tenías tanto interés en pagar como ellos en recibir. Gracias a ellos, después de los dioses, te convertiste en señor de vastos territorios y numerosas poblaciones, alcanzando una posición en la que ninguno de tus actos, buenos o malos, puede pasar desapercibido. En esa posición eminente, no te conviene ganar fama de despedir a los leales servidores sin la recompensa debida; tienes también toda la ventaja en ser elogiado por boca de seis mil hombres que te sirvieron y, sobre todo, en no dejar en duda tu palabra. He notado que la palabra de los hombres sin carácter es vana, sin eco, sin poder, mientras que la de los hombres honrados vale como el oro y tiene fuerza como la espada. ¿Recuerdas o hace falta recordarte que no nos diste un adelanto cuando contratamos la alianza? No nos diste nada, tampoco te pedimos nada. Fue confiados en tu dignidad que, con armas en mano, te ayudamos a conquistar un imperio que vale incomparablemente mucho más que los treinta talentos que nos debes y que reclamamos como deuda sagrada. ¿Recuerdas la pasión que tenías para conquistar este reino? ¿Quién te hubiera dado entonces ser señor de él a cambio de grandes sumas! Supongo que para ti sería una mayor desdicha y deshonor perder esta conquista que haberla hecho. Es desalentador convertirse nuevamente en un simple ciudadano después de ser rey. Escucha; sabes muy bien que si estos pueblos se muestran sumisos no es por afecto, sino por coacción. ¿Tienes dudas de que no intentarían un nuevo esfuerzo para recuperar la libertad si no estuvieran atados por el miedo? Sin embargo, si ven nuestras tropas dispuestas a quedar bajo tus órdenes, o al menos a acudir en tu ayuda en caso de necesidad; si oyen hablar de ti con respeto, ¿crees que pensarán que tu imperio está mejor cimentado por el terror? ¿O prefieres que sepan que, por tu proceder, nadie más

vendrá a socorrerte, sino que, por el contrario, estamos más dispuestos a ayudarlos a ellos que a ti? De hecho, si los tracios fueron subyugados, no fue por ser inferiores en fuerza, sino por faltarles jefes. ¿No es temeroso que vengan a buscarlos entre estos griegos, que se sienten agraviados por ti, o que se dejen liderar por los espartanos, aún más poderosos, que estarán más que dispuestos a agradar a los griegos para que éstos decidan acompañarlos en la expedición? También es indudable que los propios tracios marcharían de mejor gana contra ti que a tu favor. Y por ello, tu victoria refuerza las cadenas de las que los esclavizaste; tu derrota los liberaría. Si te crees en la obligación de velar por el bienestar de los pueblos que conquistaste, ten por seguro que la región será mejor tratada si nos retiras pacíficamente que si ocupas la región por tiempo indefinido. Y en cuanto al dinero, ¿no te será más valioso pagar ya lo que debes que quedarte debiéndolo y tener que pagar tropas considerables? Heráclidas considera la cantidad exagerada; ya nos lo ha declarado, pero ¿no te será hoy más fácil conseguirla y pagarla que lo que te costaba ayer reunir la décima parte? Una cantidad, por cierto, es grande o pequeña solo en relación con las posibilidades de quien paga y de quien cobra. Los ingresos de tu año de hoy valen más que cuando los poseías ayer. Te digo esto con toda sinceridad para que seas digno de los bienes que los dioses te han dispensado y no me dejes quedar mal ante la opinión de los soldados. En verdad, si hoy quisiera vengarme de un enemigo o prestarte nuevamente ayuda, no lo conseguiría por el estado de ánimo en el que se encuentra el ejército hacia mí, y, sin embargo, te tomo como testigo, a ti y a los dioses inmortales a quienes nada se les oculta, de que nada recibí de tu mano por los servicios que los soldados te prestaron, ni nunca te reclamé nada de lo que me prometiste. Y puedo jurar que, si hubieras dispuesto satisfacer tus compromisos conmigo, solo lo habría aceptado después de que el ejército recibiera lo que le debías. Consideraría infame preocuparme de mis propios asuntos antes que, de los suyos, aún más teniendo a los soldados honrándome con su confianza. ¿Oíste las acusaciones de las que fui objeto? Me acusaron ante Carmino y Polínico de preocuparme más por ti que por los espartanos y por el ejército, y de estar más atento a tus intereses que a los de los soldados. ¿Acaso no llegaron a decir que me vendí a tu persona? Dime, si no hubiera dado siempre pruebas de celo en todo lo que te concernía, ¿sería posible que me hubieras convertido en objeto de semejante sospecha? Ahora que has realizado tus ambiciones y que he hecho todo lo posible para volverte poderoso, ¿no te pesa verme desacreditado ante los ojos de los soldados? ¡Y mira, no dudo de que más temprano que tarde tendrás que pagarles! El tiempo te curará y estoy seguro de que terminarás por escuchar las quejas de aquellos que te prestaron servicios invaluable. Págaless, págaless, te lo pido, porque quiero verme tratado por ellos con esa confianza y estima con la que se dignaban honrarme antes de entrar a tu servicio.

Seutes, visiblemente avergonzado, dijo:

—Nunca pensé en quedarme con ese dinero —protestó—. Heráclidas, mal consejero, nubló mi mente y me hizo actuar de manera mezquina con aquellos a quienes debo mi reino. ¡Pagaré lo que debo!

—Pues, ya que dices que vas a pagar, me harías un gran favor si lo haces por mi mano —dijo Jenofonte—. Por tu culpa, he perdido la consideración de los soldados. ¿No sería legítimo que por la misma vía pudiera rehabilitarme?

—Es legítimo y no seré yo quien quiera tu perjuicio —respondió Seutes—. Lo dije y lo repito: quédate con mil hoplitas y tendrás las plazas fuertes y más bienes de los que te prometí.

—Imposible. Si me permites, nos retiramos —dijo Jenofonte, dándole la espalda.

—Jenofonte, quédate. No te faltará nada. Estás más seguro aquí conmigo, ayudándome a someter a los tracios insubordinados —imploró Seutes.

—Te agradezco mucho tus atenciones, pero ya está decidido. Partiremos tan pronto como los soldados reciban lo prometido. Puedes estar seguro de que, adondequiera que vaya, no seré yo quien hable mal de ti —respondió Jenofonte.

—Mañana enviaré el sueldo prometido y, como forma de disculpas por mi ingratitud, te daré un talento y añadiré seiscientos bueyes, unos cuatro mil carneros y unos ciento veinte esclavos —afirmó Seutes.

—Esperaremos que cumpla con la palabra dada —dijeron los comandantes espartanos.

Seutes partió, y el pelotón de Georgios fue dispensado. Los soldados regresaron a sus tiendas, que estaban cerca del puesto de mando de Jenofonte y de los comandantes espartanos.

—Finalmente parece que nos vamos de esta tierra olvidada por los dioses —dijo Atreu.

—¡Y con dinero! —rió Petrus.

A la tarde siguiente, un convoy de carros escoltado por la caballería tracia se acercó al campamento, trayendo el sueldo prometido, además del ganado y los esclavos que serían puestos a la venta.

Ante el ejército reunido, Jenofonte se dirigió a los comandantes espartanos:

—Aquí está lo que, con vuestra firmeza, conseguisteis para los soldados. Haced el favor de vender y repartir los productos entre ellos. A partir de ahora, me eximo de la responsabilidad de comandarlos.

Carmino respondió:

—Es un consenso general, incluso entre los soldados, que al menos te quedes con nosotros hasta que entreguemos el ejército al general Timbrón —afirmó.

Los soldados reunidos aprobaron las palabras de Carmino y suplicaron que Jenofonte continuara al mando, a lo que él accedió, aunque con reluctancia.

Al amanecer, se sacrificaron cinco bueyes a los dioses en agradecimiento por el fin de la jornada, pues en pocos días el ejército embarcaría de vuelta a Asia.

Todos celebraron, la bebida y la comida se distribuyeron por todo el campamento, fue una noche de fiesta.

Mientras Perseo y sus compañeros conversaban animadamente, Carmino se acercó a Artemisia.

—¿Podrías cederme un minuto de tu atención? —preguntó amablemente.

La amazona observó a Perseo, quien aún no se había percatado de que Carmino la había llamado.

—Sí —respondió lacónicamente, alejándose algunos pasos de su esposo y sus compañeros.

—Me he enterado de tu valentía y destreza en la guerra, no solo Jenofonte y otros oficiales te han elogiado, sino que hasta Seutes lamentó que no aceptaras servirle —comenzó Carmino.

—Tengo mis razones —la amazona encaró al espartano.

—Tengo una propuesta: únase a nosotros en la expedición contra Tisafernes y me aseguraré de que tengas los medios para reclutar una fuerza de caballería para luchar a nuestro lado. Timbrón necesita comandantes experimentados y tropas de caballería —concluyó con una sonrisa.

Era la oportunidad perfecta, servir como comandante de caballería junto al ejército espartano para combatir a Tisafernes; parece que los dioses finalmente están de mi lado. Pero si acepto, significa que Perseo se alistará nuevamente, ¿lo estaré condenando a muerte? Pensó.

—¿Puedo considerar tu invitación? —preguntó indecisa. *Aunque había afirmado que lucharía contra Tisafernes, todavía tenía dudas sobre si ese era el mejor camino o si debía ir sola a matarlo.* Pensó.

—Claro, cuando el general Timbrón desembarque en Pérgamo, búscanos si deseas unirse a la campaña —el espartano sonrió y, tras hacer una reverencia, se alejó.

Artemisia miró a Perseo, quien la vio y le sonrió feliz, extendiendo los brazos y llamándola. La amazona se acercó a él y se sentó a su lado, participando en la alegre cena que Diomedes había preparado.

La animación de todos con la proximidad del final de la retirada era visible, solo Artemisia no estaba feliz, pero disimuló para no interrumpir la celebración.

La pareja se retiró tarde en la noche a su tienda, la amazona estaba introspectiva, en contraste con los demás.

Pronto partiríamos nuevamente hacia la guerra, ¿cuándo encontraré la paz nuevamente? Pensó Artemisia, acurrucándose en el cuerpo de su esposo, en su cama de pieles.

—¿Qué te preocupa, mi amor? —Perseo acarició el cabello de su esposa, dándose cuenta de que ella no estaba dispuesta a hacer el amor.

Ella meditó un poco antes de responder.

—Pronto estaremos nuevamente en Asia, los dioses fueron bondadosos y me concedieron la oportunidad de vengarme de Tisafernes, verlo muerto será suficiente para saciar mi sed de venganza. Carmino me prometió el mando de una tropa de caballería —respondió, contrayendo la mandíbula.

Los dioses fueron envidiosos e implacables, es lo que me gustaría responder. Pensó el espartano. Por un momento nos dejaron disfrutar de las esperanzas de un hogar normal y un hijo, para luego destruir nuestros sueños, pero no puedo decirle esto sin herirla.

—Estaré contigo todo el tiempo —prometió, besando la frente de su esposa.

El corazón de Artemisia se oprimió en su pecho. *Espero que el amor que Perseo siente por mí no sea la causa de su ruina. ¿Por qué los dioses no permitieron que yo generara nuestro bebé? Estaríamos ahora en Bizancio, lejos de la guerra, y habría abandonado mi deseo de venganza.* Pensó y sonrió tristemente, una lágrima escapó de sus ojos y descendió lentamente por su rostro, y Perseo la besó delicadamente.

—Nuestro bebé habría sido fuerte y hermoso —sollozó, enterrando su rostro en el pecho de Perseo, mientras lloraba suavemente.

Con el corazón roto, el espartano la acarició, murmurando.

—Aún lo conseguiremos. Y si no lo conseguimos, podemos adoptar a un niño, no faltan huérfanos por la guerra.

Después de mucho tiempo, Artemisia se durmió en los brazos de su esposo, llorando. *Parte de mi corazón se rompe al verla de esta manera. Pensó en Hipócrates, el hijo que no pudo criar. ¿Estará siendo bien cuidado por el hombre que se casó con Elana? Pensé en tomarlo de ellos y criarlo con Artemisia, pero sería cruel de mi parte hacer eso, no tendría el valor de separarlo de su madre, así como no tendría el valor de reconocerlo ante los Éforos, no lo someteré al mismo entrenamiento inhumano que yo pasé en la agogé.*

Con estos pensamientos, el espartano se durmió, orando a los dioses para que fueran benevolentes y permitieran que Artemisia tuviera un hijo, de esa manera renunciaría a la venganza contra Tisafernes.

Si ella persiste en este camino, temo por su vida.

Capítulo 21

Una semana después, finalmente el ejército embarcó.

Partieron por mar hacia Lámpsaco, donde desembarcaron. Se hicieron sacrificios en honor a los dioses Apolo y Zeus en nombre de Jenofonte, los cuales fueron patrocinados por Euclides, hijo de Cleágoras, amigo del general.

El ejército permaneció durante dos días en Lámpsaco. Atreu le explicó a Artemisia que fue en esa ciudad donde la diosa Afrodita dio a luz a Príapo^[16], cuando regresaba de su encuentro con Dionisio. El nombre antiguo de la ciudad era Pityussa, y su rey, Mandrón, invitó a Fobo, de Focea, que pertenecía a la familia de Codro, a traer colonos de Focea, prometiéndole dar parte de sus tierras.

Los colonos prosperaron, saqueando a los bárbaros vecinos, lo que provocó la envidia de los nativos, quienes planeaban matarlos. Lampsace, la hija del rey, se enteró y reveló a los griegos los planes de traición.

Estos tomaron la iniciativa y mataron a los hombres de la ciudad. Lampsace murió de enfermedad, y el rey Mandrón pidió salir de la ciudad, llevando consigo a los hijos y esposas de los hombres muertos. La ciudad pasó a llamarse Lámpsaco en honor a la princesa fallecida, quien recibió honores heroicos y sacrificios como si fuera una diosa.

Artemisia se sorprendió cuando Atreu le contó que Príapo era considerado el dios de la fertilidad y que en la ciudad se celebraban festivales en su honor, durante los cuales la gente se entregaba a todo tipo de lascivia.

Esa noche, Perseo la convenció, con mucho esfuerzo, de buscar un templo.

—Si Príapo es el dios de la fertilidad, ¿qué mal habría en sacrificar una víctima en su honor, pidiendo por la gracia de un nuevo hijo? —preguntó el espartano.

Aunque a Artemisia le dolía el alma con esa esperanza, no pudo rechazar su petición. *Después de todo, ¿qué mal haría? Pensó.*

Al amanecer, la pareja buscó a Atreu, quien se mostró encantado de ayudarlos. Con su ayuda, localizaron un templo de Príapo en un pequeño bosque, dentro de los muros de la ciudad. Al lado de este, en un corral, había varios cabritos negros. Eligieron una víctima para el sacrificio, pagando una suma exorbitante por ella, pero Atreu les instruyó a no regatear el precio.

Un acólito los condujo hasta el interior del templo, donde varios braseros estaban encendidos, iluminando tenuemente el lugar. En un pequeño altar, había una estatua de un hombre desnudo, cuyo pene era desproporcionadamente grande. Artemisia apretó los labios intentando no sonreír, y Perseo se sonrojó avergonzado.

El sacerdote se acercó entonces a la estatua, mientras sus acólitos sujetaban el cabrito, dejando visible su órgano genital. Murmurando palabras ininteligibles, levantó un puñal mostrándoselo a la estatua, y con un movimiento ágil y rápido, castró al cabrito, que soltó un balido lastimoso. El sacerdote entonces roció unas gotas de sangre sobre el pene de la estatua y luego arrojó los órganos genitales al brasero, que chisporroteó exhalando el olor a carne quemada.

Los acólitos entonaron un cántico al dios, que la pareja escuchó entre avergonzados, escandalizados y divertidos:

—¿Por qué no está cubierta la parte obscena en mí, preguntas? Pregunta si algún dios cubre sus dardos: a plena luz, el señor del cielo detiene su rayo, el tridente del dios de las aguas no se oculta; ni Ares esconde esa espada con la que es valiente ni Palas Atena guarda la lanza en pliegues tibios. ¿Portando flechas de oro acaso Febo se sonroja? ¿Artemisa suele llevar, oculta, la aljaba? ¿Y Hércules cubre la masa de su garrote nudoso? ¿El dios alado vela el caduceo? ¿Quién vio a Dionisio extender las vestiduras en el gracioso tirso? ¿Y quién, Amor, te vio de rostro oculto? No sea crimen que mi miembro se muestre siempre: si esta lanza falta, soy inerme.

El animal fue llevado por los acólitos y el sacerdote se volvió hacia la pareja y se dirigió a Artemisia:

—He rezado al dios Príapo y a su madre, Afrodita, para que les concedan fertilidad.

Perseo salió del templo esperanzado de que pronto pudieran engendrar un nuevo hijo. Artemisia disimuló que creía en esa posibilidad. *Pero en mi interior sé que no es posible. Otanixos y sus hombres, al violar mi cuerpo, se encargaron de eso*, pensó amargada, mientras por fuera sonreía para que su esposo no lo notara.

En Lámpsaco, los esclavos y parte del ganado fueron vendidos, y el dinero se dividió entre los soldados. Perseo y sus compañeros recibieron su parte y decidieron celebrar en una taberna en la zona portuaria.

El lugar era amplio y estaba lleno. Varios soldados griegos celebraban la venta de los objetos saqueados y los esclavos obtenidos en Tracia. El ambiente era festivo. La jornada que había comenzado en la ciudad de Esmirna, ahora estaba cerca de su fin; Grecia los esperaba al otro lado del mar Egeo.

Los soldados discutían animadamente sobre la continuación de la campaña, esta vez para combatir a Tisafernes, el que había traicionado a sus comandantes, ejecutándolos.

Todos parecían haber olvidado las terribles pruebas por las que habían pasado: el cruce del desierto, la batalla de Cunaxa, la persecución del ejército persa, la lucha contra los carducos en las montañas, el terrible invierno en Armenia, las maquinaciones de Seutes en Tracia. Evaluaban la oferta de unirse al ejército de Timbrón, y algunos pocos soldados tenían la mirada perdida y asustada, como si los horrores vividos aún los persiguieran; estos serían los primeros en embarcar de vuelta a Grecia.

Artemisia escuchaba en silencio. *Quería aprovechar la oportunidad que los dioses le*

concedían. No necesitaré reclutar un ejército, podré unirme a los espartanos como mercenaria, pensó. Carmino me prometió el mando de la caballería, o incluso podría regresar a Escitia y levantarla contra el Imperio. Pero, por otro lado, está Perseo. No quiero que muera por mi causa, y sé que me seguirá donde sea que vaya. ¿Debería continuar por el camino de la venganza?

Otanixos está muerto, aunque no vi su cuerpo. Nadie escaparía con vida después de una caída como esa, pero Tisafernes sigue vivo, y fue él quien ordenó a su maldito perro de caza atacar Halicarnaso, haciéndose pasar por espartano, destruyendo en su camino a mi familia y mi inocencia. Fue él quien ordenó que la mujer y la hija de mi amigo Artapates fueran asesinadas, y finalmente, quien ordenó la muerte de Ciro, lo que resultó en el asesinato de Mardoc.

¿Podría renunciar a mi venganza para acompañar a Perseo en una nueva vida?

Parte de Artemisia gritaba que sí.

Diomedes ocupó una mesa cerca de la ventana, desde donde podían ver el puerto. De vez en cuando, una ráfaga de aire marino entraba por ella, eliminando el aire viciado del interior de la taberna, una mezcla de frituras, especias, sudor, cerveza rancia y vino.

Se acomodaron cómodamente, dentro de lo posible, en los bancos duros. Artemisia se sentó apoyada en el pecho de Perseo, mientras él se recostaba contra la pared, con sus amigos alrededor de la mesa.

La comida fue servida en grandes fuentes: carne, verduras y panes, además de odres de barro con vino y cerveza.

Comieron con apetito y bebieron como si acabaran de cruzar un desierto. Artemisia, a pesar de ser mujer, podía ingerir una gran cantidad de vino sin embriagarse; si lo deseara, podría incluso competir con Diomedes y Petrus sobre quién bebía más. Y esta vez podía beber tranquila, con el fantasma de Otanixos finalmente exorcizado, la amazona ya no temía que él apareciera de repente.

Todos rieron y recordaron sus aventuras, algunas tristes, otras alegres.

—¡Quiero proponer un brindis! —gritó Diomedes animado, levantándose con su copa de vino en la mano.

Sus compañeros golpearon las copas contra la mesa, aprobando y llamando la atención. Los soldados griegos de otras mesas los miraron atentos. Cuando Diomedes vio que había conseguido la atención de buena parte de los soldados, continuó, subiendo sobre el banco.

—¡Un brindis por todos nosotros! ¡Espartanos, atenienses, tebanos, rodios, arcadios y demás soldados de las distintas ciudades de Grecia! Nuestros líderes del pasado nos hicieron luchar unos contra otros, pero en esta jornada, que comenzó hace casi dos años, luchamos como hermanos, no como ciudadanos de ciudades diferentes, ¡sino como griegos! ¡Como hombres libres de Grecia, nuestra patria, que ahora está tan cerca, solo tenemos que cruzar el mar!

La soldadesca en el salón estalló en vítores, las copas se levantaron y se derramaron.

Con un gesto de los brazos, Diomedes pidió silencio.

—¡Mis hermanos! ¡Eso es lo que somos todos, hermanos! No de sangre, pero sí hermanos de batalla, ¡un vínculo más fuerte que la sangre! Quiero decir a todos los presentes que ha sido un honor luchar a su lado. Ahora, con Grecia y nuestro hogar tan cerca, que podamos finalmente brindar en honor a todos nuestros compañeros que no pudieron llegar hasta aquí —concluyó, levantando su copa.

La soldadesca, esta vez en silencio, levantó sus copas.

—¡Ahuu! ¡Ahuu! ¡Ahuu! —gritó Laertes, levantando su vaso.

—¡Ahuu! —fue el grito unánime que resonó en la taberna.

Todos levantaron sus copas y derramaron su contenido, en honor a todos aquellos que perecieron en la jornada.

Artemisia derramó su copa en honor a Ciro y sus hermanas, haciendo una oración silenciosa a los dioses del inframundo.

Sentía una angustia terrible por su viejo amigo, que tanto la había amado, por su hermana más querida, Ikarnas, que la había entrenado y estuvo con ella durante todos sus años junto a las Amazonas, por sus hermanas guerreras y por la pequeña Helena, que sabía que estaba bien cuidada.

Perseo y sus compañeros pasaron toda la tarde y la noche en la taberna, discutieron, rieron, se entristecieron, pero, sobre todo, celebraron la vida.

Georgios intentó disuadir a Artemisia de unirse al ejército del general Timbrón.

—Eres joven, Artemisia, podría ser tu padre, y tengo un gran cariño por los dos. Por eso escúchame: olvida la venganza, busca una tierra fértil y estableceos. Este joven a tu lado te ama más que a su propia vida —dijo, dirigiéndose al matrimonio de manera más reservada, mientras sus compañeros festejaban ruidosamente al lado.

—Debo vengar a mis hermanas y a mi rey. No tuvieron un funeral digno, fueron abandonados en el campo para servir de pasto a las aves y a las bestias —respondió Artemisia con convicción, recordando los innumerables crímenes del sátrapa.

—¿Y si fallas? ¿Has pensado que podrías morir antes de siquiera acercarte a él? —preguntó Georgios.

—No me importa, si no lo mato en esta vida, será en la próxima —dijo inflexible, con un destello de odio en los ojos.

Perseo, al ver la mirada de su esposa, pensó en las Erinias o Furias, que eran las

personificaciones de la venganza. Mientras Némesis, diosa de la venganza, castigaba a los dioses, las Erinias castigaban a los mortales. Eran tres: Tisífone (Castigo), Megera (Rencor) y Alecto (Innombrable). Vivían en las profundidades del Tártaro, donde torturaban las almas pecadoras juzgadas por Hades y Perséfone, sus padres. Horribles, poseían alas de murciélago y cabellos de serpientes. También se las llamaba Euménides, o las “benevolentes”, un eufemismo utilizado para evitar pronunciar su verdadero nombre, por miedo a atraer sobre uno su cólera. *Este odio tiene que terminar*, pensó acongojado.

—¿Vale la pena sacrificar tu vida y la de Perseo en esta búsqueda de venganza? —preguntó el sargento.

Artemisia titubeó, nuevamente sus sueños y las visiones que había tenido años antes desfilaron por su mente, como si hubieran ocurrido ayer. Su miedo era que Perseo muriera por amarla. *Si eso ocurre, jamás me perdonaré*, pensó, desviando la mirada hacia su esposo, quien percibió el conflicto que atravesaba su alma. Él sabía del temor que la amazona sentía por el sueño con los dioses, creyendo que eso podría significar su muerte, por más que él intentara disuadirla de la idea.

—¡No! Perseo es todo para mí. Preferiría que él no me siguiera en este camino tortuoso, pero no puedo disuadirlo de seguirme, porque no puedo olvidar que mis hermanas y mi rey fueron asesinados y ni siquiera recibieron los honores fúnebres que merecían.

—Eso no te corresponde decidir, somos uno solo. ¡Donde vayas tú, yo iré! —Perseo sostuvo la mirada de Artemisia, mientras apretaba sus manos para demostrar la sinceridad de sus sentimientos.

Artemisia sonrió agradecida. *Sé que jamás me abandonará, es demasiado terco, y lo amo por eso*, pensó.

—¿Y si quedas embarazada otra vez? —preguntó Georgios.

—En ese caso, lo entenderé como una señal de los dioses, y abandonaré este camino de venganza —respondió de inmediato. *Quedarme embarazada, sentir una niña creciendo en mi vientre de nuevo, es lo que más deseo*, pensó.

—Rezaremos por ello —concluyó Georgios.

—Nosotros también —dijo Perseo, sonriéndole a Artemisia.

La celebración se prolongó toda la noche. El grupo salió tambaleante de la taberna rumbo al campamento cuando el amanecer se acercaba, y caminaron hasta la playa donde observaron el alba, mientras las primeras gaviotas ya gritaban irritadas buscando peces.

Perseo apretaba las manos de Artemisia a su lado, quien mantenía los ojos cerrados haciendo una silenciosa oración: *Dioses inmortales, concededme la gracia de poder engendrar un hijo, y si no es posible, permitidnos disfrutar de nuestro amor.*

La magia del momento se rompió cuando Atreu se agachó y vomitó todo el contenido de una noche de borrachera en la arena de la playa, lo que hizo que todos se rieran.

Riendo, Perseo y Artemisia salieron corriendo lejos de él, mientras sus compañeros volvían al campamento, la pareja buscando la protección de una duna, donde Perseo extendió su manto y ambos se acostaron felices.

—¿Qué tal si empezamos a seguir los consejos del dios Príapo? —susurró Artemisia sensualmente al oído de su esposo.

Perseo miró alrededor, no había movimiento en la playa. El toque de los labios de Artemisia en su rostro y luego en sus labios despertaron el deseo en él. La tomó allí mismo, mirándola a los ojos, sus labios entreabiertos en una media sonrisa sensual. El espartano no resistió y la besó con pasión, pronto estaban desnudos, sus cuerpos entrelazados, amándose apresuradamente, temerosos de que alguien los sorprendiera.

Riendo, después de saciarse, se vistieron y corrieron nuevamente hacia el campamento, pero antes se detuvieron en una pequeña tienda, donde un vendedor asaba algunos peces pescados en la madrugada. El olor era delicioso y ambos tenían mucha hambre.

Fue uno de los mejores desayunos que hemos tenido juntos, aquí, sentados cerca de la arena de la playa, observando cómo el día avanzaba y los habitantes de la ciudad comenzaban su jornada diaria, pensó Artemisia, sintiéndose en paz como nunca antes, sin darse cuenta de que su deseo de venganza comenzaba a disminuir.

Desde Lámpsaco, el ejército marchó por el territorio de la Tróade, pasando por la ladera del monte Ida. Atreu estaba emocionado, estaban en el antiguo territorio de la ciudad de Troya o Ilión, cantada en versos por Homero.

Atreu le contó a Artemisia que Electra, hija de Atlas y Pleione, tuvo dos hijos y una hija con Zeus: Dárdano, Iasio y Harmonía. Iasio se enamoró de Deméter, intentó violarla y fue fulminado por un rayo de Zeus. Triste por la muerte de su hermano, Dárdano se trasladó al otro lado del mar. Dárdano fue recibido por el rey Teucro, casándose con su hija Bátia. Este reino pasó a su nieto Tros, quien lo llamó Troada y a sus habitantes, Trois. Ilo, hijo de Tros, fundó Ilión, también conocida como Troya.

Atreu se emocionó tanto por la región, que pasaba las noches declamando la Ilíada para quien quisiera escuchar.

La primera ciudad que encontraron en la región fue Antandros. Esta ciudad, debido al acceso a grandes cantidades de madera del monte Ida, era una gran constructora de barcos. Durante la guerra entre Esparta y Atenas, fue capturada por exiliados griegos de Mitilene de manos de los atenienses.

Cerca de nueve años antes, Farnabazo había construido una flota de trirremes para Esparta, durante la guerra contra Atenas, cuando la ciudad estaba bajo dominio persa. Ahora, nuevamente, experimentaba la libertad.

En Antandros existía un templo dedicado a la diosa Afrodita, y con la ayuda de Atreu, la pareja lo localizó. Artemisia quería visitarlo para ofrecer sacrificios a la diosa.

—Perseo, me gustaría ir sola —pidió durante la noche, mientras estaban acostados en la tienda en el campamento griego, en las cercanías de la ciudad.

—¿Por qué? —preguntó Perseo curioso, no le gustaba la idea de que su esposa caminara sola por una ciudad desconocida y tan cerca de las fuerzas persas de Tisafernes y Farnabazo, aunque él creía que Otanixos estaba muerto.

—Necesito orar a la diosa, pero no podré concentrarme contigo cerca —sonrió la amazona besando los labios de su esposo.

—Al menos lleva a Atreu, él puede ayudarte, después de todo, fue sacerdote —suspiró resignado, sin poder cumplir con su pedido.

—Si eso te tranquiliza, lo haré. Pero ahora tenemos algo mejor que hacer —sonrió sensualmente mientras se colocaba sobre el cuerpo del espartano, y pronto estaban amándose.

Antes del amanecer, Artemisia se levantó y buscó a Atreu, quien encantado aceptó acompañarla.

—He oído hablar de este templo de Afrodita, sus sacerdotes vinieron de la isla de Chipre —explicó preparándose para partir, cargando una bolsa con vino, y un saco con frutas y pan.

—Ten cuidado —pidió Perseo besando los labios de su esposa.

—Lo tendré —sonrió ella.

—Tranquilo, Perseo, nada malo ocurrirá —dijo Atreu animado por la pequeña excursión.

Artemisia salió del campamento griego bajo la mirada preocupada de Perseo. En compañía de Atreu, caminaron durante un tiempo siguiendo un sendero que atravesaba praderas y pequeños bosques. El espartano era amable y atento, contándole a la amazona sobre las tierras que había recorrido.

Finalmente alcanzaron el templo, que se encontraba en un bosque, era una estructura rectangular con varias columnas y capiteles esculpidos con representaciones de la diosa Afrodita

y su hijo Eros. No muy lejos, pudieron divisar entre los árboles un conjunto de casas, de los sirvientes y las sacerdotisas.

Alrededor del pequeño templo había bancos de madera, rodeados por un hermoso jardín con varios tipos de flores que esparcían su fragancia por el lugar.

El sol brillaba entre las nubes y una ligera brisa soplaba, mientras se podía escuchar el canto de varios pájaros. Era un lugar pacífico y tranquilo.

Una sacerdotisa de mediana edad, con cabello negro, salió del interior del templo vistiendo una larga túnica blanca.

—¿Qué desean? —preguntó observando a los visitantes atentamente.

—Deseaba consultar al oráculo —respondió la amazona.

—¿Y qué deseas saber? ¿Si te casarás? ¿Si lograrás que los hombres se enamoren de ti? —preguntó la sacerdotisa con cierto aire de fastidio, como si la mayoría de las personas que acudían al lugar solo lo hicieran por asuntos mundanos.

—No, deseo ofrecer mi vida a cambio de otra, quiero cambiar el destino trazado por la diosa —afirmó Artemisia sin mirar a Atreu, mirando fijamente a la mujer.

La expresión de la mujer cambió, ahora la miraba con seriedad.

—Muy bien, en ese caso, yo misma consultaré a la diosa.

—Artemisia, ¿qué pretendes hacer? —preguntó Atreu preocupado.

La amazona tomó las manos de su compañero y lo miró a los ojos.

—Necesito que guardes el secreto, por favor —suplicó.

—Sí, claro, pero ¿qué significa esto? —insistió.

—Después te lo explicaré —dijo la amazona, soltando las manos de Atreu y siguiendo a la sacerdotisa, que la esperaba a unos pasos de distancia.

Artemisia la acompañó, y en lugar de entrar en el templo, la mujer pasó junto a él, dirigiéndose a un conjunto de rocas que se encontraba en la parte trasera del lugar.

La sacerdotisa se detuvo en medio de las piedras e hizo un gesto para que la amazona la siguiera. De repente, la mujer desapareció y, al llegar al lugar donde ella estaba, Artemisia se dio cuenta de que había una escalera tallada en la roca que descendía entre las piedras.

La amazona siguió a la sacerdotisa hacia el interior de la tierra. Tras subir seis peldaños, llegaron a un amplio salón subterráneo, al fondo del cual había una abertura más pequeña de la que emanaba vapor.

—Siéntate aquí —pidió la sacerdotisa, señalando un banco tallado en la roca.

Artemisia obedeció y la mujer se sentó a su lado.

—Ahora, niña, cuéntame todo —pidió amablemente, tomando las manos de la amazona entre las suyas.

Artemisia respiró profundamente y contó sobre su infancia y el ataque de Otanixos, su rescate por Mardoc y el sueño con Ares y Afrodita en un templo de la diosa; las visiones que había tenido con Perseo en Escitia, incluso antes de conocerlo; su viaje con Ciro, el amor por Perseo y la derrota en Cunaxa; la retirada con los griegos, sus desafíos y la pérdida de sus bebés.

Cuando terminó, lágrimas rodaban por sus ojos.

—Si he ofendido a la diosa, pido perdón, pero si alguna vida debe ser tomada, que sea la mía y no la de Perseo —rogó, apretando las manos de la sacerdotisa, que la miraba con una expresión triste.

—Consultaré a la diosa —respondió la mujer, levantándose y dirigiéndose hacia la abertura al fondo del salón.

La mujer desapareció en su interior durante casi cinco minutos. Cuando regresó, parecía diferente, como si hubiera escalado el monte Ida, su cabello estaba desordenado y su vestimenta rasgada, sus ojos parecían desenfocados y con las pupilas dilatadas, el sudor empapaba su túnica.

La mujer se acercó a la amazona con pasos vacilantes, deteniéndose frente a ella.

—Vida por vida, solo el amor podrá salvarlo —murmuró con voz áspera y cayó al suelo desmayada, mientras un escalofrío premonitorio recorría la columna de Artemisia.

La amazona acudió a la sacerdotisa, colocando la cabeza de la mujer sobre su regazo. Al cabo de unos momentos, su respiración comenzó a calmarse y sus ojos recuperaron el enfoque. Se levantó con dificultad y se sentó en el banco para recuperar fuerzas, mientras Artemisia permanecía de pie observándola.

—¿Qué dijo la diosa? —preguntó finalmente.

—Dijo: "Vida por vida, solo el amor podrá salvarlo" —explicó.

La sacerdotisa asintió con la cabeza.

—La diosa aceptó tu ofrenda —afirmó de manera lacónica.

Artemisia sintió un alivio en su alma, haría todo lo posible para proteger a Perseo.

Salieron de la cueva y se dirigieron al templo, donde la sacerdotisa sacrificó una cabra blanca a Afrodita. Luego, la mujer cedió su aposento cuando la amazona dijo que deseaba escribir un mensaje.

Artemisia se sentó frente a la pequeña mesa del aposento del oráculo. Había algunos pergaminos en blanco, pequeños estiletes de madera y tinta en un delicado frasco translúcido. *¿Qué debo escribir?* Pensó. Si la diosa aceptó mi sacrificio, probablemente estaré muerta cuando Perseo lea la carta, o será algo diferente. Los oráculos nunca hablan con claridad, solo en enigmas.

No deseo morir, lo que más quiero es vivir en paz con el hombre que amo, aunque no pueda darle un hijo. Podríamos regresar a Escitia y criar a la pequeña Helena como nuestra, pero desde que sobreviví a la muerte en Cunaxa, la sensación de que la maldición de la diosa se hará realidad nunca ha abandonado mi espíritu. Sus palabras, que amaría y sería amada en la misma medida, pero que ese amor tendría una corta duración, podrían tener varios significados: ¿moriré yo? ¿Morirá Perseo? ¿El destino nos separará? ¿Perderé otros hijos? Pero la visión que tuve de la cabeza de Perseo en manos de Ares me lleva a creer que la muerte es lo que le espera si sigue a mi lado. Pensó, mojando la punta del estilete en la tinta, y suavemente, para no romper el pergamino, como Mardoc le había enseñado años antes, escribió en griego una carta para Perseo.

Tras terminar, secándose las lágrimas para que no mojara el pergamino, Artemisia lo selló, calentando un trozo de cera de abejas en el candil que iluminaba el pequeño aposento.

Con un suspiro, se levantó y caminó hacia afuera del templo. Atreu conversaba animadamente con la sacerdotisa, discutiendo sobre los dioses y su poder sobre los hombres.

Al verla, se levantó y sonrió avergonzado. Artemisia le sonrió a su vez.

—¿Terminaste, niña? —preguntó la sacerdotisa amablemente.

—Sí, señora, agradezco su amabilidad —respondió la amazona, sonriendo y entregando una moneda de oro persa.

—No pierdas la esperanza, las visiones de los dioses y las palabras de un oráculo no siempre se cumplen, y su significado es siempre oscuro —dijo la sacerdotisa, como si se disculpara.

—Espero que no, pero si ese no es el caso, que al menos la diosa acepte mi sacrificio —dijo la amazona antes de despedirse de la sacerdotisa.

Regresaron solo cuando el crepúsculo se acercaba. Artemisia estaba feliz y en paz, había aceptado su destino. *Si mi vida fuera el precio a pagar por la vida de Perseo, estoy dispuesta a sacrificarla*, pensó y le contó a Atreu lo ocurrido en la cueva, su conversación con la sacerdotisa, sus visiones y temores, y la decisión de ofrecer su propia vida a cambio de la de Perseo, y cómo lo amaba.

Atreu escuchó atentamente.

—Artemisia, no creo que los dioses se inmiscuyan de esta forma en la vida de los mortales —dijo, tratando de transmitir confianza.

—Tal vez no, pero si mi vida es el precio a pagar por la vida de Perseo, lo haré gustosamente —respondió, mirándolo—. Solo te pido un favor.

Atreu sostuvo su mirada, serio y curioso.

—Quiero que mantengas en secreto lo que te he contado. Si yo muero y ves que Perseo sigue el camino de la venganza, quiero que le entregues esto —pidió, extendiendo el pergamino lacrado.

Atreu observó el pergamino en silencio, y la amazona notó su indecisión, sonriéndole y alentándolo a aceptarlo.

—Solo lo guardaré. Cuando lleguemos a Grecia, te lo devolveré —Atreu aceptó, guardando el pergamino entre los pliegues de su túnica.

Al llegar al campamento, Perseo los esperaba ansioso.

Perseo vio a Artemisia caminando tranquilamente en compañía de Atreu, y al acercarse, percibió una sonrisa feliz en su rostro, transmitiendo una sensación de paz, como hacía mucho tiempo que no veía. Su compañero, en cambio, sonrió avergonzado y una sombra pareció cruzar su rostro, pero antes de que Perseo pudiera preguntar, él se apartó alegando estar muy cansado.

Esa noche, Artemisia no quiso participar en la cena junto al fuego con los demás, como todas las noches lo hacían, y prefirió llevar a su esposo a la tienda donde se amaron toda la noche.

En uno de los breves intervalos, Perseo preguntó cómo había sido la visita al templo. El recuerdo del sueño que ella le había contado, de una Afrodita airada que la había maldecido, no salía de su mente.

—Fue interesante, pude sacrificar a la diosa y orar pidiendo perdón, sentí que ella escuchó mis ruegos —dijo, volviendo a besar a su esposo, sin entrar en detalles sobre la visita.

—Hoy estás insaciable —sonrió mientras la abrazaba.

—Estoy feliz y celebrando —respondió, besando el cuello y el pecho de Perseo.

—¿Celebrando qué? —preguntó mientras sentía el calor del deseo recorrer su cuerpo.

—La vida, el amor, y estar contigo —la amazona se encajó nuevamente en el espartano.

Hicieron el amor hasta el amanecer, cuando entonces, exhaustos, durmieron entrelazados hasta la hora del almuerzo. Fueron despertados por sus compañeros, quienes les avisaron que el ejército retomaría su marcha.

Mientras se preparaban, Perseo le preguntó a Atreu cómo había sido la visita al templo, pero él también se mostró evasivo.

—Fue muy buena, el templo es bonito, y los sacerdotes gentiles —dijo sin querer profundizar.

Perseo terminó olvidando el asunto, solo semanas después Atreu le contaría lo sucedido en el templo.

Capítulo 22

De Antandro, costeando el mar, llegaron a la llanura de Tebas, con el mismo nombre de la poderosa ciudad-estado griega.

—Artemisia, ¿sabías que Tebas, según las leyendas, fue gobernada por el rey Eetión, que fue asesinado por Aquiles durante la Guerra de Troya? Andrómaca, esposa de Héctor y Criseida, que originó la ira de Aquiles, vinieron de esta ciudad, al igual que uno de los caballos de Aquiles, llamado Pedaso —explicó Atreu.

—Le prestas mucha atención a las historias de él, nunca va a dejar de importunarte —bromeó Diomedes.

—No me importa, me gusta escuchar esas historias, me recuerdan a mi infancia, cuando mi hermano y yo nos sentábamos a los pies de nuestro padre para escucharlo contar historias similares a estas —afirmó Artemisia, sonriendo tristemente.

Atreu, entre todos, era el más culto y había encontrado en ella una oyente atenta e interesada.

Pasaron por Adrarníteo, una ciudad costera cerca de la isla de Lesbos, hogar de la famosa poetisa Safo, nacida hacía más de doscientos años. Sus poemas eran conocidos en toda Grecia. Atreu sabía algunos poemas, y a petición de Artemisia, durante una noche recitó uno.

Estaban sentados alrededor del fuego, ya habían cenado y ahora bebían vino tranquilamente. Artemisia, al lado de Perseo, sostenía su mano. Atreu se levantó y dijo que iba a recitar un Himno a Afrodita, de la poetisa Safo^[17]. Petrus amenazó con quejarse, pero se calló cuando Atreu dijo que era un pedido de la amazona.

—Afrodita, inmortal de resplandeciente trono, hija de Zeus, tejedora de engaños, te ruego: que ni pena ni náusea dominen mi ser. Señora, calma el ánimo. Pero aquí llega — si alguna vez mi voz, escuchándola desde lejos, escuchaste y del padre dejando la casa dorada viniste atada al carro. Bellos te llevaban, ágiles aves por encima de la tierra negra, alas continuas vibrando, viniendo del cielo, a través del aire, y pronto llegaron. Tú, oh Venturosa, sonriendo en tu rostro inmortal, preguntas qué nueva pena sufro, a qué de nuevo te invoco, qué más deseo de ánimo loco que ocurra. "¿A quién convenceré de nuevo para que acoge tu amor?" "¿Quién, Safo, te hace sufrir?" "Si bien ahora huye, pronto te perseguirá; si bien rechaza tus dones, vendrá a darte; si bien no ama, pronto amará — aunque no lo quiera." Ven junto a mí, ahora mismo, deshaz el pensamiento áspero, cumple todo cuanto mi ánimo ansía ver perfecto. Y tú misma – sé mi aliada – declaró para una Artemisia encantada y una audiencia atenta. Incluso Petrus se quedó en silencio, con la boca abierta, intentando entender el poema.

Desde Adrarníteo, marcharon hasta Certónio, cruzaron el valle de Caíco, cerca de la ciudad de Arame. Siguiendo siempre adelante, llegaron a Pérgamo, ubicada en Misia. Según la

leyenda, Pérgamo sería hijo de Neoptólemo, hijo de Aquiles con Andrómaca, viuda de Héctor. Después de la guerra de Troya, Pérgamo se trasladó a Asia, luchó contra Aréio, déspota de Teutrania, y tomó su reino, dando su nombre a la ciudad de Pérgamo, explicó Atreu.

El ejército acampó en Pérgamo, estaban frente al mar Egeo, al otro lado se encontraba Grecia, la jornada estaba por terminar.

Los oficiales avisaron que una escuadra espartana llegaría pronto, con el general Timbrón y alrededor de cinco mil soldados espartanos, que lucharían contra Tisafernes. Quien deseara podría embarcarse de vuelta a Grecia o unirse al ejército expedicionario.

Debo decidir si acepto la invitación de Carmino para comandar una tropa de caballería, o no, pensó Artemisia.

La pareja aprovechó para conocer la ciudad, mientras sus compañeros frecuentaban las tabernas de la ciudad, Perseo y Artemisia recorrían las calles, visitando jardines y templos, buscando lugares tranquilos donde pudieran estar a solas para amarse.

Jenofonte se hospedó en la casa de Hela, esposa de Gonjilo, de Eretria, y madre de Gônjilo, quien había sido amigo del general durante años. Como su escolta personal, el pelotón de Georgios se alojó en el terreno de la mansión.

Artemisia causó curiosidad entre los anfitriones, quienes la invitaron a un banquete en honor a Jenofonte. Ella aceptó con la condición de que Perseo la acompañara.

Por la noche, la pareja se dirigió a la casa principal, construida al estilo griego, y entraron en un vestíbulo donde los sirvientes los atendieron y los condujeron hasta el salón principal.

El lugar era enorme, iluminado por varios candiles de metal, una mesa larga estaba dispuesta en el centro con varios jarrones de metal, que parecían de plata, y cestas con panes y frutas. Los anfitriones y sus invitados conversaban animadamente en grupos, la mayoría nobles de la ciudad, varios oficiales del ejército, entre ellos Jenofonte y los oficiales espartanos Carmino y Polínico.

Perseo estaba con su coraza pechera y grebas, las había pulido y ahora brillaban como nuevas. El manto rojo espartano, que había usado en su boda en el Monte Teches y que solo utilizaba en ocasiones especiales, cubría sus hombros. Artemisia resplandecía, llevaba una túnica griega que le llegaba hasta los pies, blanca como la nieve, regalo de bodas de Jenofonte, un fino cinturón de cuero con hilos de plata, artesanía escita, ceñía su cintura, y colgando de una vaina también de cuero y hilos de plata, un largo puñal. La amazona no llevaba ningún adorno, su cabello rubio y espeso caía suelto sobre sus hombros, y caminaba con una gracia felina, atenta a todo y a todos.

Su entrada causó conmoción entre los invitados.

Hela y su hijo Gonjilo se acercaron a la pareja, acompañados por Jenofonte, quien sonreía.

—Esta es Artemisia, la guerrera amazona de la que te hablé —presentó el general.

Hela, sonriendo, extendió las manos hacia Artemisia.

—Bienvenida, querida, tu belleza es fascinante. Jenofonte me dijo que eres originaria de Halicarnaso. ¿Cómo te involucraste en esta guerra luchando al lado de Ciro con otras amazonas? Tu historia debe ser fascinante.

—Es una larga historia, señora —respondió Artemisia.

—Este es mi hijo, Gonjilo —la mujer presentó a un hombre de unos treinta años, elegantemente vestido con una túnica helénica.

—Realmente eres muy bella, señora, esperamos tener el placer de tu compañía —le dijo con una sonrisa insinuante.

Artemisia no se alteró y respondió.

—Es un placer estar aquí —respondió educadamente—. Este es Perseo, mi esposo.

Los invitados se dieron cuenta de la presencia del espartano junto a la amazona y educadamente asintieron con la cabeza al saludarlo.

—Un bravo soldado, si me permiten decirlo —dijo Jenofonte—. Desafió y venció a un líder bárbaro tracio.

Ahora los invitados lo miraban con un poco más de curiosidad.

—Vamos, vamos, la presentaré a los demás invitados —dijo Hela, tomando a Artemisia de la mano e ignorando completamente a Perseo.

Artemisia siguió a la mujer, dirigiendo una mirada de desesperación a su esposo, quien rió para sí mismo. *Yo también estoy fuera de lugar, no estoy acostumbrado al ambiente refinado de los nobles. Ella al menos frecuentó la corte del rey Darío y luego la de Ciro, sabe tratar con los nobles mucho mejor que yo, un simple hoplita espartano.* Pensó mientras un sirviente se acercaba con una bandeja y copas, y el espartano aprovechó para tomar una y probar el líquido, era un vino dulce y empalagoso.

Hela llevó a Artemisia por el salón presentándola a varios nobles de la ciudad. La conversación giraba en torno al intento de Ciro de derrocar a su hermano del trono, la retirada de los griegos y la situación política en Asia.

Doce años antes del inicio de la desastrosa expedición de Ciro, el sátrapa de Lidia y Caria era Tisafernes, quien también era el comandante en jefe del ejército persa en Asia Menor.

Cuando Darío II ordenó la recolección del tributo que las ciudades griegas debían, hizo una alianza con Esparta en detrimento de Atenas, lo que un año después llevó a la conquista de gran parte de Jonia. Sin embargo, Tisafernes, convencido por Alcibíades, almirante ateniense,

entendió que la mejor política para Persia sería mantener el equilibrio entre Atenas y Esparta, y a través de negociaciones pérfidas y doble juego entre las dos ciudades, apoyó a ambas buscando debilitarlas.

Lo que ellos no sabían era que Tisafernes, para lograr sus objetivos, había ordenado que Otanixos se hiciera pasar por atenienses y por espartanos, atacando las ciudades jónicas para que pidieran ayuda al Imperio Persa, poniéndose bajo su protección. Pensó la amazona en silencio mientras escuchaba la conversación.

Pero la rivalidad de Tisafernes con su vecino Farnabazo, sátrapa de Frigia, disminuyó su poder, ya que este apoyó sinceramente a los espartanos contra los atenienses.

Dos años después, el rey Darío II decidió apoyar a Esparta en detrimento de Atenas, ambas ciudades en guerra por la supremacía en Grecia, y Tisafernes fue removido de su cargo de general y sus poderes fueron limitados a la satrapía de Caria, mientras que Lidia y la conducción de la guerra fueron confiadas a Ciro el Joven, hijo del rey.

Tras la derrota de Atenas, tanto Ciro como Tisafernes reclamaron jurisdicción sobre las ciudades jónicas, la mayoría de las cuales reconocieron a Ciro como su gobernante; sin embargo, Tisafernes se apoderó de Mileto, donde fue atacado por Ciro, quien a pretexto de combatir a Tisafernes y Abrácomes, reunió un ejército, entre cuyas tropas se encontraban los cerca de diez mil mercenarios griegos que tras la batalla de Cunaxa se retiraron de los confines del Imperio.

Fue en esta campaña donde conocí al único hombre que amé en mi vida. Pensó Artemisia.

Mientras tanto, Tisafernes, que había regresado, exigió que las ciudades jónicas prestaran obediencia al Imperio, lo que las hizo buscar el apoyo de Esparta, la ciudad más poderosa de Grecia, que decidió intervenir y enviar una fuerza expedicionaria a Asia, que pronto llegaría a Pérgamo.

Artemisia buscó a Perseo con la mirada y lo vio apoyado en una columna observándola, ella le sonrió y él sonrió de vuelta tratando de animarla.

Cómo lo amo, y aquí, en esta fiesta, rodeada de personas poderosas y nobles, me doy cuenta de que ya nada de eso me importa más, la política, la lucha por el poder, mi venganza contra Tisafernes, estoy cansada de todo eso, casi fui prisionera de Otanixos, lo que hubiera sido algo peor que la muerte, ¿y para qué? Incluso después de vencerlo, mi familia e inocencia no me fueron devueltas, no encontré satisfacción con su muerte, solo sentí un gran vacío en el alma. Pensó.

Calímaco se acercó en ese momento con dos copas de vino en las manos y ofreció una a la amazona, retirándola gentilmente del círculo de nobles que, liderados por Hela, la rodeaban.

—Permítanme la presencia de Artemisia por un minuto —pidió Calímaco.

Se apartaron unos pasos y Artemisia dio un sorbo de vino.

—¿Has pensado en mi propuesta? Pronto llegará Timbrón y partiremos en campaña contra Tisafernes —preguntó de forma directa.

Artemisia miró al espartano por un momento, luego buscó a Perseo con la mirada. Ahora él estaba en un rincón, apreciando una de las numerosas estatuas que adornaban el salón. Como si hubiera sentido su mirada, se giró y sonrió.

La amazona sonrió de vuelta. ¡Ya me decidí! Pensó.

—Gracias, Calímaco, pero estoy harta de la guerra, me voy a Grecia —sonrió al oficial.

—Es una pena, tu experiencia y habilidad serían muy útiles —dijo Calímaco.

—Si quieres un consejo de alguien que conoce a los persas, nunca confíes en Tisafernes. Clearco, tu paisano, que comandó a los griegos, aprendió de la peor manera, fue traicionado y ejecutado —advirtió.

—Sí, hemos recibido relatos de lo sucedido en la retirada. Quiero decir que nos impresionó mucho lo que escuchamos sobre tu valentía y coraje, Artemisia. Te deseo lo mejor en Grecia —respondió con una sonrisa sincera, alejándose.

—Gracias —murmuró, observando nuevamente a Perseo.

Durante el banquete, se sirvió una cantidad increíble de comida y bebida, los músicos de flauta y címbalos tocaron toda la noche, algunos artistas egipcios se presentaron con números acrobáticos, los poetas recitaban sus poemas, algunos osadamente los dedicaban a Artemisia, llamándola diosa guerrera, lo que la avergonzaba, pero no lograba deshacerse de sus anfitriones.

La amazona observó a Hela conversando con Jenofonte. La mujer afirmaba que los griegos debían atacar a un persa llamado Asidates, que sería responsable de la recolección de tributos de las ciudades sometidas al Imperio y que estaría viajando con su familia.

—Él lleva una verdadera fortuna en oro y plata, su escolta no es grande, está alojado en un punto comercial no muy lejos de Pérgamo —sugirió Hela con una sonrisa.

Los ojos de Jenofonte brillaron de codicia, la amazona sabía que él había decidido regresar a Grecia tan pronto como Timbrón llegara para asumir el ejército y, como la mayoría de los griegos, no había hecho una gran fortuna. Artemisia creía que eso no le preocupaba, ya que lo que lo motivaba era la gloria de ser un general de renombre.

La amazona escuchó la conversación con Calímaco, quien autorizó que el general griego partiera con voluntarios para capturar a Asidates y su familia para pedir rescate, siempre y cuando una parte del botín fuera entregada a las arcas del general Timbrón.

La madrugada avanzó y los invitados comenzaron a embriagarse, cuando el amanecer se acercaba finalmente Artemisia logró liberarse de sus anfitriones.

—¡Perseo, sálvame! —murmuró riendo mientras se acercaba a su esposo, escondido

entre las columnas del salón.

La pareja salió discretamente, varios invitados estaban tan borrachos que no notarían su ausencia. Entraron por un pasillo y se perdieron en la mansión, que era enorme. Riendo recorrieron los varios aposentos y acabaron parando en el piso superior, en una terraza con vista al valle verdejante donde se encontraba el palacio.

—¿Cómo fue? —preguntó Perseo riendo, refiriéndose a la atención recibida por su esposa.

—Horrible, mi voluntad era sacar mi daga y eviscerar a Hela y a su hijo, ella por ser tan inoportuna y él por devorarme con la mirada —rió.

Qué encantador es su sonrisa. Pensó Perseo mientras los primeros rayos del sol bañaban la terraza, reflejando en los cabellos rubios de la amazona un brillo dorado y suave.

—¿Qué pasa? —preguntó Artemisia sonrojándose al notar la mirada fija del espartano.

—Te estoy devorando con los ojos —rió.

Artemisia sonrió y pegó su cuerpo al de él, pasando sus brazos por su cuello.

—Soy la mujer más feliz del mundo por tenerte —murmuró, rozando sus labios con los de Perseo.

—Y yo, por ti, descendería al Hades como Orfeo descendió por su Eurídice —respondió, relatando la leyenda de Orfeo, el poeta más talentoso que haya existido^[18].

Era una historia triste, pero demostraba que el amor podía vencer incluso a la muerte.

—Mi poeta —murmuró la amazona, besando dulcemente a su esposo, después de que él terminara de contar la historia—. Aunque no soy una poetisa como Safo o como Orfeo, tu nombre cantaré incluso cuando descienda a la casa de Hades.

El fuego del deseo los arrebató, Perseo despojó a Artemisia, admirando su cuerpo bañado por los primeros rayos del sol. La amazona le ayudó a quitarse la coraza y las grebas, y pronto estuvieron desnudos. El espartano extendió su manto sobre el suelo de piedra de la terraza y amó a la amazona con ternura y pasión.

Mientras se amaban, él la miró, el azul de sus ojos estaba claro, y cuando estuvieron cerca del clímax, sus ojos se llenaron de lágrimas que resbalaron silenciosamente por su rostro mientras alcanzaban el éxtasis juntos.

—¿Qué pasa? ¿Por qué lloras? —preguntó preocupado.

—Lloré de felicidad, mi amor —la amazona lo besó, sintiéndose libre después de decidir que partiría con él—. Esta noche, mientras te observaba desde la distancia, me di cuenta de cuánto te amo y decidí que renuncio a buscar venganza contra Tisafernes. Quiero irme de Asia

contigo, empezar una nueva vida lejos de la guerra.

—No tienes idea de cuánto me alegra oír tus palabras —Perseo abrazó a su esposa y besó sus labios de nuevo.

—Pero antes debo contarte el porqué de mi odio hacia Tisafernes —Artemisia se apartó, tomando las manos de su esposo.

Perseo se intrigó, sabía que Tisafernes había intentado violar a Artemisia y había ayudado a Artajerjes contra Ciro. También había enviado a Otanixos para capturarla. Creía que Tisafernes debía estar motivado por algún deseo enfermizo, pero el odio que Artemisia le profesaba era tan grande como la obsesión de él por ella.

Se sentaron, enrollados en el manto.

—Tisafernes fue el responsable de la muerte de mi padre adoptivo, Mardoc. Fue él quien ordenó que Otanixos se hiciera pasar por espartano y atacara mi hacienda. Fue él quien me violó y asesinó a mis padres y a mi hermano —explicó, con lágrimas en los ojos.

Perseo sintió que la ira burbujeaba dentro de él. *¡Maldito sea Tisafernes y aún más Otanixos, por ser el responsable de la violación de mi amada y de la muerte de su familia! Si no estuviera muerto, ¡lo cazaría por todo el Imperio Persa!* Pensó.

La amazona entonces contó sobre el día en que asesinos enviados por Tisafernes intentaron matar a Ciro, a quien ella había salvado en la ciudad de Pasargada, y cómo, por culpa de Tisafernes, había odiado a los griegos y, en especial, a los espartanos durante muchos años.

Perseo entendió su odio hacia Tisafernes, pero algo más lo inquietaba. *¿Qué sentía Artemisia por Ciro para arriesgarse tanto por él? Ya le pregunté una vez y ella dijo que Ciro la amaba solo como hermana, pero algo me dice que hay más detrás de esto.* Pensó, y reuniendo coraje, preguntó:

—¿Tú y Ciro...? —buscó las palabras correctas, pero ella captó la pregunta.

—Yo lo amaba como un hermano, pero por un tiempo pensé que tal vez podríamos ser más que amigos —comenzó con cautela, atenta a su reacción. *Él merece saber todo*—. Cuando lo salvé, cerca de Nínive, nos besamos, yo correspondí al beso, pero me di cuenta de que no lo amaba, no como una mujer debe amar a un hombre.

Perseo asintió con la cabeza, sintiendo una extraña punzada de celos.

—Antes de separarnos, él, para seguir hasta Sardes y yo para buscar a mis hermanas en la Escitia, me ofreció su amor y una corona de reina a su lado —sus ojos se humedecieron con el recuerdo—. Cuando fue herido en la batalla de Cunaxa y moría en mis brazos, declaró su amor por mí, diciendo que siempre me había amado.

Perseo guardó silencio por un instante, absorbiendo lo que ella había contado.

—Créeme, Perseo, tú fuiste el único hombre que amé en la vida, por eso solo sentía un amor de hermana, él era mi amigo, mi rey, toda la venganza que busqué no fue solo por mí, sino también por él, mi amigo no merecía el destino que tuvo.

Perseo sostuvo su mirada, las lágrimas caían de sus ojos y la abrazó, besándola con ternura.

—Pero estoy cansada de la guerra y sus horrores, por culpa de ella y de mi deseo de venganza perdimos a nuestro bebé. Otanixos está muerto y eso ya me basta, con suerte los espartanos derrotarán a Tisafernes —suspiró cansada mientras Perseo secaba sus lágrimas con la punta de los dedos.

—No fue culpa tuya perder a nuestro bebé, ocurrió, tal vez cuando lleguemos a Sicilia, los dioses nos bendigan nuevamente con un hijo —Perseo la besó delicadamente en los labios.

—¿Crees en eso? —preguntó esperanzada.

—Sí, con toda mi alma y corazón —respondió de inmediato, mirándola a los ojos.

—¿Crees que estoy actuando bien al dejar de buscar venganza contra Tisafernes y Artajerjes? —preguntó, dejando ver el dolor que sentía al recordar a sus hermanas.

—Sí, ya has luchado mucho, tu vida ha sido una sucesión de pérdidas trágicas, mereces ser feliz y yo te haré feliz. Olvida a Tisafernes y Artajerjes, ahora nada de eso importa, deja que los dioses los juzguen cuando llegue su hora —murmuró, abrazándola y besándola tiernamente.

Lo que me importa ahora es que Artemisia renunció a su odio para estar conmigo, que podremos partir juntos de Asia, ¿quién sabe si vamos a algún lugar lejano como Sicilia o las colonias griegas en Italia? Pensó Perseo. El futuro parece sonreírnos, una vida de paz lejos de la guerra, de las maquinaciones de generales y políticos, solo nosotros dos, ¿será egoísmo de mi parte ese deseo? No me importa nada más, mientras estemos juntos.

Se quedaron abrazados observando el amanecer que esparcía sus rayos por el mundo.

Después de años, me siento libre tras decidir renunciar a mi venganza. Pensó la amazona. Pronto dejaremos Asia para siempre.

De repente, un vuelo de pájaros cruzó el cielo.

Es un buen augurio. Pensó Perseo, acariciando las manos de su esposa entre las suyas.

¿Cómo podría la pareja prever que los dioses, celosos de su amor, harían caer un destino cruel sobre ellos? Los dioses son crueles con los mortales, dejan que tengan un destello de felicidad para luego arrebatárselo.

Capítulo 23

Por la mañana, la pareja se reunió con sus compañeros, quienes los bombardearon con preguntas sobre el banquete.

Artemisia relató el plan de Jenofonte para atacar a Asidates.

—Jenofonte consiguió la autorización de los comandantes espartanos para llevar a cabo un ataque contra la comitiva persa, dado que parte de los tributos proviene de las satrapías administradas por Tisafernes y Farnabazo, con quienes vamos a entrar en guerra, siempre y cuando la mitad de los beneficios se entregue a las arcas del general Timbrón —explicó Artemisia.

—¿Participará todo el ejército? ¿No es demasiada gente para una escolta tan pequeña? —preguntó Atreu.

—Y, además, si participa todo el ejército, no habrá mucho botín que repartir —se burló Diomedes.

—No, Jenofonte reunirá un pequeño contingente. Gônjilo aseguró que la escolta persa no es muy numerosa.

—No lo sé. Invadir una satrapía para saquear es una declaración de guerra. Si hay fuerzas persas en las cercanías, podríamos enfrentarnos a dificultades —argumentó Georgios.

El grupo debatió entre sí. Laertes, Diomedes y Petrus querían participar, mientras que Atreu y Georgios estaban indecisos. Por su parte, Perseo permanecía en silencio.

—Ninguno de nosotros se ha enriquecido con esta expedición —comenzó Diomedes—. Estamos regresando a Grecia tan pobres como cuando partimos.

—Menos tú —gruñó Laertes.

—Sí, pero soy un hombre de gustos refinados y pienso divertirme mucho en Atenas —rió Diomedes con descaro—. Sea como sea, esta es una oportunidad para conseguir algo de dinero.

—Habla por ti. Yo no lucho por dinero —replicó Laertes con desdén.

—Mejor, así queda más para los demás —intervino Petrus.

—Yo me alisté para conseguir lo suficiente para comprar tierras y asegurar un futuro para mi familia —murmuró Georgios.

—Entonces, ¿qué estamos esperando? ¿Qué significa una escolta para quienes enfrentamos a los carducos? —dijo Diomedes con entusiasmo.

Georgios finalmente decidió participar, y Atreu declaró que lo seguiría.

—¿Y vosotros dos? ¿Qué decidís? —preguntó Georgios.

—No lo sé. Estamos tan cerca de regresar a Grecia —respondió Perseo, dubitativo.

—No puedes abandonar a nuestros amigos, Perseo. Además, necesitamos el dinero para empezar una nueva vida lejos de Grecia —afirmó Artemisia con una sonrisa.

La amazona sabía que Perseo abandonaría a sus compañeros si ella se lo pedía, sobre todo ahora que había dejado atrás su deseo de venganza para acompañarla. *Pero no deseo ser la responsable de esa decisión tan difícil. Él ha luchado y ha sido aceptado en la pequeña familia de hermanos de armas que lidera Georgios, una familia que también me ha recibido con los brazos abiertos, y a la cual tampoco quiero abandonar*, pensó Artemisia.

—Es verdad. Hasta que seamos desmovilizados, mi honor me impide abandonarlos —respondió Perseo.

—Ni yo consentiría que lo hicieras. También sigo un código, el de las Amazonas, similar al vuestro —asintió Artemisia.

—De acuerdo. Vamos juntos —aceptó Perseo, mientras un escalofrío recorría su piel. *No importa mis miedos; iré a donde Artemisia vaya, lucharé por ella y moriré por ella si es necesario*, pensó, alejando esa sensación.

Jenofonte reunió a seiscientos de sus soldados más leales y, guiados por un primo de Hela, partieron de Pérgamo al amanecer del día siguiente, adentrándose en el territorio de la satrapía de Misia.

Marcharon durante todo el día, haciendo breves pausas para comer y beber. Artemisia caminaba junto a Perseo siempre que podía; sus dedos se entrelazaban discretamente, y durante las pausas se sentaban juntos, compartiendo las raciones.

Al final de la tarde, los exploradores regresaron con noticias: a unas cuatro horas de marcha, habían localizado, en una llanura entre dos valles, una ciudadela amurallada. Según informaron, era un puesto de comercio del Imperio persa donde las caravanas se detenían para cambiar los animales, y había grandes rebaños reunidos en los alrededores, contenidos por cercas de madera.

El guía afirmó que allí se encontraba Asidates.

Se acercaron al lugar ya entrada la noche, iluminados por la luz de la luna llena que bañaba los campos. Los esclavos que dormían fuera de los muros escaparon corriendo por los campos o lograron entrar en la fortaleza antes de que las puertas se cerraran. Los griegos los

dejaron huir; las órdenes eran capturar a Asidates, a su familia y el tesoro.

Compañías de peltastas arrearon el ganado y lo llevaron lejos del lugar.

Las tropas se formaron y recibieron órdenes de tomar la fortaleza. Eran trescientos hoplitas, ciento cincuenta peltastas y cien arqueros y honderos, bajo el mando de Artemisia, además de un escuadrón de cincuenta jinetes.

La infantería avanzó protegida por los escudos, mientras los honderos y arqueros proporcionaban cobertura.

—Cúidate —pidió Artemisia, besando a Perseo rápidamente mientras él se dirigía a su posición.

—Tú también —respondió el espartano, apretando suavemente los dedos de su esposa.

La caballería se dispersó por los campos, buscando posibles tropas persas ocultas. El muro de la ciudadela, construido con ladrillos, parecía resistente. Desde las almenas, los soldados de Asidates disparaban flechas contra los escudos levantados de los griegos, quienes escuchaban el agudo silbido de las saetas y el metálico impacto al chocar contra el bronce.

Perseo oyó a Artemisia ordenar a sus arqueros que concentraran el fuego en los soldados de las almenas. Varias figuras cayeron abatidas por las flechas griegas.

Enormes hogueras ardían en las almenas, iluminando los alrededores de los muros como si fueran faros. Una compañía de hoplitas intentó abrir una brecha en la muralla con pesadas hachas tracias, ya que los griegos no habían llevado máquinas de asedio. Los soldados se turnaban para protegerlos con los escudos mientras ellos trabajaban.

Al amanecer, los griegos lograron abrir una brecha. Una compañía de hoplitas comenzó a invadir la ciudadela con dificultad, pasando uno a uno por la estrecha abertura.

En la retaguardia, los demás soldados empujaban a los pelotones de vanguardia para que entraran rápidamente por la brecha, mientras mantenían los escudos alzados contra una lluvia de flechas y piedras lanzadas desde lo alto de la muralla. Los escudos, pesados por la cantidad de flechas clavadas en ellos, apenas lograban resistir.

—¡Por Zeus! ¡Retrocedan! —gritó un oficial que estaba en la vanguardia intentando ingresar por la abertura.

El sonido de retirada resonó, y a regañadientes, los griegos se retiraron hasta quedar fuera del alcance de las flechas.

—Son numerosos y están bien armados —informó el oficial, dirigiéndose a Jenofonte—. Hemos perdido varios hombres. Si no ampliamos la brecha, seremos aniquilados uno por uno.

Mientras el general meditaba qué hacer, los exploradores de la caballería regresaron con nuevas noticias: tropas bárbaras se estaban reuniendo para socorrer a los sitiados. Entre ellas

había hoplitas asirios, una compañía de unos ochenta jinetes y cerca de ochocientos peltastas. Además, habían sonado las alarmas, y diversas aldeas y ciudades de la región estaban reclutando tropas.

Jenofonte tomó la decisión de retirarse. La tropa griega se encontraba en desventaja numérica, o muy cerca de ello. Mensajeros fueron enviados a caballo para solicitar refuerzos a Gônjilo y a los comandantes espartanos en la ciudad de Pérgamo.

Los soldados marcharon durante un tiempo, pero pronto los exploradores regresaron con un inquietante informe: las tropas bárbaras los alcanzarían pronto, ya que estaban rodeados por todos lados.

El general, tras observar el terreno, condujo a sus hombres hasta una pequeña elevación en la llanura. Allí ordenó que formaran una línea defensiva en círculo, colocando a los arqueros y honderos en el centro. A continuación, decidió liberar a los cautivos, ya que no podían prescindir de ningún soldado para vigilarlos.

La tropa de caballería desmontó para luchar junto a la infantería, atando sus monturas en el centro de la formación, ya que podrían ser usadas como alimento para todos si el auxilio tardaba en llegar.

Los griegos aguardaron un tiempo antes de ver cómo las tropas bárbaras se aproximaban lentamente por todos los flancos. Estaban en desventaja, al menos cinco a uno, sin posibilidad de avanzar ni romper el cerco. Su única esperanza era que los refuerzos llegaran pronto.

La formación defensiva se dispuso en un círculo de hoplitas, con tres filas de profundidad. Detrás de la infantería se desplegaron los arqueros, honderos y peltastas, todos bajo el mando de Artemisia.

La amazona se colocó en el sector de la primera línea del pelotón de Georgios.

—Estoy justo detrás de ti, mi amor —murmuró rápidamente al oído de su esposo mientras él ajustaba las correas de su escudo.

Perseo le sonrió a la amazona. *¿Qué más puedo desear que luchar al lado de la mujer que amo?*, pensó.

—Cuídate —dijo el espartano antes de besar rápidamente los labios de su esposa.

Oficiales y sargentos gritaban órdenes. Georgios organizó a sus hombres; el pelotón estaba ubicado en la tercera fila de la formación defensiva. Laertes y Atreu se posicionaron a la derecha de Perseo, mientras que Diomedes y Petrus estaban a su izquierda.

El joven espartano miró por encima del hombro. Artemisia y algunos arqueros preparaban sus flechas; la escuchó instruirles con firmeza.

—No desperdiciéis disparos. Apuntad con calma y precisión —ordenaba.

—Es triste morir tan cerca de casa por la avaricia de nuestro comandante —suspiró Atreu.

—Tú te ofreciste como voluntario —replicó Diomedes con tono severo—. ¿Pensaste que sería una misión sencilla de saqueo?

—Echamos los dados y perdimos —respondió Petrus resignado.

—¿Qué más puede desear un espartano? Mi bisabuelo luchó en las Termópilas contra un ejército infinitamente superior. Pretendo seguir su ejemplo y enviar al Hades a tantos enemigos como pueda antes de acompañarlos —gruñó Laertes con determinación.

—Habláis demasiado. Callad y concentraos —ordenó Georgios, con una voz que cortó el aire como el filo de una espada.

Perseo miró por última vez por encima del hombro. Artemisia estaba lista; su casco con crin de caballo le daba un aspecto intimidante. Sus dos espadas colgaban de su cintura en vainas de cuero, y un carcaj lleno de flechas descansaba en su espalda. Ella tensaba la cuerda de su arco, probándolo, y se dio cuenta de que Perseo la observaba. Le sonrió.

Por los dioses, cuánto la amo, pensó Perseo, devolviéndole la sonrisa antes de girarse hacia el frente y concentrarse en lo que estaba por venir.

Las tropas bárbaras rodearon la posición griega, pero no se atrevieron a avanzar. Sus arqueros desataron una lluvia de flechas sobre la formación, y los soldados levantaron los escudos para protegerse. Los arqueros griegos se apoyaron contra los hoplitas de la última fila para resguardarse, mientras Perseo sentía cómo Artemisia pegaba su cuerpo al suyo.

—Protégeme, mi hermoso guerrero —susurró la amazona, riendo cerca del oído del espartano.

Perseo sonrió para sí mismo. *Solo ella podría tener sentido del humor en un momento como este.*

Las flechas dejaron de caer, y los hoplitas bajaron sus escudos. Con un golpe de su lanza, Perseo rompió tres flechas clavadas en su escudo.

La infantería ligera bárbara avanzó y lanzó sus dardos, para luego retroceder rápidamente detrás de sus líneas. Los hoplitas volvieron a defenderse con sus escudos, mientras los arqueros y honderos respondían con una lluvia de proyectiles que causaron numerosas bajas entre los enemigos.

El tiempo transcurría lentamente en ese impasse. Los griegos se protegían con los escudos de las flechas y los dardos que les arrojaban, mientras que los arqueros, bajo las órdenes de Artemisia, recogían las flechas lanzadas para volver a dispararlas contra los persas.

El crepúsculo llegó, y los persas no se presentaron para el combate.

—Seguramente están esperando refuerzos —comentó Georgios.

Al anochecer, las tropas bárbaras encendieron hogueras alrededor de la posición griega, fuera del alcance de sus flechas.

Los soldados recibieron órdenes de descansar en la posición que ocupaban. Los mensajeros distribuyeron carne asada, proveniente de las monturas de la caballería. Los médicos recorrían las filas atendiendo a los heridos; por suerte, los griegos habían sufrido pocas bajas.

Artemisia se sentó al lado de Perseo con un trozo de carne de caballo y un odre de vino que le tendió.

—¿Cómo estás? —preguntó el espartano.

—Bien, ¿y tú? —respondió la amazona, rozando sus dedos con los de él.

—Tenso —rió—. Preferiría que los persas atacaran de una vez; odio esta espera.

—Seguramente están esperando más refuerzos —dijo Artemisia, mirando el horizonte y las hogueras enemigas. Luego volvió la vista hacia su esposo, sus ojos brillando bajo la luz de las llamas, como si quisiera grabar aquella imagen para siempre en su alma.

Me arrepiento de no haberme quedado con él en Bizancio, o de no haber tenido el valor para dejarle partir. Ahora estamos en una situación peligrosa, rodeados por todos lados, con una abrumadora inferioridad numérica. Pensó la amazona. La muerte camina a nuestro lado. La visión que tuve de su cabeza en manos de Ares nunca me pareció tan cercana, y siento que es culpa mía.

—Lo siento —murmuró Artemisia.

—¿Por qué? —preguntó Perseo, curioso.

—Por haberte metido en esta situación. Si no fuera por mí, quizá ya estarías en Atenas con tu hijo —dijo, bajando la mirada.

Perseo tomó las manos de su esposa y, con la otra, levantó su barbilla, obligándola a mirarlo a los ojos.

—No querría estar en ningún otro lugar que no fuera a tu lado —respondió antes de besarla con ternura en los labios.

Los comentarios y bromas de sus compañeros no se hicieron esperar, aunque fingían discretamente no escuchar la conversación. Al separarse, los ojos de Artemisia estaban llenos de lágrimas.

—Si mueres, jamás me lo perdonaré —dijo la amazona con expresión seria.

—Si muero, te esperaré en las puertas del Hades —respondió él, esbozando una sonrisa para animarla.

—No digas eso. Debes sobrevivir —pidió ella, apretando con fuerza las manos de su esposo, como si su gesto pudiera protegerlo de todo mal—. Prométemelo, por favor.

—Sí, te lo prometo. No pienso dejarte tan pronto —sonrió Perseo nuevamente.

Se besaron, ignorando las risas y burlas que crecían a su alrededor.

Esa noche, Perseo y Artemisia permanecieron sentados junto a la hoguera, envueltos en sus mantos, con las manos entrelazadas, observando las estrellas recorrer el firmamento.

A pesar de la terrible situación, pensó Artemisia, nunca me he sentido tan feliz. Estoy al lado del hombre que amo, y sé que él me ama con la misma intensidad.

Cuando llegó el amanecer, estaban listos para el combate.

Las filas de la infantería enemiga comenzaron a moverse lentamente; sus números se habían duplicado durante la noche.

—¡Atentos! Parece que se preparan para atacar —ordenó Georgios.

Artemisia se unió a sus arqueros después de besar rápidamente a Perseo, mientras él y sus compañeros tomaban posición. Perseo miró por encima del hombro y le sonrió, gesto que la amazona correspondió con ternura.

¡Dioses inmortales, protéjanlo! rogó Artemisia.

Capítulo 24

Perseo volvió su mirada hacia las tropas enemigas y se concentró en el trabajo que tenía por delante. La infantería pesada enemiga avanzaba a paso lento, seguida por la infantería ligera.

Cerraban el cerco lentamente, mientras los arqueros y fundíbulos griegos descargaban sus flechas y proyectiles de piedra. Varios enemigos cayeron, y por cada adversario que caía, los griegos gritaban animándose mutuamente.

Jenofonte se acercó a la línea defensiva y exclamó:

—¡Compañeros! ¡Una vez más lucharemos contra las huestes bárbaras y una vez más saldremos vencedores! Esta mañana he hecho sacrificios a los dioses y los presagios son favorables. ¡Espartanos y demás griegos, recuerden las Termópilas, Maratón y Platea!

—¡Ahuu! —fue la respuesta de los soldados.

Los guerreros comenzaron a cantar el peán, mientras los bárbaros se acercaban. Cuando estaban a cincuenta pasos, se detuvieron por un minuto.

El sonido de trompetas resonó y la infantería bárbara gritó y comenzó a correr hacia los griegos:

—¡Preparados! —gritaron Georgios y otros oficiales.

Veinte pasos, Perseo tragó saliva, deseando un trago de vino. Diez pasos, pensó en Artemisia, tan cerca y tan lejos al mismo tiempo. Dos pasos, el espartano se concentró en la batalla.

Con un estruendo, la infantería bárbara chocó contra la barrera de escudos griega. La primera fila soportó el impacto, la segunda inmediatamente entró en acción, retrocediendo y lanzando sus lanzas por encima de los hombros y escudos de los hombres de la primera línea.

Los gritos de los hombres heridos se mezclaron con los nuestros, resonando en la llanura.

El pelotón de Perseo en la tercera fila estaba ansioso por entrar en combate. Los arqueros y fundíbulos disparaban a quemarropa, acercándose a las espaldas de los hoplitas, apuntando y disparando. Por tres veces, Perseo sintió a Artemisia apoyándose en él, buscando apoyo para disparar, y percibió su perfume sobre el olor nauseabundo de las vísceras y sangre que se extendían por el suelo.

Después de un tiempo, que pareció una eternidad pero que en realidad no pasó de unos pocos instantes, escucharon sonar la trompeta indicando el relevo.

La segunda fila, con un grito de guerra, avanzó ocupando el lugar de la primera, que

retrocedió hacia la retaguardia. El pelotón de Georgios avanzó justo detrás, superando a sus compañeros que habían sostenido el primer impacto.

Ahora sí podían entrar en combate.

Un soldado enemigo intentó clavar su espada en un hoplita que se encontraba al frente de Perseo, quien, por encima del hombro del soldado, lanzó su lanza contra el cuello desprotegido del persa, tirando luego de ella con violencia, arrastrando trozos de la tráquea del bárbaro adheridos al metal.

El hoplita griego aplicó de inmediato un golpe con su escudo, lo que hizo que el enemigo fuera lanzado hacia atrás, obstaculizando el movimiento de los demás atacantes, y luego arrojó su lanza hacia adelante, alcanzando a otro enemigo.

A la derecha de Perseo, un hoplita griego fue golpeado con un hacha brutal que partió su casco por la mitad, rompiendo su cráneo. El infeliz cayó al suelo sin vida y el bárbaro gritó de satisfacción. Inmediatamente, Laertes avanzó para cerrar la brecha en la línea y, con un golpe violento, atravesó el pecho del persa con su lanza.

El toque de la trompeta sonó de nuevo y el hoplita que estaba al frente de Perseo cedió su lugar para que él lo tomara. El joven espartano saltó al frente, lanzando su escudo hacia los enemigos que se apretujaban, intentando romper la formación, gritando de miedo, odio y frustración.

Laertes, al lado derecho de Perseo, seguía combatiendo con agilidad y frialdad. Varios enemigos retrocedieron ante su embestida, buscando otros puntos débiles en la fila por donde romper. A la izquierda de Perseo, Diomedes y Petrus habían perdido sus lanzas y ahora luchaban con espadas, decapitando y cortando todo lo que estuviera a su alcance.

Perseo avanzó con firmeza, chocando su escudo contra la horda bárbara. A su retaguardia, un hoplita griego lanzaba su lanza por encima de sus hombros.

La amazona, unos pasos atrás, observaba la primera línea, en una confusión de lanzas y cascos. Vio a un persa que llevaba una mitra en la frente y, apuntando, disparó con precisión. El hombre cayó con una flecha en los ojos, pero fue reemplazado de inmediato por otro.

Artemisia observó rápidamente a los griegos, cubiertos de sangre persa, mientras un olor nauseabundo de desechos y vísceras impregnaba todo el aire.

Disparó otras tres flechas seguidas, derribando persas que se estrellaban contra la primera fila de los griegos, donde Perseo luchaba valientemente. La amazona no podía verlo claramente, pero sabía que la batalla estaba siendo encarnizada en ese punto.

Su deseo era unirse a su esposo en la línea de frente, pero no tenía entrenamiento de hoplita y, frustrada, continuó disparando flechas tras flechas, concentrándolas en el lugar donde pensaba que Perseo estaba combatiendo.

Después de lo que me pareció una eternidad, el toque de la trompeta sonó nuevamente y

Perseo y sus compañeros fueron reemplazados, quedando de nuevo en la retaguardia. Artemisia se acercó, logrando hacerse escuchar por encima del alboroto de los gritos que llenaban el aire, y le preguntó mientras tomaba la mano de su esposo:

—¿Estás bien?

—Sí, ningún herido —respondió jadeante.

La amazona le pasó una cantimplora con agua que él compartió entre sus compañeros. Todos parecían estar bien, aunque la sangre cubría sus corazas y escudos, pero era sangre persa.

—¡Vamos! ¡Prepárense! —ordenó Georgios.

Perseo y sus compañeros tomaron posición nuevamente, sosteniendo a los soldados de la segunda fila para que no retrocedieran. Artemisia miró a su alrededor por un momento; soldados griegos heridos o muertos eran arrastrados hacia el centro del campamento, donde se había instalado un puesto médico.

¿Cuánto dura esta batalla? Pensó Perseo. Varias veces las filas se habían intercambiado, los griegos no podían avanzar y los persas no lograban romper el perímetro defensivo.

El combate encarnizado había comenzado al amanecer y el sol ya se encontraba cerca del centro del cielo cuando sonaron trompetas enemigas y la infantería persa retrocedió de manera ordenada, perseguida por las flechas de los arqueros griegos.

Los soldados griegos cayeron al suelo exhaustos, algunos jóvenes lloraban desconsoladamente. Por el uniforme que llevaban, Perseo se dio cuenta de que no eran espartanos. Otros tenían la mirada perdida en el horizonte, y varios simplemente se tendieron en el suelo y se quedaron mirando el cielo azul.

Artemisia se acercó y le extendió una cantimplora con agua que Perseo bebió ansiosamente, pasándola luego a Diomedes, que estaba a su lado.

—Estás horrible —dijo Artemisia sonriendo.

—Lo imagino —Perseo intentó parecer animado.

El espartano estaba cubierto de sangre y vísceras, al igual que su escudo. Se quitó el casco, su cabello estaba empapado en sudor. Artemisia mojó un trozo de tela y con suavidad le limpió el rostro, la tela se manchó de sangre.

—Ahora estás mucho mejor —le dio un beso rápido en los labios.

—¿Cómo estás tú? —preguntó preocupado.

—Estoy bien —sonrió.

Perseo miró a la amazona fijamente, su mirada transmitía todo el amor y la preocupación que sentía por ella, que estaba sin su casco, con el cabello recogido en la trenza característica de

las Amazonas, y su hermoso rostro sucio de polvo y tierra. *¿Cómo puede ser tan hermosa incluso en medio de un combate?* Pensó, y Artemisia se sonrojó bajo su mirada fija.

—Tienes esa mirada —sonrió ella.

—Estoy pensando en lo hermosa que eres —respondió él, apretando la mano de su esposa.

Ella sonrió aún más.

Los correos se acercaron con trozos de carne fría y odres con agua.

—Por los dioses, ¿no tenemos vino? ¡Si voy a morir, tengo derecho a una última copa! —masculló Petrus.

—Parece que la comida de ellos es mejor que la nuestra —Diomedes olfateó el aire.

Los persas estaban cocinando su almuerzo, y los griegos tendrían un breve descanso.

—Estamos casi sin flechas —dijo Artemisia, preocupada, mirando a los arqueros que intentaban reparar algunas flechas.

—¿Qué harán cuando se acaben? —preguntó, mordiendo un trozo de carne dura.

—Lucharemos en la infantería —la amazona sonrió.

—Si el refuerzo se retrasa, podría ser demasiado tarde —se preocupó Georgios, observando a las tropas persas a lo lejos.

Jenofonte recorría las filas, conversaba con unos, reprendía a otros, animaba a varios. En el centro del campamento, dos médicos y sus auxiliares atendían a los heridos, cuyos gritos llenaban el aire, mientras que dos herreros intentaban reparar escudos y afilar espadas.

El general ordenó que apilaran los cuerpos de los persas muertos, formando una barrera.

—El trabajo nos llama —rió Diomedes.

Perseo se despidió de Artemisia con un beso.

A pesar del cansancio, los soldados hicieron lo que se les ordenó, y en poco tiempo crearon un muro de cuerpos, que en algunos puntos llegaba a la altura de la cintura.

—Al menos eso dificultará su avance —explicó Georgios.

Los soldados cayeron al suelo agotados, esperando el ataque persa.

Perseo se sentó junto a Artemisia.

—Hay tantas cosas de mi pasado que quiero contarte —dijo la amazona, mirando

fijamente a Perseo. Mientras él ayudaba a sus compañeros a hacer el muro improvisado, ella lo observaba, pensando: *Hay tanto que quiero decirte, mis miedos y sueños, mis aventuras con las Amazonas. Tuvimos tan poco tiempo juntos.*

—Tendremos tiempo después de que regresemos a Grecia, y de ahí nos iremos a Sicilia, donde hay tierras fértiles. Podremos comprar una granja, criar, cultivar, y si los dioses lo permiten, tendremos un hijo — respondió él, lleno de esperanza.

—Sí, tendremos tiempo —la amazona dejó su mirada perdida en el horizonte. *Este no es el lugar ni el momento para hablar de estas cosas,* pensó.

Perseo tomó las manos de su esposa y las besó con ternura. Ella lo miró fijamente, un sentimiento de urgencia la invadió, una premonición de que no tendría oportunidad de expresarle todo lo que sentía en su corazón y alma.

—Perseo, debes saber que tú fuiste el único hombre que he amado en toda mi vida — dijo, besándolo suavemente en los labios—. Antes de ti, odiaba a los hombres en general y a los espartanos en particular, a quienes culpaba por la muerte de mi familia, pero tú me hiciste ver que no todos los hombres son bestias salvajes, contigo aprendí a amar y acepté ser amada.

—Y yo te amo como nunca amé a nadie —respondió él, abrazándola con fuerza.

—Ahora debo instruir a mis soldados, tenemos como máximo tres salvas de flechas, cuando se acaben lucharemos con ustedes —advirtió, levantándose y poniéndose su casco.

Perseo la observó mientras se dirigía a sus arqueros, pensando en Elana. No mentía, la había amado con todo su corazón, pero lo que sentía por Artemisia era aún más fuerte. Amaba su temperamento salvaje, admiraba su habilidad en combate, y el hecho de que ella no pudiera tener hijos no interfería en el amor que sentía por ella.

En la desesperada situación en la que se encontraban, el joven sentía el impulso de pedirle que huyera en la primera oportunidad. Ella no era espartana, no tenía que seguir la ley de no abandonar el campo de batalla, pero sabía que la amazona nunca lo haría.

Artemisia se dirigió a sus arqueros, que estaban reunidos compartiendo un trozo de carne y un odre.

—Hagan que cada flecha cuente, cuando se agoten, refuercen la infantería —ordenó.

O sonido de las trompetas se escuchó, y la infantería persa comenzó a formar sus filas. Los griegos lucharán nuevamente.

La amazona corrió hasta Perseo, tomando sus manos:

—Que Ares te dé fuerza y coraje; que Apolo te otorgue habilidad y que Afrodita extienda su protección sobre ti —murmuró, besándolo.

—Espera en la retaguardia, regresaré —le pidió él con una sonrisa, aunque sabía que ella

no lo obedecería.

Georgios y otros sargentos organizaron a sus hombres. Esta vez, el pelotón de Perseo quedó en la primera fila, colocándose detrás del muro de cuerpos.

—Usen los cuerpos para sostener los escudos. Segunda fila, ataquen por encima de los hombros y los escudos de sus compañeros —ordenaron los oficiales a lo largo de la línea.

Perseo colocó su escudo sobre el cuerpo de un persa. La cabeza del muerto estaba vuelta hacia el espartano, mirándolo con los ojos abiertos, aunque ya no veían nada, parecía acusarlo por seguir con vida.

El joven se concentró en las tropas que avanzaban. Sus compañeros se alinearon, firmes, y aseguraron las lanzas, apuntándolas hacia el frente. Los persas tendrían que pasar por la barrera de escudos y lanzas. Sus compañeros en la segunda y tercera fila aguardaban, con las armas listas, mientras Artemisia gritaba órdenes a sus arqueros.

Que todos los dioses inmortales del Olimpo la protejan, rezó el espartano.

La infantería persa avanzó lentamente. Cuando estaban a treinta pasos, las trompetas sonaron nuevamente y comenzaron a correr hacia los griegos, gritando sus tradicionales gritos de guerra, hasta que llegaron a cinco pasos de la barrera de escudos.

—¡Firmes! —gritaron los sargentos y oficiales.

—¡Ahuu! —respondieron los soldados al mismo tiempo, firmando sus escudos y protegiendo a los compañeros a su izquierda, mientras apuntaban sus lanzas hacia el frente.

Perseo tensó el maxilar y contuvo la respiración cuando los persas chocaron contra la posición griega.

Sintió su lanza atravesar el cuerpo de un persa y la retiró con violencia para volver a lanzarla, sintiéndola penetrar otro cuerpo.

El muro de cadáveres y la barrera de escudos rompieron el ímpetu de la infantería enemiga. Con dificultad, los persas intentaban escalar los cuerpos, resbalando en sus vísceras y sangre.

Los soldados de la segunda y tercera línea arrojaban sus lanzas contra los persas que se estrellaban contra la barrera. Perseo y sus compañeros resistieron el ataque durante un largo tiempo, pero la superioridad numérica comenzó a prevalecer, los soldados griegos caídos eran reemplazados por hombres de las filas traseras.

La presión se volvió insoportable.

—¡Retrocedan dos pasos! —oyeron gritar a Georgios y otros sargentos.

—¡Arqueros! ¡Disparen a su voluntad y luego únense a la infantería! —gritó Artemisia, y

enseguida se oyó el silbido agudo de las flechas volando por el cielo.

Ya no existía estrategia; los soldados de las filas traseras avanzaron para cerrar las brechas que se abrían en la línea defensiva. Los persas escalaban el muro de cuerpos y se arrojaban contra los griegos, como olas de tormenta marina que superan las rocas de una playa, algunos eran empalados antes incluso de caer al suelo.

Artemisia avanzó, empujando a los soldados que tenía delante, intentando alcanzar a Perseo, que luchaba en la primera línea. Vio a un enorme soldado enemigo saltando hacia el espartano y chocando contra su escudo.

Perseo retrocedió medio paso, pero un hoplita que estaba detrás de él y delante de la amazona lo apoyó en la espalda con su escudo, ayudándole a mantenerse firme.

El joven espartano lanzó su lanza, apuntando al vientre de su adversario, pero este esquivó el golpe, y la lanza perforó solo el escudo de mimbre. Antes de que el espartano pudiera retirar su lanza, el persa, con una sonrisa insana, cortó la asta con un golpe de su espada, y luego avanzó blandiéndola, pero Perseo levantó su escudo a tiempo, defendiendo lo que habría sido un golpe mortal.

Artemisia miró desesperada a su alrededor; sus compañeros estaban inmersos en una lucha mortal.

El persa, además de fuerte, era rápido, y desató una secuencia de golpes violentos. El sonido agudo del metal contra metal reverberó entre el estrépito de la batalla.

La amazona intentó acercarse, pero la línea defensiva estaba compacta y había un hoplita griego frente a ella.

Horrorizada, observó cómo Perseo resbalaba en las vísceras y la sangre esparcidas por el suelo mientras intentaba sacar su espada, cayendo de rodillas con el escudo aún levantado. Los golpes del persa aumentaron en intensidad, y el hoplita griego que estaba frente a Artemisia arrojó su lanza contra él, pero el persa esquivó el ataque, dándole tiempo a Perseo para sacar su espada.

De repente, el hoplita que estaba delante de Artemisia fue alcanzado en la cabeza por un dardo lanzado desde las filas enemigas, cayendo al suelo. El persa ahora podía concentrarse en Perseo y, sonriendo, avanzó lanzando golpe tras golpe, obligando al espartano a defenderse con su escudo.

Artemisia se abrió paso para llegar hasta Perseo, en el momento en que una flecha lanzada desde la retaguardia enemiga lo alcanzó en la testera del casco, aturdiéndolo. Era la oportunidad que el persa necesitaba, y con una violenta patada contra el escudo del espartano, lo hizo caer de espaldas sobre el suelo empapado de sangre y vísceras, avanzando para acabar con él.

¿Será este mi fin? Pensó Perseo.

Saltando por encima de los cuerpos caídos y lanzando el grito de guerra de las Amazonas, Artemisia, con un golpe violento, decapitó al persa. Sus ojos se abrieron de asombro mientras la sangre oscura y espesa brotaba, y el cuerpo caía al suelo.

Perseo se incorporó y se colocó al lado de la Amazona para cerrar la brecha en la fila griega.

La Amazona luchaba con ferocidad, y a pesar de los gritos de batalla y de los heridos, Perseo gritó.

—¡Artemisia! ¡Vuelve a la retaguardia!

La Amazona lo ignoró, colocándose entre él y Diomedes. Ahora el escudo del espartano protegía a la esposa.

La línea griega estaba a punto de romperse, y los arqueros y peltastas luchaban ahora codo con codo con los hoplitas. Un persa avanzó contra la Amazona, defiriendo un golpe con un hacha, pero Perseo lo interceptó con su escudo al mismo tiempo que Artemisia le clavaba la espada entre los ojos.

La lucha fue brutal. Los persas forzaban la línea defensiva, ávidos de liquidar a los griegos, pero Artemisia se sentía feliz. Luchaba al lado del hombre que amaba. *Si nuestro destino es morir hoy, al menos moriremos luchando juntos y juntos descenderemos al Hades*, pensó.

El tiempo parecía fluir lentamente para Perseo. Estaba cubierto de sangre, y sus miembros le dolían por el esfuerzo. *Artemisia a mi lado parece una diosa guerrera, como Atenea o Artemisa*, pensó. Y por una fracción de segundo, sus miradas se cruzaron, y ella le sonrió feliz, a pesar de la situación desesperada.

En ese momento, un persa colocado a la derecha de Perseo avanzó con una lanza en su dirección. Horrorizada, la Amazona vio que Laertes, quien estaba al lado de Perseo, no podría detenerlo, ya que se encontraba intercambiando golpes con otro enemigo.

Perseo percibió la mirada aterrada de la Amazona y comenzó a girarse para intentar defenderse. El tiempo pareció disminuir su velocidad para el espartano, y vio un movimiento en su visión periférica justo cuando otro persa avanzó hacia él, chocando contra su escudo e impidiéndole defenderse del ataque lateral.

El persa avanzó con la lanza en ristre, listo para matar a Perseo.

¡Dioses! ¡No! gritó mentalmente Artemisia. El sueño que tuvo con Ares y Afrodita, y las visiones de Perseo muerto, la asaltaron. *No permitiré que esto suceda, no soportaré verlo muerto. Ofrecí mi vida a Afrodita a cambio de la suya, y nada me hará romper este juramento.*

Sin dudar, sin vacilar, incluso sabiendo lo que podría sucederle, la Amazona saltó por detrás de Perseo y avanzó, poniéndose en el camino del golpe, protegiendo al hombre amado con su propio cuerpo.

La lanza del persa impactó a Artemisia en el vientre. Sintió un dolor violento cuando la hoja perforó su coraza, clavándose profundamente en su interior.

Sujetando la asta de la lanza con una de sus manos, evitando que el persa la moviera, la amazona, con un movimiento rápido, hundió su espada en el maxilar del guerrero, y con un giro la retiró, arrancando piel y dientes, mientras el hombre caía al suelo. Con la expresión contraída por el dolor, con otro golpe cortó la asta de la lanza justo al ras de su cuerpo.

El estrépito de la batalla, los gritos de guerra y los de los heridos, todo desapareció, y un grito murió dentro de la garganta de Perseo.

Durante el tiempo de un latido, Perseo quedó inmóvil, Artemisia lo miró con una sonrisa en los labios, mientras él trataba de acercarse. Pero el persa que lo había atacado primero continuaba lanzando golpes de espada contra su escudo, aunque el espartano resistió el ataque y empujó a su adversario hacia atrás. En ese mismo instante, Atreu avanzó y le clavó una lanza en el vientre.

Artemisia cayó lentamente de rodillas al suelo, aun mirando a Perseo. Sus ojos no mostraban miedo, solo tristeza, y el espartano la sostuvo en el momento en que su cuerpo comenzaba a desplomarse.

—¡No! —gritó desesperado, finalmente liberando la voz que estaba atrapada en su garganta.

Soldados enemigos avanzaron contra la pareja. El estrépito de la batalla parecía haberse silenciado, Perseo ya no oía nada, todos sus sentidos estaban concentrados en Artemisia, mientras sus compañeros formaban una línea para protegerlos.

Perseo tendió a la amazona suavemente en el suelo. Ella respiraba, pero su rostro mostraba dolor. El espartano se levantó y avanzó contra los persas, blandiendo su espada, impidiendo que se acercaran a Artemisia, que desde el suelo lo observaba.

Terrible como el propio dios Ares, pensó la amazona, viendo a Perseo blandir su espada con furia. El espartano decapitó a su enemigo más cercano, otro lo atacó, pero él bloqueó el golpe con su escudo, al mismo tiempo que, con un golpe descendente, partía por la mitad la cabeza de su adversario.

Una ira recorrió el cuerpo de Perseo, dándole fuerzas. Atacó de manera temeraria, sin razonar, solo actuando por impulso. Su único objetivo era matar. Sus compañeros también mataban a derecha e izquierda.

De repente, sonaron trompetas enemigas y las tropas atacantes retrocedieron desordenadamente.

Los griegos habían logrado detener el avance persa.

Capítulo 25

Perseo regresó junto a Artemisia y cayó de rodillas a su lado. Ella había sido sostenida por Georgios, quien le había retirado el casco, y por sus compañeros.

Laertes estaba en shock por la herida de la amazona. Atreu tenía los ojos cerrados y oraba a su lado. Su casco estaba roto, y de un corte en su frente brotaba sangre. Diomedes observaba a la guerrera con expresión triste. Cojeaba de una pierna y en su muslo derecho tenía una astilla de lanza clavada. Petrus parecía afectado, cubierto de sangre de los enemigos.

Todos se pusieron alrededor de Artemisia, como si quisieran protegerla.

La amazona cerró los ojos por un momento, tratando de respirar lentamente, sintiendo un dolor insoportable en su vientre.

Perseo la tomó en sus brazos con suavidad, retrocediendo hacia el centro del campamento. Artemisia respiraba con dificultad, sujetando con las manos el trozo de lanza rota.

Se gritaron órdenes para que los que no estuvieran heridos formaran fila y reorganizaran el perímetro defensivo. Los persas retrocedieron a sus posiciones anteriores, y nada indicaba que fueran a rendirse.

Mientras la cargaba, Perseo sintió dolor y ardor en su hombro derecho, pero lo ignoró, y suavemente depositó a su esposa en el suelo, retirándole el casco, lo que hizo que la amazona estremeciera.

—¡Médico! —gritó desesperado.

Un médico, con la túnica roja de sangre, se acercó y se arrodilló junto a la amazona, examinando la herida, mientras Perseo retiraba el casco.

La lanza estaba clavada en el vientre de Artemisia, pero no había atravesado su cuerpo. Del herido brotaba un hilillo de sangre.

El médico sacudió la cabeza con tristeza.

—Lo siento mucho, si retiro la lanza, morirá en segundos por hemorragia. Démosle vino para adormecer el dolor, no debe tardar —dijo, levantándose para atender a otros heridos.

Artemisia sentía que sus fuerzas se desvanecían. No tenía ilusiones sobre su destino. Aun sosteniendo el trozo de lanza con las manos, abrió los ojos y, con sus hermosos ojos azules, miró a Perseo, mientras él acariciaba su cabello.

—Se acabó, mi amor, hoy desciendo a la casa de Hades, donde mis hermanas me esperan —murmuró, sabiendo que moriría en poco tiempo.

—¡No! Conseguiré ayuda —dijo él. *Pero, ¿dónde conseguirla? Solo los dioses podrían ayudarla.* Pensó desesperado.

—Quédate conmigo, no me dejes —la amazona soltó el trozo de lanza, sujetando las manos de su esposo con fuerza. *Todo lo que más deseo es estar con Perseo en mis últimos momentos.* Pensó asustada.

—Me quedaré —las lágrimas caían libremente de los ojos del espartano, mezclándose con la sangre y el polvo en su rostro.

—¡Cómo te amo! No me arrepiento de nada, aunque supe que este sería mi destino. Viviría todo de nuevo solo para estar contigo —afirmó, con la voz entrecortada por los espasmos de dolor, sintiendo el sabor de la sangre en la boca y un pequeño hilo de ella resbalando por sus labios, que Perseo limpió suavemente con un pedazo de su túnica.

—Y yo te amo, cambiaría ahora mi vida por la tuya —respondió él, sujetando nuevamente sus manos.

Artemisia observó el hermoso rostro de su esposo, transfigurado por el dolor. *Cómo lo amo, cómo deseaba haberle dado hijos, cómo me arrepiento de no haber aceptado su propuesta y quedarme en la ciudad de Bizancio.* Pensó.

—Ojalá hubiera podido darte hijos —murmuró, con lágrimas corriendo por su rostro—. Serían hermosos.

—Lo sé —murmuró Perseo—. Y serías una madre maravillosa.

¡Dioses! El dolor físico que siento no se compara con el dolor de mi alma, causado por el sufrimiento que veo en su rostro. Pensó la amazona y cerró los ojos por un momento, tratando de encontrar fuerzas, respirando con dificultad.

Perseo observó a su esposa y contuvo el impulso de gritar y blasfemar contra los dioses. *No es justo, después de todo el sufrimiento que ha pasado desde su infancia, después de todo lo que hemos pasado para estar juntos, ahora tan cerca del final de nuestro viaje, la pierdo de esta manera.* Pensó y besó suavemente la frente de Artemisia, quien había disminuido su respiración.

—No te vayas, quédate conmigo —susurró en el oído de su esposa, temiendo perderla, mientras sus lágrimas bañaban el rostro de la amazona.

Por un momento, Artemisia sintió que desfallecía y flotaba. El campo de batalla fue reemplazado por un prado atravesado por un río. Al otro lado, un grupo de guerreras amazonas la observaba a lo lejos. Una de ellas avanzó sosteniendo una montura por las riendas. ¡Ikarnas! Mi querida amiga.

—Veo a mis hermanas —murmuró Artemisia, aún con los ojos cerrados—. Me esperan al otro lado del río Estigia, tienen una montura para mí, a lo lejos veo campos verdes, el sol brilla en un cielo azul sin nubes.

Su cuerpo tembló, Perseo miró la herida, la sangre seguía fluyendo entre la madera de la lanza, no había nada que él o cualquiera pudiera hacer, y el espartano se sintió el hombre más impotente del mundo.

Artemisia sintió un escalofrío recorrer su cuerpo, haciéndola estremecer, y la visión desapareció. *¡Dioses! ¿Cómo voy a reunirme con mis hermanas si no cumplí mi juramento de matar a Tisafernes, responsable de la muerte de mi rey, mi amigo y las de ellas?* Con pesar, abrió nuevamente los ojos y miró a Perseo.

—¿Cómo puedo entrar en los Campos Elíseos? ¡Soy una perjura! ¡Rompí mi juramento de matar a Tisafernes! Fracasé en proteger a mi rey y dejé vivo a su asesino —gimió, murmurando para sí misma, martirizándose por lo que ocurrió en Cunaxa.

—Te juro por los dioses infernales, por las Erinias, por Hades, Zeus y Ares, por todos los dioses inmortales del Olimpo, que mataré a Tisafernes por ti, o moriré intentándolo —juró Perseo, apretando un poco más las manos de la amazona.

Artemisia esbozó una sonrisa triste en medio de un espasmo de dolor que la hizo contraer los labios. *No quiero que él siga mi camino de venganza, cuando yo misma ya había decidido abandonarlo.* Pensó.

—No temo a la muerte, solo temo dejarte, mi amor. Te esperaré en las puertas de los Campos Elíseos el tiempo que sea necesario. No deseo que me vengues, solo deseo que vivas y encuentres la felicidad, que busques a tu hijo y a la madre de él, que busques ser feliz, solo guárdame con ternura en tus recuerdos —susurró con la voz casi inaudible, cerrando nuevamente los ojos, casi perdiendo la conciencia, tratando de encontrar un vestigio de fuerza.

La amazona oyó a Perseo llorar, sin importarle que los demás lo vieran, apoyando su rostro sobre el suyo, sintiendo las lágrimas de su esposo mojándola nuevamente.

—La diosa aceptó mis oraciones y mi sacrificio —murmuró para sí misma pensando: *Le ofrecí mi vida a cambio de la vida de Perseo, y Afrodita aceptó, ahora él tendrá la oportunidad de convivir con su hijo, quizás incluso con la madre de este. Perseo aún es joven y vivirá muchos años.*

El espartano no entendió el significado de esas enigmáticas palabras hasta días después.

—Te amo, no me dejes solo, por favor —dijo desconsolado.

—Y yo te amo, pero estoy tan cansada —susurró con un nuevo espasmo de dolor atravesando su rostro, sus ojos se abrieron, mirando al esposo, y nuevamente se cerraron. Sus manos apretaron las de él con más fuerza, y exhaló el aire lentamente.

Artemisia abrió nuevamente los ojos y miró a Perseo por un momento, el dolor que ella veía en su mirada la llenó de tristeza, y la amazona cerró los ojos otra vez, mientras apretaba las manos de su esposo con fuerza y exhalaba el aire lentamente, tratando de controlar el dolor, el amor de Perseo sosteniendo su alma dentro de su cuerpo ya condenado.

—Déjame ir, mi amor, incluso en el Hades seguiré amándote, y si los dioses lo permiten, algún día, nos encontraremos en los Campos Elíseos.

Perseo no pudo soportarlo. *Es egoísmo de mi parte no querer dejarla partir, su dolor es insoportable.*

—Ve, mi amor, reúnete con tus hermanas y cabalga hacia los Campos Elíseos, nunca te olvidaré, algún día, si los dioses lo permiten, nos encontraremos en el Hades —dijo, confirmando el deseo de la amazona.

Artemisia abrió los ojos, las lágrimas caían por su hermoso rostro, una media sonrisa apareció en sus labios, estaba lista para partir.

Imágenes de los dos juntos desfilaron por la mente de la amazona en un abrir y cerrar de ojos. El encuentro en un bosque de la ciudad de Oleiros, cuando una pasión arrebatadora la dominó, los encuentros en medio de los combates en Liconia, su amor floreciendo en medio del avance del ejército de Ciro, su declaración de amor después de que ella lo rescató en el desierto y la débil negativa de la amazona que se derrumbó en un cuarto de un palacio en la ciudad de Carmanda cuando finalmente reconoció que lo amaba perdidamente. La desesperación de la batalla de Cunaxa, el intento de alejarlo de ella, la reconciliación cuando casi lo perdió, el matrimonio, la retirada del Imperio Persa, la devastadora pérdida de su hijo en Bizancio, cuando nuevamente intentó alejarlo y la reconciliación en una montaña de Tracia. Todos esos recuerdos le eran queridos, incluso los de sus discusiones.

No dejo arrepentimientos atrás, amé y fui amada, encontré la felicidad a su lado, su amor me redimió, me hizo superar todos mis traumas, me mostró que por más que el mal impere en el mundo, el amor siempre vence al final, de una forma u otra. Pensó.

—Déjame partir sintiendo tu beso, mi señor, mi esposo, mi amor, mi dulce Perseo —murmuró Artemisia, mirando a su esposo con intensidad, y él la besó suavemente en los labios.

Con sus últimas fuerzas, la amazona sostuvo el rostro de su marido acariciándolo, después de suspirar entre sus labios, suavemente se sumergió en la oscuridad, feliz por haberlo conocido y aún más feliz por haberlo amado y sido amada con la misma intensidad.

Perseo la sintió suspirar en su boca y la mano de Artemisia cayó lentamente hacia un lado.

El joven abrió los ojos y observó a su esposa, su rostro parecía en paz, había una sonrisa en sus labios, pero sus ojos estaban cerrados. Intentó sentir su respiración, pero no sintió nada.

Artemisia se había ido.

—¡Noooooo!!!! —rugió desesperado, sintiendo un dolor atroz, como si un pedazo de su corazón y alma fuera arrancado violentamente de su interior.

El dolor insoportable parecía provenir del más profundo de su ser, su grito fue de dolor,

furia, tristeza y frustración.

Sus compañeros lo miraron compadecidos, mientras el joven abrazaba el cuerpo de Artemisia, llevándola a su pecho. Perseo la meció suavemente en sus brazos, hundiendo su rostro en su cabello y lloró como nunca había llorado en su vida, luego la besó nuevamente en los labios, pero esta vez la amazona no correspondió. Nunca más corresponderá a mis besos. Pensó desesperado.

Perseo permaneció en esa posición abrazando con fuerza a su esposa, como si su gesto pudiera traerla de vuelta del mundo de los muertos.

Después de mucho tiempo, Georgios se acercó y puso su mano en el hombro de su joven comandante y, con aire triste, le extendió un manto para cubrir el cuerpo de Artemisia.

El joven espartano depositó suavemente a la amazona en el suelo, arregló su cabello y besó sus labios, ahora fríos. Luego rasgó un trozo de su manto, lo empapó con agua de un odre y limpió el hermoso rostro de Artemisia, ahora pálido, y lentamente la cubrió.

—Pronto puede que todos la encontremos en el Hades, si deseas quedarte a su lado no te obligaré a regresar a las líneas —dijo Georgios, apretando el hombro de Perseo.

—Ella no querría eso, antes que nada, era una guerrera, si tengo que encontrarla hoy en el Hades, haré que muchos enemigos me precedan en el camino —respondió, con una furia recorriendo su alma mientras se levantaba.

Su coraza estaba empapada con la sangre de Artemisia, pasó la mano por ella y miró la sangre recién vertida de la amazona en su palma, luego la pasó lentamente por su rostro.

Perseo miró a su alrededor, un médico estaba atendiendo a Diomedes, empujó el trozo de lanza clavado en el muslo del espartano, sacándola por el otro lado, luego aplicó vino en la herida, cauterizándola enseguida en ambos lados con un trozo de hierro al rojo vivo que un asistente llevaba, finalmente envolvió el muslo con fuerza usando un pedazo de túnica rasgada.

El médico se acercó y preguntó si Perseo estaba herido. El joven había olvidado el dolor y el ardor en su hombro derecho, lo palpó por debajo de la coraza, apretando los dientes, sintiendo que había un corte profundo. El joven miró al médico, sorprendido y atónito, había olvidado la herida. Georgios lo ayudó a quitarse la coraza.

—Parece que te dieron con una lanza, pero parece que no fue nada grave, voy a cauterizar la herida —afirmó el médico, haciendo una señal a su asistente, que se acercó con el hierro al rojo vivo.

El médico derramó vino sobre la herida y, tras tomar el hierro de su asistente, lo acercó, cauterizando la herida. Los sentidos de Perseo estaban entumecidos por el dolor de la pérdida de Artemisia y no sintió nada. El olor a carne quemada llegó a su nariz, pero el joven lo ignoró, sintiéndose vacío por dentro. Sus compañeros lo miraron con compasión. Diomedes le extendió una odre y Perseo tomó un gran trago de vino.

El médico se dirigió a Atreu y, tras examinar su corte, lo limpió con vino, luego, utilizando una aguja y un hilo hecho con cabello, cosió la herida, limpiándola nuevamente con la bebida, y luego la cubrió con otro trozo de túnica.

Perseo miró a su alrededor de nuevo, los griegos habían sufrido bajas pesadas, en un rincón los muertos estaban apilados, sus armas retiradas para que los vivos pudieran usarlas. Los heridos graves estaban tendidos en el suelo siendo atendidos. Atreu tocó a Diomedes y señaló a un oficial herido, que estaba tendido en el suelo con vendajes en la cabeza, siendo atendido por el médico.

—¿Ese no es Agasias, de Estínfalo? —preguntó Atreu.

—Sí, es él —respondió Diomedes, observando atentamente al oficial herido.

—Es un soldado de gran valor y un excelente oficial, espero que sobreviva —suspiró resignado Atreu.

Perseo recordó a Agasias, quien había ayudado a Diomedes en el puerto de Calpe cuando Dexipo lo había detenido, y, además, era un campeón olímpico.

Un oficial se acercó y se dirigió a todos:

—Todos aquellos que aún puedan sostener un escudo y una lanza deben volver a las filas.

—No sé si podremos soportar otro ataque —dijo Atreu—, la mitad de la tropa está herida.

Esperaron un tiempo, el viento traía hasta los griegos el olor a carne asada proveniente de las líneas enemigas. Perseo no sentía hambre, el odio lo alimentaba. Los soldados solo habían recibido un poco de carne fría y pan, y el joven espartano dividió su parte con sus compañeros. Ellos lo miraron con preocupación, pero no dijeron nada, respetando el silencio taciturno de Perseo.

Sentado junto al cuerpo de Artemisia, el joven tomó su mano por debajo del manto que la cubría. Su piel estaba fría, su toque, antes suave y cálido, ahora era gélido.

Mientras acariciaba sus manos, Perseo recordaba los momentos que habían compartido. *¿Cuánto tiempo había pasado desde que nos encontramos en un bosque de la ciudad de Oleiros? Ella, que apareció como una visión de la diosa Artemisa, disputando conmigo una corza abatida. Ella, que con su fuego salvaje me tomó en el bosque como si yo fuera un efebo inexperto. Nuestro encuentro en Liconia, cuando ella me salvó la vida y luego me amó con el fuego de su pasión. El encuentro en un burdel en la ciudad de Dana, cuando sobornó a la madama del lugar para poder encontrarme, lejos de miradas indiscretas. Nuestra pelea en Tarso y nuestra reconciliación en la ciudad portuaria de Issos, donde nos amamos durante siete noches seguidas. En Tápsaco le hablé de Elana y mi hijo, hiriéndola y haciéndola expulsarme de su presencia, y poco después ella me ayudó a rescatarme en el desierto cerca de Carmanda, donde yo estaba perdido y en mi soledad, casi muerto, me di cuenta de que la amaba. Días después, finalmente dejó de resistirse y confesó que también me amaba.*

Los dioses envidiosos intentaron separarnos cerca de Cunaxa, cuando ella casi murió luchando por su rey. Mi desesperado rescate, mi intento de acercarme a ella, nuestra reconciliación y nuestro amor durante la retirada desde los confines del Imperio Persa. Su intento de protegerme a mí y a mis compañeros en Escitia, y nuestro matrimonio en la cima del monte Teches.

Nuestra felicidad y tragedia en la ciudad de Bizancio, cuando perdimos a nuestro bebé, y el distanciamiento que eso causó hasta nuestra reconciliación en la cima de una montaña. Nuestros momentos felices y tristes, nuestros planes para el futuro. La lucha de Artemisia contra los fantasmas de su pasado que finalmente superó, resolviendo abandonar la senda de la venganza para que pudiéramos comenzar una nueva caminata juntos, lejos de Asia y de los horrores de la guerra.

La desafortunada decisión de participar en la última campaña que ahora resultó en su muerte, la cual me culparé por el resto de mis días. ¿Cuánto tiempo estuvimos juntos? Para mí parece una vida entera, pero fueron poco menos de dos años, un período que nunca olvidaré, no importa cuántos años viva.

¿Por qué los dioses fueron tan crueles con Artemisia? Ella sufrió tragedias que habrían sacudido al más fuerte de los guerreros: fue violada junto a los cuerpos de sus padres y su hermano asesinados, su benefactor también fue muerto en su presencia, su rey murió en la batalla de Cunaxa, al igual que su mejor amiga, Ikarnas, y la mayoría de sus hermanas de armas. Incluso la pequeña Helena, a quien ella encontró y a quien la amazona amaba, Artemisia se vio obligada a dejarla partir. Y ahora la mayor de todas las tragedias, su muerte.

Perseo, perdido en sus pensamientos, no se dio cuenta del paso del tiempo. Fue recién a media tarde cuando Diomedes tocó su hombro, sacándolo de sus recuerdos. El joven miró alrededor y se dio cuenta de que había movimiento en las filas enemigas; se estaban preparando para un último ataque, antes del crepúsculo.

—Allá vamos —dijo Petrus con una triste sonrisa—. Nos veremos en las puertas de Hades.

Perseo retiró el manto y besó la frente de Artemisia, cubriéndola nuevamente después.

—Ojalá los dioses quieran que hoy mismo descienda a la casa de Hades —murmuró. Su voluntad era morir. *Pero si quiero encontrar a Artemisia, debo morir en combate, solo los guerreros entran en los Campos Elíseos, donde estoy seguro de que ella me está esperando.*

El pelotón de Perseo ocupó su posición en la tercera fila, con el círculo defensivo más pequeño.

Los soldados enemigos avanzaban lentamente, a pesar de que los griegos les habían infligido bajas pesadas, aún poseían superioridad numérica.

Esta vez seremos masacrados. Pensaron todos.

Jenofonte y sus oficiales se unieron a los soldados en las filas.

—¡Compañeros! Hoy las lanzas se romperán y los escudos se partirán. Ares, flagelo de los hombres, tendrá una rica cosecha de almas de valientes guerreros. Que nadie piense en librarse de la negra muerte, ¡esta noche cenaremos en el palacio de Hades! Si hemos de morir, que lo hagamos como los valientes soldados que somos, asegurándonos de enviar a los dioses infernales el mayor número posible de enemigos, así garantiremos nuestra entrada en los Campos Elíseos —gritó Jenofonte.

—¡Ahuu! —fue la respuesta unánime.

Algunos soldados comenzaron a entonar el peán, al que los demás respondían con el estribillo:

—¡Lé, paián!

La infantería pesada enemiga aceleró el paso, todos aquellos que no podían caminar fueron armados con arcos y, aunque sentados, lanzaban flechas contra los persas.

Perseo cerró los ojos un momento y pensó en Artemisia, tendida inmóvil en la retaguardia. Pensó en sus seres queridos en Esparta, en su hijo y en Elana. *Si he de morir hoy, moriré luchando como un verdadero espartano y, si los dioses lo permiten, aún hoy estaré con Artemisia en el Hades.*

Los persas aceleraron el paso, corriendo hacia los griegos, gritando sus aullidos de batalla. Sintieron el violento impacto en la primera fila, que sostuvo el choque. Los soldados de la segunda fila entraron en combate lanzando sus lanzas, mientras los de la tercera fila apoyaban con los escudos.

De nuevo sonó el toque de trompeta ordenando el cambio de filas y Perseo se vio en combate en la segunda fila. El joven arrojaba y retiraba la lanza sin parar, su hombro herido volvía a sangrar, mordía los labios por el dolor, pero no dejaba de arrojar la lanza.

La trompeta sonó nuevamente y Perseo se encontró en la primera fila. Su hombro ya no sostenía la lanza, por lo que la arrojó contra el pecho de un persa que avanzaba y desenvainó la espada. Sería más fácil manejarla que la pesada lanza.

Un persa se estrelló contra el espartano, quien clavó la espada entre sus ojos y la retiró. Miró de reojo hacia el lado; Diomedes luchaba valientemente, a pesar de la pierna herida, mientras Petrus lo defendía con su escudo.

La presión de la infantería pesada enemiga era enorme, lentamente los griegos comenzaron a retroceder hacia el centro del campamento, estaban siendo atacados por todos los flancos. Incluso Jenofonte había entrado en la lucha, combatiendo valientemente junto a sus hombres.

Tendré una muerte gloriosa, no puedo desear nada más. Pensó Perseo y soltó un grito:

—¡Artemisia!!!!!!!!!!

El espartano se lanzó hacia adelante, dejando la protección del escudo de Laertes, que estaba a su lado derecho. El dolor en su hombro fue olvidado, usaba el escudo y la espada para asesinar a otros seres humanos, no pensaba, actuaba impulsado por instintos animales, estaba en un estado mental que los médicos llamaban "la ira de Aquiles".

Perseo atacaba sin pensar en defenderse, matar era su único objetivo. Los enemigos retrocedieron unos pasos, sus compañeros avanzaron colocándose al lado del espartano, y consiguieron reorganizar la línea por un momento, pero tuvieron que retroceder ante la superioridad enemiga.

Los hermanos de armas de Perseo lo arrastraron de vuelta, contra su voluntad.

Cuando todo parecía perdido, oyeron una trompeta a lo lejos, y las hordas enemigas se detuvieron, dudando.

—¡Resistan, ataquen! ¡La ayuda ha llegado! — gritó Jenofonte.

Con un grito, los griegos se lanzaron nuevamente al ataque, y esta vez la infantería enemiga retrocedió.

Perseo avanzó furioso, tomado por la ira. Golpeó con un movimiento circular la cabeza de un enemigo, y su espada se clavó en el cráneo de su adversario. El espartano intentó retirarla, pero no pudo, así que la dejó, y el soldado cayó al suelo muerto con la espada incrustada.

Usando su escudo, Perseo avanzó, asestando golpes con el borde, rompiendo mandíbulas y dientes de aquellos que alcanzaba.

De repente, el joven recibió un golpe violento en el escudo que lo hizo caer al suelo. Mirando hacia arriba, vio a un bárbaro armado con un hacha de guerra levantar la mortífera arma sobre su cabeza, listo para segar su vida. Perseo no se defendió, esperando y deseando el golpe mortal que pondría fin a su sufrimiento.

Pero Diomedes cortó la garganta del persa con su espada, y el soldado cayó sobre Perseo, quien tuvo dificultades para retirarlo. Cuando finalmente se liberó, los persas huían, perseguidos por los griegos.

Escuadrones de caballería griega avanzaban por la retaguardia sobre las filas enemigas, seguidos por la infantería pesada y ligera.

La ayuda llegó, pero no a tiempo para evitar la muerte del amor de mi vida. Pensó Perseo. ¿Cómo sobreviviré sin Artemisia? ¿Cómo viviré sin ver su sonrisa, sin sentir el toque de sus manos y sus labios? Nunca más sentiré el calor de su cuerpo junto al mío. Qué cruel destino nos dieron los dioses, permitiendo que en medio de una guerra nuestro amor floreciera.

El espartano se sentó desolado entre los cuerpos mutilados y sin vida de bárbaros y griegos tendidos en el suelo, sus diferencias olvidadas. Por un momento deseó unirse a ellos, ya

no habría más sufrimiento ni dolor, solo un sueño eterno, pero el joven recordó a Artemisia y su ejemplo de honor y valentía.

Sería indigno de su amor y sacrificio si me rindo. Pensó. Ahora debo reunir fuerzas para darle los debidos honores fúnebres que una guerrera escitia merece.

Capítulo 26

Los griegos pasaron la noche en el lugar; los médicos atendieron a los heridos y se distribuyó comida. Perseo se negó a comer y pasó la noche junto al cuerpo de Artemisia, velándolo. Sus compañeros encendieron una fogata a unos pasos de distancia y respetaron su dolor.

Llegó el amanecer, pero el sol no apareció; una ligera lluvia cayó, empapando a todos, como si los dioses lloraran por los muertos.

Los heridos fueron colocados en camillas improvisadas y llevados por sus compañeros, mientras que los muertos fueron incinerados en una sencilla ceremonia funeraria.

Perseo se negó a permitir que Artemisia fuera cremada en ese lugar.

Georgios consiguió autorización para que trasladaran el cuerpo de la amazona hasta el campamento en Pérgamo. Diomedes sobornó al conductor de una carreta de heridos y logró que la transportaran.

Durante todo el día, Perseo caminó al lado de la carreta que llevaba a la amazona, cuyo cuerpo estaba envuelto en el manto del espartano. En las pocas pausas para descansar, se negaba a abandonarla.

Al caer la noche, llegaron al campamento del ejército. Ignorando a los soldados que no participaron en el ataque y que los rodeaban en busca de noticias, Perseo y sus compañeros se dirigieron a la playa, donde el joven planeaba cremar a Artemisia al amanecer.

Georgios ordenó a algunos soldados que consiguieran leña. Diomedes trajo dos grandes trozos de lino, y Petrus llevó una ánfora vacía para que fuera a buscar agua del mar.

Llegaron a la orilla, donde Perseo se arrodilló con Artemisia en sus brazos. Georgios organizó a los soldados que traían la leña del campamento, pidiéndoles que construyeran una gran pira funeraria, y luego los despidió.

Los compañeros de Perseo encendieron una fogata a su lado. El joven espartano tendió suavemente a su amada sobre la arena de la playa, iluminada por las llamas. Sus amigos se apartaron varios pasos y se sentaron para pasar la noche, dándoles privacidad.

Perseo caminó hacia el mar y llenó la ánfora que Petrus le había entregado con agua. Al regresar junto a Artemisia, se arrodilló a su lado. Al abrir el manto que la cubría, los ojos del espartano se humedecieron al verla pálida e inmóvil, con sus hermosos ojos cerrados para siempre.

Con cuidado, retiró el trozo de lanza que aún estaba clavado en el abdomen de su esposa y lo lanzó lejos, mientras un pequeño hilo de sangre caía por la herida.

Perseo quitó la coraza, las grebas y las sandalias manchadas de sangre y polvo de Artemisia, dejándolas a un lado. Con delicadeza, retiró la túnica manchada de sudor y sangre y, con suavidad, desató el taparrabos que cubría sus partes íntimas, dejándola desnuda.

Usando un trozo de tela humedecida con agua de mar, Perseo limpió delicadamente el cuerpo y las heridas de su esposa, luego arregló su cabello, limpiándolo de la tierra y la hierba que lo enredaban.

Cuando quedó satisfecho, besó suavemente sus labios, ahora fríos, por última vez. Entonces colocó dos monedas en sus ojos y envolvió el cuerpo con la tela que Diomedes había dejado a su lado, cubriéndola de pies a cabeza. A continuación, limpió la coraza y las grebas de la amazona.

Perseo se tendió junto a la amazona, pero, a pesar de estar mortalmente cansado, no pudo dormir.

Sus compañeros permanecieron apartados.

El espartano veló a la amazona durante el resto de la noche, rememorando los momentos vividos juntos. Oró a Hades y a su esposa Perséfone, suplicando para que los Campos Elíseos se abrieran para Artemisia y que ella se reuniera con sus hermanas y con el hijo que nunca nació.

Artemisia le había contado a Perseo, cuando cremaron a sus hermanas después de la batalla contra los taocos, que su tribu en Escitia no enterraba a sus muertos, como hacían los griegos en tiempos de paz. Ellos eran cremados en una pira y sus huesos, una vez reducidos a cenizas, eran arrojados desde una montaña, en un río o en las llanuras. Ella había dicho que, si alguna vez moría, así sería tratada su carne. Ahora, él le daría un funeral similar al de sus hermanas.

Las estrellas cruzaron el firmamento. Perseo pasó la noche rememorando los momentos vividos junto a la amazona: su encuentro en un bosque dentro del imperio persa, el amor que floreció en medio del caos de la guerra, el pequeño momento de felicidad en la ciudad de Bizancio, e incluso los recuerdos de sus discusiones le eran queridos.

El amanecer apareció en el horizonte, tiñendo las nubes de rosa. Llegó la hora de la despedida.

Perseo se levantó y cargó el cuerpo de Artemisia hasta la pira, donde lo depositó con delicadeza. A su lado dejó la coraza y las grebas de la amazona, que había limpiado con agua del mar, ya que su yelmo y sus espadas se perdieron durante la batalla. Petrus había recuperado su arco, que el espartano colocó sobre el cuerpo.

Sus compañeros se acercaron con semblantes tristes. Georgios entregó una ánfora con aceite inflamable a Perseo, quien se acercó al cuerpo de Artemisia y besó su frente y labios suavemente, sobre el sudario.

Con una última mirada, el espartano vertió lentamente el aceite, empapando el lino que

cubría el cuerpo de su amada, intentando retrasar el momento fatal en el que la entregaría a las llamas purificadoras.

Las palabras le faltaron. Debía hacer una elegía en su honor, pero ningún sonido salía de su boca. Su mente estaba embotada, los momentos vividos con la amazona pasaban ante él ininterrumpidamente; no lograba concentrarse en nada que no fuera Artemisia.

Perseo miró a sus compañeros con los ojos llenos de lágrimas. Intentó hablar, pero no lo consiguió; su voz le falló.

Atreu se acercó y, en voz alta, entonó el mismo canto fúnebre que había cantado cuando enterraron al bebé en Bizancio, derramando de forma ritual vino sobre el cuerpo cubierto.

Al final, recitó un poema en homenaje a Artemisia, que había escrito durante la vigilia:

—Reina entre las amazonas, de alto grito en la guerra. Guerrera amada de los dioses inmortales. Tu espíritu desciende a la casa de Hades, en su manto oscuro. Tu cuerpo, consumido por las llamas purificadoras. Incontables almas de valientes guerreros han descendido al Hades, sus cuerpos tendidos en el suelo, sus dientes mordiendo el polvo; pasto de fieras y aves, heridos por el bronce de tus armas. Esposo viudo y amigos quedan lamentándote. Nunca más escucharemos tus sabios consejos en las asambleas de los guerreros. Tu risa sonora ya no alegrará nuestros espíritus mientras ejecutamos las arduas tareas de Ares. Tu brazo fuerte, en la guerra que desgarró a los hombres, ya no nos ayudará a mantener las filas. Se regocijan tus hermanas, valientes amazonas, que te precedieron en la morada de los héroes. Campos Elíseos, ese es tu destino final —concluyó, con lágrimas en los ojos.

Diomedes se acercó con una antorcha y se la entregó a Perseo.

El sol comenzaba a asomar en el horizonte, los primeros rayos alcanzaron la pira bañándola con una luz dorada. La brisa marina agitaba el sudario que cubría el cuerpo de Artemisia.

Con el rostro cubierto de lágrimas, Perseo acercó la antorcha a la leña seca. Las llamas surgieron de inmediato, inflamadas por el aceite. Cuando alcanzaron el cuerpo de la amazona, se hicieron más intensas, mientras chispas ascendían hacia el cielo.

Perseo dio unos pasos atrás debido al calor abrasador. Le costaba creer que nunca más tendría a su esposa en sus brazos, que no vería ni escucharía su risa, que no sentiría su toque sobre su piel.

Atreu entonó un cántico al dios Hermes, encargado de llevar las almas de los mortales al reino de los muertos:

—Habitante del camino sin retorno, Coecito fatal, tú que guías bajo los infiernos el alma mortal, Hermes, nacido del delirante danzón de Dionisio y Pafía, la doncella Afrodita de ojos vivaces; tú, que guardas el sagrado palacio de Perséfone, conductor de las almas condenadas, ayuda bajo la tierra que las lleva hacia abajo en el momento de la muerte, con los hechizos de tu sagrado cetro, a todos les das el sueño, y los despiertas nuevamente de los sueños; honor te dio la

diosa Perséfone en el amplio Tártaro: guiar el camino hacia las almas eternas de los mortales. ¡Vamos, venturoso! Te pido, envíes un noble fin a los trabajos de los iniciados. ¡Guía esta valiosa alma hacia los Campos Elíseos!

Los amigos de Perseo acompañaron la cremación en silencio. Él se sentó en la arena de la playa, cerca de la pira, observando las llamas. Durante largo tiempo, estas ardieron, alimentadas constantemente por sus compañeros.

Cuando el crepúsculo se aproximó nuevamente, el fuego se extinguió después de haber consumido el cuerpo de Artemisia.

Con el corazón roto y el rostro cubierto de lágrimas, bajo la mirada compasiva de sus amigos, Perseo recogió los huesos carbonizados de la amazona. Atreu se acercó con un recipiente donde los colocaron, y con la ayuda de un pequeño martillo de piedra, el joven espartano los trituró hasta transformarlos en cenizas. Con cada presión que los desmenuzaba, parecía que una parte de él se rompía también.

Cuando todo lo que quedó en el recipiente fueron cenizas, Perseo las colocó con sus propias manos dentro de una urna de cerámica decorada, que Georgios le había entregado.

Una vez que terminó, Perseo miró sus manos, que estaban cubiertas de cenizas del cuerpo de su amada. Se cubrió el rostro con ellas, mezclando la ceniza que se había quedado entre sus dedos y palmas con las lágrimas que recorrían su rostro.

Perseo miró a sus compañeros, que se arrodillaron a su lado y lo abrazaron. Con dificultad, el joven se levantó y, emocionado, les agradeció con una sonrisa vacilante. Luego, se alejó cargando la urna, dejándolos atrás, pues no había palabras que pudieran consolarlo, ni suficientes palabras para agradecerles.

Caminando por la orilla del mar, el joven espartano encontró un acantilado que terminaba en el mar. Escaló hasta la cima y se sentó junto a la urna, mirando el horizonte, que ahora se oscurecía con la llegada de la noche, con nubes pesadas y rayos que rasgaban el cielo, presagiando una tormenta en el mar.

Sentía la presencia de Artemisia a su lado, o al menos ese era su deseo. Triste, el joven se acostó junto a la urna y se quedó dormido.

Soñó con su amada. Ella estaba en una pradera verde, el cielo era azul y sin nubes, una fresca brisa primaveral barría los campos. Artemisia vestía su armadura, pero parecía triste, mirando al horizonte como si esperara a alguien. Perseo intentó llamarla, pero su voz no salió.

Despertó sobresaltado, con los primeros rayos de sol anunciando un nuevo día.

Con lágrimas bañando su rostro, Perseo abrió el vaso y esparció las cenizas de la amazona hacia el mar.

—Artemisia, te amo, encuentra la paz que te faltó en vida, mi señora, mi esposa, mi amor —murmuró con el corazón destrozado.

Por un momento, observó las rocas en el fondo del acantilado, las olas del mar chocaban violentamente contra ellas, levantando una torre de espuma salada que pronto se deshacía.

Sería tan fácil, solo un paso y caería al vacío, encontrando la muerte, sería el fin de todo mi dolor. Pensó, pero luego se echó atrás. Matarme no me llevará a los Campos Elíseos, donde creo que Artemisia está con sus hermanas. Y aún está el juramento de venganza que hice: mataré a Tisafernes o moriré intentándolo.

Perseo regresó al campamento y encontró a sus compañeros preocupados. Al ver su lamentable estado, lo obligaron a lavarse. El joven espartano seguía cubierto de sangre y polvo de la batalla, mezclado con el hollín de la pira funeraria y las cenizas de Artemisia en su rostro, lo que le daba un aspecto aterrador. Luego, lo obligaron a comer, pero Perseo solo pudo ingerir una pequeña porción. Alimentado y bañado, le permitieron beber.

—Todos beberemos y nos embriagaremos en honor a Artemisia y sus amazonas, que los Campos Elíseos les sean franqueados —ordenó Georgios, levantando una copa llena de vino en un brindis.

En compañía de sus amigos, Perseo se embriagó como nunca antes. Lloró como un niño en su presencia; lloró por su juventud e inocencia perdidas; lloró por su padre, muerto en combate, y por su hermano, alejado por la cruel guerra. Lloró por su madre, que se había visto privada del consuelo de dos hijos, y por el viejo Hipócrates, a quien amaba como a un segundo padre, pero a quien nunca se lo había dicho; lloró por Elana, su primer amor, y por el hijo de ambos con quien nunca convivió; lloró por el bebé que Artemisia había perdido en Bizancio, pero principalmente lloró por la amazona, por todos los momentos que ya no vivirían.

Cuando las lágrimas se agotaron, finalmente Perseo se desmayó por el exceso de vino.

A la mañana siguiente, despertó con los primeros signos del amanecer y sintió un dolor profundo al recordar que ya no tendría a Artemisia a su lado.

Sus compañeros lo obligaron a acompañarlos. Jenofonte iba a sacrificar a los dioses en honor a todos los que murieron durante la campaña en Asia.

Perseo acompañó los sacrificios con sus hermanos y oró nuevamente a Hades, para que permitiera que Artemisia encontrara a sus hermanas en los Campos Elíseos, y que un día le permitiera encontrarla en su reino.

Tras la ceremonia funeraria, Jenofonte avisó que el ejército se desplazaría hacia la satrapía de Lidia, al final de la tarde.

Las tropas comenzaron a desmontar el campamento. Todos estaban confundidos,

pensaban que se quedarían en Pérgamo esperando la llegada del general Timbrón, pero los oficiales decían que Timbrón los encontraría en Lidia.

Aunque seguían formando parte de la escolta personal de Jenofonte, el pelotón de Georgios no regresó a la mansión donde el general estaba hospedado.

Mientras desmontaban las tiendas, apareció Jenofonte.

—¡Atención! —ordenó Georgios al ver al general acercándose.

Todos se pusieron firmes, pero Jenofonte, con un gesto, les hizo descansar y se acercó a Perseo.

—Perseo, vengo a expresarte mis condolencias por tu pérdida. Artemisia era una comandante valiosa, en los consejos de Ciro siempre brindó sabias recomendaciones —dijo, poniendo una mano en el hombro del joven.

—Gracias, mi general —respondió, emocionado.

—Espero que aún pueda contar con ustedes como parte de mi escolta —dijo dirigiéndose a todos.

—Con gusto, mi general —respondió Georgios.

Sacudiendo la cabeza, Jenofonte se alejó mientras Perseo y sus compañeros terminaban de desmontar las tiendas.

Cuando llegó el crepúsculo, Jenofonte lideró al ejército hacia Lidia, aparentemente abandonando la idea de capturar a Asidates.

Alrededor de la medianoche, hicieron una pausa para descansar y el ejército acampó.

Durante la madrugada, Georgios despertó a algunos soldados y los condujo fuera del campamento, donde se unieron a varias compañías de hoplitas y peltastas.

Los oficiales informaron que Asidates había salido del fuerte en dirección a la región del río Parténio. La intención de Jenofonte era que el ejército continuara su marcha, mientras que una pequeña fuerza preparaba una emboscada para capturar al persa.

—En honor a nuestros compañeros caídos debemos capturar a Asidates —explicó.

Solo se aceptaron voluntarios; nadie estaba obligado a participar en el ataque, ya que el intento anterior casi había terminado en tragedia.

Perseo y sus compañeros se ofrecieron como voluntarios. Diomedes insistió en unirse, a pesar de estar herido en el muslo. El hombro de Perseo aún le dolía y ardía debido a la herida, pero conseguía empuñar el escudo y la lanza.

Para muchos, era la última oportunidad de obtener algo más que unas pocas monedas

como recompensa por la campaña.

Para Perseo, no era más que el preludio de la venganza que había prometido cumplir en nombre de Artemisia.

La tropa estaba compuesta por doscientos soldados, la mayoría hoplitas, con algunas compañías de peltastas y arqueros como apoyo.

Marcharon todo el día, siguiendo a dos informantes nativos. Hicieron un largo rodeo, evitando caminos y aldeas, escondiéndose lo más posible en los bosques de la región.

Al final del día, entraron en un gran bosque, por el cual caminaron durante un tiempo, bordeando su límite.

La noche ya estaba avanzada cuando recibieron órdenes de detenerse.

Desde el borde del bosque podían ver un camino que seguía paralelo a los árboles. Los soldados esperaron horas en el lugar, durmiendo por turnos en el servicio de centinela.

Cuando la mañana ya estaba avanzada, un convoy de carromatos apareció en el horizonte, escoltado por docenas de caballeros y algunos soldados de infantería que caminaban a su lado. Los griegos no vieron el grueso de las tropas de infantería que defendían el fuerte.

Los soldados recibieron órdenes de dejar que el convoy llegara frente a sus posiciones. Los arqueros tensaron sus arcos, apuntando a los caballeros que caminaban junto al convoy. A la señal de Jenofonte, dispararon simultáneamente, y varios caballeros cayeron de sus monturas, mientras sus animales disparaban por los campos, arrastrando a sus jinetes.

—¡Por Ares y Zeus! —exclamó un oficial.

Los griegos avanzaron, bajando la pequeña pendiente que conducía a la carretera. Veían a los caballeros mirándolos con asombro mientras corrían lo más rápido posible. En la retaguardia, los arqueros disparaban sin cesar sus flechas. Algunos caballeros se agruparon para cargar contra los griegos, pero antes de que pudieran alcanzarlos, fueron diezmados por las flechas.

Pocos soldados de infantería persa formaron una línea defensiva para interceptar a los griegos, mientras los carreteros golpeaban las monturas tratando de alejarlas del lugar.

Los griegos chocaron violentamente contra los persas, lanzándolos varios pasos atrás con el golpe de sus escudos.

El ataque fue rápido y brutal, y pronto todos estaban muertos, excepto algunos que huyeron corriendo por el campo. Algunos caballeros que no fueron alcanzados por las flechas avanzaron contra los griegos, pero fueron eliminados por las lanzas.

Perseo luchaba como un autómatas, sin sentimientos de odio, piedad ni remordimiento. Un soldado de infantería intentó huir corriendo, y él lo persiguió. Por un momento, el hombre miró por encima del hombro y, aterrorizado, tropezó, cayendo al suelo y dejando escapar la espada de

su mano.

El espartano se acercó a él y pisó sobre su espalda, inmovilizándolo. El persa giró la cabeza hacia él, soltando una ráfaga de palabras en su lengua bárbara, suplicando por su vida.

Sus ojos estaban desmesuradamente abiertos por el terror. Perseo no pensó en nada, solo perforó las espaldas del persa con un golpe de su lanza. La hoja lo atravesó, clavándose en el suelo. Con un violento movimiento, el espartano la retiró, mientras la luz en los ojos del hombre se apagaba con la muerte.

Perseo no sintió odio, remordimiento, piedad ni arrepentimiento; de hecho, no sintió absolutamente nada. De repente, se dio cuenta de que se había convertido en Laertes, un asesino nato.

Los griegos dominaron a los carreteros y registraron el interior de los carromatos. Jenofonte se dirigió al más grande de todos, que parecía un palacio sobre ruedas, tirado por una pareja de diez bueyes. De su interior salió un hombre de mediana edad, asustado, ricamente vestido a la moda persa. Sin embargo, su vestimenta no ocultaba su gran barriga, resultado de años de glotonería desenfrenada. Inmediatamente después, salió una mujer esbelta, con el rostro cubierto por un velo que dejaba al descubierto solo sus ojos, seguida por amas de leche y cinco niños de entre dos y ocho años.

Jenofonte, utilizando a uno de los guías como intérprete, le aseguró a Asidates que ni sus hijos ni su esposa serían heridos, y ordenó que entraran nuevamente en el carruaje, después de que esta fuera registrada y saqueada de todo lo valioso. Se encontraron grandes arcas con monedas de oro y plata en los carromatos, varios caballos de raza pertenecientes al persa fueron llevados como premio, además de numerosos esclavos.

Los cautivos fueron llevados a Pérgamo, donde Jenofonte exigió una cuantiosa suma como rescate, la cual fue pagada una semana después, momento en el que liberó a los cautivos y distribuyó las ganancias con el resto de los soldados que participaron en la misión, separando la mitad para las arcas del general Timbrón.

Como muestra de afecto y gratitud, los comandantes espartanos y los demás oficiales fueron unánimes en obligarlo a elegir del botín lo que deseara. Jenofonte eligió dos hermosos sementales, además de una espada con empuñadura de plata.

Dos días después, Timbrón desembarcó en Pérgamo con parte de las tropas que iban a combatir a Tisafernes.

Perseo los observaba. Había algunas compañías de espartanos, la mayoría novatos inexpertos, que mientras desembarcaban escuchaban las burlas de los veteranos. El joven espartano se mantuvo en silencio, sin humor para nada.

Jenofonte transfirió oficialmente el mando del ejército a Timbrón en una asamblea de soldados:

— ¡Compañeros! — comenzó Jenofonte, dirigiéndose a los soldados reunidos — Me

alegra mucho que nuestra jornada, iniciada hace quince meses, haya llegado a buen término. Hemos atravesado tierras persas, infligiendo duras derrotas a todos aquellos que nos enfrentaron. Hemos recorrido treinta y cuatro mil seiscientos cincuenta estadios hasta llegar aquí. Podríamos haber colocado a Ciro en el trono de Persia si no hubiera muerto en combate. Hemos perdido a innumerables compañeros y hermanos de armas, muchos oficiales valerosos han caído, muertos con las armas en las manos, y muchos más han sido heridos. Pero aquí estamos. Ahora dejo el mando a Timbrón. Como todos saben, los espartanos han entrado en guerra contra los infames Tisafernes y Farnabazo, que nos causaron tantos males. Ahora depende de ustedes decidir si quieren unirse a esta campaña o no. Yo tengo la intención de regresar a mi hogar y ver a mis seres queridos, la nostalgia me consume el alma. En cuanto a ustedes, como griegos libres que son, deben decidir por sí mismos. Les agradezco el honor que me brindaron al confiarme la tarea de guiarlos hasta aquí.

Emocionado, Jenofonte cedió la palabra a Timbrón, mientras el ejército le rendía una última ovación:

—¡Ahuu! ¡Ahuu! ¡Ahuu! —gritaron al unísono, levantando las lanzas hacia el cielo.

—¡Valerosos soldados griegos! Las noticias de vuestra hazaña han recorrido las tierras griegas. Poetas declaman en versos la valentía insuperable del soldado griego contra las hordas bárbaras. Ahora tienen la oportunidad de vengarse de Tisafernes, quien tanto mal les causó. Si desean unirse a mi ejército para luchar contra Tisafernes y Farnabazo, reúnanse nuevamente aquí dentro de cinco días. A aquellos que quieran regresar a Grecia, les proporcionaremos lugar en los barcos que nos trajeron y que partirán de regreso. El salario es el acordado por Polímaco cuando los encontró en Tracia, además de la parte del botín obtenido en las tierras persas. Los esperaré dentro de cinco días.

El ejército fue dispersado y ahora los soldados debían decidir si continuarían en campaña o regresarían a sus hogares.

Al atardecer, el pequeño grupo de hermanos de armas se reunió en la orilla del mar. Diomedes y Petrus trajeron un cerdo que asaron lentamente en una hoguera, también trajeron dos grandes ánforas de vino, una suave y dulce, y la otra seca y fuerte. Atreu llevó varias frutas y panes comprados en el mercado. Todos se sentaron alrededor del fuego, sirviéndose del cerdo que asaban con sus puñales.

—Bien, ¿qué han decidido? —preguntó Georgios, cortando un trozo de carne.

—¿Qué piensas hacer tú? —preguntó Atreu, señalando su jarra de vino.

—Estoy cansado, hace tiempo que no visito a mi familia —dijo pensativo, mientras miraba las llamas—. Con el dinero que he conseguido, voy a aumentar mi propiedad y dejar a mi familia en una situación en la que no tengan que preocuparse por si las cosechas serán suficientes o no.

—Yo no tengo nada en Esparta que me haga volver —dijo Laertes de forma seca—. Voy a alistarme nuevamente, fue un honor servir con ustedes.

—Me uniré al ejército después de resolver algunos asuntos pendientes en Atenas. Si hay oportunidad de derrotar y matar a Tisafernes, quiero estar presente —respondió Perseo, mirando las llamas.

—Nos veremos contigo en Atenas —dijo Diomedes, señalando a Petrus, quien asintió con la cabeza mientras masticaba un gran trozo de cerdo—. Vamos a divertirnos un poco antes de unirnos a Timbrón.

—Yo voy a visitar el santuario del oráculo de Delfos, necesito meditar y purgar de mi alma todo el mal que he visto en esta jornada —dijo Atreu—. Después tal vez me encuentre con ustedes.

Se miraron en silencio, tal vez se reencontrarían, tal vez no, pero eran amigos y hermanos por el resto de sus vidas. Se levantaron y se abrazaron mutuamente.

Pasaron la noche comiendo, bebiendo y rememorando la aventura que habían vivido.

A la mañana siguiente se separaron, cada uno tomó un camino diferente. Perseo, Atreu y Georgios embarcaron en un barco rumbo al puerto de Argos, desde donde caminarían hasta Esparta; Diomedes y Petrus se dirigieron hacia Atenas, y Laertes continuó hacia Pérgamo, donde se alistaría nuevamente en el ejército. Se despidieron de él en el puerto, mientras él les saludaba. Las embarcaciones se alejaban lentamente de la orilla y de Asia.

La jornada que había comenzado en Esmirna ahora llegaba a su fin. Soldados que partieron soñando con honor, gloria y riquezas, regresaban, en su mayoría, tan pobres como cuando partieron.

Perseo, que había buscado honor y gloria, había encontrado el amor solo para perderlo. Ahora debía convivir con los recuerdos y enfrentar su pasado en la ciudad de Atenas.

Capítulo 27

El viaje marítimo fue tranquilo. Perseo, Georgios y Atreu desembarcaron en el puerto de la ciudad de Argos, desde donde partirían hacia Esparta.

Atreu y Georgios acompañarían a Perseo durante parte del camino.

Tras algunos días de caminata, se despidieron de Atreu en una encrucijada donde el camino se dividía en dirección a Corinto y Esparta.

—Aquí es donde nos despedimos —dijo Atreu.

—Hasta pronto —dijo Georgios, abrazando al amigo.

—Ora por Artemisia en mi nombre —pidió Perseo, abrazándolo también.

—¿Estás seguro de que no deseas visitar el oráculo de Delfos? —preguntó Atreu.

—El único dios al que oro es Hades —respondió Perseo, cabizbajo.

—No dejes que la amargura y la tristeza te dominen, Perseo. Estás vivo, agradece a los dioses. Sigue el consejo que te dejó Artemisia —recomendó Atreu.

—Los dioses abandonaron a Artemisia —respondió Perseo secamente.

—Haz que su sacrificio valga la pena —dijo, mirando fijamente a Perseo.

Perseo sostuvo la mirada de su amigo, mirándolo interrogativamente. Durante un momento, Atreu pareció meditar sobre algo, y una certeza invadió al joven espartano en ese instante. *La visita al templo de Afrodita en Antandro y las misteriosas palabras de Artemisia en sus últimos momentos tenían algo que ver con el sacrificio mencionado por Atreu.* Pensó.

—Cuéntame, te lo ruego —pidió, colocando sus manos sobre los hombros de Atreu y mirándolo a los ojos.

—Ese día en Antandro, cuando la acompañé al templo, me habló de su sueño con Ares y Afrodita, y de la maldición de la diosa — comenzó Atreu.

Perseo soltó los hombros de su amigo, dejando que sus brazos cayeran. Georgios, a su lado, escuchaba atentamente.

—Artemisia me contó cuánto te amaba y cuánto temía por tu vida. Ella creía que la maldición de la diosa significaba tu muerte, Perseo —dijo, con una mirada triste.

Perseo recordó lo que Artemisia le había contado sobre su sueño, que Afrodita había

predicho que ella amaría y sería correspondida, pero tendría que elegir entre vivir sirviendo a Ares o vivir ese amor por un corto tiempo.

—¿Se arrepintió? —preguntó con voz temblorosa.

—¡No! Al contrario, dijo que lo haría todo de nuevo, que nunca había sido tan feliz desde que te conocí, pero temía por tu vida, por eso intentó alejarse de ti varias veces —respondió, tristemente.

Perseo pensó en Artemisia y en el sueño que ella le había contado. Si los dioses realmente existieran, son crueles y mezquinos, pensó.

—Entonces, ella consultó el oráculo de Afrodita y luego sacrificó a la diosa, ofreciendo su propia vida a cambio de la tuya —concluyó Atreu, con una mirada compungida.

Lágrimas bañaron el rostro de Perseo, el dolor de la pérdida y la nostalgia lo asolaron. Aunque no creía en el sueño, la magnitud del sacrificio de la amazona, ofreciendo su vida a cambio de la de él, lo destruyó por completo.

Atreu miró al joven durante un momento, pensando si debía entregarle la carta o no. Luego tomó una decisión y buscó algo en su alforja personal, de donde sacó un pergamino enrollado.

—Esto es para ti, Perseo —dijo, extendiendo el pergamino que Perseo tomó con la mano temblorosa.

El joven miró el pergamino, que estaba enrollado y atado con una cinta, sellado con cera. Miró a Atreu interrogativamente.

—Es de Artemisia, lo escribí cuando estábamos en el templo de Afrodita en Antandro —explicó Atreu, con aire triste—. Ella pidió que te lo entregara si moría en combate y si yo pensaba que seguirías el camino de la venganza. No quería causarte más dolor.

Perseo agradeció con una media sonrisa y se alejó unos pasos. Luego abrió con cuidado el pergamino escrito en griego y reconoció la letra pequeña y elegante de su esposa.

“Perseo,

Si estás leyendo este pergamino es porque ya estoy esperándote en las puertas del Hades.

Estoy en el templo de Afrodita, nuestro amigo Atreu está fuera, conversando con la sacerdotisa. El sol brilla y los pájaros cantan; es un lugar hermoso y tranquilo, propicio para que los amantes se encuentren y se entreguen a los misterios de la diosa.

Mi amor, cuánto desearía estar contigo, pero los dioses no nos dieron elección, o, mejor dicho, me dieron una elección: tu vida o la mía. La elección fue fácil, tu vida es más importante para mí que todo, así que sacrifico la mía con alegría para que tú vivas.

No quiero que sigas el camino de la venganza, ese solo lleva a la destrucción y la muerte. Tuve que aprenderlo de la peor manera. Elegí ese camino hasta que me llevó a una encrucijada: mi deseo de venganza o tu amor. Estuve dividida entre los dos, tratando de seguir ambos caminos, pero eso no es posible, y tarde elegí tu amor, aunque sabía que nuestro destino no era quedarnos juntos.

Me arrepiento de no haberme quedado a tu lado en Bizancio, pero en ese entonces, el dolor por la pérdida de nuestro hijo nubló mi mente, haciendo que el deseo de venganza floreciera con más intensidad.

Solo no me arrepiento de haber aceptado tu amor, fue tu amor lo que me redimió. Contigo aprendí a amar, contigo conocí los misterios de Afrodita. Mi mayor sueño era haberte dado hijos, era poder criarlos a tu lado, era envejecer juntos, pero los dioses no me lo permitieron.

Mi cuerpo fue purificado por las llamas, pero mi alma eterna perdura, y no importa cuántas vidas o épocas pasen, siempre recordaré tu hermoso rostro, tus gestos y tus caricias. Aunque el cruel destino nos separe una y otra vez, lucharé para reencontrarte hasta que podamos unir nuevamente nuestras manos y nuestros labios en un beso infinito. Y entonces, juntos, volveremos a ser uno, saciando nuestros deseos. Aunque en la memoria del mundo nuestros nombres sean olvidados, juntos estaremos eternamente en nuestro amor hasta el fin de los tiempos.

Quiero que regreses a tu patria y a tus seres queridos, si puedes, busca a tu hijo y a su madre, trata de reconstruir tu vida a su lado, vive como te hubiera gustado vivir conmigo y guárdame en los rincones de tu alma, teniendo la certeza de que verte feliz me hará feliz.

Ahora termino, pues las lágrimas inundan mi rostro, amenazando con mojar este frágil pergamino que traduce mis últimas palabras enviadas más allá de este mundo.

Que todos los dioses te protejan, que Artemisa te consuele, mitigando tu dolor, y que yo pueda, desde el reino de Hades, ver nuevamente tu hermosa sonrisa.

Adiós, mi señor, mi esposo, mi amor.

Artemisia”

Perseo apretó el pergamino contra su pecho, lágrimas corrían libremente por su rostro mientras miraba al cielo azul.

Adiós, mi amor, te amo, pero no renunciaré a mi venganza, pensó mientras intentaba contener las lágrimas. Atreu y Georgios se acercaron y lo abrazaron, compartiendo su dolor.

—Lo siento por ti, hermano mío, rezaré para que encuentres la paz —afirmó Atreu.

El joven correspondió al abrazo, aturdido. En compañía de Georgios, observaron a Atreu seguir por el camino hacia la ciudad de Corinto, desde donde embarcaría en un barco hacia la ciudad de Delfos, donde se encontraba el santuario dedicado al dios Apolo, en el que los oráculos

profetizaban. Era uno de los centros religiosos más importantes de Grecia. Según las leyendas, la diosa Temis era la encargada del oráculo, que estaba custodiado por la serpiente Pitón, pero Apolo, quien había aprendido el arte de la profecía del dios Pan, mató a la serpiente y tomó el oráculo para sí.

Georgios y Perseo continuaron su caminata durante dos días más, durmiendo al borde del camino y caminando desde el amanecer hasta el crepúsculo.

A la mañana del tercer día, salieron de la carretera principal y se adentraron en un camino más pequeño, que pasaba por plantaciones y praderas donde pastaba un abundante ganado, indicando que se encontraban en una región de granjas. Algunas casas eran visibles detrás de los cipreses.

Alrededor del mediodía, entraron en un pequeño sendero de tierra, y Georgios aceleró el paso. A lo lejos, una casa blanca brillaba bajo el sol. Un adolescente que cuidaba un caballo los observó por un momento mientras se acercaban, y luego corrió hacia la casa, de donde salió acompañado de una mujer y dos niños más, que los miraron atentamente.

Georgios comenzó a correr hacia la casa. La mujer se llevó las manos al rostro llorando, el adolescente corrió a encontrarse con Georgios, abrazándolo, mientras los otros dos niños, aferrados al vestido de la mujer, miraban la escena sorprendidos.

Cuando Perseo se acercó, todos estaban reunidos en un abrazo apretado. Georgios había reencontrado a su familia.

—Esta es mi esposa Peléia, mis hijos; Zenon, Telmo y Stefano —dijo Georgios emocionado, presentándolos.

Peléia sonrió mientras sus hijos seguían abrazados a Georgios.

—Este es Perseo, luchó conmigo en esta campaña, es un buen amigo —afirmó.

—Bienvenido, Perseo —dijo Peléia amablemente.

Esa noche, el joven se hospedó en la casa de Georgios. Perseo se dio cuenta de cuánto amaba el sargento a su familia y escuchó a Peléia contar lo que había ocurrido durante los casi cuatro años en los que Georgios estuvo ausente. La sequía y dos años de cosechas insuficientes agotaron las finanzas de la pareja, pero Georgios tranquilizó a su esposa entregándole una bolsa con las monedas adquiridas en la campaña de Asia y el salario recibido en Pérgamo.

El hijo mayor estaba de licencia de la agogé, los otros dos se unirían al próximo año. Se quedaron hasta tarde conversando, los hijos de Georgios querían saber sobre los bárbaros y las batallas en las que su padre había participado. Al final, terminaron durmiendo, y gentilmente él y Peléia los llevaron en brazos hasta la habitación donde dormían.

Perseo permaneció sentado observando las llamas del candel, que estaba sobre la mesa, iluminando la sala, y se sintió feliz de que Georgios tuviera una familia a la que regresar.

Regresaron a la sala y le desearon buenas noches.

—Perseo, siéntete como en casa, puedes dormir aquí en la sala —dijo Peléia señalando un rincón donde había un montón de pieles sobre un montón de heno.

—Ahora, si me permites —dijo Georgios sonriendo—, tengo asuntos privados que tratar con mi esposa.

—¡Georgios! —exclamó Peléia sonrojada.

Salieron de la sala riendo, dejando a Perseo solo. Él se acostó en la cama improvisada, pero tardó en dormirse, remordido por sus pensamientos. Pronto estaría en Esparta.

Al amanecer, Perseo encontró a Georgios y Peléia ya despiertos. Al darse cuenta de que el joven había despertado, le ofrecieron un desayuno de leche de cabra, queso y pan. Los niños aún dormían, pero los sirvientes de la granja ya habían comenzado sus labores diarias.

Después del desayuno, Perseo se despidió de su amigo y su esposa.

—¿Qué harás ahora? —preguntó Georgios mientras acompañaba al joven hasta la salida de la granja.

—Voy a Esparta a visitar a mi hermano y a mi madre, luego seguiré a Atenas —respondió, pensando en el largo camino que aún tenía por delante.

—¿Piensas alistarte de nuevo en el ejército? —preguntó.

—Sí, tan pronto como resuelva mis asuntos en Atenas, me alistaré de nuevo.

Georgios lo miró fijamente, Perseo pensó que intentaría disuadirlo, pero se quedó en silencio.

—¿Y tú? —preguntó.

—Aún no lo sé, me gusta estar en casa, pero soy soldado desde los dieciocho años, no sé hacer otra cosa —respondió, pensativo.

Llegaron al borde de la granja, donde se detuvieron. El aire matutino estaba fresco y el sol brillaba entre las nubes en el cielo. Se miraron por un momento.

—Buena suerte, Perseo —dijo Georgios abrazando al joven amigo.

—Para ti también —Perseo correspondió al abrazo.

El joven espartano dio media vuelta y, sin mirar atrás, dejó las tierras de Georgios, caminando hacia la ciudad de Esparta.

Ahora solo, caminaba desde el amanecer hasta el anochecer, deteniéndose solo cuando la sed o el hambre se volvían insoportables. Su mente estaba abrumada por los recuerdos de

Artemisia.

Se sentía vacío por dentro, un caparazón sin alma, movido única y exclusivamente por el sentimiento de venganza. A veces deseaba haber seguido en el ejército en Pérgamo, pero no podía tomar ese camino sin resolver su asunto con Elana, había prometido que regresaría y cumpliría esa promesa, de la misma manera en que cumpliría la promesa hecha a la amazona.

Por más que una voz le dijera que ese no era el deseo de Artemisia, nada lo haría cambiar de idea, la venganza era lo único que podría minimizar, al menos un poco, el dolor por su pérdida. *Después de todo, si no fuera por Tisafernes, tal vez ella estaría viva a mi lado.* Pensó.

En su camino hacia Esparta, se detuvo en un templo árcade, erigido en honor a las Erinias, que se encontraba dentro de un pequeño bosque al borde del camino. Todos los espartanos lo conocían, era donde aquellos que buscaban justicia y venganza iban para maldecir a sus enemigos.

Un sacerdote vestido con una túnica negra y un capucho cubriendo su rostro recibió a Perseo en la puerta del pequeño templo.

—Deseo invocar una maldición —afirmó el joven.

Sin decir palabra alguna, el sacerdote señaló con una mano esquelética y pálida un pequeño cercado, no muy lejos del templo, donde varios carneros negros pastaban bajo la mirada de un joven. Perseo se acercó a él, el muchacho, no mayor que un niño, lo miró con una mirada seria.

—¿Deseas un animal para un sacrificio? —preguntó.

—Sí —respondió sacando una moneda de oro persa.

Los ojos del niño brillaron ante la visión del oro.

—¿Es suficiente? —preguntó, pasando la moneda entre sus dedos.

—Sí —el niño hizo un salto, guardando la moneda en su raída túnica.

—¿Quieres elegir? —preguntó mientras saltaba dentro del cercado.

—Lo dejo en tus manos, que sea uno que agrade a las Erinias.

—Puedes esperar en el templo —avisó el niño.

Perseo regresó al templo, era un pequeño edificio con dos columnas en la estrecha entrada. Sus paredes estaban ennegrecidas, el pórtico solo permitía el paso de una persona y en su interior no cabrían más de cuatro adultos juntos. En el centro había una mesa de sacrificio hecha de roca, también negra, del mismo color que las paredes. Un brasero encendido al lado de ella daba al lugar una luminosidad mortecina. Sombras fantasmas parecían bailar con la luz emitida por las llamas titilantes.

El sacerdote esperaba impasible frente a la mesa de sacrificio.

—¿A qué Erinia deseas clamar por venganza y a quién deseas maldecir? —preguntó con voz ronca, su rostro oculto por el capucho y por las sombras que parecían espesarse.

—A Tisífone. Maldigo al persa Tisafernes por el homicidio de Artemisia y sus hermanas amazonas —respondió en un murmullo bajo.

Las tres Erinias eran divinidades ctónicas presentes desde los orígenes del mundo, y aunque tenían poder sobre los dioses, no estaban sometidas a la autoridad de Zeus, viviendo a las márgenes del Olimpo, gracias al rechazo natural que los dioses sentían por ellas. Eran invocadas por la maldición lanzada por alguien que clamaba venganza. Son diosas justas, pero implacables, y no se dejaban ablandar por sacrificios ni torturas de ningún tipo.

Alecto, la implacable, eternamente airada, se encargaba de castigar los delitos morales como la ira, la cólera, la soberbia. Alecto era la que desataba plagas y maldiciones. Seguía al infractor sin cesar, amenazándolo con antorchas encendidas, sin dejarle descansar en paz.

Megera, que personificaba el rencor, la envidia, la codicia y los celos. Castigaba principalmente los delitos contra el matrimonio, especialmente la infidelidad. Era de las tres la que perseguía con mayor fiereza, haciendo huir eternamente a la víctima, gritando al oído del criminal, recordándole las faltas que había cometido.

Tisífone, la vengadora de los asesinatos. Azotaba a los culpables y los volvía locos, solo satisfaciéndose con la muerte violenta del homicida. Era a ella a quien Perseo invocaba por venganza.

En ese momento, el carnero que era conducido al interior del templo por el pequeño pastor balió de forma triste. Una ráfaga de viento helado avivó las llamas en el brasero, haciendo que las sombras danzaran sobre las paredes ennegrecidas del templo. Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Perseo.

El joven colocó al animal sobre la mesa de sacrificios, atando sus patas para que no se escapara, y se alejó, saliendo del interior del templo.

—¡Escuchadme, Euménides de gran nombre, con benévolo designio, puras hijas del gran Zeus ctónico y de Perséfone, la amable doncella de hermosos rizos! Vosotras contempláis la vida de todos los impíos mortales, vengadoras de injusticias, impulsadas por la necesidad, soberanas de piel oscura, vuestros ojos resplandecen con un terrible rayo de luz, que atraviesa la carne; perpetuas de mirada temible, repulsivas reinas de miembros sueltos, con vuestro aguijón; hirsutas, multiformes doncellas nocturnas con cabellos de serpiente y mirada aterradora; yo os invoco con pensamientos sagrados: ¡acercaos! —entonó el sacerdote con voz gutural.

Las llamas danzaron en el brasero, aunque Perseo no sintiera ninguna brisa entrando en el lugar. Levantando el puñal hacia lo alto, el sacerdote, con un golpe violento, cortó la garganta del carnero. La sangre se derramó sobre la mesa y, usando un cuenco de barro, recogió el líquido rojo y espeso, llenándolo. Después de dejarlo a un lado, cortó el vientre del animal, y el olor

nauseabundo de las vísceras llenó el aire.

—¡Escuchad, diosas de todos los honores, clamando evoés en amplio clamor, Tisífone, Alecto y la divina Megera! Nocturnas, con morada en los profundos recovecos de la tierra, en una gruta nebulosa junto a las sagradas aguas del Estigia, con rencor por los planes impíos de los mortales siempre, sois diosas altivas, furias enloquecidas clamando lo debido, poderosas vengadoras con vestiduras salvajes, de sufrimiento pesado, doncellas subterráneas terribles del Hades con formas mutantes: aéreas e invisibles, corriendo rápidas como el pensamiento. Ni los veloces rayos del sol o de la luna, ni la sabiduría, ni la virtud, ni la alegría en trabajos arriesgados, ni la parte más rica de la vida, la hermosa juventud, despiertan la felicidad de vivir si vosotras os ausentáis. Sí, a todos los infinitos pueblos mortales siempre miráis con ojo de Justicia, ¡juezas siempre vivas! Vamos, diosas Moiras multiformes, cabellos de serpiente: ¡hacéis la mente blanda y el corazón ligero en los pensamientos de la vida! —entonó, arrojando las vísceras a las llamas, que chisporrotearon y se retorcieron al quemarse.

—¡A ti, Tisífone, clamamos para que amaldiçones al persa Tisafernes, acusado de homicidio! ¡Que concedas la venganza solicitada, si así lo consideras justo! —concluyó el sacerdote, derramando la sangre del cuenco en el brasero.

Un vapor nauseabundo se elevó, y las llamas en el brasero aumentaron y luego disminuyeron.

—Profiere tu maldición, toma a la diosa Tisífone como testigo y jura por las aguas del río Estigia —orientó el sacerdote con voz rasposa, tomando la mano derecha de Perseo.

Con el mismo puñal con el que había sacrificado el cordero, el hombre cortó la palma de la mano de Perseo, y la sangre brotó de la piel herida. Luego, hizo que el joven apretara su mano sobre el brasero, hasta que gotas de su sangre cayeran en su interior.

—¡Jura! —ordenó, comenzando a murmurar inaudiblemente una canción con los ojos cerrados.

—¡Malditos el persa Tisafernes, lo acuso ante los dioses de ser responsable del homicidio de Artemisia y sus hermanas! ¡Juro por las sagradas aguas del Estigia, tomando a la benevolente Tisífone por testigo, que no tendré paz hasta ver a Tisafernes muerto de forma violenta, sus dientes mordiendo el polvo, su cuerpo sirviendo de pasto para las aves y las bestias! ¡Ruego a la diosa que me conceda la venganza! —Perseo pronunció, con odio en el corazón.

Las llamas se elevaron, chamuscando su mano, y sombras de formas disformes parecían danzar sobre las paredes. De repente, una violenta ráfaga de viento invadió el interior del templo, extinguiendo las llamas del brasero.

—La diosa ha aceptado tu sacrificio —advirtió el sacerdote, abriendo los ojos y mirando fijamente al joven—. Ve y cumple tu destino, no traiciones el juramento prestado.

Perseo salió del templo oscuro hacia la claridad del día, que ofuscó sus ojos. El sol brillaba intensamente, pero aun así sentía la piel erizada. *Ahora no hay vuelta atrás, mi destino es uno solo: buscar venganza.*

Capítulo 28

Perseo continuó su viaje y finalmente llegó a Esparta, dirigiéndose a las tierras de sus ancestros. Caminó por la finca en la que fue criado; nada había cambiado, pero al mismo tiempo, todo había cambiado. El niño que se había ido para entrenar en la agogé soñando con convertirse en un nuevo Aquiles; el adolescente inmaduro que se había enamorado de Elana; el joven inexperto que se unió al ejército mercenario en busca de honor y gloria, todos estaban muertos. Lo que quedaba era solo una sombra del Hades caminando sobre la tierra, la muerte de Artemisia pesaba sobre el alma del joven, su único objetivo era vengar a Tisafernes en su nombre.

Perseo encontró a su cuñada Helena, quien tardó un momento en reconocerlo. *¿Cuánto tiempo estuve fuera? Casi dos años, ¿cómo pude haber cambiado tanto?* Pensó, sintiéndose tan viejo como el sabio anciano Néstor, el mítico rey de Pilos, cantado en verso por Homero en la Ilíada, pero a diferencia de él, Perseo no tenía más de veintiún años.

Helena le contó que su madre había fallecido hacía casi un año y que Hipócrates había muerto hacía seis meses. El alma de Perseo se hundió aún más en la oscuridad, la tristeza y la melancolía. Preguntó por su hermano y los sobrinos; estos estaban visitando al abuelo, y su hermano se encontraba en una misión diplomática.

Perseo preguntó si las noticias de la campaña habían llegado a Esparta, y Helena respondió que sí, que su madre y su hermano se sentían orgullosos de él y sacrificaban constantemente a los dioses, orando por su vida y retorno.

El joven le contó su plan de unirse al ejército del general Timbrón, y Helena no intentó disuadirlo de la idea. Lo acompañó hasta donde su madre y Hipócrates estaban enterrados, al lado de la tumba de su padre, dejándolo solo.

Perseo se arrodilló y pidió perdón a sus almas. Había partido en busca de gloria, pero no la encontró; ahora ambos estaban muertos y él no se había despedido de su madre ni de su viejo mentor.

Luego se acercó a la tumba de su padre y sostuvo su lápida con ambas manos. *¡Padre! ¿Te sientes orgulloso de lo que hice? ¿De lo que me he convertido? ¿Era esto lo que querías que fuera cuando me enviaste a la agogé? ¿Qué tipo de destino es este que los espartanos debemos soportar? Obedecer ciegamente las leyes de Esparta, a sus reyes y a los Éforos, servir toda la vida, asesinar hombres, mujeres y niños inocentes durante las campañas militares decididas por ancianos sentados en sus sillas. Ver a tus compañeros morir, como tú lo hiciste, o regresar mutilados, como mi hermano. En lo que a mí respecta, mi hijo no seguirá este camino.* Perseo oró, pero como siempre, no obtuvo respuesta ni de su padre ni de los dioses.

Durmió junto a las tumbas y, al amanecer, partió sin despedirse.

Caminando nuevamente sin detenerse, el espartano llegó a Atenas. Su túnica estaba

desgastada bajo un manto gris igualmente gastado que cubría su cabeza. Llevaba el escudo, la coraza y las grebas enrolladas en su manto, atado a su espalda, y usaba la lanza como un bastón. Parecía más un mendigo que un soldado espartano.

En Atenas, era día de fiesta religiosa. No sabía decir en honor a qué dios, y tampoco le importaba. *Si los dioses existen, no merecen mi devoción, son egoístas y crueles. Solo oro a Hades, el dios del inframundo y de los muertos*, pensó.

Perseo caminó por las calles de Atenas, como si ya hubiera estado allí en otra vida. Recordó a Evandro y Polifeo; ambos muertos. Pensó en sus sueños juveniles de gloria que nunca se realizaron: *Polifeo muerto por un salteador en esas mismas calles, Evandro muerto por una flecha ciliciana, y yo, muerto en vida*.

Mientras caminaba, el joven llegó hasta la taberna donde había estado hace más de dos años buscando a Elana, pero estaba cerrada. Sus pasos lo llevaron hasta la residencia del tabernero, también cerrada.

Perseo se detuvo indeciso frente al lugar, y una matrona de la casa vecina, que lo observaba desde su ventana, dijo:

—Se han ido hacia la orilla, hoy es día de honrar a Poseidón —dijo señalando hacia el mar.

Perseo le agradeció y caminó lentamente hacia la orilla marítima. Los rayos del sol eran suaves, la brisa marina hacía que la temperatura fuera agradable, y las gaviotas cruzaban el cielo, chillando mientras él pasaba por familias alegres que se deleitaban en las arenas de la orilla.

Finalmente, el espartano los encontró: Elana, el tabernero y su hijo.

Ella sigue tan hermosa como la última vez que la vi, pensó, observando a Elana, que llevaba una larga túnica gris, con la parte inferior mojada por el mar. Hipócrates había crecido, ahora con casi siete años; era un niño robusto y activo que jugaba corriendo detrás de las gaviotas que graznaban nerviosas, volando lejos de él, cada vez que las alcanzaba.

Perseo se sentó en la arena y los observó a distancia. *Parecen felices*. Pensó. *¿Mi hijo con Artemisia, que nunca nació, se parecería a él si fuera niño? Si fuera niña, ¿sería tan bella como su madre?* La emoción amenazó con dominarlo de nuevo, y sus ojos se humedecieron por la dolorosa nostalgia. Perdido en esos pensamientos, siguió observándolos, viendo a Elana mirarlos con una sonrisa en los labios.

¿Qué tipo de vida condenaría a mi hijo si lo reconociera como mío? Ya está casi en la edad de entrar en la agogé. Perseo pensó en su propio entrenamiento; lejos del cariño de su madre, sin la presencia de su padre ausente por una guerra prolongada, castigado a diario por instructores y compañeros de la agogé, pasando hambre y frío, corriendo el riesgo de morir, obligado a asesinar a otros jóvenes solo porque se los consideraba esclavos. *¿Y al final, con qué objetivo? ¿Para unirse al ejército y morir por Esparta, lejos del hogar y de los seres queridos, en alguna guerra decidida por los reyes o los Éforos?*

Perseo había aprendido que no existía honor ni gloria en la guerra, solo caos y destrucción, como su hermano había predicho años antes.

No quiero eso para mi hijo. He visto cosas que me atormentarán el sueño el resto de mi vida. Perdí el amor de mi infancia por el deseo de luchar en una guerra extranjera, y perdí el amor de mi vida en ella.

No, no haré eso con mi hijo. Si no puedo criarlo, no lo alejaré de su madre y de un hogar aparentemente feliz.

Elana se dio cuenta de que un extraño la observaba y miró a Perseo durante un largo rato. Sus labios murmuraron el nombre del espartano. Se giró hacia el tabernero y conversaron durante algunos minutos. El hombre lo miró, pero no había odio en su mirada, solo resignación.

La mujer se levantó y se acercó lentamente a Perseo, deteniéndose frente a él, mientras el joven se levantaba y se quitaba la capucha que le cubría la cabeza.

—Perseo —murmuró.

—Elana —respondió emocionado.

—Has vuelto —dijo ella, mirándolo a los ojos.

Sigue tan hermosa y atractiva como la última vez que la vi. Pensó Perseo, observándola mientras ella se sonrojaba bajo su mirada.

—Reé a los dioses para que sobrevivieras —dijo, acariciando una arruga en su túnica, tratando de disimular la emoción.

—Y yo reé para que tú y nuestro hijo estuvieran bien.

Ambos miraron a Hipócrates, que jugaba con el tabernero, quien lanzaba miradas de reojo hacia ellos.

—Parece un buen hombre —dijo el espartano, señalando con la mirada.

—Sí, lo es, se ha cuidado bien de nosotras —Elana se sonrojó de nuevo.

Se miraron en silencio.

—He venido a despedirme de ustedes —Perseo reunió valor.

—¿Vas a partir otra vez? —preguntó ella, con una sombra en la mirada.

—Sí, me uniré al ejército espartano para luchar contra Tisafernes, en Asia.

Una lágrima solitaria escapó de los ojos de Elana, deslizándose suavemente por su rostro.

—Los dioses han sido despiadados con nosotros —murmuró Elana, bajando la cabeza y

mirando la arena de la playa.

—Ya no sé si creo que existan —Perseo miró a lo lejos a su hijo.

—Estás diferente —murmuró.

—¿Diferente, cómo? —preguntó él, curioso.

—No sé, tus ojos... antes eran alegres y llenos de confianza, ahora solo veo tristeza en ellos. ¿Qué te pasó en Asia? ¿Dónde está el Perseo que conocí, amé y sigo amando? —preguntó, con un susurro, sonrojándose violentamente.

—Muerto —respondió lacónicamente, arrepintiéndose enseguida.

Los ojos de Elana se llenaron de lágrimas y levantó la mano como si quisiera tocar el rostro de Perseo, pero rápidamente la dejó caer junto a su cuerpo.

Perseo no soportó verla sufrir. *Ella merece saber toda la verdad.* Pensó y le contó sobre la campaña en Persia y la retirada desesperada; sobre Artemisia, el amor de ambos y su muerte; sobre las atrocidades que cometieron los soldados griegos y bárbaros; sobre los diferentes pueblos con los que lucharon y, finalmente, sobre el juramento que había hecho a la amazona.

Le habló sobre su regreso a Esparta y sobre la muerte de Hipócrates, lo que la emocionó, ya que ella no lo sabía. Contó lo que había aprendido sobre la guerra y cómo no encontró la gloria ni el honor que le prometieron en la agogé.

Lágrimas silenciosas caían por su hermoso rostro, y el corazón del espartano se hundió en su pecho.

—Nunca quise hacerte sufrir, si pudiera cambiar el destino, lo haría, pero no puedo —suspiró.

—¿Y nuestro hijo? —preguntó, mirándolo mientras, con un gesto delicado, apartaba un mechón de su cabello que la brisa marina empujaba contra su rostro.

—Debe quedarse contigo en Atenas —respondió, devolviéndole la mirada.

Perseo le contó sobre su decisión de reconocer a Hipócrates como su hijo, pero cómo cambió de opinión; no lo condenaría a una vida como la suya, no lo apartaría de una madre amorosa y de un hombre que lo trataba como si fuera su hijo, con todo cariño y cuidado.

Elana intentó sonreír mientras se secaba las lágrimas con las manos, pero no lo logró. Perseo sacó de su túnica una bolsa llena de monedas de oro y plata y se la entregó.

—Es una pequeña fortuna, esto garantizará el futuro de Hipócrates. No debe convertirse en lo que me convertí yo. Debe estudiar y quedarse en Atenas —afirmó categóricamente.

Miraron nuevamente al niño, que ahora estaba en el regazo del tabernero, quien los observaba desde la distancia.

—Nunca te olvidaré, sigo amándote y te amaré hasta el final de mis días —murmuró Elana.

—Y yo te amé, pero acabé enamorándome de Artemisia —respondió, buscando una forma de no lastimarla aún más, sintiendo un dolor indescriptible en el alma.

Amé a Elana hasta que conocí a Artemisia, quien eclipsó ese amor. Nunca quise hacerle daño a Elana. Pensó.

—Nunca dejaré de recordarte a ti y a nuestro hijo en mis oraciones, algún día, cuando él lo entienda, cuéntale quién fue su padre —pidió, tomando los dedos de Elana por última vez. Lentamente, los soltó, dejando su mano caer junto a su cuerpo, mientras la miraba a los ojos, llenos de lágrimas.

Elana intentó sonreír, pero no lo logró.

Perseo se alejó sin mirar atrás, con el alma destrozada. *Perdí a Artemisia, perdí a Elana, y ahora renuncio a mi hijo. Pensó. Solo me queda un objetivo en la vida: unirme al ejército espartano que luchará contra Tisafernes, y si los dioses lo permiten, lo mataré o estaré presente cuando lo maten, cumpliendo así la promesa hecha a Artemisia y el terrible juramento en el templo de las Erinias.*

Mientras caminaba hacia la ciudad, un verso de la Ilíada cruzó la mente de Perseo:

“Siempre vivir en tristeza, he aquí la suerte que los dioses eternos, por una descuidada existencia, dotaron a los mortales infelices.”

EPÍLOGO

Me desperté tendida en la hierba, sentí el aroma de la tierra mojada por el rocío y abrí los ojos; en un cielo azul sin nubes, un águila planeaba en las alturas.

La brisa soplaba, los pájaros cantaban y, a lo lejos, se oían los relinchos de caballos, los únicos sonidos.

Lo primero que noté fue que ya no sentía dolor, al menos no físico; sin embargo, mi alma parecía estar destrozada. Un rostro surgió en mis pensamientos con fuerza: el del único hombre que amé en la vida. Los dioses fueron crueles y envidiosos con nuestro amor, separándonos.

Me levanté. Llevaba mi coraza y grebas, pero en lugar de estar cubiertas de sangre y polvo, brillaban limpias. Miré a mi alrededor; mi corcel negro, Deimos, pastaba tranquilamente en la hierba, y oí relinchos distantes. En una colina no muy lejos, un ejército de amazonas esperaba, montadas en sus caballos. ¡Mis hermanas!

Por un momento, el deseo de montar a mi corcel y unirme a ellas dominó mi mente. Dudé. ¿Cómo podría ir con ellas? ¡No! Esperaría al amor de mi vida, sin importar cuánto tiempo tomara.

Miré nuevamente y las amazonas habían desaparecido. Estaba sola, solo Deimos me miraba con sus ojos equinos, como si me preguntara por qué no galopaba con él por los prados verdes.

¿Cómo había llegado a ese lugar? Los recuerdos comenzaron a aflorar en mi mente: mi infancia en Halicarnaso, la muerte de mis padres y hermano, la violación de mi cuerpo, Mardoc, Ciro, Ikarnas, las amazonas, la guerra civil persa, el encuentro con Perseo en un bosque, nuestro amor, la batalla de Cunaxa, la retirada de los griegos por todo el imperio, y mi muerte.

Recordé todo, especialmente los últimos momentos en los brazos de Perseo, y mi descenso al reino de Hades, exhalando mi último suspiro en los labios del único hombre que amé en la vida.

No cabía duda en mi mente de que estaba muerta; aceptaba esa condición con serenidad, mi único dolor era el de la ausencia. Ahora ya no podría estar a su lado, no sentiría más sus labios ni el toque de sus manos sobre mi piel, ni su cuerpo abrazándome, en una sinfonía que solo los amantes entienden.

El juramento de que lo esperaba en las puertas de Hades estaba grabado en mi mente como hierro al rojo vivo.

Aceptaba estar muerta, pero ¿dónde estaría? ¿Serían estos los Campos Elíseos? No había encontrado dioses ni demonios, solo una sensación de paz. ¿Estaría en algún paso entre los mundos de los vivos y los muertos?

Las amazonas regresaron y se acercaron.

Ikarnas y todas las que me siguieron y murieron luchando a mi lado, me esperaban en las puertas de Hades. Las abracé una a una, hasta que solo quedó mi mejor amiga.

—¿No vas a venir con nosotras? —preguntó Ikarnas.

—He jurado esperar a Perseo.

Ella sonrió, comprendiendo.

—Siempre seremos hermanas. Nos encontraremos nuevamente en otra vida —se despidió, abrazándome una vez más.

Las observé desaparecer entre los prados verdes. Rechacé seguir a mis hermanas que cayeron antes que yo, solo para esperar a Perseo, no importando el tiempo que tardara.

En las primeras horas en aquel lugar, sentí la desesperación y la tristeza de él, como una fuerza que me arrastraba al mundo de los vivos.

En una especie de trance, observé a través de imágenes rápidas una pira ardiente con mi cuerpo, luego Perseo, con el rostro desfigurado por el dolor, apareció frotándose mis cenizas en la cara, sus lágrimas dejando un rastro sobre ellas.

Una sensación de vértigo me invadió y la imagen cambió: ahora Perseo estaba en un acantilado junto al mar, tumbado junto a una ánfora que reconocí contenía mis cenizas. Sentía su sufrimiento, que aumentaba cuando lo vi verterlas en el mar y decir:

—Artemisia, te amo, encuentra la paz que te faltó en vida, mi señora, mi esposa, mi amor.

Intenté tocarlo, pero era como una sombra, no tenía cuerpo físico.

Regresé del trance llorando por el dolor que sentía en el espíritu de mi amado.

Los días pasaron, y nuevamente entré en trance. Esta vez, estaba en un templo dedicado a las Erinias, las diosas de la venganza. Sombras espectrales de formas distorsionadas corrían por las paredes oscuras del lugar, iluminadas por un brasero. Perseo hacía un juramento de venganza ante las diosas; no descansaría hasta ver a Tisafernes muerto.

Salí del trance sabiendo que las diosas habían aceptado su juramento y sufrí por él; no deseaba que Perseo siguiera el camino de la venganza.

El tiempo pasó. Los días siempre eran soleados, y las noches mostraban una miríada de estrellas en un cielo que me era desconocido.

Caminaba por aquel hermoso lugar, sin cansarme, sin sentir sueño, hambre ni frío.

Mis padres y mi hermano aparecieron, mi corazón rebotó de felicidad al verlos. A su lado, un niño y una niña caminaban de la mano.

No necesité que me lo dijeran, esos niños eran los hijos que había perdido. Los abracé como si quisiera fusionarlos en mi cuerpo y en mi corazón mientras lloraba desconsolada.

Mis padres me explicaron que la muerte no era el fin, sino solo el comienzo de una nueva vida, que un día renacería y tendría la oportunidad de cumplir el destino que me había sido negado, con mis hijos no nacidos.

Esa esperanza fue lo que me permitió soportar el dolor de la despedida de mis seres queridos y de mis dos niños. Eso y el recuerdo de la anciana que encontré durante la retirada, quien me hizo ver una visión de un futuro con Perseo y nuestros hijos, los mismos niños a los que ahora me despedía.

Mardoc, mi padre adoptivo, también apareció. Estaba en paz. Me contó que había reencontrado a su esposa y a su querida hija. Me hizo compañía durante un tiempo mientras conversábamos, rememorando nuestros momentos juntos, hasta que él también tuvo que partir.

Me explicó que ese lugar era una parada entre la antigua y la nueva vida, y que solo el amor que sentía por Perseo, y el que él sentía por mí, me mantenía allí.

Ciro apareció, lloré en los brazos de mi querido amigo durante largo tiempo. Él también estaba feliz y en paz.

—Todo el oro y el poder del mundo no tienen valor de este lado, aquí la única moneda que importa es el amor —me explicó cuando nos despedimos.

Pronto aprendí en ese extraño mundo que, cuando me acostaba y cerraba los ojos concentrándome, caía en algo parecido al sueño. Y en ese estado, podía sentir con más intensidad la nostalgia y el amor de Perseo atravesando la distancia entre los dos mundos, tirándome con una fuerza invisible, permitiéndome verlo brevemente.

Algunas veces, la sensación de que él me llamaba con la fuerza de su pensamiento y su añoranza me hacía entrar en trance, permitiéndome visualizarlo en el mundo de los vivos, sentir su sufrimiento con más intensidad y captar parte de sus pensamientos, pero él nunca me veía, aunque en ocasiones sentía mi presencia.

En dos ocasiones, sentí su espíritu a las puertas del reino de Hades y en ambas lo impedí de entrar al reino de los muertos. Sentía que su misión no había terminado. Su tristeza y su nostalgia me arrastraron hasta la orilla del río Estigia, pero, aunque deseaba que se uniera a mí, lo empujé de vuelta al reino de los vivos.

Solo una vez logré hacerme visible en el mundo de los mortales. En su hora más desesperada, cuando la muerte violenta lo encaraba.

Duró solo el instante del latido de un corazón, sentí que me necesitaba y de repente fui transportada al mundo de los vivos. Con una luz fulgurante, igual al resplandor de un rayo

enviado por Zeus, me puse frente a él, cuando la hoja de un hacha descendía hacia él, defendiéndolo. Por un segundo nuestras miradas se cruzaron y me di cuenta de que me observaba sorprendida.

—¡Nuestro amor vivirá para siempre! —logré susurrar antes de ser arrastrada de vuelta al reino de los muertos en una explosión de luces.

Al regresar, lloré nuevamente, pero eran lágrimas de nostalgia y alivio, porque sentía que Perseo aún vivía. Aunque lo esperaba, no deseaba que la muerte lo alcanzara antes de tiempo.

Los días parecen incontables para quien espera a su verdadero amor. El tiempo fluyó en su propio ritmo en ese extraño lugar, hasta que un día, una sensación me condujo al sitio donde había despertado por primera vez en ese solitario mundo.

El sol brillaba en un cielo azul profundo sin nubes, solo el sonido del viento en la hierba y el canto de los pájaros en la llanura rompían el silencio.

De repente, vi a un hombre parado a lo lejos, aunque estaba segura de que no había nadie en ese lugar antes. Caminé lentamente hacia él y, conforme me acercaba, comencé a ver mayores detalles de su figura.

Vestía una túnica roja y sobre ella una coraza que estaba sucia de polvo y sangre, al igual que su escudo. Un cinturón de protección de cuero ceñía su cintura, colgando casi hasta sus rodillas, cruzado en su pecho había un cinturón de cuero que terminaba en una vaina colgada en su lateral con una espada. Su mano derecha sujetaba una larga lanza, y sobre su cabeza llevaba un casco espartano con crin de caballo atravesada de lado, señal de que era un oficial. Una capa roja caía sobre sus hombros cubriéndole la espalda.

Me detuve a unos pasos de distancia, el hombre me observaba desde la oscuridad de su casco.

Dejando caer el escudo y la lanza al suelo, el hombre retiró lentamente el casco con ambas manos, dejándolo caer pesadamente junto al escudo. Finalmente, pude ver su rostro: ojos castaños tristes con profundas arrugas de expresión, una nariz ligeramente respingada y torcida, como si hubiera sido fracturada, labios no muy gruesos ligeramente caídos en las comisuras, como si hubiera olvidado lo que era sonreír, su cabello negro liso llegaba a sus hombros, mezclado con numerosas mechas blancas, su rostro también estaba sucio de polvo y sangre.

Lo reconocería, aunque hubieran pasado cien años.

—¡Perseo! —murmuré emocionada, colocando mis manos sobre sus labios, temerosa de que todo no fuera más que un sueño y él desapareciera nuevamente.

Perseo sonrió y un resplandor como el de un rayo de sol iluminó su figura, cegándome por un breve momento. Cuando lo miré de nuevo, el hombre de mediana edad había retrocedido en el tiempo; ahora era el mismo rostro por el que me había enamorado en un bosque de la ciudad de Oleiros, hacía muchos años, y que me sonreía feliz. Su armadura y grebas brillaban como nuevas, sin rastro de polvo ni sangre.

—¡Artemisia! Finalmente... —murmuró Perseo, caminando rápidamente hacia mí, tomándome en sus brazos y besándome largamente.

Nuestras lágrimas de felicidad se mezclaron durante el prolongado beso, un sentimiento sublime, como si nuestras almas se fusionaran en una sola, me dominó.

La larga espera finalmente había sido recompensada y la felicidad que un día los dioses me arrebataron, la había recuperado nuevamente.

Me aparté un momento y lo miré sonriendo, ahora podríamos continuar nuestro camino, nuevamente juntos, para siempre.

—Ven, mi amor, la larga espera finalmente ha terminado, sigamos nuestro camino sabiendo que nuestro amor no eligió los pálidos y desgarrados ropajes de la mortalidad, sino la vestimenta dorada de la eternidad.

no es el final...

(La historia de venganza de Perseo continúa en Imperio de Sangre – La Última Batalla)

[1] Victoria (en latín: Victoria) era, en la mitología romana, la personificación/diosa de la victoria. Corresponde a la diosa griega Nice (en griego Νίκη, Níkē o Niké - «Victoria»).

[2] La Guerrera Indomable, <https://www.amazon.es/dp/B0DLH3MQ1C>

[3] Ponto era el nombre dado en la antigüedad a las vastas extensiones de tierra del noreste de Asia Menor (la actual Turquía) que bordeaban el Ponto Euxino (Mar Negro), llamado con frecuencia por los griegos simplemente Pontos, que sería la forma corrompida del nombre original Pontôi (en el Ponto). La importancia real de este nombre puramente territorial varió enormemente a lo largo del tiempo. Los griegos lo aplicaron con ligereza a diversas partes de las costas del Euxino, hasta que con la conformación del Reino del Ponto el término se relacionó directamente con la zona ya mencionada, e incluso hasta nuestros días, el nombre perdura en el griego moderno, a pesar de que la zona hoy sea parte del territorio de Turquía. La primera fuente escrita que usa esta denominación es la Anábasis de Jenofonte.

[4] Penélope, en la mitología griega, es la esposa de Odiseo, hija de Icaro y Peribea. Durante diez años, Penélope esperó el regreso de su marido de la guerra de Troya. El largo viaje de Ulises a casa es el tema de la Odisea de Homero.

[5] Temístocles (524 a.C.-459 a.C.), hijo de Neocles, fue un político y general ateniense. Lideró el Partido Democrático Ateniense. Su principal medida política fue crear una flota naval capaz de derrotar una posible invasión persa. Derrotó a la flota persa de Jerjes I en la batalla de Salamina. Además de crear dicha flota, fue el líder ateniense contra las flotas navales persas. Temístocles dijo a los guerreros atenienses que consideraba la batalla un suicidio.

[6] En la mitología griega, Adonis era un amante de Afrodita eternamente joven que simbolizaba la muerte y la renovación anual de la vegetación, y cuya naturaleza estaba atada al calendario.

[7] Cerbero, en la mitología griega, era un monstruoso perro de tres cabezas que custodiaba la entrada a los infiernos, el reino subterráneo de los muertos, dejando entrar a las almas, pero nunca salir y despedazando a los mortales que se aventuraban por allí.

[8] Quersoneso, también conocida como Quérson, fue una colonia griega fundada hace aproximadamente 2.500 años en la región suroccidental de Crimea, entonces conocida como Taurica. La colonia fue fundada en el siglo V a.C. por colonos procedentes de la Herakleia póntica.

[9] El talento era una antigua unidad mesopotámica para grandes cantidades de masa, creada en Sumeria y consolidada hacia el siglo XXIII a.C. Se utilizó en toda la Antigüedad con pocas variaciones de peso: Grecia, Roma, Egipto, Israel, Babilonia, Sumeria y Acad. El talento ya se utilizaba en Mesopotamia e Israel, pero fue a partir de la introducción del talento en la Antigua Grecia y su posterior adaptación al sistema romano cuando esta unidad se extendió por el mundo mediterráneo. Un talento griego, también llamado ático, pesaba 26 kg.

[10] En la mitología griega, Hermes era uno de los dioses olímpicos, hijo de Zeus y Maia, y poseedor de diversos atributos. Deidad muy antigua, ya era venerado en la historia pregregia, posiblemente como dios de la fertilidad, los rebaños, la magia, la adivinación, los caminos y los viajes, entre otros atributos. A lo largo de los siglos su mito se amplió enormemente,

convirtiéndose en mensajero de los dioses y patrón de la gimnasia, los ladrones, los diplomáticos, los comerciantes, la astronomía, la elocuencia y algunas formas de iniciación, además de ser el guía de las almas de los muertos hacia el reino de Hades.

[11] En la antigua Grecia, Lete o Léthê significa literalmente «olvido». Su opuesto es la palabra griega para «verdad»: Aletheia. En la mitología griega, Lete es uno de los ríos del Hades. Quienes bebían de sus aguas o las tocaban experimentaban el olvido total.

[12] El Mar de Mármara, también conocido como Mar de Mármara (Propontida) es un mar interior que separa el Mar Negro del Mar Egeo, separando así la parte asiática de Turquía de su parte europea a través de los estrechos del Bósforo y los Dardanelos.

[13] Para más información, consulte el relato EL AMAZÓN Y EL DEMONIO, disponible en el libro 4 de Imperio de Sangre.

[14] En la mitología griega, el tártaro es un profundo abismo usado como una mazmorra de sufrimiento para criminales mortales y una prisión para los dioses titanes.

[15] Las arpías son criaturas de la mitología griega, a menudo representadas como aves rapaces con cara y pechos de mujer.

[16] Príapo o Príapo es el dios griego de la fertilidad, hijo de Dioniso y Afrodita. Su imagen se presenta como un hombre maduro, mostrando un gran órgano genital (erecto). Príapo era considerado el protector de los rebaños, las hortalizas, las uvas y las abejas.

[17] Safo, también conocida como Safo de Lesbos o Safo de Mitilene (ca. 650/610 a. C.- Léucade, 580 a. C.), fue una poetisa griega de la época arcaica. Más tarde los comentaristas griegos la incluyeron en la lista de los «nueve poetas líricos». Platón la definió como la décima musa. Su nombre dio origen al término safismo, palabra que engloba lesbianismo y mujeres bisexuales.

[18] Cuando tocaba su lira, hasta los pájaros dejaban de volar para escucharle. Había participado en la expedición de Jasón y los argonautas, y fue él quien acalló el canto de las sirenas, responsables de varios naufragios. Orfeo se enamoró y se casó con la ninfa Eurídice, pero era tan bella que un envidioso apicultor la persiguió, haciéndola tropezar con una serpiente que la mordió y la mató. Orfeo, invadido por la tristeza, bajó al Hades para intentar traerla de vuelta. Su canto convenció al barquero Caronte para que le llevara con vida a través del río Estigio, y luego su lira adormeció a Cerbero, el perro de tres cabezas que custodia las puertas del reino de los muertos. Finalmente llegó al trono de Hades y su música conmovió al dios y a su esposa Perséfone, que suplicaron a Hades que cumpliera el deseo de Orfeo. Accediendo a la petición de su esposa, el dios del inframundo permitió que Eurídice regresara con Orfeo al mundo de los vivos, pero sólo con una condición: que no la mirara hasta que estuviera de nuevo a la luz del sol. Pero Orfeo no pudo resistirse y casi al final del túnel que conducía a la superficie miró hacia atrás para asegurarse de que Eurídice estaba con él, por un momento la vio cerca de la vida de nuevo, pero al mirarla, ella volvió a ser una sombra, su último grito de amor no fue más que un suspiro en la brisa que llegaba del mundo de los muertos. La perdió para siempre y, desesperado, Orfeo se amargó, negándose a mirar a ninguna otra mujer, hasta que su actitud enfureció a las Ménades, mujeres salvajes, que con sus gritos ahogaron el sonido de su música y lo atacaron con dardos matándolo, luego despedazaron su cuerpo y arrojaron su cabeza al río Hebro, pero, aun así, mientras flotaba siguió cantando: «Eurídice, Eurídice». Cuenta la leyenda que las nueve musas llorosas recogieron sus pedazos y los enterraron en el monte Olimpo, y desde entonces, los ruiseñores de los alrededores cantan más dulcemente que los demás, pues Orfeo, en la muerte, se unió a su amada Eurídice.